
LA
GUARDIANA
DE LOS
FINALES
FELICES
BARBARA DAVIS
LIRA

Vuelve a emocionarte

LIRA

La guardiana de los finales felices

Barbara Davis

Traducción de Luz Achával

LIRA

Contenido

Página de créditos

La guardiana de los finales felices

V.1: Noviembre, 2022
Título original: *The Keeper of Happy Endings*

Esta edición se ha hecho posible gracias a un acuerdo con Amazon Publishing,
www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Literary Agency.

Diseño de cubierta: Faceout Studio

Publicado por Lira Ediciones
C/ Aragó, 287, 2.º 1.ª
08009, Barcelona
info@liraediciones.com
www.liraediciones.com

ISBN: 978-84-19235-07-7

THEMA: FBA
Conversión a ebook: Taller de los Libros

La guardiana de los finales felices

En el periodo más oscuro de la historia, ¿todavía hay esperanza para los finales felices?

Durante generaciones, la familia de Soline Roussel ha regentado un exclusivo salón de novias en París. De hecho, se dice que la novia que se casa con un vestido Roussel tiene garantizada la felicidad para siempre. Pero la invasión nazi en la Segunda Guerra Mundial lo cambia todo. Soline se convierte en voluntaria en un hospital y allí conoce al hombre de su vida. Sin embargo, su fe en el amor se quiebra cuando debe emigrar sola a Estados Unidos y dejarlo todo atrás.

Cuatro décadas más tarde, en 1985, Rory Grant es una joven de Boston que quiere abrir una galería para artistas emergentes. Para ello, alquila una antigua propiedad de Soline y allí, bajo el hueco de una escalera, descubre una caja que contiene un vestido de novia por estrenar junto con unas misteriosas cartas. Cuando Rory contacta con Soline para devolverle la caja, entre ellas surge una improbable amistad, y es que ambas saben lo que es amar y haber perdido al hombre de su vida. ¿Y si Rory y Soline estaban destinadas a encontrarse? ¿Puede haber un final feliz cuando parece imposible? Al fin y al cabo, tal vez, la magia existe.

«Con un trasfondo histórico y un toque sobrenatural, esta novela hará las delicias de los seguidores de Lucinda Riley.»
Booklist

«Barbara Davis ha escrito una historia de amor y pérdida tejida con maestría en torno a las vidas de dos mujeres que no tienen, en apariencia, nada en común. Esta novela confirma que nuestros propios finales felices pueden estar a la vuelta de la esquina, listos para aparecer en cualquier momento. *La guardiana de los finales felices* es la combinación perfecta de romance y misterio con una pizca de magia. En definitiva, una novela reconfortante y satisfactoria que nadie debería perderse.»
Kerry Anne King, autora *best seller*

«Como un vestido de novia confeccionado con cariño, *La guardiana de los finales felices* está entretejida de secretos, romance y misterio. Esta novela conquistará a los lectores y los convencerá de que la magia de las segundas oportunidades existe.»
Christine Nolfi, autora *best seller*

«Esta intrigante novela está mágicamente entretejida con melancolía, sorpresas y alegrías.»
Historical Novel Society

«Esta historia desgarradora y a la vez hermosa emocionará a cualquiera que haya amado de verdad, perdido cruelmente y luego, de algún modo, encontrado el coraje necesario para seguir adelante.»
Harlequin Junkie

Este libro está dedicado a los millones de trabajadores de la salud de todo el mundo que han arriesgado su seguridad personal para cuidar de nuestros seres queridos en 2020 y en adelante: todos y cada uno de vosotros sois héroes.

Hay héroes de todo tipo, a casi ninguno le colgarán algo brillante en el pecho.

Soline Roussel, la guardiana de los finales felices

Somos las elegidas, siervas de La Mère Divine, *descendientes de un antiguo linaje, llamadas a promover la causa del amor y la verdadera felicidad. Somos las* tisseuses de sorts… *las tejedoras de hechizos.*

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

Nota de la autora

Aunque este relato presenta hechos históricos, es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, acontecimientos, fechas e incidentes son producto de mi imaginación o se utilizan de forma ficticia.

Prólogo

Soline

La fe es un ingrediente esencial. Si perdemos la fe en la magie, *lo perdemos todo.*

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

13 de septiembre de 1976, Boston

Los finales siempre me han hecho llorar. Las últimas notas de una canción que se desvanecen en el silencio; la caída del telón al final de una obra de teatro; el último copo de nieve; las despedidas.

Tantas despedidas.

Todas parecen ya tan lejanas y, sin embargo, tomadas en conjunto, son de una crueldad desazonadora. Creo que he bebido demasiado vino esta noche. Me ha puesto de mal humor. O, quizá, simplemente he tenido demasiada vida, demasiada tristeza, demasiadas cicatrices. Aun así, esas cicatrices me seducen; un mapa de heridas que no me lleva ni hacia delante ni hacia atrás.

He vuelto a bajar la caja del armario y la he dejado sobre la cama. No es pesada en un sentido físico, pero los recuerdos que alberga tienen otro tipo de peso, uno que se siente en el corazón.

Está hecha de un material robusto, un cartón gris y grueso con las esquinas reforzadas con metal y un pesado cordón enhebrado a modo de asa. Contengo la respiración mientras levanto la tapa y doblo las capas de papel de seda arrugado para contemplar el vestido que hay dentro. Ha envejecido con los años, como yo. El paquete de cartas también está ahí, la mayoría en francés, algunas en inglés, atado con una cinta. Las leeré más tarde, como suelo hacer en noches como esta, cuando los lugares vacíos de mi vida se extienden como sombras a mi alrededor. Este ritual mío tiene un orden, una secuencia que nunca altero. Cuando es tanto lo que se ha desarraigado, lo que se ha perdido, hay que buscar consuelo en los rituales. Incluso en los más tristes.

Levanto el vestido y lo sostengo en mis brazos, como se sostiene a un bebé o una promesa: cerca, quizá con demasiada fuerza. Me aproximo al espejo y, por un instante, ella me devuelve la mirada, la chica que era antes de que Hitler llegara a París, llena de esperanza y sueños ingenuos. Pero, un instante después, desaparece. En su lugar está la mujer en la que me he convertido. Desgastada y sola. Sin sueños. Mi mirada se desliza de nuevo hacia la caja, hacia el estuche de cuero marrón que yace en el fondo, y siento que se me encoge el corazón al recordar la primera vez que lo vi. «Guárdalo», dijo cuando me lo puso en las manos aquella última mañana.

Abro el estuche por enésima vez y paso los dedos por el peine de carey y el calzador a juego, la brocha de afeitar y la navaja. Cosas tan personales… Y él me las dio. Saco el frasco de cristal tallado de su banda elástica marrón, vacío desde hace tiempo, y desenrosco el tapón en un intento de percibir el aroma brillante y limpio que he grabado en mi memoria. Una mezcla de agua de mar y cáscara de lima fresca.

«Anson».

Solo que hoy, por primera vez, no hay rastro de él. Durante treinta años he estado acercando esta botella vacía a mi nariz y consolándome con lo único que me quedaba de él: su olor. Y, ahora, incluso eso ha desaparecido.

Espero las lágrimas, pero no llegan. Supongo que pertenecen al pasado; estoy vacía, y quizá sea mejor así. Devuelvo el frasco y cierro el estuche. Mis ojos se desvían hacia el paquete de cartas, el último paso de mi quejumbroso ritual. No las leeré esta noche. Creo que nunca más.

Es hora de dejarlo ir. Es hora de dejarlo ir todo.

Devuelvo el estuche de afeitado a la caja, luego doblo el vestido y lo meto dentro, colocando con ternura las mangas sobre el cuerpo, como he visto que disponen a los difuntos en los funerales. Es lo que toca, supongo. Acaricio la tela una última ocasión, luego lo cubro todo con el papel de seda y bajo la tapa.

«Adieu, Anson, mon amour. C'est la fin».

Uno

Rory

26 de mayo de 1985, Boston

Era imposible que ya fuera domingo.

Rory pulsó el botón de posponer la alarma y se dejó caer sobre la almohada, deseando que el día desapareciera; cinco minutos más tarde, la alarma volvía a sonar. Solo podía significar una cosa: de alguna forma, se había consumido otra semana, difuminada en una confusión de películas viejas y comida para llevar, en noches interminables consagradas a los finales felices de otros.

Un librito barato cayó al suelo cuando apartó las mantas y volvió a la realidad. *Una rosa en invierno,* de Kathleen Woodiwiss, que había terminado de leer anoche sobre las cuatro de la madrugada. Nunca le habían gustado las novelas románticas, pero ahora las devoraba tan rápido como podía. Un placer culpable que la avergonzaba ligeramente, como el juego o la adicción al porno.

Cogió la novela y la arrojó a una cesta de mimbre llena de una docena de libros similares a la espera de que los llevasen a una tienda de caridad. Había otra caja junto a la puerta de entrada y una tercera en el maletero del coche. «Comida basura para el cerebro», los llamaba su madre. Pero los ojos ya se le iban hacia la pila de títulos nuevos en la mesilla. Esa noche le esperaba el último de Johana Lindsey.

Rebuscó entre el revoltijo de cartas sin abrir que había junto a la cama, incluido el catálogo de clases del máster que había tratado de evitar por todos los medios, y por fin localizó el Rolex de oro y acero que su madre le había regalado cuando había terminado la carrera. Como era de esperar, había dejado de funcionar, y la fecha en la pequeña burbuja de aumento tenía un retraso de tres días. Volvió a ajustar la hora y se lo puso en la muñeca, y luego se marcó como objetivo una taza de café fuerte. Imposible afrontar el día de hoy sin cafeína.

En la cocina, observó lo que la rodeaba con una creciente sensación de agobio: el fregadero lleno de platos, el cubo de la basura rebosante, los restos de la comida que había pedido al Eastern Paradise aún en la encimera. Había pensado recoger después de la cena, pero entonces empezó *Niebla en el pasado* y no había podido dejarlo hasta que Greer Garson y Ronald Colman se reunieron al fin. Para cuando dejó de gimotear, se había olvidado de la cocina. Y ahora no había tiempo si quería llegar a la otra punta de la ciudad a las once.

Mientras se echaba un poco de leche en la taza, acarició la idea de llamar y cancelar la cita —un dolor de garganta, una migraña, una intoxicación alimentaria—, pero ya se había escaqueado dos veces ese mes, así que tenía que ir.

En la ducha, se preparó para el interrogatorio que sabía que le esperaba: preguntas sobre sus estudios, sus aficiones, sus planes de futuro. Las preguntas siempre eran las mismas, y cada vez le resultaba más difícil fingir que le importaban lo más mínimo. La verdad era que no tenía aficiones de las que hablar, le horrorizaba la idea de volver a clase y sus planes de futuro estaban muy en duda. Pero pondría buena cara y daría las respuestas correctas, porque eso era lo que se esperaba de ella. Y porque la alternativa, un análisis profundo del agujero negro en que se había convertido su vida, era sencillamente demasiado agotadora como para planteársela.

Fue hacia el dormitorio mientras se secaba el pelo y hacía todo lo posible por resistir la atracción de su mesita de noche, algo que conocía muy bien. Era un ritual que había comenzado hacía poco, el de empezar el día con una o dos cartas de Hux, pero esta mañana no tenía tiempo. Sin embargo, acabó por abrir el cajón inferior y sacar la caja que guardaba allí. Cuarenta y tres sobres con la dirección escrita en su letra fina y desgarbada, un salvavidas que la ataba a él e impedía que tocase fondo.

La primera le había llegado al buzón solo cinco horas después de que su vuelo despegara de Logan. La había enviado por la noche para asegurarse de que llegaba el día correcto. Había escrito otra sentado en la puerta y otra más mientras estaba en el avión. Al principio

habían llegado casi cada día, antes de pasar a una o dos por semana. Y luego, simplemente, habían dejado de llegar.

Miró la foto junto a la cama, tomada en un restaurante del cabo un fin de semana, después de que le hubiera propuesto matrimonio. El doctor Matthew Edward Huxley, Hux para los conocidos. Echaba de menos su cara, su risa, sus bromas estúpidas y su forma de cantar desafinando, su pasión por los juegos de preguntas y sus huevos revueltos perfectos.

Se habían conocido en un evento benéfico para la nueva ala de cuidados intensivos neonatales de Tufts. La sonrisa de Hux le había hecho temblar las rodillas, pero lo que la había ganado del todo era la persona bajo esa sonrisa.

Hijo de dos profesores de educación especial, había aprendido pronto el valor de ayudar a los demás. Pero durante su primer año en la Universidad de Carolina del Norte, un camión maderero se saltó la mediana de la I-40 y chocó de frente con el coche de sus padres. Dejó los estudios después del funeral, amargado y sin rumbo, y pasó un verano en los Outer Banks, jugando a ser vagabundo en la playa con un grupo de surfistas y adormeciendo el dolor con ron.

Con el tiempo, se sobrepuso, volvió a la universidad y entró en la facultad de Medicina. Su plan era especializarse en medicina interna, pero tras una semana de rondas pediátricas, el plan cambió. Al terminar la residencia, en enroló en Médicos Sin Fronteras para ofrecer atención médica a los niños de Sudán del Sur, una forma de honrar la memoria de sus padres.

Era una de las cosas que más amaba de él. Su historia era de todo menos perfecta; Matthew Huxley no nació en una cuna de oro ni pasó su infancia en el club de campo. Había pasado por algunas cosas que habían hecho tambalearse los cimientos de su vida, pero había vuelto a levantarse y encontrado la manera de aportar a la sociedad. Fue duro decirle adiós cuando llegó el momento, pero estaba orgullosa del trabajo que se había comprometido a hacer, aunque le resultara difícil leer sus cartas.

En una le confesaba que había empezado a fumar. «Aquí todo el mundo fuma como un carretero, tal vez para evitar que les tiemblen las manos. Estamos todos muy cansados». En otra había escrito sobre una periodista llamada Teresa, que estaba haciendo un reportaje para la BBC, y sobre cómo lo mantenía conectado con el mundo exterior. También escribía del trabajo, de los días interminables en quirófanos improvisados; de los niños mutilados, huérfanos, aterrorizados. Era peor de lo que nunca se habría imaginado, pero lo convertía en un mejor médico; más duro, pero más compasivo.

El ritmo era extenuante; el trauma emocional, mayor de lo que podía expresar en papel. «En Estados Unidos estamos muy mimados.

No podemos comprender el alcance de la anarquía y la barbarie, la miseria desgarradora que existe en otros lugares, la falta de la más mínima humanidad. Lo que hacemos, yo, todos nosotros, es una gota en el océano cuando ves lo que está sucediendo aquí».

Esa fue la última que recibió.

Pasó una semana, dos, tres sin que sus cartas tuvieran respuesta. Y entonces, un día, cuando escuchaba la radio, supo la razón: Estados Unidos confirmaba que una banda de rebeldes armados había secuestrado a tres trabajadores en un asalto a primera hora en Sudán del Sur, incluido un médico estadounidense, una enfermera de Nueva Zelanda y una periodista británica en misión para la BBC y la revista *World*.

Le había llevado varios días confirmar lo que ya sabía, que Hux era el estadounidense capturado, pero no había pistas. Nada sobre el camión que los testigos habían visto alejarse. Ninguna descripción de los hombres que los habían obligado a salir de la clínica a punta de pistola, y ni una palabra de nadie que se adjudicase la autoría, cosa que, por lo general, pasaba en las primeras cuarenta y ocho horas. Sencillamente, se habían esfumado.

Cinco meses más tarde, seguía a la espera. Según el Departamento de Estado, empleaban todos los recursos y seguían todas las pistas, aunque no había muchas. Ocho semanas antes, se había llevado a cabo una redada nocturna en una cabaña abandonada en Libia después de que alguien informase de que había visto a una mujer que se ajustaba a la descripción de la periodista desaparecida, pero, para cuando entraron, la cabaña ya estaba vacía.

La versión oficial del Departamento de Estado era que «seguían trabajando con varias organizaciones humanitarias para localizar a todo el personal y asegurar que volvieran sanos y salvos», pero la verdad era que no había información nueva, por lo que las posibilidades de que todo acabara bien eran cada vez más remotas.

Rory miró fijamente la caja con el deseo de coger una o dos cartas y volver a meterse en la cama, pero tenía un lugar al que ir. En realidad, dos lugares, si contaba su promesa de encontrarse con Lisette aquella tarde en el Besos de Azúcar.

Veinte minutos después, cogió el bolso y las llaves y se miró en el espejo una última vez. Pantalones blancos y una camisa de seda sin mangas, color melocotón claro. El pelo húmedo recogido en una coleta. Una sola capa de rímel, otra de brillo de labios y unos sencillos pendientes de diamantes. Sabía que no estaba a la altura, pero cuando se trataba de su madre, nada lo estaba.

Dos

Rory

El aroma a *scones* de arándanos y café recién molido recibió a Rory cuando entró. Escuchó el zumbido del exprimidor de su madre, que llegaba de la cocina, mientras se quitaba los zapatos planos y los acomodaba junto a la puerta, apuntando hacia fuera, en caso de que tuviese que hacer una huida apresurada. Dios sabía que no sería la primera vez.

Como de costumbre, la casa estaba inmaculada, un estudio decorado con dinero y buen gusto, con sus alfombras *beige* acolchadas y sus muebles cuidadosamente combinados. Por supuesto, en las paredes estaban los cuadros de rigor: cuencos de fruta y jarras de amapolas desmayadas dentro de pesados marcos de oro. Ni un solo objeto torcido ni una mota de polvo a la vista.

Incluso cuando era niña había tenido ese aspecto, gracias a las rigurosas reglas de limpieza que imponía su madre. Prohibidos los zapatos más allá del recibidor; apoyar las manos en las paredes; la comida y bebida fuera del comedor, a menos que hubiera una fiesta. Y había montones de fiestas. Meriendas, cócteles, cenas y, por supuesto, los eventos de recaudación de fondos para las organizaciones benéficas de su madre, cada uno de ellos con un *catering* perfecto y que luego recogía minuciosamente un equipo de profesionales cuyo número estaba guardado en marcación rápida.

Encontró a su madre en la cocina, llenando con zumo de naranja

recién exprimido una jarra de cristal tallado. Su pulsera de oro con dijes resplandecía mientras trabajaba. Tenía un aspecto pulcro y cuidado con sus pantalones caqui, su blusa blanca almidonada y sus pesados bucles color oro recogidos en una coleta baja al estilo de la revista *Town & Country*. Como de costumbre, su maquillaje era impecable: ojos sutiles, un toque de colorete en las mejillas y una pizca de brillo escarchado color melocotón en los labios. A sus cuarenta y dos años, todavía era capaz de robar miradas.

Levantó la vista cuando Rory entró.

—Al fin llegas —dijo mientras hacía un veloz pero completo inventario del aspecto de su hija—. Empezaba a pensar que no vendrías, para variar. ¿Tienes el pelo mojado?

—No he tenido tiempo de secármelo. ¿En qué te ayudo?

—Ya está todo hecho, y espero que no se haya enfriado. —Le pasó a Rory un plato con melón perfectamente cortado y un cuenco rebosante de fresas—. Lleva esto a la mesa, yo traeré el resto.

Rory cogió la fruta y salió a la terraza. Era una mañana perfecta, con el cielo tan azul que producía vértigo y una brisa cargada con la promesa de un verano temprano. A sus pies, Boston se extendía hacia todas las direcciones en un revoltijo de calles tortuosas y tejados desordenados. Storrow Drive, con su fila de coches interminable; el Esplanade, amplio, frondoso y verde; el tramo brillante del río Charles, salpicado de pequeños veleros relucientes.

Adoraba la ciudad con todas sus contradicciones, su rica historia colonial y su vibrante crisol de culturas. Arte, comida, música y ciencia codeándose y compitiendo por llamar la atención. Pero verla así, lejos del trajín y el ruido, tenía algo que de niña siempre le había resultado un poco mágico, como si de pronto fueran a crecerle alas con las que marcharse volando.

Cuando era pequeña solía soñar con ello, con ser otra persona y vivir otra vida. Una que fuera suya. Una carrera que no tuviera nada que ver con su madre, un marido que no se pareciese en nada a su padre. Y casi lo había conseguido.

Casi.

El mundo era como una piedra sobre su pecho, su peso la acompañaba siempre haciendo que tareas sencillas como ir al mercado o encontrarse con una amiga resultaran casi abrumadoras. Esa necesidad de aislarse del exterior no era normal, pero tampoco era nueva. Siempre había tendido hacia el extremo introvertido del espectro y había hecho todo lo posible para evitar las cenas y otros eventos sociales, por no mencionar toda la atención que traía aparejada ser la hija de uno de los miembros más prominentes de las élites sociales y filantrópicas de Boston.

Nunca un cabello despeinado, nunca un paso en falso: así era Camilla Lowell Grant. La ropa correcta, la casa correcta, el arte correcto. Todo correcto, si no se contaban al marido impenitentemente infiel y la hija intratable. Aun así, Camilla soportaba sus cargas con una entereza admirable. Casi siempre.

Rory contempló la mesa mientras dejaba los platos con la fruta. Parecía algo sacado de la revista *Victoria:* un mantel de un blanco impecable con la vajilla Royal Albert de su abuela, servilletas de lino pulcramente dobladas junto a cada cubierto y, en el centro, un cuenco de gardenias de un blanco ceroso, la flor predilecta de su madre. Perfecto, como siempre.

La tradición del *brunch* había comenzado en su decimosegundo cumpleaños y rápidamente se había convertido en un evento semanal. El menú era distinto cada vez: fruta fresca y algo de repostería casera, tostas triangulares con salmón ahumado y cremoso queso Boursin, tortillas impecables con lo que estuviera de temporada, y la única constante: mimosas hechas con zumo de naranja recién exprimido y Veuve Clicquot en el punto perfecto de frío.

Se suponía que era una ocasión para ponerse al día, pero, últimamente, sus reuniones eran cada vez más tensas, a medida que su madre encontraba formas nuevas y poco sutiles de sugerir que tal vez era momento de seguir adelante con su vida.

Rory se toqueteó el anillo de rubíes que llevaba en la mano izquierda, un óvalo pequeño con una muesca diminuta en la base. Era el anillo con el que el padre de Hux había pedido matrimonio a su madre; todo lo que había podido permitirse un soldado que regresaba de la guerra de Corea. Hux le había prometido ir a comprar un anillo decente, pero había querido utilizar el anillo de su madre para pedirle que se casara con él. Conmovida por su sentimentalismo, Rory había optado por quedarse con el original, entusiasmada de que le confiase algo tan valioso. Ahora, el anillo de su madre era todo cuanto tenía.

Apartó estos pensamientos cuando Camilla apareció con dos platos.

—*Frittata* de setas y espárragos —anunció mientras los dejaba en la mesa con una floritura.

—Tiene una pinta deliciosa —dijo Rory, que se sentó en su silla de siempre. Su madre nunca había sido muy de estar en casa, pero, sin duda, sabía cocinar.

Camilla cogió varios catálogos que llevaba bajo el brazo y se los tendió a Rory antes de sentarse frente a ella.

—Llegaron la semana pasada, pero no viniste al *brunch.* Estuve tentada de decirle a la cartera que no conocía a ninguna Rory y preguntarle si tenía algo para mi hija, Aurora.

Rory esbozó una sonrisa forzada.

—Necesitas material nuevo, madre. Esa broma ya está muy gastada.

—Rory es nombre de chico. Tú te llamas Aurora, y es un nombre precioso. Un nombre de señorita.

—Un nombre de señora —objetó Rory—. Y fue papá quien empezó a llamarme Rory. Está claro que a él nunca le molestó.

Camilla respondió con un resoplido.

—Para que le molestase tendría que haber estado en casa.

Rory cogió el tenedor y comenzó a pinchar su *frittata* sin energía. Era cierto. Los intereses de su padre siempre habían estado en otra parte. No sabía cuántas aventuras había habido, aunque sospechaba que su madre podría darle un cómputo exacto. Tenía bien controladas a las mujeres que habían entrado y salido de la vida de Geoffrey Grant a lo largo de los años, y añadía cada nombre a la colección con minuciosidad, como monedas a una hucha.

Rory no podía comprender por qué su madre nunca se había divorciado, aunque sospechaba que el fin de semana en Doral con su secretaria de veintiocho años habría sido el golpe de gracia si él no hubiera acabado muriéndose en la cama con ella antes. Era el tipo de escándalo del que la mayoría de esposas de la alta sociedad nunca acababan de recuperarse, un cliché del tipo más delicioso y desastroso, pero para Camilla se había convertido en la joya de la corona de su colección de traiciones, una medalla de honor que había comprado con su orgullo.

—¿No comes?

Rory cogió una fresa y comenzó a mordisquearla obedientemente. Camilla había sacado la botella de Veuve del hielo y se estaba peleando con el corcho. Después de unos minutos, Rory alargó la mano y le cogió la botella.

—Déjame a mí, antes de que le saques un ojo a alguien.

El corcho se liberó con un *pop* hueco. Rory sirvió el champán en las copas y añadió un chorrito de zumo de naranja.

Chocaron las copas sin decir nada, por costumbre, y centraron su atención en la comida. Camilla llevó la voz cantante en la conversación, sin que Rory tuviese que participar demasiado. Chismes sobre cirugía plástica y rumores de divorcios, el próximo viaje de una amiga a Irlanda, el programa de la Boston Opera House de la próxima temporada, el tema para la gala benéfica de Navidad que estaba organizando de nuevo este año. Al fin, la charla insustancial se acabó y la conversación pasó a un terreno familiar, aunque incómodo.

—Me encontré con Dinah Marshall el otro día, cuando llevé a arreglar el reloj. Denise, su hija pequeña, irá a la Boston College en otoño. Va a estudiar música; arpa, creo. Le dije que volvías a Tufts, en

agosto, a terminar el máster. Y luego, tal vez, a París el verano que viene para las prácticas de las que hablamos. Me dijo que te felicitara de su parte.

—Denise toca el piano —respondió Rory con monotonía—. La que toca el arpa es Patricia.

—Sí, por supuesto, el piano. —Camilla cogió su servilleta y se limpió la boca delicadamente a toquecitos—. ¿Y qué hay de ti? ¿Tienes ganas de volver?

Rory cogió la botella de champán y se rellenó la copa, prescindiendo esta vez del zumo de naranja. Bebió unos sorbos con lentitud y luego levantó la vista para mirar a su madre.

—No tengo ganas de nada.

Camilla suspiró mientras se servía un *scone.*

—¿Ya estás haciendo pucheros, Aurora?

—Tengo veintitrés años, madre. No hago pucheros.

—¿De verdad? ¿Y cómo llamas a lo de ahora?

Rory dejó la mimosa y se sentó muy erguida.

—Hace tres semanas que no nos vemos. ¿Ni siquiera pensabas preguntarme por Hux?

Camilla la miró parpadeando.

—Por supuesto que sí.

—¿Cuándo? Hemos terminado el desayuno. Hemos hablado del *lifting* de Vicky Foster, de lo mala que es la comida en Reino Unido, de tus planes para la gala navideña y de que la hija de Dinah Marshall vuelve a la universidad. Pero no has encontrado el momento de mencionar el nombre de mi prometido.

—Por favor, no esperarías que soltase algo así en el desayuno.

—¿Qué tiene que ver el desayuno?

Las comisuras de los labios de Camilla se curvaron hacia abajo en un mohín casi perfecto.

—Estaba teniendo tacto.

—¿Tacto? —La palabra puso a Rory de los nervios, como si los buenos modales en la mesa fueran una excusa para pasar de todo—. No necesito que tengas tacto, madre, necesito que te importe. Pero no te importa; nunca te ha importado.

Camilla abrió mucho los ojos.

—Vaya cosas me dices.

—Nunca te gustó Hux. Desde el primer día te comportaste como si fuera una especie de fase que se me fuera a pasar, igual que cuando esperabas que me dejase de gustar el fútbol.

—Eso no es verdad.

—Claro que lo es. No te gustaba su aspecto, ni que hiciera surf, ni

el hecho de que se fuera de voluntario. Pero el verdadero problema es que no te gusta que sea de una pequeña ciudad costera de Carolina del Norte de la que nadie ha oído hablar. Que sus padres fueran profesores de instituto en vez de encargarse de organizar partidas de cartas y cenas de gala.

Ahí estaba, esa cara de indignación inconfundible de su madre: los hombros cuadrados y la barbilla levantada, la mirada gélida desde lo alto de su perfecta nariz aristocrática.

—Lo que insinúas es horrible.

—No lo he insinuado, lo he dicho directamente. La mayoría de madres considerarían a alguien como Hux un gran partido, pero tú, no. Tú quieres a alguien con el apellido adecuado y una pegatina del Mayflower en su cofre de antigüedades, y ahora que Hux ha desaparecido, crees que tienes otra oportunidad. Aunque no estoy segura de por qué crees que tu historial conyugal te cualifica para escoger el marido de nadie.

Camilla se quedó inmóvil, con el rostro petrificado, como si hubiera recibido una bofetada que no se esperaba.

—Lo siento —se apresuró a decir Rory—. No pretendía…

—Por supuesto que sí.

Rory dejó escapar un suspiro, enfadada consigo misma por asestar un golpe tan bajo.

—Lo siento. Me estaba desahogando y te ha pillado en medio.

La expresión de Camilla se transformó en una de preocupación.

—¿Ha habido… noticias?

—No, ninguna. Da igual, no quiero hablar del tema.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar? No tengo la menor idea de qué es de tu vida últimamente. No me devuelves las llamadas, rechazas mis invitaciones a cenar, te has saltado el *brunch* dos semanas seguidas. ¿Qué has estado haciendo?

Rory clavó la mirada en su copa, con la garganta repentinamente seca.

—Más que nada, esperar.

—Cariño… —Camilla estiró los dedos y le apartó el flequillo de los ojos.

—Para —saltó Rory, mientras apartaba su mano—. No quiero darte pena.

—¿Qué quieres, entonces? Estoy preocupada por ti. Te pasas los días con la nariz enterrada en uno de esos libros espantosos o pegada a la televisión viendo dramas en blanco y negro hasta la madrugada. Ya hemos hablado de esto. No es sano.

—Estoy bien. Solo… —Rory apartó la vista, deseando desesperadamente no volver a tener esta discusión—. Solo necesito

tiempo.

—Cariño, han pasado cinco meses.

Rory le lanzó una mirada.

—No sabía que hubiera un límite.

—No lo decía en ese sentido. Solo me refería a que, sea lo que sea lo que le ha pasado a Matthew, tanto si está vivo en algún lugar como si… —Camilla se interrumpió, como si sopesara con cuidado sus próximas palabras—. Tú sigues aquí, Aurora. Sigues viva. Tienes que seguir adelante, pase lo que pase.

Rory se tragó la quemazón de las lágrimas. Quería creer que Hux estaba vivo en alguna parte, que volvería a casa, a su lado, algún día, pero el temor siempre estaba ahí, como una mano invisible flotando sobre su hombro. ¿Sería mañana el día en que recibiría la noticia? ¿Cómo sucedería? ¿Una carta, una llamada? ¿Alguien se presentaría en su puerta, tal vez? Nunca había reunido el valor suficiente para preguntárselo. Preguntárselo lo habría vuelto demasiado real, y ya era bastante duro.

—¿Y si no puedo seguir adelante?

—No digas tonterías. Por supuesto que puedes; es lo que hacen los Grant.

Rory reprimió un suspiro deseando poder hacer que su madre lo entendiera.

—Es que todo me da igual. Todo. —Miró a su madre, tan fría y bien arreglada, impávida—. No tienes ni idea de cómo es, ¿verdad? Levantarte por la mañana y no tener ganas de apoyar los pies en el suelo, de ducharte y vestirte y salir al mundo donde, mires donde mires, la vida se aleja al galope sin ti. Nunca has perdido a alguien que te importase. Y no digas que papá, las dos sabemos que no es lo mismo.

Camilla abrió la boca y volvió a cerrarla, como si hubiera repensado su respuesta inicial.

—No tienes ni idea de lo que he perdido, Aurora —dijo al fin.

Rory entornó los ojos, sorprendida por el tono críptico de Camilla. Había tanto que no sabía sobre la vida de su madre, tanto que había enclaustrado o de lo que se negaba a hablar.

—¿Hubo alguien? —preguntó con suavidad—. ¿Alguien antes de papá?

—Tenía dieciocho años cuando me casé con tu padre, no hubo tiempo de que hubiera nadie más.

—Bueno, vale, no antes. Pero, después… ¿durante?

Camilla la miró con espanto.

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¿qué es lo que no sé?

Camilla agitó la mano. Era evidente que quería cambiar de tema.

—Nada, ahora ya no importa. Pero que conste que las madres también somos humanas. Hemos tenido vidas y sufrido decepciones. Sangramos como todo el mundo. Pero tenemos responsabilidades, deberes que cumplir y apariencias que mantener, y así podemos seguir adelante.

—Pero yo miro adelante y no veo nada. Es como si el futuro hubiera… desaparecido.

—Tienes que salir, Aurora, estar con gente. Hay un cóctel la semana que viene, en Marcos. Uno de los eventos privados que Cassandra Maitland celebra para una chelista nueva que ha descubierto. ¿Por qué no vienes conmigo? Podríamos ir a Rosella a arreglarnos el pelo y las uñas por la mañana, que te corten un poco ese flequillo, y luego buscar algo divertido que ponernos. No hay nada como un buen despilfarro antes de una fiesta para animarse. Y te hará bien ver a algunos de tus viejos amigos para volver a sentirte normal.

Rory la miró fríamente.

—¿Normal?

—Por favor, no me mires así. No puedes seguir escondiéndote, estoy preocupada por ti. Tal vez sea hora de… hablar con alguien.

Rory se puso tensa.

—¿Crees que estoy loca?

Camilla dobló la servilleta con cuidado antes de apartarla.

—Creo que te está costando sobrellevar lo que ha pasado y que hablar con alguien sobre el tema podría ayudarte. —Hizo una pausa y añadió con tacto—: Alguien en quien confíes.

Rory se quedó sentada en silencio asimilando el aguijonazo de las palabras de su madre.

—Lo siento —dijo al fin—. Por lo de antes y por lo que he dicho. Es solo que… Hux. —La garganta se le encogió al pronunciar su nombre—. El viernes me pasé de nuevo dos horas al teléfono, casi todo el tiempo en espera. Siempre es la misma historia: «Hacemos todo lo que está en nuestras manos». Pero no es cierto. ¿Cómo podría serlo, cuando ni siquiera saben dónde está?

Camilla respondió con otro de sus resoplidos de costumbre.

—¿Que cómo es posible? Sin duda, tenemos gente que se especializa en este tipo de cosas. Embajadores, diplomáticos. El presidente, por el amor de Dios.

Un peso que ya le era conocido se alojó en el pecho de Rory, el mismo peso que siempre se alojaba allí cuando se permitía pensar lo impensable.

—Empiezo a creer que no volverá.

—Calla, niña —dijo Camilla, mientras le tomaba la mano—. No

hables así. Tienes que mantener la cabeza alta y ser valiente.

Rory reprimió un torrente de lágrimas mientras recordaba su primer año de instituto, cuando juró no volver a aparecer por la escuela después de no conseguir entrar en el equipo de natación. Camilla la había abrazado fuerte y le había susurrado las mismas palabras al oído. «Tienes que mantener la cabeza alta y ser valiente». Pero no se sentía valiente, sino anestesiada. Perdida y exhausta.

—Leí en alguna parte que, cuanto más tiempo pase desaparecido, menores son las posibilidades de encontrarlo con vida. —Se secó las lágrimas con la mano—. Empiezo a perder la esperanza.

—Para, ahora mismo. Te lo digo de verdad. No debes mortificarte con esos pensamientos; te sentirás mejor cuando vuelvas a la universidad en otoño y regreses a tu vieja rutina, las clases y las actividades con tus amigas. Te ayudará a ocupar las horas.

Rory pensó en el catálogo de clases en su mesita de noche y asintió, porque era lo que se esperaba de ella. Mantener el tipo y volver a la universidad a terminar su máster en Bellas Artes; luego las prácticas, si su madre se salía con la suya, y, tal vez algún día, un puesto de conservadora. Tan diferente del futuro que Hux y ella habían planeado para después de su paso por Médicos sin Fronteras.

—¿Sabes? —dijo Camilla, con indecisión—, estaba pensando que, tal vez, sería buena idea que volvieras a casa hasta que las cosas se hayan… calmado. Ahora solo estoy yo dando vueltas por aquí, y tu habitación está tal y como la dejaste.

—¿Volver a casa?

—Podría cuidar de ti, hacerte la comida. No tendrías que preocuparte de nada más que de tus estudios.

«Sus estudios. La universidad. ¡Había quedado con Lisette!».

—Oh, no. ¿Qué hora es? —Rory se miró el reloj—. Tengo que irme.

—¿Qué? ¿Ahora?

—La hermana pequeña de Janelle Turner se ha apuntado al curso de verano y le prometí que nos encontraríamos para darle un par de mis antiguos libros de texto.

—¿Hoy? ¿Sabiendo que teníamos *brunch?*

—Lo sé, lo siento. Pero tiene que estar en Braintree a las tres para la fiesta de aniversario de sus padres, y las clases empiezan mañana. Era el único momento que nos iba bien.

—Pero si casi no has comido nada. Al menos déjame que te prepare algo.

—Gracias —dijo Rory mientras se ponía en pie—. Estoy bien, pero odio dejarte con todo esto.

—Tampoco es que tenga nada más que hacer. ¿Te veré la semana

que viene?

Algo, la arruga entre las cejas finamente perfiladas de Camilla o la curva descendente de su boca, remordió la consciencia de Rory.

—Sí. El domingo que viene, lo prometo. —Estaba a punto de marcharse cuando se inclinó para darle un beso a su madre en la mejilla—. De verdad que siento lo de antes. Lo del matrimonio. No debería haberlo dicho.

Camilla se encogió de hombros.

—No, no deberías haberlo dicho, pero no te equivocabas. Ahora ve a ver a tu amiga.

Tres

Rory

Rory miró su reloj al salir de la confitería Besos de Azúcar y mezclarse con la multitud de peatones que avanzaban por la acera de la calle Newbury. Su encuentro con Lisette le había llevado más de lo esperado, y tendría que acelerar el paso si quería llegar al coche a tiempo para evitar encontrarse con una multa.

En la esquina, mientras esperaba a que el semáforo se pusiera verde, sus pensamientos volaron hacia la conversación con su madre de aquella mañana. Había dicho cosas que se había prometido a sí misma que nunca diría (aunque fueran ciertas) y había metido el dedo en la llaga.

Pero la indignación de su madre no había sido lo único que había despertado su curiosidad. Cuando estaba hablando sobre Hux, sobre cómo era perder a alguien, había habido un momento en que su madre había cerrado los ojos y se había quedado completamente inmóvil, como si mantuviera a raya un recuerdo desagradable. Un excepcional momento de vulnerabilidad de una mujer que nunca parecía vulnerable.

«Sangramos como todo el mundo».

Excepto que, en el caso de Camilla Grant, no era del todo cierto. Al menos, Rory nunca lo había visto. Cuando era niña, su madre parecía esculpida en mármol, pura, fina y fría al tacto, *La esclava griega* de Hiram Power, pero con la solidez broncínea de la *Eva* de Rodin.

Imperturbable, o eso había creído. Pero, aquel momento, esa mañana, esa expresión en su rostro… «No tienes ni idea de lo que he perdido, Aurora». ¿A qué se refería? Al parecer, no a un amante. No es que hubiera culpado a su madre de haber buscado consuelo fuera de su matrimonio: no recordaba a sus padres compartiendo habitación, menos aún cama. Qué sola debió de sentirse.

Al fin, el semáforo se puso en verde y la multitud que aguardaba en el bordillo empezó a avanzar. Estaba a punto de cruzar el paso de cebra cuando una vieja casa adosada en la esquina de enfrente captó su atención y se detuvo.

Como casa, no tenía nada de especial: tres plantas de ladrillo rojo gastado con una torre sobre la esquina redondeada y una torrecilla que daba al exterior. Había docenas como esa a lo largo de la calle Newbury, pero esta tenía algo lo bastante diferente como para detenerla en seco.

Las ventanas sin cortinas estaban cubiertas de una capa de mugre; delante había una banda de césped demasiado crecido y algo de basura esparcida en torno a los agrietados escalones de la entrada. Estaba vacía, no había duda. Y, sin embargo, tenía la extraña sensación de que la observaban desde una de las ventanas superiores.

Estaba pensando en echar un vistazo más de cerca cuando pasó un coche de policía; eso le recordó que, a seis manzanas, el parquímetro seguía corriendo. No era el momento de satisfacer su curiosidad. Pero mientras seguía bajando por la calle Newbury, volvió la vista atrás con una punzada de arrepentimiento. Era una sensación extraña, similar a la de marcharse de una fiesta justo cuando las cosas comienzan a ponerse interesantes. Algo le decía que la casa adosada todavía no había terminado con ella.



Eran casi las cuatro cuando Rory regresó, por fin, a casa. Había evitado la multa por los pelos, cosa que había decidido interpretar como un buen augurio. Esos días no podía desperdiciar ninguna victoria. Se limpió el maquillaje y se quitó la ropa del *brunch* para cambiarla por un pantalón de chándal y una camiseta. La televisión del dormitorio estaba encendida, como siempre, pero con el volumen muy bajo. Cary Grant y Katharine Hepburn en *La fiera de mi niña.* Era otra de las peculiares costumbres que había desarrollado, dejar la televisión encendida día y noche. Era como estar acompañada y le ayudaba a amortiguar el silencio, que se llenaba con demasiada facilidad de pensamientos oscuros.

«Creo que te está costando sobrellevar lo que ha pasado».

Las palabras de su madre resonaban como un eco molesto. Por supuesto que le costaba sobrellevarlo, su prometido había desaparecido sin dejar rastro. Y contarle sus problemas a un extraño que se limitase a mascullar «Sí, comprendo» no iba a cambiar nada.

En la cocina, se abrió paso entre envases vacíos de comida para llevar y un fregadero lleno de platos sucios mientras metía en el microondas un cuenco de minestrón en lata. ¿Esta era ahora su vida? ¿Vivir a base de sopa enlatada y comida para llevar mientras los platos se amontonaban? ¿Pilas de novelas románticas y reñir todas las semanas con su madre?

Si no tenía cuidado, acabaría como una de esas mujeres cuya vida entera giraba en torno al cuidado y la alimentación de sus dieciocho gatos. ¿Exageraba? Tal vez. Pero, en cualquier caso, no era algo imposible. Aunque tendría que hacerse con algunos gatos y unas cuantas batas con estampado floral. Y puede que un par de pantuflas peludas.

Cerró los ojos para apartar las imágenes deprimentes. Había crecido rodeada de privilegios, era la quintaesencia de una niña rico: coches, ropa, todo de diseño; campamentos de verano de élite y los mejores colegios. Nunca le había faltado de nada, excepto una vida propia. De pequeña había soñado con escapar de la atracción gravitacional de su madre para trazar su propio camino, y más adelante había estado a punto de hacerlo realidad. Entonces, Hux desapareció, y todo se vino abajo.

¿Dónde estaría hoy, en ese preciso instante, si hubiera seguido el consejo de Hux de perseguir su sueño? En una galería propia para artistas emergentes. La llamaría Desconocidos. El nombre era cosa de Hux. De hecho, toda la idea había sido suya.

Habían ido a escuchar una banda nueva en uno de los *pubs* locales y acabaron quedándose hasta el cierre. Las calles estaban tranquilas y escogieron caminar en vez de pedir un taxi. Hux le había pasado un brazo por el hombro y ella había recibido agradecida su calor en la fresca noche de otoño. Rory había reducido el paso al ver una pequeña galería, y se detuvieron a admirar una de las piezas en el escaparate.

—Te gusta el arte —había observado Hux con inusitada seriedad para él—, estudias arte, tienes una carrera en arte. ¿Por qué no haces arte?

Rory le sonrió con picardía.

—¿Quién dice que no hago arte?

—Espera. ¿Pintas?

—¿Pintar? No. He experimentado un poco con textiles, pero solo

como *hobby*. Menos mal. El arte puede ser algo muy caótico, y mi madre nunca permitiría que hubiera caos en casa. Si se sale con la suya, seguiré sus pasos y seré historiadora o conservadora. Algo respetable y pulcro.

—¿Y si te sales con la tuya?

Rory lo miró parpadeando, consternada al darse cuenta de que esperaba una respuesta, y con aún más consternación al comprender que no la tenía. Nunca nadie le había preguntado qué quería. Le habían dado opciones, sobre todo su madre, como un menú de un restaurante chino. Escoge una de la columna A y otra de la columna B. La columna A sería casarse con el hombre adecuado, hijos y una casa de buen gusto, y la columna B, lo relacionado con su carrera. Lo cierto es que ningún Grant necesitaba trabajar, pero en las familias de rancio abolengo y dinero aún más rancio, no dedicarse a alguna ocupación llamativa se consideraba vulgar. Después de todo, no eran de Palm Beach.

—La verdad es que no lo sé —contestó al fin—. Supongo que tendría un pequeño estudio en alguna parte, uno de verdad, con vistas al mar, y haría paisajes marinos preciosos con todo tipo de telas.

—¿Eso existe?

—Se llama arte textil. Piensa en una combinación de escultura y pintura hecha con trozos de tela. Comencé a jugar con ello cuando era una niña. Me encantaba el mar, pero mis padres nunca tenían tiempo de llevarme, así que hacía mis propias playas con retazos de telas. Todavía juego con ello de vez en cuando, pero con los estudios es difícil encontrar el tiempo.

—¿Cómo es que no sabía nada de esto?

Ella se encogió de hombros y se sintió tímida de repente.

—Solo es un *hobby*.

Hux la acercó y le dio un beso en la frente.

—Rory Grant, estás llena de sorpresas. —Se pusieron en marcha otra vez, Rory con la mano en el bolsillo de la chaqueta de él—. Entonces, ¿por qué nunca he visto ninguna de tus obras? No recuerdo haber visto nada como lo que has descrito colgado en tu apartamento.

—Hay uno en el cuarto de invitados. Y algunos más en el armario.

—¿El cuarto de invitados al que no me dejas entrar?

—Porque está hecho un desastre. Lo utilizaba como estudio cuando los vendía.

Hux dejó de caminar y se volvió para mirarla.

—Creía que habías dicho que solo era un *hobby*.

Rory se encogió de hombros.

—Lo es…, o lo era. Como he dicho, no tengo tiempo. Pero una amiga sacó unas cuantas fotos una vez y se las enseñó a un diseñador

de interiores que conoce. Se llevó siete piezas en consignación y las vendió en dos semanas.

—¡Ajá! Otra parte de la historia sale a la luz. Bueno, ¿cuándo puedo echar un vistazo? ¿O no estoy a la altura?

Su entusiasmo había levantado pequeños remolinos de placer en el pecho de Rory. Normalmente le producía aprensión mencionar su arte, pero le gustaba que alguien la tomara en serio.

—Si de verdad te interesa, puedo organizar un pase privado… a menos que tengas prisa por irte a casa.

—¿Cómo? ¿Ahora?

Le tomó la mano.

—Ven conmigo.

Quince minutos más tarde, estaban delante de Finn's, uno de los restaurantes de marisco más exclusivos de Boston, contemplando un paisaje marino bellamente iluminado en el escaparate.

Rory se quedó en silencio tratando de ver la obra como la vería Hux: por primera vez. Un mar tortuoso y una orilla llena de rocas, un cielo bajo y plomizo. Había escogido las telas a conciencia. Muaré de seda y trozos de tafetán arrugado, tela vaquera, sarga, crepé de China, tul y trozos de encaje espumosos, todo cuidadosamente superpuesto para crear una sensación de movimiento y profundidad.

Había tardado casi seis meses en acabarlo y se había vendido por la friolera de setecientos dólares. No es que le importara el dinero. A diferencia de la mayoría de los artistas, podía permitirse ese lujo. Para ella, lo importante era que estuviera colgado en el escaparate de un restaurante famoso, con sus iniciales en la esquina inferior derecha, donde todo Boston podía verlo.

—¿De verdad lo has hecho tú? —le preguntó Hux con los ojos todavía clavados en la vidriera—. Es increíble. Es como si pudiera sumergirme en esas olas. Y el cielo… —La mitad de su rostro quedó en las sombras cuando al fin se volvió a mirarla, pero la mitad que veía sonreía—. Rory, esto es más que un *hobby*. Es un don. ¿Eran todos como este?

—Similares, pero este es mi favorito. Se llama *Norte de noviembre.*

—Aún no me lo creo. Deberías tener obras en galerías de toda la ciudad.

Rory rio.

—Ojalá.

—¿Qué?

—No pones tu trabajo en una galería sin más, Hux. Sobre todo si eres un don nadie. Un artista nuevo tiene más posibilidades de ganar la lotería que de entrar en una exposición decente. De hecho, estoy bastante segura de que la única razón por la que esta terminó aquí es

porque mi apellido es Grant. El dueño pensó que lo congraciaría con mi madre. Ciertamente, se equivocó.

—¿Tu madre no apoya tu arte?

—Ese es el problema. No lo considera arte; al menos, no arte de verdad.

—¿Qué es arte de verdad?

—Los maestros. Rembrandt, Rafael, Caravaggio.

—Todos llevan siglos muertos.

—Exacto.

Hux frunció el ceño sacudiendo la cabeza.

—¿Entonces tienes que estar muerta para que tu arte valga algo? No parece muy justo.

—No, pero es lo que hay. A menos que vendas bien en una subasta, nadie quiere darle una oportunidad a tu obra. Si por mí fuera, me encargaría de que hubiera galerías dedicadas por completo a artistas de los que nadie ha oído hablar.

—¿Lo harías?

—Sí.

—Entonces abre una. Aquí, en Boston.

Rory lo miró fijamente mientras la idea comenzaba a tomar forma. Un escaparate para artistas de los que nadie había oído hablar. No tenía ni idea de cómo empezar, y su madre odiaría el proyecto. Aun así, era difícil ignorar el repentino aleteo de emoción que sentía al pensarlo.

—¿De verdad crees que podría?

—¿Por qué no? Tienes los recursos, los contactos, el sueño.

—¿Y si no es más que eso, un sueño?

Hux le pasó un brazo por el hombro y la acercó lo suficiente para plantarle un beso en la coronilla.

—Los sueños son como las olas, nena. Tienes que esperar a que venga la adecuada, la que tiene tu nombre. Y cuando llega, tienes que levantarte y subirte a ella. Este sueño lleva tu nombre.

En ese momento, lo había creído. Pero ¿seguía creyéndolo?

En realidad, su sueño de ser artista textil había comenzado como un fetiche por la ropa antigua. No porque le encantase la ropa; la moda nunca le había interesado. Era la tela lo que la cautivaba, la manera en que se movía, su tacto y cómo se comportaba. Muarés y tejidos con textura, organdí almidonado, encajes diáfanos, *tweeds* mullidos y lanas suaves como un corderito, cada una con su propia textura y personalidad.

Su primer intento había sido tosco y poco sofisticado, pero la pasión creativa ya se le había metido en la sangre y la impulsó a

perfeccionar su oficio con práctica y nuevas técnicas. Lo que empezó como un fetiche se convirtió en una callada obsesión que dio lugar a una serie de piezas bautizadas como «Colección Vigilando la tormenta».

Su madre se había referido a ellos como sus proyectos de manualidades, pero el propietario de la tienda de diseño de interiores había quedado lo bastante cautivado como para poner varias piezas en su escaparate. Al final del verano, había vendido toda la colección, incluida la que colgaba en el escaparate del Finn's.

Cuando llegó la noticia de que *Norte de noviembre* se había vendido y que colgaría en un lugar público, se había emocionado tanto que había irrumpido en el estudio de su madre sin llamar. Camilla había sonreído con indulgencia ante la noticia y había declarado que no le sorprendía en absoluto. Era una pieza bonita, y a los turistas les gustaban ese tipo de cosas. No había querido ser condescendiente, pero el comentario le había dolido más de lo que Rory había dejado entrever. Después de eso, había trabajado cada vez menos en su arte. Hasta que Hux reavivó su llama creadora al hablar de una galería. Pero, al desaparecer, la llama se había apagado.

Para cuando sonó el timbre del microondas, Rory había perdido el interés en su sopa. En vez de comer, fue a la habitación libre que había habilitado como estudio improvisado. No había puesto un pie dentro desde la desaparición de Hux, al principio estaba demasiado fuera de sí para trabajar y, después, era incapaz de mirar nada que le recordase a él.

La habitación le pareció más pequeña de lo que recordaba, desordenada y un poco agobiante, con el tenue aroma del pegamento para telas todavía flotando en el aire. Un escritorio repleto de catálogos de material artístico ocupaba una esquina, y el caballete que usaba para los bocetos ocupaba otra. Una pared estaba llena de estantes con muestrarios de telas y, bajo la ventana, estaba la máquina de coser, una Bernina de segunda mano con la que se había hecho al principio, pero que apenas usaba desde que había descubierto que prefería coser a mano. Ahora todo estaba acumulando polvo.

Sus ojos se desplazaron hacia la obra sin enmarcar que había detrás del escritorio: una enorme ola de punto vuelto que se enroscaba alrededor de la pared oriental de un estoico faro de granito. Era su favorita, inspirada en una foto que había visto una vez y que se le había grabado en la memoria. La había titulado *Sin miedo,* porque así se sentía. Estoica e indomable.

Había cuatro más en el armario, parte de una nueva colección en la que había estado trabajando cuando Hux desapareció. No hacía mucho —¿de verdad habían pasado solo cinco meses?— los había imaginado colgando en la pared de una galería… de su galería. Ahora,

le resultaba imposible imaginar nada.

Se adentró en la habitación y se detuvo ante dos grandes bastidores para bordar, donde un par de piezas inacabadas habían languidecido durante meses. Pasó los dedos por una de ellas, recordando las horas de fieltrado necesarias para crear cada torbellino y remolino. Ya no las terminaría: las clases empezarían en otoño y no habría tiempo. Y, realmente, no tenía mucho sentido.

De la nada, la casa adosada de la calle Newbury se abrió paso en su mente. Había sido un momento muy peculiar, como si hubiera sentido que le tocaban el hombro y, al darse la vuelta, se hubiera encontrado con un viejo amigo. No se parecía en nada a los lugares fríos y angulares que había visto el año pasado, pero, de repente, supo que sería perfecta para la galería, rebosante de historia y del encanto del viejo Boston y, una vez llena de las obras que imaginaba, la combinación perfecta de viejo y nuevo.

«Desconocidos».

El nombre, como un susurro, parecía cobrar vida, como algo que despertara después de un profundo sueño. ¿De verdad se estaba planteando seguir adelante con los planes que había aparcado meses atrás? ¿Y qué pasaba con Hux? ¿Era egoísta plantearse algo así mientras su vida, su vida juntos, seguía pendiendo de un hilo? Pero lo sentía. Los planes que creía enterrados para siempre resurgían poco a poco.

«Este sueño lleva tu nombre».

Antes de que pudiera frenar el impulso, abrió el cajón del escritorio y rebuscó entre el contenido hasta encontrar la tarjeta de Brett Gleason, el agente inmobiliario al que había contratado el año anterior para buscar propiedades. La miró fijamente, luchando contra el deseo de levantar el teléfono. ¿Qué daño podía hacer comprobarlo? No es que fuera a servir de nada; ni siquiera había un cartel. Se trataba tan solo de satisfacer su curiosidad, se dijo a sí misma mientras cogía el teléfono y marcaba el número.



Dos días después, Brett le devolvió la llamada. Rory llevaba un plato de huevos revueltos al salón cuando sonó el teléfono. Se quedó helada, como cada vez que oía ese sonido. ¿Había llegado el momento? ¿Recibiría noticias? Dejó el plato y recorrió la habitación con la mirada, en busca del terminal inalámbrico. El corazón le latía con fuerza cuando lo encontró.

—¿Hola?

—Hola, soy Brett.

Exhaló al oír el sonido de su voz.

—No esperaba tener noticias tuyas tan pronto. ¿Has conseguido averiguar algo?

—Pues sí. Según los registros de la ciudad, la casa es propiedad de una tal Soline Roussel. Al parecer, tenía una tienda de novias en la finca hasta que se incendió hace algunos años. Tras el incendio, la vaciaron hasta dejar solo las paredes y empezaron a renovarla, pero nunca la terminaron. Lleva vacía desde entonces. Sin embargo, no hay entradas recientes en el servicio de listado múltiple, así que no creo que esté buscando venderla. Es extraño que la dejase vacía en vez de alquilarla. Con unos arreglos, el lugar podría ser una verdadera gallina de los huevos de oro.

Rory se hundió en el sofá mientras barajaba posibles respuestas. ¿Hasta dónde quería llevar aquello?

—¿Rory? ¿Sigues ahí?

—Sí, aquí estoy.

—¿De verdad estás pensando en hacer esto?

—No lo sé. Es posible.

—Pues, vaya, es una noticia estupenda. Siempre pensé que era una gran idea. Pero después de todos los lugares que vimos el verano pasado, ¿por qué este?

—No lo sé. Simplemente lo vi y lo supe. Es como si hubiera estado allí esperándome.

—¿Intuición femenina?

—Sí, supongo. ¿Estarías dispuesto a contactar con la propietaria para ver si la quiere alquilar?

Hubo un breve silencio, interrumpido solo por el timbre de un teléfono sonando de fondo.

—Sin duda, puedo hacerlo —respondió Brett al fin—. Pero tengo que ser claro contigo: vimos más de veinte propiedades, y las rechazaste todas. Si voy a investigar por ahí y presionar a esta mujer, necesito saber que de verdad estás lista para dar el paso.

Lo que decía era justo, y del todo cierto. Había rechazado cada una de las propiedades que le había enseñado. No porque no pudiera hacerlas funcionar o porque tuviera miedo a comprometerse, sino porque ninguna le había parecido la adecuada. Pero aquella, un edificio en el que nunca se había fijado hasta ayer y donde nunca había puesto un pie, lo era.

—¿Rory?

—Estoy lista para dar el paso.

Cuatro

Soline

Podemos abandonar la Obra, pero la Obra nunca nos abandonará. Luchará por no soltarnos y se meterá en nuestro camino, una y otra vez, hasta que, por fin, le prestemos atención. Esto es lo que significa ser elegida.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

29 de mayo de 1985, Boston

Me asusto cuando el teléfono suena exactamente a las ocho en punto de la mañana. Ya no recibo llamadas, o, al menos, no muchas, y cuando llegan, rara vez lo hacen antes de que me haya terminado el café. Lo dejo sonar mientras lleno la jarra y aprieto el émbolo de la cafetera francesa, esperando que quien sea cuelgue. No hay nadie con quien desee hablar.

El teléfono sigue sonando. Levanto el tubo y cuelgo de inmediato. Segundos más tarde, vuelve a sonar. Cuelgo otra vez, sin decir nada, con la esperanza de que quienquiera que sea capte el mensaje y me deje en paz. Cuando empieza a sonar una tercera vez, arranco el teléfono de la horquilla.

—¡No quiero comprar nada!

Estoy a punto de volver a colgar cuando capto una carcajada nítida. Es un sonido familiar y sorprendentemente agradable, incluso antes de la primera dosis de cafeína del día. Mi abogado, y supongo que también amigo, con quien no he hablado desde hace meses.

—Daniel Ballantine… ¿eres tú?

—Sí, soy yo. Y no te llamo para venderte nada, sino para preguntarte si estás interesada en vender algo. O, para ser más exacto, en alquilar algo.

—¿De qué hablas?

—Anoche recibí una llamada. Hemos recibido una consulta sobre la propiedad de Fairfield.

Siento como si una ráfaga de aire helado me golpease la nuca.

—¿Alguien quiere mi tienda?

Hay una pausa, educada pero incómoda.

—Bueno, ya hace años que no es una tienda, pero alguien está interesado en tu edificio, sí.

—¿Quién?

—El agente no mencionó el nombre de su cliente, pero si el tío ha podido encontrarme, está claro que ha hecho los deberes. Se llama Brett Gleason, del Grupo Back Bay Land. Han pedido que nos sentemos a negociar.

—No está en venta, ni en alquiler.

Daniel hace el ruido que se le escapa cuando se siente frustrado conmigo, mitad protesta, mitad suspiro.

—Soline, han pasado tres años; más de tres, en realidad, y ambos sabemos que volver a abrir no es una posibilidad. El fuego causó muchos daños, y con todo lo que…

«Todo».

Levanto la mano que tengo libre, con la palma hacia arriba, y la miro. La piel de un rosa brillante, salpicada de trocitos de un blanco ceroso; la curva de los dedos que recuerda ligeramente a una garra. La otra mano, la que sostiene el teléfono, está un poco mejor, pero no mucho, a consecuencia de las quemaduras de segundo grado que sufrí cuando un cigarrillo que dejé encendido prendió fuego a mi tienda de vestidos de novia. Hubo férulas, rehabilitación, una serie de operaciones extenuantes y más férulas seguidas de más rehabilitación. Hasta que los médicos estuvieron de acuerdo en que no podían hacer más.

—¿Te refieres a mis manos? —digo en voz baja.

—Me refiero a todo, Soline. Viniste aquí sola, te dejaste la piel y te hiciste un nombre empezando de cero. La gente nunca olvidará el apellido Roussel ni lo que simbolizaba. Pero ahora te has jubilado. ¿Por qué dejar que el lugar siga vacío? Al precio que están los

alquileres, podrías ganar mucho dinero.

—No necesito el dinero.

—No, desde luego que no, pero tampoco necesitas los recuerdos. Tal vez es hora de dejarlos ir y pasar página.

Sus palabras encienden una chispa en mí.

—¿Crees que con eso bastará? ¿Firmo un contrato, se instala otra persona y todo desaparece?

Daniel suspira.

—No lo decía en ese sentido. Sé por lo que has pasado y que tienes motivos para no querer dejarlo ir. Pero no lo estarías haciendo, no del todo. Aunque, a decir verdad, no estoy seguro de que seguir aferrándote te haga ningún bien.

Frunzo el ceño en dirección a la cafetera francesa y lo maldigo en voz baja. ¿Por qué ha tenido que llamar justo cuando llevaba tan bien lo de fingirme insensible?

—No quiero hablar de esto ahora.

—Solo prométeme que lo pensarás.

Suelto un suspiro, cansada de que me hostigue.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo con alquilar?

—De acuerdo, me lo pensaré.

—Te llamará mañana.

—Mañana no —le espeto—. Pasado mañana.

—De acuerdo, pasado mañana.

Cuelgo el teléfono y regreso a mi café frío. Ahora tengo que volver a empezar. Retiro el émbolo y arrojo la bazofia tibia en el fregadero. Sé que, en el fondo, Daniel quiere lo mejor para mí, y no solo porque le pago por ello. Pero hay partes de mi historia que ni siquiera él conoce, partes que he guardado para siempre. Y, después de tantos años, ¿qué importa? La gente como yo, como los Roussel, somos una especie en extinción; nuestros talentos tienen poco valor para un mundo que ya no cree en la *magie.*

Durante generaciones, mi familia ha sido parte de una especie de *conte de fée,* un cuento de hadas. Aunque, tal vez, «cuento de hadas» no sea el término adecuado. Los cuentos de hadas tienen finales felices. Las fábulas, por otro lado, son cuentos con moraleja, lecciones que pretenden enseñarnos sobre la vida y sus consecuencias. Y, a lo largo de los años, las Roussel han aprendido mucho sobre las consecuencias.

Nos pueden dar muchos nombres. Gitanas, brujas, brujas blancas, chamanes. En Inglaterra nos llaman «curanderas», aunque siempre he odiado esa palabra. Tal vez porque conjura pensamientos de embusteros aprovechados esperando para arrebatar a los transeúntes

confiados las pocas monedas que llevan en el bolsillo; evoca a charlatanes con su falsa magia y teatralidad barata, haciendo una fortuna y repartiendo clichés. Nosotras no somos eso. Para nosotras, la Obra es sagrada, una vocación.

En Francia, el lugar de donde vengo, somos *les tisseuses de sort,* las tejedoras de hechizos, lo que, al menos, se acerca más a la verdad. Poseemos ciertas habilidades, talentos con cosas como sortilegios y hierbas, cartas y piedras, o, en nuestro caso, aguja e hilo. Ya no quedamos muchas, o, al menos, no muchas que dependan del «oficio» para ganarse la vida. Pero todavía hay unas cuantas, si uno sabe dónde buscar. Y, durante un tiempo, yo fui una de ellas, como mi madre y su madre antes que ella, viviendo en las estrechas y retorcidas callejuelas que en París se conocen discretamente como el barrio de los artesanos.

Somos las Roussel, una familia de modistas —diseñadoras de vestidos de novia, para ser precisos— pero con una especialidad particular. La novia que lleva un vestido de Roussel el día de su boda tiene asegurada la felicidad. Somos las elegidas, o eso cuenta la historia. Las siervas de *La Mère Divine:* la Divina Madre. Y, como todas las siervas, estamos destinadas a contentarnos con nuestra suerte solitaria, a sacrificar nuestra felicidad al servicio de la de los demás. Al igual que las santas hermanas católicas, las blancas y negras, como las llamaba *tante* Lilou, se nos enseña desde la más tierna infancia que los finales felices son para los demás.

Un don, decía *Maman,* aunque, mirando atrás, no estoy convencida de que el precio valiese la pena. Porque sí, había un precio. Con la *magie,* siempre hay algo que dar a cambio. Y las Roussel han aprendido demasiado bien el precio de la desobediencia.

Un *maléfice,* una maldición que se transmite de generación en generación, porque una de nosotras, una Roussel estúpida cuyo nombre hace tiempo que ha caído en el olvido, utilizó una vez la *magie* para robarle el marido a otra mujer, rompiendo el primer principio de nuestro credo: no hacer daño.

Un mito, probablemente, aunque sospecho que, como todos, tiene un poso de verdad. Y algo que se repite lo suficiente adquiere una verdad propia, igual que el goteo incesante del agua se abre paso a través de la piedra. Y así, la maldición nos ha sido inculcada, a mi madre y a su madre, y a la suya antes, advirtiéndonos del desgraciado destino de quienes se han desviado de su vocación. Nuestros corazones deben permanecer bien cerrados, a prueba de tentaciones que puedan hacernos olvidar nuestro verdadero propósito: garantizar la felicidad ajena. Así reza el catecismo de las Roussel. Pero el corazón, a menudo, exige su propio camino, y las Roussel han sido presas tanto del amor como de sus consecuencias.

Superstición, dirán algunos. Pero yo misma he visto las pruebas, o, como mínimo, he oído hablar de ellas. A Giselle, mi abuela, la abandonó su marido, un artista fracasado, tras dar a luz a su segunda hija. *Tante* Lilou quedó viuda cuando su apuesto marido británico estrelló el coche en una cuneta el día que volvían de su luna de miel en Grecia. A *Maman* la abandonó su misterioso y joven amante cuando se quedó embarazada. Y luego estoy yo, por supuesto. Pero esa es una historia para otra ocasión.

Por ahora, volvamos a la Obra. *Maman* la consideraba sagrada, una vocación esculpida en nuestros corazones desde mucho antes de que naciéramos. En eso también nos parecemos a las hermanas católicas, supongo, aunque no hacemos votos formales. Nuestro nombre es nuestro voto. Nuestra sangre es nuestro voto. Nuestro trabajo, los hechizos bordados con esmero en la costura de un vestido de seda blanca, son nuestro voto. Y nos pagan bien por nuestro trabajo.

En París, donde la moda y los nombres importantes van de la mano, éramos unas don nadie. El apellido Roussel no se oía en los salones en boga, donde el *bon ton* bebía champán y comía *tarte tropézienne.* Tales distinciones estaban reservadas para gente como Chanel, Lanvin y Patou. Pero en los rincones más discretos de la ciudad, donde se pagaba a las mujeres con ciertas habilidades por guardar los secretos de otras mujeres, *Maman,* cuyo nombre era Esmée Roussel, hija de Giselle Roussel, era conocida como la *sorcière de la robe.*

«La hechicera de los vestidos».

El apodo pasó a ella cuando murió mi abuela y sería mío cuando *Maman* dejase finalmente la aguja. Pero no era un apodo que quisiera para mí. Había heredado el don de mi madre para la costura y superaba con creces sus habilidades en el diseño, pero nunca pude igualarla en lo referente a los hechizos. No tenía paciencia para esas cosas porque mis pensamientos, mis sueños, estaban en otra parte.

Maman hizo todo lo posible por quitármelos de la cabeza. Era una maestra dura, rápida para regañar y lenta en el elogio. Para ella, yo era egoísta e ingrata, un ser salvaje que acabaría haciéndome daño si no dejaba de soñar y me entregaba a mi vocación. *Une rêveuse,* me ladraba cuando mi mente divagaba y la distracción aparecía en mis manos. «Soñadora». Me lo merecía, por supuesto. Era una soñadora, tan idealista y fantasiosa como cualquier niña.

Y como cualquier otra niña, guardaba mis sueños en un cuaderno. No el que utilizaba para anotar las enseñanzas de *Maman,* sino un cuaderno muy distinto. Uno con páginas blancas vacías que esperaban a que las llenase con mis propios diseños. Páginas y páginas de ropa que un día crearía y a la que pondría mi nombre. Vestidos y trajes, e impresionantes atuendos de noche en todos los colores del arcoíris.

Ocre, azul y berenjena.

Esos eran los colores de mis sueños de infancia. Por desgracia, las mujeres rara vez tenemos la vida que quisiéramos. En lugar de ello, los que dicen saber más eligen nuestra suerte y, antes de que nos demos cuenta, nos han convertido en alguien que no reconocemos, modelado a imagen y semejanza de otra persona. Para las Roussel, esto es particularmente cierto.

Durante setenta años tuvimos una tiendecita en la calle Legendre con un pequeño apartamento arriba, donde vivíamos. Era una tienda modesta, pequeña pero elegante, con ventanas enrejadas y una puerta púrpura para distinguirla de sus vecinas. El morado es el color de las nuestras, el color de la *magie.* Podríamos habernos permitido montar un espectáculo mejor, un letrero elegante o toldos de lona, pero nuestras clientas valoraban la discreción casi tanto como el don de la aguja de *Maman.* ¿Y quién podría culparlas? Ninguna mujer, y menos una francesa, quiere que se sepa que necesita ayuda con *les choses du coeur.* Pero muchas la necesitaban. Aun así, rechazábamos a algunas si considerábamos que no hacían buena pareja con el novio elegido y, por lo tanto, no eran adecuadas para un enlace.

Una no entraba en la tienda sin más y le encargaba un vestido a *Maman.* Para ser una novia Roussel, se necesitaban tres cosas: la recomendación de una clienta anterior, un voto de discreción y honestidad absoluta. Y, aun así, no había garantía de que la futura novia fuese digna. Había un proceso, pruebas que debía pasar, preguntas que había que responder y, por supuesto, las «lecturas», que tenían lugar en la pequeña sala de estar de *Maman,* en la trastienda.

La posible clienta llegaría a la hora acordada. Sola, nunca con su madre. Siempre la esperaba una bandeja con un tentempié: un plato de galletas y chocolate negro dulce servido en finas tazas de porcelana. La novia se acomodaba en su silla con su refrigerio, *Maman* desplegaba su encantadora sonrisa por encima del borde de la taza, y comenzaban las preguntas.

«¿Cuánto hace que conoce al joven? ¿Cómo se conocieron? ¿Su madre la aprueba? ¿La suya lo aprueba a él? ¿Han hablado de tener hijos? ¿Han tenido relaciones íntimas? ¿La satisface físicamente? ¿Le ha sido infiel alguna vez? ¿Y usted a él?».

De vez en cuando, trataban de mentir, pero no les servía de nada. *Maman* podía oler una mentira antes de que saliera de la boca de alguien. Y el precio de una mentira era ser rechazada.

Después de las preguntas, pasaba a la verdadera prueba. A las mujeres se les pedía que trajeran un artículo personal a la entrevista y también uno de sus prometidos: un cepillo, o un anillo; algo que cada uno usara y tocase todos los días. *Maman* sostenía los objetos en las manos, de uno en uno, dejando que los ojos se le relajaran y que su

respiración se volviera profunda, hasta que comenzaban a llegar las imágenes. Ecos, las llamaba. De lo que ha sido y de lo que vendría.

Te sonará extraño, como una fantasía. Más extraño todavía era verlo a través del ojo de la cerradura cuando era una niña y espiaba cosas que aún no entendía. Un día, *Maman* me lo explicó: cada alma crea un eco, como una huella dactilar o una firma que se impregna en las cosas que nos rodean. Quiénes somos, a dónde pertenecemos, lo que estamos destinados a aportar al mundo. No hay dos ecos iguales, son nuestros y solo nuestros. Pero están incompletos, porque son la mitad de un todo perfecto. Como un espejo sin reflejo. Y por eso cada eco busca constantemente su otra mitad, para completarse. Eso es lo que buscamos en una lectura, una señal de que los ecos de los amantes son compatibles.

Se rechazaba a casi dos tercios de las novias que buscaban la ayuda de *Maman,* y ninguna cantidad de dinero podría hacerla cambiar de opinión. Después de todo, eran cuestiones cruciales. Era su reputación la que estaba en juego, y debía cuidarla. Un fracaso podría arruinarla, arruinar a todas las Roussel.

Tenía doce años cuando empezó a instruirme en serio, un año antes de lo que su madre empezó con ella. Cuando le pregunté por qué, me dijo que no había tiempo que perder, que tendría que estar preparada cuando llegase el momento. Entonces no lo entendí. No lo entendería durante varios años. Pero hice lo que me decía, y así comenzaron mis lecciones en las rodillas de la hechicera de los vestidos.

Mi formación constaba de tres partes. La primera era la adivinación, que, según *Maman,* era en lo que cualquier *sorcière* que se precie debía centrarse primero. Se conoce con otros nombres: sortilegio, vaticinio, invocación. Llamarla de una forma u otra no supone ninguna diferencia. La magia es una cosa flexible, poderosa, pero moldeable, adaptable a muchas formas y usos. Olfato, sonido, vista, tacto. Incluso el gusto puede utilizarse si el practicante está lo bastante instruido. Para las Roussel, se trata del tacto y la capacidad de canalizar la historia de una persona, sus ecos, a través de las yemas de los dedos.

En lo referente a hechizos y a la felicidad, no existe una talla única. La buena magia, la efectiva, consiste en conocer la historia de tu cliente, quién es, cómo vive su vida y qué lo mueve. Para que sea efectiva, hay que encontrar la verdad.

Trabajábamos todos los días, después de cerrar la tienda, con objetos que *Maman* encontraba o compraba baratos en un puesto de segunda mano. Me enseñó a hacer silencio en mi interior, a suavizar la mirada y a respirar despacio, muy muy despacio, hasta que todo se desvanecía y las imágenes afloraban a la superficie. Amores, pérdidas,

bebés, bodas, accidentes y enfermedades pasaban frente a mis ojos como las páginas de un álbum de recortes. Después, *Maman* me hacía preguntas para ver si mis lecturas coincidían con las suyas.

Al principio se me daba fatal; me sentía abrumada por el tipo de cosas que surgían. Era joven y me resultaba incómodo conocer los detalles íntimos de la vida de un desconocido, como si hubiera estado espiando a través de sus persianas o leyendo sus diarios. *Maman* tan solo ponía los ojos en blanco. «Los ecos no mienten», me recordaba, «son los recuerdos de una persona, despojados de fantasía y autoengaño, la verdad cruda y sin ambages, y esas verdades son la base de todo lo demás».

Con «todo lo demás» se refería a la creación de hechizos.

Había que crear un hechizo para cada novia Roussel. Las palabras se elegían cuidadosamente y se les daba forma en una especie de verso destinado a disolver impedimentos específicos y asegurar un feliz resultado. La escritura de un hechizo de enlace se considera una labor sagrada y debe realizarse con reverencia. Nunca con prisas ni con intención de doblegar la voluntad del otro. Ambos amantes deben acudir de buen grado a la unión y deben tener fe plena en el poder vinculante del hechizo. La fe es la piedra angular de toda la magia. Sin ella, incluso el hechizo más poderoso resulta inútil.

Una vez completado el hechizo, se borda en el vestido, incorporado discretamente en la costura más cercana al corazón de la novia. Las palabras deben estar forjadas en hilo de seda blanco, con las puntadas casi invisibles a simple vista, para protegerlo de la copia y la apropiación indebida. Los hechizos de enlace requieren una magia poderosa, y en manos que tengan poco cuidado pueden causar un daño que es difícil, si no imposible, de revertir. Pero en manos expertas, un hechizo minuciosamente confeccionado asegura tanto la protección como la felicidad. El día de la boda, cuando los amantes intercambian sus votos, se dice que su unión está *envoûtée,* es decir, encantada.

Esta parte del entrenamiento me resultaba difícil. Me impacientaba, lo que me hacía torpe, quizá porque el trabajo me resultaba soporífero. Ansiaba hacer vestidos, bellos y brillantes como los que aparecían en *La Joie des Modes.* Pero *Maman* se negaba a dejarme hacer nada más que un dobladillo o trazar un patrón hasta que no dominara la creación de hechizos.

La consideraba terriblemente injusta. A los quince años, ya era tan buena con la aguja como ella, quizá mejor, y tenía un cuaderno de bocetos lleno de ideas que ansiaba hacer realidad. Voluminosas faldas de princesa, cinturas ceñidas, corpiños con incrustaciones de pedrería y amplios lazos de raso con fajas tan largas que rozaban el suelo. Eran vestidos pensados para celebrar la forma femenina, que dejaban

entrever los hombros, la espalda y los pechos.

Maman los detestaba todos; decía que eran fantasiosos y vulgares, aptos solo para la escena. Su opinión me dolía más de lo que dejaba ver, pero un día, después de otra dura crítica, le informé de que sus confecciones sin forma eran *très demodées:* monótonas y anticuadas. «Ninguna mujer», dije con hosquedad, «ni siquiera las que necesitan nuestra ayuda, quiere ir al altar con un vestido que parece haber sido tejido con el mejor mantel de su madre, y menos a los precios a los que los vendemos».

Respondió como yo sabía que lo haría, señalando que nuestras clientas no pagaban por la moda, sino por la tranquilidad. Sin embargo, desprecié la idea de que una novia Roussel tuviera que elegir entre la moda y la *magie.* No veía ninguna razón por la que no pudieran tener ambas. Si me dejase confeccionar algunos de mis vestidos y exponerlos en la tienda, vería que tenía razón. Pero *Maman* no daba su brazo a torcer, así que empecé a coser en secreto, trabajando todas las noches después de que se apagara su luz, soñando con el día en que las mujeres llegasen al altar con vestidos que llevaran mi nombre en la etiqueta.

Ahora, años más tarde y a un océano de distancia de donde empecé, los recuerdos todavía duelen, pero fue el trabajo lo que me ayudó a recomponerme después de París y todo lo que vino más tarde. Daniel tiene razón: a pesar de todo, conseguí hacerme un nombre y continuar con el legado de las Roussel de una forma que creía que hubiera hecho sentir orgullosa a *Maman.* Con mi tienda, encontré mi sitio y me encontré a mí misma. Venderla, por mucho tiempo que lleve vacía, sería como desprenderse de todo aquello, de mí misma, y no sé si estoy preparada para ello.

Cinco

Soline

Siempre debe haber libre albedrío. No nos corresponde a nosotras imponer nuestras creencias a los demás ni tratar de inclinarlos a las prácticas de nuestra fe. No buscamos a los que necesitan nuestra ayuda, sino que son ellos quienes deben buscarnos y solicitarla.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

31 de mayo de 1985, Boston

Esta vez, Daniel espera hasta después del desayuno para llamar. Me planteo dejar que el teléfono suene, pero sé que es inútil. Solo conseguiré que aparezca en mi puerta con una caja de mis trufas favoritas. Después de tantos años, conoce mis puntos débiles. Me tomo mi tiempo para rellenar la taza de café mientras el teléfono sigue sonando. Siete veces. Ocho. Nueve. Todavía no sé qué voy a decir. No me he permitido pensar en ello desde su primera llamada. Pero ahora tengo que pensarlo, porque él sabe que estoy aquí —¿dónde iba a estar, si no?— y no se da por vencido.

—Empiezas a ser una molestia —le gruño cuando al fin cojo el teléfono.

—¿Y si no hubiera sido yo? —Su voz es risueña y tiene un deje de

fastidio por haberlo hecho esperar.

—¿Quién más iba a llamarme?

—Cierto. ¿Has pensado en lo que querrías hacer?

Bebo un trago de mi café y hago una mueca cuando baja, caliente y fuerte. Lo que quiero es hacer retroceder el reloj, regresar a la época en que aún tenía sueños, antes de que se me helase el corazón.

—No —digo inexpresiva—. No he tenido tiempo.

—Dispongo de algo más de información que la última vez que hablamos. El agente volvió a llamar ayer. Su cliente está buscando un lugar para abrir una galería. Están seguros de que prefieren alquilar que comprar, lo que significa que realmente no estarías desprendiéndote del lugar. Solo estarías… compartiéndolo. Por una buena causa.

Dejo escapar un suspiro.

—Hay edificios por toda la ciudad. ¿Por qué ese tipo quiere justo el mío?

—En realidad, es una mujer, aunque el agente no me ha querido decir todavía su nombre. Me ha contado que la galería expondría a artistas emergentes. Incluso tiene un nombre. Quiere llamarla Desconocidos.

Le di vueltas al nombre en la cabeza. Inteligente. Intrigante. Por supuesto que es una mujer.

—Deberías haberle dicho que no estaba disponible la primera vez que llamó —le espeto, molesta por que la vida parezca decidida a arrojarme de nuevo al pasado cuando lo único que quiero es que me dejen en paz.

—No soy tu perro guardián —dice Daniel en el tono que reserva para cuando estoy siendo exasperante—. Soy tu abogado. Mi trabajo es aconsejarte cuando aparece una oportunidad seria. Y esta lo es. Saben lo del incendio, que las reparaciones quedaron a medias. Gleason dice que a la mujer no le importa. Al parecer, llevan casi un año buscando un sitio, pero ninguno de los que le ha enseñado estaba a la altura. Con el tiempo, le dio carpetazo a la idea. Entonces vio la casa adosada y supo que era esa; esas son sus palabras exactas. Dijo que era como si el edificio hubiese estado esperándola.

«Esperándola…».

Las palabras parecen vibrar en mi pecho, como un diapasón cuando se lo golpea.

—¿Piensa que el edificio, mi edificio, ha estado esperándola?

—Eso es lo que ha dicho. Quién sabe con estos artistuchos.

—Yo soy una artistucha —le recuerdo con sequedad.

—Desde luego. Así que tal vez esta aspirante a galerista y tú seáis espíritus afines. ¿Quieres que concierte una reunión?

—Yo no he dicho eso.

—Lo sé, pero quizá tenga razón. Quizá el edificio haya estado esperándola. Y quizá tú también. Solo están hablando de alquilar. Y sabrías que se está utilizando para algo importante. Para el arte.

—Déjate de zalamerías, Daniel. No soy una niña.

Permanece callado, lo que habla muy bien de él. Lo cierto es que a veces puedo ser bastante infantil. Huraña e inflexible. Y sí, difícil. Supongo que es el resultado de una vida que me ha negado todos mis deseos. Pero ahora son los deseos de otra persona. Alguien con un sueño, que cree en el arte y en los artistas. ¿Realmente quiero aguarle la fiesta?

—¿Soline? —me pincha Daniel al fin.

—Organiza una reunión.

Por un instante, se hace un silencio lleno de asombro.

—¿Para qué día?

—Elige tú el día. Yo no iré.

—¿No quieres conocer a esta misteriosa mujer?

—No. —La respuesta llega tan rápido que incluso me sorprende. Los negocios nunca me han interesado. Por eso tengo un abogado. Daniel puede supervisar las negociaciones, cerrar el trato si se llega a un acuerdo y mandar luego los documentos necesarios por mensajería. Eso puedo soportarlo, siempre y cuando no tenga que aguantarlo todo sentada con una sonrisa en la cara y fingir que no recuerdo cómo mi vida se deshizo punto a punto. Porque lo recuerdo.

Recuerdo el día que me enteré de que vendrían los nazis. Recuerdo dónde estaba y qué llevaba puesto. Recuerdo lo que llevaba puesto *Maman* y lo que dijo. Y recuerdo no querer creer nada de aquello. Era imposible. Pero *Maman* sabía lo que se avecinaba y discretamente había comenzado a acumular lo que necesitaríamos, lo que yo necesitaría, y, el día de mi decimosexto cumpleaños, decidió que era el momento de prepararme para lo que venía.

Seis

Soline

Un crucifijo colgado del cuello y un charme magique *en el bolsillo mantendrán alejados a los cazadores de brujas, pero no sirven de nada contra los nazis.*

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

17 de septiembre de 1939, París

Es casi la hora de cerrar y estoy ordenando el taller, quejándome de los rollos de tela que comienzan a acumularse en las esquinas, cuando la máquina de coser de *Maman* enmudece.

—Llegará un momento —dice con solemnidad— en que necesitaremos más que harina y azúcar para sobrevivir.

Mi madre nunca ha sido propensa al dramatismo. Es una mujer que vive su vida en el frío y cuidadoso punto medio, sin tiempo para teatros, así que esa predicción funesta, salida de la nada, me coge por sorpresa.

La miro parpadeando.

—¿Quién ha dicho nada de harina?

Extiende la mano y apaga la radio, después recoge las manos sobre

el regazo.

—Es hora de que te diga algunas cosas, Soline, y quiero que escuches.

Solo con esto ya me pongo en guardia. *Maman* no es muy habladora, a menos que sea para señalar un dobladillo desigual o un patrón mal cortado. Pero la guerra lo cambia todo. Mi vientre se tensa cuando me encuentro con sus ojos, oscuros como los míos, con una franja de pestañas negras que, súbita e inexplicablemente, se han llenado de lágrimas.

Señala la silla vacía junto a su mesa de trabajo.

—Siéntate a mi lado y escucha.

Sus lágrimas, tan poco habituales, me aterrorizan.

—¿Qué pasa?

—Se avecinan cambios —empieza—. Tiempos oscuros que nos pondrán a prueba. Incluso ahora, los vientos soplan. —Está toqueteando el crucifijo de oro que ha comenzado a llevar cada día, un hábito nuevo, como el rosario de cuentas granate que guarda en el bolsillo del delantal y que se pasa distraídamente por las manos cuando las tiene libres.

Sí, *Maman* lleva un rosario. Y un crucifijo. No es extraño entre los nuestros practicar una mezcla de catolicismo y *magie des esprits.* No va a misa ni se confiesa, pero acude a la iglesia de vez en cuando para encender una vela, como una especie de protección contra la *malchance.*

Tal vez tenga que ver con los primeros tiempos de la Iglesia, cuando nuestras fiestas se incorporaron al calendario cristiano en un esfuerzo por atraer a mujeres como nosotras a la única y verdadera fe. O un vestigio de tiempos más oscuros, en los que no ser católico podía suponer que te atasen a una estaca y prendieran fuego. Sea cual sea la razón, en Francia muchos de los que tienen el don siguen estando a caballo entre los santos y los espíritus. Sobre todo las mujeres.

El sexo femenino siempre ha sido problemático para los que están en el poder, porque vemos cosas, sabemos cosas. Y ahora *Maman* sabe algo. Así que me siento en silencio y espero.

—Los alemanes otra vez —dice con brusquedad, retomando el hilo de la conversación—. Liderados por *un fou,* un loco con una sombra que abruma su alma. Se apoderará de todo. Y de lo que no pueda apoderarse, lo destruirá. —Hace una pausa y pone su mano en mi brazo—. Tienes que estar preparada, So-So.

Casi nunca me toca. Y nunca me llama So-So. Era uno de los motes cariñosos que me puso *tante* Lilou y siempre había puesto de los nervios a mamá. Esta muestra repentina de afecto hace que me recorra un escalofrío.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he vivido antes. Y no hace mucho. Ahora está viniendo otra vez. —Cierra los ojos con fuerza como si tratara de librarse de las imágenes—. Esta guerra no será poca cosa. Una barbarie que el mundo no ha conocido, y que por tanto no verá venir. —Levanta la cabeza con la mirada fija en mi rostro—. Tendrás que ser fuerte, *ma fille*. Y tener cuidado.

De pronto palidece, sus ojos negros se vuelven duros como cuentas cuando me obliga a mirarlos. ¿Cómo no había visto la nueva angulosidad en su rostro? ¿Sus labios, que antes eran carnosos, ahora delgados? Está asustada, y nunca la había visto así.

Hay algo que no dice, algo que la asusta más que la guerra en el horizonte. De pronto, yo también siento miedo.

—¿Cuándo, *Maman?*

—Un año, tal vez más. Pero he estado haciendo preparativos, haciendo acopio de provisiones para lo que se avecina. Cada vez será más difícil conseguir cosas. Comida, ropa e incluso zapatos. El dinero no importará porque no habrá nada que comprar y nadie a quien comprárselo. Por eso el taller está lleno. Y la despensa de abajo. Para que tengas lo que necesites cuando llegue el momento. Cosas con las que puedes hacer un trueque. —Sus manos bajan de nuevo hasta el crucifijo—. Tengo miedo por ti.

Las palabras flotan en el aire entre nosotras, pesadas y solitarias.

—¿Solo por mí?

Sus ojos permanecen firmes; es la primera vez que recuerdo percibir sus emociones desnudas. Miedo, dolor y una disculpa callada. De repente, comprendo lo que no dice y lo que yo misma no me había permitido ver hasta ahora. Las mejillas hundidas y los ojos ensombrecidos, la tos que a veces oigo por la noche. *Maman* está enferma y pronto se marchará.

Siete

Soline

Desde hace más de doscientos años, ha existido una hechicera de los vestidos, guardiana de nuestro secreto y maestra de nuestro oficio. Nuestro don, aunque se enseña, es en sus raíces hereditario, el título pasa de generación en generación. Cuando la madre deja la aguja, la hija la retoma. Y así sigue la Obra.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

17 de enero de 1940, París

Al menos por ahora, no parece ocurrir nada. En las aceras, las mesas de los cafés siguen llenas; los cafés están rebosantes de artistas y filósofos que sorben interminables tazas de café solo, royendo la vida como un hueso. Los *chefs* aún cocinan y el vino continúa fluyendo, los cines atraen a su público como de costumbre y la moda sigue siendo el principal pasatiempo de las mujeres parisinas. Y, lo que es más importante, al menos para las Roussel, los jóvenes amantes siguen casándose.

Maman dice que tiene que ver con las tropas de Hitler que barren Europa como una plaga de langostas. Imaginar a esos soldados en nuestras calles pone nervioso a todo el mundo, y las novias están

desesperadas por llegar al altar antes de que ocurra lo peor.

Ahora, todos los días nos despertamos con noticias de nuevas atrocidades. Una mujer que había huido de Berlín con sus padres, ya mayores, le contó a *Maman* la noche en que vio cómo detenían a decenas de judíos de su barrio para llevarlos a los campos, sus sinagogas quemadas, sus negocios destruidos, las calles donde vivían y trabajaban llenas de fragmentos de vidrios rotos. La llamaron la *Kristallnacht,* la noche de los cristales rotos. Ciertamente, habíamos oído hablar de ello en la radio, pero no como ella lo contaba.

Y esta mañana hay noticias de madres que suben a sus hijos en trenes y los entregan a extraños para salvarlos de lo que se avecina. *Maman* ha estado sollozando durante horas. Su estado de salud empeora rápidamente, está tan delgada que los huesos de la cara se le empiezan a marcar a través de la piel, y su tos empeora cada día. Se niega a que la vea un médico, asegurando con inquietante tranquilidad que eso no cambiará nada. Ya no fingimos. Se está muriendo y lo único que puedo hacer es mirar.

—¿Falta mucho? —pregunto cuando apaga la radio y se acomoda de nuevo sobre las almohadas—. Para que lleguen a París, quiero decir.

Maman vuelve la cabeza y tose sobre un pañuelo, un repiqueteo roto que la deja pálida y sin aliento.

—Cada día están más cerca. No pararán hasta que lo tengan todo.

Su respuesta no me sorprende. Es lo que dicen también en Radio Londres.

—Ya se han hecho con media Europa. ¿Para qué necesitan París?

—Quieren «purgar» toda Europa, para «purificarla». Muchos morirán. Y los que no, lo perderán todo.

Asiento, porque ya no hay duda de que tiene razón. Cada día trae nuevos horrores. Asaltos y redadas. Trenes que atraviesan Europa cargados de prisioneros con destino a los campos. Comunistas. Judíos. Romaníes.

—Entonces, ¿nadie estará a salvo?

—Aquellos dispuestos a hacer la vista gorda y seguirles el juego, pero solo ellos. Algunos incluso se aprovecharán. Para los otros, vendrán con sus guadañas y liquidarán a cualquiera que se interponga en su camino. Y yo no estaré aquí. No habrá nadie para protegerte.

Quiero decirle que se equivoca, que se recuperará y que todo irá bien, pero las dos sabemos que no es así. Así que no digo nada.

—He recibido una carta de Lilou —dice de repente.

La noticia me deja muda. *Maman* nunca perdonó a su hermana por enamorarse de un inglés y huir para casarse. Era rico y elegante, con un piso en Londres y una casa en el campo, donde tenía caballos y

ovejas. Todo aquello me parecía terriblemente romántico. *Maman* pensaba de forma muy diferente y no mostró mucha emoción cuando llegó una carta en la que se nos comunicaba la muerte del marido de Lilou. Rompió la carta en pedazos y la arrojó al fuego, murmurando que todo había sido inevitable y que se lo tenía merecido por habernos abandonado. Ahora, más de una década después, parece que ha llegado otra carta.

—No sabía que Lilou y tú os estuvierais escribiendo.

—La guerra cambia las cosas —contesta *Maman* fríamente—. Y había… cosas que era necesario decir.

—¿Le has contado que estás enferma?

—Dice que deberías ir.

La miro fijamente.

—¿A Londres?

—Aún es posible. Pero no queda mucho tiempo. —Me sorprende al cogerme de la mano, con los nudillos blancos cuando sus dedos se cierran sobre los míos—. Quiero que vayas, Soline. Quiero que estés a salvo. Y en París no lo estarás. Ni tú ni nadie. Tienes que marcharte. Mañana.

—¿Sin ti?

Sus ojos se cierran.

—*Oui, ma fille.* Sin mí.

—Pero ¿cómo…?

Sacude la cabeza, interrumpiéndome.

—No puedes quedarte, Soline. Fui una estúpida al creer que una despensa llena de café y azúcar te mantendría a salvo. No lo hará. Nada podrá mantenerte a salvo si deciden venir a por ti.

El pánico en sus ojos es tan nítido que siento cómo se me erizan los pelos de la nuca. Entorno la mirada, convencida de que sabe algo que yo no sé.

—¿Qué motivo tendrían para venir a por mí, *Maman?*

Sus ojos relucen, en una mezcla de fiebre y miedo.

—¿No lo ves? ¡No necesitan ningún motivo! Pero lo encontrarán. La gente siempre da con una forma de justificar su odio, y proporcionan a otros la excusa para obedecer. Ponen palabras en la boca de la gente, como si fueran virus, y luego ven cómo se propagan. La gente aquí, en París, la gente que conocemos, se infectará. Y cuando la fiebre se extienda, señalarán con el dedo a quien crean que puede salvarlos. Por favor, te lo ruego: ve con Lilou.

—¿Cómo puedo marcharme? —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendo, pero me está pidiendo lo imposible. Nunca hemos estado muy unidas, no como lo están las madres y las hijas, pero es mi madre. No puedo abandonarla sin más—. Estás tan débil que no

puedes bajar las escaleras, y apenas puedes alimentarte sola. Si me voy, no quedará nadie que te cuide.

—Debes hacerlo, Soline. Debes marcharte. Ahora.

—¿Qué pasa con la Obra? Alguien tiene que estar aquí para realizar la Obra.

Maman suspira, claramente cansada de discutir.

—No habrá trabajo, Soline. No habrá novias porque no habrá novios. Los hombres se irán. Todos.

Siento que se me escapa el aire de los pulmones. He oído historias sobre la última guerra, la escasez de hombres casaderos de después, porque se fueron a luchar y nunca volvieron a casa. Nunca imaginé que ocurría de nuevo. Pero, por supuesto, tiene razón. Las recomendaciones ya han disminuido muchísimo, y no harán más que empeorar. ¿Y luego qué? Aun así, no puedo hacer lo que me pide.

—No te dejaré aquí sola.

—¡Niña estúpida! —Sus ojos relucen cuando me coge de la muñeca —. ¿Crees que importará que estés aquí cuando llegue mi hora? ¿Que de alguna manera puedes detener lo que me está ocurriendo? No puedes. Para esto no hay magia. Ni para lo que se avecina. Aquí no queda nada para ti.

Me alejo de ella, herida por su rigor. La nuestra siempre ha sido una relación incómoda, llena de treguas frías y silencios espinosos, su desaprobación siempre algo presente, como una corriente entre nosotras, porque le recuerdo los errores del pasado.

Hace mucho, mucho tiempo, tuve un padre, un hombre que consiguió llevar a Esmée Roussel a su cama al menos una vez. No conozco su nombre. Solo sé que era un músico que iba al conservatorio de París y que se marchó sin casarse con ella. *Maman* nunca ha hablado de él, y Lilou siempre guardó un extraño silencio sobre el tema, a pesar de mi curiosidad. Y así ha permanecido como una sombra, un error de juicio innominado cuya penitencia fue una niña.

Recuerdo que Lilou me dijo una vez que *Maman* había sido una de las chicas más hermosas de París y que eso tenía que ver con la sangre romaní que corría por nuestras venas. Decía que era lo que daba a las Roussel el aspecto de gitanas (y lo que nos confería nuestra magia) y que *Maman* había recibido una porción más que generosa de ambas cosas. Tal vez sea cierto. Tal vez *Maman* fue hermosa alguna vez, pero la amargura la ha endurecido, algo que juré que nunca me pasaría a mí. Y, sin embargo, a veces, cuando me pongo frente al espejo, la veo, la yo en la que podría convertirme si no tengo cuidado, tan fría, frágil y solitaria. Pero Lilou también está ahí a veces, mirando hacia atrás, preguntándome qué haré de mi vida.

Lilou, que se cortó el pelo y se pintaba los labios y me llamaba *ma pêche*. Que hizo caso a su corazón y se casó con su británico y dejó París muy en el pasado. Era tan diferente de *Maman* como podía serlo, y yo la adoraba. No le gustaban las reglas y no creía en los arrepentimientos, ni en el pecado, que según ella era una treta para que las mujeres tuvieran que pedir perdón por sus deseos. Cuánto anhelaba ser como ella de niña, mirar al mundo directamente a los ojos y desafiar su opinión, seguir mis propios sueños y perseguir mis propios deseos. Y quizá lo haga algún día, pero no mientras *Maman* me necesite.

Ocho

Rory

16 de junio de 1985, Boston

Rory contuvo la respiración al entrar en el lóbrego interior de la casa adosada. No tendría electricidad hasta el día siguiente, pero desde las seis de la tarde del día anterior el lugar era suyo, con el alquiler pagado y todas las de la ley.

No podía quedarse mucho tiempo. Tenía que ir a casa de su madre a las once para el *brunch*. Pero el juego de llaves recién cortado que Daniel Ballantine le había entregado el día anterior le quemaba en el bolsillo. Ahora que había luz, estaba aquí para empaparse del ambiente y saborear el momento.

Una tenue luz apagada se filtraba a través del mugriento escaparate, creando una turbia atmósfera submarina. Rory entrecerró los ojos para adaptarlos a la escasa iluminación mientras recorría la habitación principal. En su estado presente, el espacio no podía considerarse glamuroso, aunque en su día había albergado una de las tiendas de vestidos de novia más exclusivas de Boston, propiedad de una modista parisina conocida por su exquisito gusto y sus diseños vanguardistas.

Si hubiera tenido alguna duda, lo que no había ocurrido, la historia del edificio habría bastado para que diera el salto, al imaginar que, en otra época, la casa adosada había sido un lugar donde el tafetán, la

organza y los satenes color crema se habían utilizado para crear algo duradero y hermoso. Sentía que era una señal, como si el destino le hubiese enviado una ola con su nombre. Quizá por eso Soline Roussel no había vendido el edificio después del incendio, porque estaba destinado a ella, a la galería.

Una vez tomada la decisión, las cosas habían avanzado con relativa rapidez. Tras varias rondas de intentos de comunicación fallidos y una breve presentación, hizo una oferta que requirió otra ronda de intentos de comunicación fallidos antes de que fuera aceptada. Había estado muy nerviosa esperando a que se redactaran los documentos, con el temor de que su misteriosa propietaria cambiase de opinión y se echara atrás. Por suerte, todo había salido como estaba previsto, o casi. Esperaba conocer por fin a la escurridiza señora Roussel en la firma del contrato, pero, como de costumbre, su abogado había actuado en su nombre.

Después de cerrar el trato, le había pedido a Daniel el número de teléfono de la señora Roussel o una dirección a la que pudiera enviar una nota de agradecimiento, pero este había rechazado enseguida la idea alegando que su clienta era una persona particularmente celosa de su intimidad y prefería dejarle a él los asuntos de negocios. Todas las futuras consultas se harían a través de su oficina.

Rory dudaba que fuera a necesitar futuras consultas. Estaba preparada para empezar las reformas. Los daños causados por el fuego afectaron sobre todo al apartamento del segundo piso, donde se había iniciado el incendio, pero el humo y el agua también habían dejado sus huellas abajo. El tejado y las buhardillas, junto con las ventanas de los pisos superiores, se habían reemplazado poco después del incendio, pero, tras el vaciado inicial, se habían abandonado las obras del interior, lo que había convertido el lugar en poco más que un cascarón, despojado hasta el tuétano y lleno de telas, herramientas abandonadas y cubos de pintura desbordados de basura.

El contratista al que había llamado para las reformas, un amigo de Brett, calculaba que las obras del primer piso podrían estar terminadas en unos noventa días. Después, necesitaría varias semanas para amueblar el local e instalar las obras de arte. Si todo iba bien, podría ser factible inaugurar en octubre. A más tardar, en noviembre.

Sintió un cosquilleo al imaginarse aquello acabado. Suelos negros brillantes y una iluminación discreta, paredes de un gris suave revestidas de arte bellamente enmarcado. Zócalos de laca negra. Vitrinas acrílicas. Bancos bien dispuestos para la conversación y el descanso. Y más tarde, en el piso superior, salas para lecturas, conferencias, quizá incluso un taller de vez en cuando.

Observó la escalera, con sus escalones de mármol negro y sus herrajes *art déco*. Como todo lo demás, necesitaría algunos arreglos,

pero menos mal que no la habían arrancado. Pasó la palma de la mano por el frío mármol negro, la curva casi sensual de la barandilla de hierro, y se imaginó todo ello iluminado de forma espectacular desde arriba, reflejado en la sombra de la pared de atrás, muy de cine negro.

Por un momento, pensó en subir a echar un vistazo rápido, pero no había tiempo. No es que tuviera prisa por decirle a su madre que no volvería a clase en otoño. Llevaba varias semanas esquivando el tema, decidida a mantener su decisión en secreto hasta que firmara el contrato de alquiler. Pero había llegado el momento de afrontar la situación.

Quizá volviera después del *brunch* para limpiar las ventanas y recoger la basura antes de que los obreros llegasen mañana. Así tendría un objetivo que cumplir. Se estaba dando la vuelta, con la mano todavía en la barandilla de la escalera, cuando lo sintió, o creyó sentirlo. Una sutil vibración que le hacía cosquillas en los dedos y le subía por el brazo, como si el zumbido de un diapasón recorriera sus huesos. Más extraños incluso fueron los destellos plateados que visualizó al cerrar los ojos, como un relámpago que imprimió en el interior de sus párpados un extraño revoltijo de imágenes.

Apartó la mano de golpe y se frotó el brazo desnudo. ¿Una descarga? Pero ¿cómo? Hacía años que no había electricidad. En contra de su buen juicio, volvió a tocar la barandilla con las yemas de los dedos, brevemente, como si probase una plancha o el quemador de una estufa. Nada.

¿Se lo había imaginado? Estaba segura de que el contratista había examinado los cables al revisar el edificio, y no recordaba que hubiera encontrado ningún problema. De todos modos, le pediría que echase un segundo vistazo. Lo último que necesitaba era un incendio provocado por un problema eléctrico o, peor todavía, que alguien se electrocutara la noche de la inauguración.

La noche de la inauguración.

El mero hecho de pensar en ello le hizo sentir mariposas en el estómago mientras recogía el bolso y se dirigía a la puerta. Porque le hizo pensar en Hux y la fe que tenía en su sueño. Había tenido su voz en la cabeza durante toda la mañana, mientras se cepillaba los dientes, mientras movía el café para incorporar la nata, mientras conducía. Y la oyó de nuevo mientras cerraba la puerta tras de sí.

«Los sueños son como olas, nena. Tienes que esperar a que venga la adecuada, la que tiene tu nombre. Y cuando llega, tienes que levantarte y subirte a ella».



Su madre ya estaba en la terraza cuando llegó. Alzó la vista de su ejemplar de *Town & Country* cuando Rory se acercó, elevando unos milímetros sus delineadas cejas.

—Aurora. Llegas casi puntual.

Rory la saludó asintiendo secamente.

—Buenos días a ti también.

—Solo quería decir que no he sacado la comida porque no te esperaba todavía. Tengo una *strata* de espinacas y tomates calentándose en el horno. Y esas magdalenas de calabacín pequeñitas que tanto te gustan. —Dejó la revista y se levantó—. Ve abriendo el Veuve, yo traeré la comida.

Rory se dispuso a descorchar el champán. Esperaba que las novedades sentasen mejor después de una copa. Se había pasado el camino repasando lo que iba a decir y había llegado a la conclusión de que daba igual. Sencillamente, no había una buena manera de dar la noticia.

Unos minutos más tarde, Camilla regresó con una jarra de zumo de naranja.

—Creo que ya podemos sentarnos.

La culpa hizo que Rory se sobresaltara y casi tirase una de las copas de champán. Camilla la miró con curiosidad.

—¿Estás bien? Pareces distraída.

—Estoy bien. Comamos.

Se hizo el silencio mientras se servían. Al fin, Camilla levantó su copa.

—¡Por las mañanas de domingo soleadas!

Rory alzó su copa obediente, haciendo el paripé. Sentía los ojos de su madre clavados en ella, inquisitivos, evaluándola. Al fin, Camilla bajó el cuchillo.

—¿Estás segura de que estás bien, Aurora? No pareces tú misma.

—Estoy bien. —Rory cogió la copa y bebió otro sorbo—. ¿Cómo va lo de la gala navideña? ¿Alguna novedad?

Camilla la miró parpadeando, claramente sorprendida.

—Pues la verdad es que sí. He pensado que el tema podría ser *El gran Gatsby*. Ya sabes, disfraces de los felices años veinte, una buena banda de *jazz*. Muchas plumas y lentejuelas para decorar. Negro y dorado y crema. Muy elegante, claro.

—Claro. ¿Irás de *flapper?*

La risa de Camilla resonó por la terraza, liviana y casi infantil.

—Por supuesto que no. Nadie quiere ver eso. Estaba pensando en un traje a rayas y unas polainas, tal vez un sombrero de fieltro ancho. ¿Qué te parece? Yo podría ir de mafioso, y tú podrías ser mi chica. Muchos flecos y una boa. Y labios de Cupido de un rojo brillante.

—Suena divertido. Pero, de todas formas, creo que te quedaría bien ir de flapper. Las piernas para ello las tienes, eso sin duda.

Camilla puso los ojos en blanco.

—No seas ridícula. Ya hace mucho que no tengo edad para andar enseñando las rodillas. —Hizo una pausa mientras se servía varios frutos rojos—. ¿Y qué hay de ti? ¿Has conseguido organizar las clases para otoño?

Y allí estaba, el momento de la verdad. Rory cogió su copa y la apuró de un trago.

—No exactamente.

—Pero cariño, me prometiste…

—No voy a volver a clase en otoño —escupió Rory. Adiós a iniciar la conversación con tacto—. He decidido seguir adelante con mi plan de la galería.

Camilla bajó la cuchara haciendo que varios frutos salieran rodando por el mantel.

—¿La galería? Creía que…

—Lo sé. Yo también. Entonces vi un edificio, una vieja casa adosada en la esquina de Newbury y Fairfield, y supe que era lo que debía hacer.

Camilla suspiró.

—Aurora, ya hemos hablado de esto. No tienes experiencia en los negocios. Ni experiencia real en el mundo del arte todavía. Tienes que acabar tus estudios antes de meterte en algo así, mejorar tus credenciales para tener algo en lo que apoyarte.

—Si fracaso, quieres decir.

—Bueno, sí. Y no me mires de esa forma. ¿Tienes idea de cuántas galerías cierran en su primer año?

—No, pero estoy segura de que estás a punto de decírmelo.

—No quiero que te conviertas en una estadística, Aurora. Y eso es lo que pasará si sigues adelante con esto. —Sacudió la cabeza, como si no lo creyese—. No dijiste nada del tema la última vez que viniste. ¿Y ahora, de repente, piensas en dejar los estudios?

Rory irguió la cabeza.

—No necesito que me des permiso.

Era evidente que la había cogido por sorpresa, pero Camilla mantuvo la voz tranquila.

—No. Eres mayor de edad, y tienes tu propio dinero. Tu padre se aseguró de que así fuera. Pero te estoy pidiendo que frenes un poco y

hagas los deberes y termines tu educación mientras lo haces. Un máster es un verdadero logro, algo de lo que puedes sentirte orgullosa sea cual sea el camino que elijas. Y París. Siempre has querido ir, y es el tipo de cosas que quedan bien en un currículum. ¿Quién sabe qué te depara el futuro? Tal vez sea la galería. O tal vez no. Lo único que digo es que esperes un poco.

Rory se humedeció los labios, una vez, dos.

—Anoche firmé el contrato de alquiler.

El rostro de Camilla perdió su expresión.

—Oh, Aurora. Dime que no es verdad.

—Lo siento. No quiero seguir estudiando. Ni ir a París. Quiero hacer esto, perseguir mi sueño.

—Tu sueño. —Camilla sacudió la cabeza con desdén—. Hasta hace un año nunca te había oído mencionar la palabra «galería». Y entonces sí, pero solo porque Matthew te metió la idea en la cabeza. Cree que, como tu familia tiene dinero, no importa si fracasas. No sabe nada del mundo del arte, pero te ha llenado la cabeza con esa tontería: una galería para artistas que nadie conoce. Ya la habías abandonado una vez. Ahora has vuelto a ella porque no sabes qué hacer con tu vida.

—Eso no es cierto. Pero incluso si lo fuera, ¿qué importa? ¿Por qué no puedo querer lo que quiero y ya está? ¿Por qué todo lo que hago tiene que pasar algún tipo de examen contigo?

—Esto no va de mí, Aurora. Ni siquiera va de ti. Va de Matthew. Tratas de demostrar algo a alguien que ni siquiera está aquí, porque estás triste y asustada. No tienes la menor idea de qué hay que hacer para dirigir una galería, o lo que pasa cuando te arriesgas y fracasas. Pero yo sí. No estás en absoluto preparada para afrontar algo así, y, si frenases un minuto, lo verías.

Esas palabras le dolieron más de lo que Rory quería admitir. Todo había ido con mucha rapidez y sin el debido cuidado. ¿Y si su madre tenía razón? ¿Y si se había tirado a la piscina por algo que Hux había dicho una vez porque no soportaba la idea de no volver a verlo?

—No te lo has pensado bien, Aurora. Déjame que contacte con Steven Mercer y que haga una o dos llamadas. Puede que pierdas algo de dinero, así suele ser con las decisiones precipitadas, pero el hombre sabe cómo manejar un contrato. No me importa lo que hayas firmado. Él te sacará de esta.

Rory se puso tensa, furiosa ante la afirmación de su madre.

—No quiero salir de esta.

Camilla se inclinó hacia adelante, aferrándose al borde de la mesa con las dos manos.

—¿Qué pasa si no puedes salir adelante? ¿Has pensado en ello? ¿O pretendes seguir tirando el dinero hasta que te hayas gastado todo lo

que tienes?

Rory se hundió hacia atrás en la silla.

—Tu fe en mí es abrumadora.

El rostro de Camilla se suavizó.

—No tiene nada que ver con mi fe en ti. Es solo que no quiero que te lleves un chasco, y temo que así será. Abrir una galería es algo muy grande. Y más aún si no estás preparada. Estadísticamente…

—Sí, sí. Eso ya lo has dicho. Te prometo que si la cosa se va al garete me mudaré y me cambiaré el nombre. No voy a avergonzarte. Y, quién sabe, tal vez al fin haga que estés orgullosa de mí.

Por un momento, Camilla pareció realmente asustada.

—Siempre he estado orgullosa de ti, Aurora. Siempre.

Rory le sostuvo la mirada.

—¿De verdad?

—Por supuesto que sí.

—Entonces alégrate por mí. Después de todos estos meses horribles, al fin está pasando algo bueno. Celébralo conmigo. Por favor.

Camilla asintió fríamente, con un gesto reticente de derrota. Cogió la botella de Veuve y rellenó ambas copas, luego, después de añadir un chorrito de zumo de naranja, levantó su mimosa.

—Por mi hija, la galerista.

—Gracias —dijo Rory por encima del borde de su copa. No era un apoyo rotundo, pero tampoco lo esperaba. Sin embargo, habían llegado a una especie de armisticio, y por ahora eso bastaba. Es lo que su relación siempre había sido, un ciclo sin fin de treguas y hostilidades—. Sé que no es lo que querías para mí. Pero es lo que yo quiero para mí.

La sonrisa de Camilla se desvaneció.

—Siempre has sido mucho más valiente que yo.

Fue una declaración extraña. No una confesión, su madre no creía en las confesiones, pero sí un cumplido inesperado.

—Te lo prometo, no tiene nada que ver con ser valiente. De hecho, me aterroriza que todo lo que has dicho sea verdad. Que no esté lista, que lo haga por motivos equivocados. Pero esta galería es lo que más me importa desde hace meses. Sí, ha ido rápido. Y sí, es un riesgo enorme, pero es una razón para salir de la cama por la mañana. Y salir de la cama se me estaba haciendo mucho más difícil de lo que debería. —Hizo una pausa al darse cuenta, por primera vez, de lo ciertas que eran esas palabras—. No es solo que quiera hacer esto. Lo necesito.

—Entonces supongo que será mejor que me hables sobre esa casa adosada tuya. Me temo que la *strata* está helada. ¿Quieres que la

recaliente?

—No, está bien así. Comamos.

Camilla se sirvió una porción y puso la mano para que Rory le diera el plato.

—Creo que sigue tibia. El queso todavía está derretido. Bien, háblame de ese lugar que has encontrado. ¿Dónde está? ¿Cómo es?

—Está justo al lado de Newbury, junto a DeLuca's. De ladrillo rojo, con una hermosa torreta y un gran ventanal en la fachada. Pero necesita algunas reformas. Hubo un incendio hace unos años, y las reparaciones no se acabaron.

—Entonces, ¿lleva vacío todo este tiempo?

—Sí. La propietaria decidió no volver a abrir después del incendio, pero se quedó con el edificio. El contratista dice que es posible abrir en otoño. Primero nos ocuparemos de la planta baja y, una vez que estemos abiertos, empezaremos con los pisos superiores. Ah, y hay una escalera increíble, de mármol negro y hierro forjado. Muy teatral. Pienso en gris pálido y nácar, iluminación baja, suelos negros brillantes.

Camilla alzó la vista del plato.

—Parece que lo has pensado mucho.

—Siempre supe lo que andaba buscando. Algo limpio. Monocromo. En cuanto vi la casa adosada, supe que sería perfecta. Tuve esa sensación, ¿sabes?

Camilla arqueó una ceja mientras se servía unas cuantas fresas más.

—¿Y qué sensación es esa?

—No lo sé. Como que era cosa del destino, supongo. Probablemente he pasado por delante cientos de veces y nunca me había fijado en ella. Entonces, hace unas semanas, cuando volvía a casa después de ver a Lisette, me saltó a la vista sin más. Juro que parecía magia.

—¿Qué era antes?

—Una tienda de vestidos de novia. La propietaria se llama Soline Roussel. Esperaba conocerla en la firma del contrato, pero no se presentó. El abogado dice que ya no sale mucho.

Camilla frunció el ceño, como si buscara entre sus recuerdos.

—Creo que la conozco.

—¿Conoces a Soline Roussel?

—Perdona, quería decir que sé quién es. En mi época todo el mundo la conocía. Venía de París, o eso decía. No recuerdo el nombre de la tienda, algo en francés, pero recuerdo que tenía un montón de clientas. Era famosa por sus lazos.

—¿Sus lazos?

—La marca de la casa, podría decirse. El Lazo Roussel. Todos sus vestidos tenían lazos, de una u otra manera. En la cintura, en los hombros, en el polisón. En aquella época estaba bastante *à la mode,* con su acento y su tiendecita elegante, y la promesa de que sus vestidos traerían buena suerte.

Rory levantó la vista, intrigada.

—¿Buena suerte?

—Eso se decía, no sé qué de que sus vestidos garantizaban un matrimonio feliz. Los hacía a mano, con un hechizo de buena suerte hecho a medida para cada novia. Un truco publicitario estupendo, supongo, si consigues que la gente se lo crea. Por otro lado, la mayoría de las novias se creen lo que sea. Añádele el toque francés y las tendrás comiendo de tu mano. Y así era. Mis amigas se volvían locas con sus vestidos.

—¿Y tú no?

Camilla se encogió de hombros.

—Lo que yo quería era inmaterial. Una tienda de vestidos de novia de aquí nunca habría bastado.

—¿Por qué?

—Yo era una Lowell, cariño. Para una Lowell solo un auténtico vestido de novia parisino es suficiente. Así que fuimos a París, a visitar la Maison Dior. Nos marchamos de Boston con dos baúles y regresamos con siete.

—Dior —jadeó Rory. La moda nunca le había interesado, pero incluso ella sabía que un vestido de novia de la casa Dior era digno de ser admirado—. Ojalá no se hubieran estropeado todas las fotos de la boda. Seguro que estabas preciosa.

Camilla resopló con desdén.

—Era blanco, y francés, y tan ajustado que pensaba que me desmayaría antes de llegar al altar, pero cumplió su función.

«Cumplió su función».

Esa frase expresaba todo lo que hacía falta saber sobre lo que sentía Camilla respecto a la sacralidad del matrimonio. También indicaba que era momento de llevar la conversación hacia un terreno más seguro.

—¿Qué más sabes sobre Soline Roussel?

—No gran cosa. ¿Por qué?

—Bueno, es una buena historia, ¿no crees? Vestidos de novia hechizados y finales felices. Y luego un incendio destruyó su negocio. Me pregunto por qué no volvió a abrir. Por lo que dijo su abogado, me dio la impresión de que vive en una especie de reclusión. Es triste.

—Recuerdo el incendio…, o al menos las noticias sobre él. Fue justo por la época en que murió tu padre. No recuerdo cómo empezó,

pero sí oír que la propietaria había terminado en el hospital con quemaduras bastante graves.

Quemaduras. Eso explicaría su deseo de privacidad.

—¿Sabes qué le ocurrió? Más tarde, quiero decir.

—No. Ya sabes cómo son las noticias. Solo les interesa la tragedia. Lo que viene después nunca es tan interesante. En fin, va a alquilarte su edificio, y eso es lo único que importa.

Rory asintió sin mucha convicción. Era cierto. La historia de Soline Roussel no debería importarle, pero de algún modo sí lo hacía. Tal vez porque Rory había comprendido cómo la pérdida de algo valioso podía hacer que una vida entera se viniese abajo.

Nueve

Rory

19 de junio de 1985, Boston

Rory se dejó caer en el último escalón con su bloc de notas, cansada pero feliz de poder tachar otro punto de su lista de tareas. Los hombres del contratista habían traído todos los andamios para empezar a trabajar en el techo; ella había limpiado todas las ventanas, sacado el resto de la basura, revisado el edificio con el electricista y contactado con alguien para que acudiese a ver la caldera. No estaba mal para ser solo las dos de la tarde.

Había mucho que hacer si quería estar lista para el otoño. Tendría que empezar a contratar artistas, crear un plan de *marketing* y un calendario de eventos, averiguar qué implicaba redactar un comunicado de prensa y hacer una lluvia de ideas para la gran inauguración. Tenía muchísimo que aprender en poco tiempo, y casi seguro que cometería errores, pero, contra viento y marea, pensaba salir adelante. Nadie podría decir que Desconocidos era solo un ejercicio de vanidad alimentado por el dinero de sus padres.

El estómago de Rory gruñó, lo que le recordó que se había saltado el almuerzo. Repasó el bloc de notas una vez más y concluyó que había hecho lo que podía por el momento. Se iría a casa, se comería un sándwich y se daría una ducha, y luego se pondría a trabajar en el texto del folleto.

Acababa de cerrar y estaba buscando el bolso cuando vio lo que parecía ser una pequeña puerta cortada en el revestimiento de madera oscura de la pared exterior de la escalera. No la había visto hasta ese momento, pero allí estaba, con un pequeño agujero donde, presumiblemente, habría habido un pomo. Después de unos cuantos tirones, la puerta cedió y reveló un espacio bajo y oscuro. Rory no encontró ningún interruptor ni luz. Se arrodilló y miró hacia la abertura, tratando de no pensar en lo que podría haberse instalado bajo las escaleras de un edificio que llevaba casi cuatro años abandonado.

El suelo era de madera desnuda y estaba lleno de polvo, pero al menos nada parecía moverse. Contuvo la respiración, sin saber qué esperaba encontrar mientras tanteaba a ciegas. No dio con nada en su primer intento, pero, en el segundo, sus nudillos rozaron lo que parecía una caja grande y plana.

Le costó un poco, pero al fin consiguió sacar la caja y colocársela sobre el regazo. Era una vieja caja de ropa, similar a las elaboradas sombrereras que las mujeres solían llevar cuando viajaban. Esta era de cartón gris grueso, con las esquinas reforzadas con metal para evitar que se aplastasen y un trozo de cuerda muy deshilachada enhebrada como asa, para poder llevarla como una maleta.

Parecía haber algo escrito en una esquina. Limpió la suciedad con la mano hasta que por fin apareció una única línea en cursiva: *Madame Roussel, París.* Al parecer, Soline Roussel había tenido una tienda en París y había llevado esa caja hasta Boston. Pero ¿qué hacía bajo las escaleras?

Se obligó a ir despacio mientras soltaba el cordón y luego levantó la tapa con suavidad. Había varias hojas de papel de seda, arrugadas y amarillas por el paso del tiempo. Las retiró una a una, mientras contenía la respiración, hasta que apareció una extensión de encaje blanco color crema.

Parecía algo sacado de un cuento de hadas: escote de corazón con incrustaciones de cristales iridiscentes y perlas minúsculas, mangas de organza rasgadas, tan vaporosas como alas de libélula, dobladas una sobre otra casi con ternura. Claramente antiguo y, a juzgar por la calidad de la pedrería, seguramente cosido a mano.

Rory lo miró con anhelo, deseando explorar su paisaje, el encaje espumoso y la seda fina, la textura fría y nudosa de la pedrería. Sin embargo, dudó. Tocarlo ahora, después de que llevase tanto tiempo languideciendo en la oscuridad, le parecía que estaba mal, igual que manipular como si nada el contenido de la tumba de Tutankamón. Pero eso era una tontería. Si el vestido significase algo para alguien, no estaría allí encerrado en una caja cubierta de polvo.

El vestido dejó escapar un pequeño suspiro cuando lo sacó de su

caja, como si al fin se sintiera aliviado de ser libre. La falda de organza con paneles se desplegó como los pétalos de una flor cuando Rory la agitó suavemente, luminosa y espumosa. Incluso la espalda era impresionante, cerrada con cordones como un corsé y un amplio lazo de satén con fajas que llegaban hasta el suelo.

El lazo Roussel.

Empezaba a ver por qué Soline Roussel se había hecho un nombre. Era la cosa más hermosa que jamás había visto o imaginado. Un vestido digno de una princesa, aunque una princesa muy pequeña. Las mangas, que claramente eran largas, le quedaban a, por lo menos, quince centímetros de la muñeca, y la cintura era ridículamente pequeña. Debía de ser un vestido hecho a medida, y estaba inmaculado, así que lo más probable era que nunca lo hubieran usado. ¿Qué había pasado con la novia que debía llevarlo?

La pregunta la inquietaba más de lo que quería admitir. Quizá porque cada hipótesis que imaginaba era más desgarradora que la anterior. Enfermedad. Traición. Muerte. Y todos acababan de la misma manera: con una boda que no llegaba a celebrarse.

Rory cerró los ojos para alejar aquellos pensamientos. Fuera cual fuese la historia (y casi seguro que el vestido tenía una), era la historia de otra persona. No era una señal ni un presagio. No tenía nada que ver con ella. Lo más inteligente sería devolverlo junto con la caja al lugar donde lo había encontrado.

Pero, al colocar de nuevo las hojas de papel de seda, descubrió un paquete de cartas en el fondo de la caja y un estuche de cuero con cremallera con un monograma dorado. Al cogerlo se dio cuenta de que era un estuche de afeitado, como el que los hombres utilizan cuando salen de viaje. El becerrillo estaba arañado y el monograma había empezado a desgastarse, pero era evidente que había sido caro.

Bajó la cremallera y dejó que se abriera como un libro. En un lado había una brocha y una maquinilla de afeitar con mango de plata; en el otro, un peine de carey, un calzador a juego y un frasco de colonia vacío. Pasó un dedo sobre lo que quedaba del monograma: A. W. P. ¿Andrew? ¿Allen? Probablemente nunca lo sabría. A no ser que el paquete de cartas le ofreciera alguna pista.

Las liberó de su cinta y las contó mientras abría los sobres en abanico. Dieciocho en total. Ninguna tenía sello ni dirección, aunque varias llevaban escritas las palabras *Mademoiselle Roussel*. Así que se habían entregado en mano, en lugar de enviarse por correo, y se habían guardado juntas, presumiblemente por razones sentimentales. ¿Cartas de amor de A. W. P.?

Seleccionó una al azar y sacó una hoja de vitela azul de su sobre. Estaba escrito en francés. Una decepción, ya que hacía tiempo que había olvidado el idioma que había aprendido en su primer año en

Tufts. Pero entendió la fecha: *17 décembre 1942*. Diciembre, cuarenta y dos años atrás. Probó con otra y luego con otra. Ambas tenían fechas similares y también estaban en francés. Por fin, hacia el fondo del paquete, descubrió unas cuantas en su idioma. La primera estaba fechada el 4 de agosto de 1964.

Querida *mademoiselle* Roussel:

Ha pasado casi un año desde que David y yo intercambiamos nuestros votos, y aunque me pidió que esperase a nuestro primer aniversario, me parece que no puedo aguardar ni un solo día para expresarle mi gratitud por su amabilidad cuando acudí a usted con mis problemas. Su generosidad todavía me asombra. Caminar hacia el altar con uno de sus vestidos fue más de lo que una pobre chica del sur de Boston podría haber esperado. Pero lo más importante es que David se ha recuperado milagrosamente de su accidente. Es tan sorprendente que sus médicos apenas dan crédito, y mucho menos alcanzan a explicarlo. Me costó mucho no decirles que tenía que ver con su vestido. Pensarían que estoy loca, y hace un año habría estado de acuerdo. Pero ahora sé que tengo que darle las gracias a usted y a su hechizo por mi final feliz. Y por nuestro bebé, que llegará en el nuevo año. Si alguna vez hay alguna forma de devolverle su amabilidad, solo tiene que pedírmelo.

Con mi más profunda gratitud,
Kathleen P. Shore

Rory releyó la carta varias veces y en cada ocasión captaba algo nuevo. Una pobre chica del sur de Boston. Una recuperación milagrosa después de un accidente. Un vestido de novia con un final feliz. Algún tipo de hechizo. Era inconcebible. Pero ¿no era exactamente eso lo que su madre había dicho en el almuerzo de la semana anterior? Vestidos con sortilegio. La garantía de un final feliz. ¿De verdad era eso posible?

Sin duda, Kathleen Shore parecía pensarlo.

Otra carta elegida al azar decía prácticamente lo mismo, aunque estaba fechada dos años después. Una joven novia escribía con motivo de su primer aniversario, agradeciendo a la señora Roussel la resolución de un complicado problema financiero tan solo un mes después de llegar al altar con uno de sus vestidos de la suerte. Una

tercera novia escribía que había podido perdonar a su novio por una imprudente infidelidad en la víspera de su boda. Una cuarta se había recuperado de una enfermedad crónica que, según los médicos, la habría dejado en silla de ruedas en dos o tres años.

Cada carta parecía más fantástica que la anterior. Y cada una de ellas atribuía su asombrosa fortuna a las «habilidades» especiales de Soline Roussel como modista. Era razonable suponer que las escritas en francés contenían historias similares. Dieciocho novias. Dieciocho cartas. Dieciocho finales felices custodiados en una vieja caja de vestidos.

Rory reunió las cartas y las ató de nuevo antes de devolverlas a la caja. Una pila de cartas que abarcaban décadas, un vestido de novia digno de una princesa y un estuche de afeitado. El conjunto olía a historia inacabada. Una historia inacabada y triste.

Diez

Rory

20 de junio de 1985, Boston

Rory estaba acostumbrada a despertarse con un libro al lado, pero aquella mañana fue una carta lo que encontró abierto entre las sábanas arrugadas. La dobló con cuidado y la colocó en la mesita junto con las demás. La noche anterior las había leído todas de nuevo. O al menos las que podía entender. Todas eran variaciones de la misma historia: salud recobrada, fortunas reconducidas, carreras salvadas, enemistades arregladas, cosas perdidas encontradas. Y todo como resultado de un vestido Roussel. O eso afirmaban las novias en sus cartas de agradecimiento.

Sus ojos se posaron en la caja del vestido que estaba en el arcón debajo de la ventana. Lo más fácil habría sido volver a ponerla bajo la escalera, donde no la hiciera pensar en bodas que se habían celebrado tiempo atrás. En vez de eso, se la había llevado a casa, incómoda ante la idea de volver a relegarla a la oscuridad. Era una tontería, lo sabía, pero no podía superar algo que su madre había dicho.

«Un hechizo de buena suerte hecho a medida para cada novia».

Se acercó a la caja, levantó la tapa y recorrió con la mano una de las mangas transparentes. Era un vestido precioso, y sin duda hecho a medida, ya que *mademoiselle* Roussel solo los hacía a medida. Se había creado para alguien, pertenecía a alguien. Pero ¿a quién? ¿Y qué tenía

que ver el estuche de afeitado? Siempre existía la posibilidad de que no estuviera relacionado, pero no parecía probable.

¿Y dónde encajan las cartas? Evidentemente, en algún momento habían sido importantes y, sin embargo, las habían encerrado bajo la escalera junto con las demás cosas, abandonadas cuando la tienda cerró. A menos que… ¿Era posible que Soline Roussel no supiera que habían sobrevivido al incendio?

Rory preparó una cafetera y marcó el número de Daniel Ballantine. Se sorprendió cuando la secretaria se lo pasó directamente.

—Señorita Grant, no esperaba tener noticias suyas tan pronto. Espero que no haya ningún problema.

—No. No exactamente. Pero necesito ponerme en contacto con la señora Roussel. Sé que dijo que no le gustaba que la molestaran, pero es bastante importante. Esperaba poder convencerlo de que me diera su número.

—Me temo que no es posible. Como le dije, soy yo quien se encarga de todos sus asuntos de negocios.

—Llámeme Rory, por favor. Y esto no tiene que ver con negocios. Es un asunto personal. Le prometo que no la molestaré. Solo necesito hablar con ella una única vez.

—¿Sobre qué, si me permite preguntar?

Rory no estaba segura de cuánto revelar y cuánto guardarse para sí misma.

—Preferiría no compartirlo con nadie que no fuera la señora Roussel, si no le importa. Es un asunto… bastante delicado.

—Lo máximo que puedo hacer es darle su número a la señora Roussel —dijo el hombre al fin—. Aunque dudo que consiga nada. A la señora Roussel no le gusta el teléfono. Apenas habla conmigo.

—Bien, de acuerdo. Dígale que he encontrado algo que puede que le pertenezca… una caja.

—¿Qué clase de caja?

Una vez más, Rory se sintió reticente a revelar demasiado.

—Solo dígale que he encontrado una caja. Si es importante, sabrá de qué hablo.

—De acuerdo, le pasaré el mensaje. Pero no se sorprenda si no recibe respuesta.

Dos horas más tarde, el teléfono sonó. Rory dejó la lista de cosas que hacer en la que había estado trabajando y cogió el aparato.

—¿Hola?

Hubo un momento de silencio, y al fin una voz de mujer:

—Quería hablar con la señorita Grant.

El pulso de Rory se aceleró.

—Soy Aurora.

—Me llamo Soline Roussel. He recibido una llamada de mi abogado, Daniel Ballantine. Dice que usted… ha encontrado algo. Una caja.

—En el espacio bajo las escaleras, sí. No sé cómo ha terminado allí, pero pensé que le gustaría recuperarla.

Otra pausa, esta vez más breve, y entonces las palabras salieron atropelladas.

—No sabía… Pensaba… Sí. Sí, me gustaría recuperarla.

—Estaré encantada de llevársela si me da su dirección.

—No. No podría… no recibo invitados.

Rory se tragó la decepción. Esperaba poder conocer al fin a la escurridiza *mademoiselle.* Al parecer, eso no iba a pasar.

—Podría llevarla a la oficina del señor Ballantine, si lo prefiere, y él podría entregársela.

—Gracias, pero no. Daniel es encantador, pero puede resultar un fastidio y prefiero no tener que responder muchas preguntas. El contenido de la caja es… bueno, bastante personal, como seguramente habrá imaginado.

—¿Hay algún otro lugar, entonces? La galería… disculpe, la casa adosada.

—Hay una confitería en la calle de al lado, llamada Bisous Sucrés. ¿La conoce? Podría encontrarme con usted allí a la una y media.

—Besos de Azúcar —tradujo Rory—. Sí, por supuesto. Allí estaré.

Sintió una oleada de emoción al colgar el teléfono. Al fin iba a conocer a Soline Roussel.



Rory consiguió aparcar su Audi en una estrecha plaza de la calle Boylston, metió varias monedas en el parquímetro y salió por el paseo lateral con la caja del vestido en los brazos.

Al cabo de unos minutos, el familiar toldo blanco y negro de la confitería se hizo visible. Su verdadero nombre, Bisous Sucrés, surcaba la lona con una caligrafía dorada, con la traducción debajo en minúsculas, entre corchetes de color rosa intenso. Como de costumbre, el negocio iba viento en popa.

Rory navegó entre las abarrotadas mesas del patio, escudriñando los rostros hasta que se dio cuenta de que no tenía ni idea de a quién buscaba. En su excitación, había olvidado preguntar a la señora Roussel cómo reconocerla. Entonces recordó que su madre habló de

las quemaduras. Era de suponer que tendría cicatrices.

Los embriagadores aromas del chocolate, las cerezas y el café negro intenso le dieron la bienvenida cuando cruzó la puerta principal. La cola del mostrador llegaba casi hasta la puerta. Rory pasó de largo mientras miraba por encima de la caja del vestido. Familias, turistas, estudiantes inclinados sobre libros de texto. Pero nadie que encajara con la imagen que había inventado para Soline Roussel, a la que ahora imaginaba como una frágil octogenaria con cicatrices de quemaduras y una mirada de incomodidad.

Sus ojos se encontraron de repente con los de una mujer sentada sola casi al fondo de la tienda. Llevaba el pelo oscuro recogido en un brillante moño y vestía un elegante traje de punto carmesí, con puños de terciopelo negro y relucientes botones dorados en la parte delantera. En la garganta llevaba un pañuelo de cuadros rojos, blancos y negros que se ajustaba con un pasador de perlas. Pareció sobresaltarse cuando sus miradas se cruzaron, como si por un instante la hubiera golpeado una oleada de miedo. Al cabo de unos segundos, pareció serenarse e inclinó ligeramente la cabeza.

Rory se colocó la caja en la cadera y se dirigió a la mesa, sin darse cuenta hasta el último momento de que había una taza y un plato frente a la silla vacía.

—Disculpe —balbuceó—. Creí que…

—¿Señorita Grant?

Rory reconoció la voz del teléfono, oscura y grave. Francesa. Pero era muy joven, cerca de los sesenta, tal vez un poco más, pero no mucho. Y hermosísima, con piel pálida de porcelana y unos labios como un lazo rojo perfecto. No se veía ninguna cicatriz.

—¿Es usted… la señora Roussel?

—Así es. —Señaló con la barbilla la silla vacía.

Rory apoyó la caja en la esquina de la mesa y se sentó. No podía dejar de mirarla.

—Me he tomado la libertad de pedirle una cosita… como agradecimiento.

Rory miró la mesa, donde la esperaban un *mille feuille* y un *café au lait*.

—Gracias, me encantan los dulces de aquí. Pero de verdad que no hacía falta, señora Roussel. He venido con mucho gusto.

—Soline, por favor. Estoy segura de que tendrá preguntas.

Rory la miró parpadeando. La prosaica invitación la había tomado desprevenida y no sabía por dónde empezar.

Soline pareció percibir su incomodidad.

—Se llama Aurora. Un nombre precioso. En Francia decimos *Aurore*. Significa diosa del amanecer. —Rory no pudo evitar sonreír.

Sonaba encantador cuando lo decía ella, nada que ver con un nombre de señora.

—Me llaman Rory —dijo ella con timidez—. Mi madre lo odia.

Los labios de Soline se crisparon levemente en un atisbo de sonrisa.

—A las madres les gustan los nombres que nos ponen. —La sonrisa se desvaneció cuando posó la mirada sobre la caja del vestido—. Ha abierto la caja, ¿verdad?

Rory bajó la cabeza.

—Sí, lo siento. Es que me sorprendió mucho encontrarla. No podía imaginarme por qué…

—Pregunte lo que quiera preguntar —la incitó Soline cuando se quedó callada.

A Rory le sorprendió el tono abrupto y el hecho de que ni siquiera había tocado la caja. En vez de eso, permanecía sentada rígida, con las manos dócilmente recogidas bajo la mesa, como si se estuviera preparando para un interrogatorio.

—El vestido —comenzó Rory vacilante—. ¿Es uno de los suyos?

—Sí.

—¿Y las otras… cosas?

—También son mías.

—El vestido es precioso, como sacado de un cuento de hadas. —Hizo una pausa sin saber muy bien cómo continuar—. Parece… nuevo.

—Es nuevo. Y muy viejo.

—Quiere decir que nunca se usó.

Soline bajó la mirada.

—*Oui.*

Esa sola palabra planteaba más preguntas de las que respondía. ¿Por qué nunca se había usado el vestido? ¿Infidelidad? ¿O algún tipo de tragedia? Pensó en las cartas, todas escritas de la mano de novias agradecidas que habían recibido el legendario final feliz. Pero parecía que la propietaria del vestido de cuento de hadas no había tenido la misma suerte. ¿Por qué?

—He leído algunas de las cartas.

—¿Ah, sí?

Rory asintió.

—Las más recientes. Las que estaban en francés no las entiendo.

—Las más recientes me las escribieron a mí. Las otras son de mujeres a las que mi madre les cosió el vestido hace mucho tiempo, en París. —Hizo una pausa y tragó saliva mientras apartaba la mirada—. Murió poco después de que vinieran los nazis. Cuando la gente se enteró, comenzaron a llegar las cartas.

—Y usted las guardó todos estos años.

—Sí, para recordarla. Y para recordarme a mí misma que hubo un tiempo en que hubo finales felices en París y que mi madre jugó un papel en unos cuantos.

Rory apoyó la mano sobre la caja.

—¿Con vestidos como este?

Soline consiguió componer una tenue sonrisa, casi amarga.

—Ningún cuento de hadas está completo sin el vestido adecuado, *chérie.*

—Pero no cualquier vestido —insistió Rory, que había percibido la evasiva de su respuesta—. Un vestido Roussel. Tienen algo especial, ¿no es cierto? ¿Algo que hace que traigan suerte?

—Bébase el café, *Aurore.* Antes de que se enfríe.

Rory levantó la taza, obediente.

—Discúlpeme por fisgonear. Solo estoy tratando de entender lo que leí. Todas esas novias agradecidas por unos golpes de suerte tan increíbles. Y todas parecían darle las gracias a usted, como si de algún modo fueran obra suya. Sé lo que la gente solía decir, mi madre me lo contó, y las cartas parecen decir lo mismo, que sus vestidos son… mágicos.

Las comisuras de los labios de Soline se enroscaron dándole un aire ligeramente felino.

—Cualquier empresaria que se precie conoce el valor de un buen truco publicitario. Pasta de dientes que hace que todos quieran besarte. Suelos relucientes que te convierten en la envidia de tus vecinas. Las novias quieren cuentos de hadas, así que eso es lo que les di.

Rory la miró escéptica.

—¿Está diciendo que sus vestidos no tuvieron nada que ver con lo que se dice en esas cartas?

—Lo que digo es que la gente tiene maneras de aferrarse a ideas que hacen que el mundo parezca más bonito de lo que es. Y tal vez es algo inevitable. Cuando la vida es dura, aferrarse a una ilusión ayuda. Supongo que en una época las cartas fueron eso para mí. Pero la vida me ha enseñado que, incluso en los cuentos de hadas, la heroína tiene que hacer su propia magia… o no, según sea el caso.

—Pero las guardó. Podría haberse deshecho de ellas, pero no lo hizo.

Soline inspiró profundamente y espiró con mucha lentitud.

—Había tanta fealdad en aquel entonces, tanto dolor y pérdida allá donde miraras… Las cartas eran una forma de recordar lo bueno.

—Y, no obstante, acabaron en una caja bajo las escaleras.

Hubo unos segundos de silencio incómodo, pero al final Soline

respondió:

—Antes de morir, mi madre me dijo que hay momentos en los que hay que aferrarse y otros en los que hay que soltar amarras, y que tenía que aprender a distinguirlos. No lo entendí entonces, pero llegó un punto, un momento, en el que supe que tenía que soltar esos pedazos rotos de mi vida. Al final, no pude soportar separarme de ellos. Pensé que, si los escondía de mí misma, si los ponía donde no los viera todos los días, sería suficiente.

Rory la estudió por encima del borde de su taza. Bajo el estilo impecable y los cosméticos aplicados con esmero, había un aire de tragedia que le recordó a Camilla.

—¿Lo fue?

—Puede que le parezca una tontería aferrarse a recuerdos tan dolorosos, pero eran lo único que me quedaba de esa parte de mi vida. De París y de la vida que creí que llevaría.

«La vida que creí que llevaría». Rory le dio vueltas a esas palabras. Podrían haber salido perfectamente de su boca.

—No —dijo al fin—. No me parece ninguna tontería. Todos tenemos nuestras maneras de seguir adelante.

—¿Y usted, *chérie?* —le preguntó Soline con una mirada repentinamente sagaz—. ¿Está… siguiendo adelante?

Rory se removió en su silla, inquieta tanto por la pregunta como por la mirada fija de Soline.

—Creo que todos lo intentamos, de una forma u otra. —Había buscado sonar despreocupada, pero había fracasado estrepitosamente. Hora de cambiar de tema—. Lamenté mucho oír lo de su tienda. Lo del incendio, quiero decir. ¿Nunca pensó en volver a abrir?

Soline se miró el regazo, como sopesando la respuesta.

—La vida tiene sus maneras de hacernos saber cuándo algo se ha acabado. No siempre es agradable, pero siempre es evidente si prestamos atención. Me pasé la mitad de mi vida intentando conseguir cosas que no eran para mí… y pagándolo muy caro. Llega un momento en que una debe leer las señales.

Rory bebió unos sorbos de su café y se preguntó sobre el tipo de cosas que Soline había intentado conseguir y por qué no eran para ella.

—Tiene más preguntas —dijo Soline, bruscamente—. Venga, adelante. Hágalas. Supongo que se lo debo.

A Rory, la brusquedad le resultaba inquietante y refrescante a la vez, un cambio agradable después de tantas conversaciones cautelosas con su madre.

—El estuche de afeitado. Tiene que ver con el vestido, ¿verdad? ¿Pertenecía al novio?

—A un conductor de ambulancias que murió en la guerra.

—Y el vestido es suyo.

Las lágrimas llenaron de repente los ojos de Soline.

—Iba a ser mío, sí.

—Lo siento. No debería haber insistido.

Soline sacudió brevemente la cabeza, como si estuviera molesta consigo misma.

—Perdone que me ponga sentimental. Es solo que… después del incendio… Dijeron que todo se había perdido. No esperaba volver a verlo.

—Por favor, no se disculpe. Soy yo la que debería pedirle perdón por presionarla. Por favor, perdóneme.

—*C'est oublié* —murmuró mientras cogía una servilleta y se secaba los ojos con cuidado—. Está olvidado.

Rory trató de no quedarse mirando. Hasta ese momento, Soline había tenido las manos en el regazo, pero ahora veía los guantes: de cabritilla negra, con pequeños botones azabache en las muñecas, y notablemente fuera de lugar en mitad de junio.

Cicatrices. No en su rostro. Sino en sus manos.

Apartó la mirada, fingiendo no darse cuenta.

—Antes de que me olvide, quería darle las gracias por alquilarme la casa adosada. La verdad es que había renunciado a la idea de abrir la galería. Y, entonces, un día, estaba cruzando la calle y allí estaba. Me quedé destrozada cuando Daniel dijo que no estaba disponible. Me alegro mucho de que cambiase de opinión.

Soline puso los ojos en blanco.

—El señor Ballantine sabe cómo convencerme. Me habló de su galería para artistas noveles. Sabía que me ablandaría. ¿Cuándo abrirá?

Rory soltó un suspiro de alivio después de que la conversación hubiera pasado a un territorio más seguro.

—En octubre, si todo va bien. Me encantaría que la viera cuando esté acabada. Tal vez podría venir a la inauguración. Sería un honor tenerla allí.

Los hombros de Soline se tensaron.

—Gracias, pero no. No salgo mucho estos días, y no he vuelto a la tienda desde la noche del incendio.

—¿Ni una sola vez en cuatro años?

Soline se encogió de hombros.

—Ya sabe, los recuerdos. Es… duro.

—Lo siento mucho. Por… todo.

—Olvídelo. La compasión es veneno para mí. —Entonces se puso

en pie, sorprendentemente menuda pese a sus elegantes tacones negros—. Gracias de nuevo, *Aurore*. Ha sido muy amable por su parte tomarse las molestias. Le deseo *bonne chance* con su galería.

Cogió el bolso. Rory observó cómo forcejeaba con la tira, con sus dedos rígidos y torpes bajo los guantes. Después de varios intentos, consiguió colocársela sobre el hombro, pero la caja del vestido era casi tan grande como ella. Sería una suerte si conseguía salir de la confitería, más aún caminar por la acera atestada.

—Si quiere, puedo acompañarla al coche.

—Gracias. No será necesario. Ya no conduzco, pero mi casa está cerca.

—Entonces déjeme que la acerque. La caja…

—Ya le he causado bastantes molestias, y soy perfectamente capaz de caminar.

Rory miró los zapatos de Soline casi incrédula. El pavimento levantado de las aceras de Boston, resultado de décadas de heladas durante los duros inviernos de Nueva Inglaterra, podía resultar un reto en zapatillas. Unos tacones de aguja más una caja que apenas la dejaba ver por dónde pisaba eran la receta perfecta para el desastre.

—No es ninguna molestia —le aseguró a Soline mientras se ponía en pie y cogía la caja de la mesa—. Tengo el coche aparcado al final de la calle.

Soline asintió, pero su incomodidad era patente.

—Sí, muy bien.

Rory mantuvo la puerta abierta mientras salían a la acera. No podía explicar su repentino cuidado. Soline Roussel no era ni remotamente débil. Sin embargo, tenía un aire de fragilidad, como un trozo de porcelana rota cuyas piezas no se han sido reparado adecuadamente. Si se la empujaba con demasiada brusquedad, podía romperse en mil pedazos. Y Rory conocía muy bien esa sensación.

Once

Rory

Soline iba sentada rígida en el asiento del copiloto, oculta tras un par de gafas oscuras al estilo de Audrey Hepburn, agarrando con fuerza el bolso sobre las rodillas. No había hablado desde que le había dado su dirección en Beacon Hill. Rory la miró al girar en Cedar Street y soltar el acelerador.

—¿Cuál es la casa?

—Esa —dijo la mujer, señalándola—. La de la puerta roja. Déjeme aquí, estaré bien.

Rory se detuvo en la acera y apagó el motor.

—Le llevaré la caja dentro.

Antes de que Soline pudiera protestar, Rory había salido del coche y sacaba la caja del asiento trasero. Soline forcejeó un instante con el cinturón de seguridad, pero al fin salió del coche y fue hacia la puerta con las llaves preparadas.

Rory se colocó detrás de ella, observando la fachada georgiana de la casa mientras avanzaban por el camino. Ladrillo rojo desgastado, contraventanas negras brillantes, un par de chimeneas en cada extremo. Y en uno de los barrios más codiciados de Boston. Al parecer, a Soline le había ido bastante bien.

Después de pelearse un poco con la cerradura, Soline abrió la puerta, entró y dejó que Rory la siguiera a un espacioso vestíbulo dominado por una ornamentada mesa de pedestal y una lámpara de

araña de estilo imperio. Se despojó de sus gafas de sol, las depositó sobre la mesa junto con el bolso, e inmediatamente procedió a quitarse los guantes.

Rory observó incómoda hasta que se hizo evidente que Soline no podía sacárselos.

—Esos botones parecen difíciles. ¿Quiere que la ayude?

Los hombros de Soline se hundieron como una flor que se marchita de golpe. No dijo nada mientras extendía las manos. Rory dejó la caja y desabrochó los dos guantes, luego miró a Soline.

—¿Quiere que…?

Soline asintió.

—Pero no tire de los dedos. Quítelos desde abajo, lentamente.

Rory hizo lo que le indicaba y contuvo la respiración mientras retiraba el cuero. Se oyó un suspiro cuando la primera mano quedó libre, aunque no podía estar segura de si fue suyo o de Soline. Cuando le ofreció la segunda mano, se encargó de nuevo, consciente de que ahora Soline se mordía el labio inferior. Desde luego, no solo sufría por la vergüenza.

Una vez acabada la tarea, Rory dejó los guantes sobre la mesa, ahora flácidos y vueltos del revés, como las pieles mudadas de algún insecto enorme. La idea le produjo un escalofrío y desvió la mirada hacia Soline, que había empezado a masajearse las manos con movimientos largos y repetitivos. Estaban blancas como la cera en algunas partes, fruncidas y rosadas en otras, con los dedos curvados que recordaban ligeramente a una garra. Como no quería parecer grosera, Rory desvió la mirada.

—Adelante —dijo Soline con serenidad—. Mírelas.

A Rory se le formó un nudo en la garganta al observar el daño. Las palmas contraídas y el tejido cicatricial engrosado, la apariencia ligeramente palmeada de los dedos. Inútiles para una mujer que se ganaba la vida con una aguja e hilo.

—Ocurrió en el incendio —explicó Soline—. Pero, como es obvio, ya se lo habrá imaginado.

Rory asintió.

—Me pregunté por qué llevaba guantes en junio.

—Las cicatrices incomodan a la gente, así que las cubro cuando estoy en público, lo que ya no suele pasar. Es más fácil mantenerse lejos de la gente que soportar su compasión. No es su culpa. La verdad es que tienen un aspecto bastante horrible.

Rory tenía un «Lo lamento» en la punta de la lengua, pero se contuvo. Nada de compasión.

—Por eso no volvió a abrir la tienda —dijo en su lugar—. Por sus manos.

—Durante un tiempo, creí que podría volver. Quería creer que los médicos obrarían una especie de milagro. Pienso que ellos también lo creían, al principio. Pero el daño era demasiado grande.

—¿Le… duele?

—No de la manera que seguramente esté pensando. Más que nada están insensibles. El tejido cicatricial no tiene terminaciones nerviosas. Pero hay algo llamado contractura que sucede con las quemaduras profundas, en especial en las manos. A medida que el tejido cicatricial se forma, encoge los dedos hacia dentro o los tuerce hacia los costados. —Sostuvo las manos en alto otra vez, invitando a Rory a mirar más de cerca. Casi todas las uñas de la mano derecha habían desaparecido, dejando las puntas de los dedos brillantes y chatas.

—Tal vez le cueste creerlo, pero soy una de las afortunadas. No siento mucho dolor, pero cuando llevo los guantes demasiado tiempo, se me estiran los dedos y eso hace que me duelan las articulaciones. Como la artritis, supongo.

—¿No hay nada…? ¿No pueden operarla o algo?

Soline comenzó de nuevo a masajearse las manos, aplicando presión en cada palma con los pulgares alternativamente, haciendo muecas de dolor mientras trabajaba la carne cubierta de cicatrices.

—Me han operado seis veces. Desbridamiento, reconstrucción del tendón, injertos de piel. Y todas las férulas que existen. Luego vino la terapia. Terapia de presión, terapia de estiramientos. —Se encogió de hombros—. Llega un punto en que ya no hay nada más que se pueda hacer. Me dieron ejercicios para ayudar con la flexibilidad y el rango de movimientos. Los hice durante un tiempo, cuando creía que había esperanza, pero con el tiempo lo dejé. No le veía el sentido cuando supe que no volvería a coger una aguja.

Rory odió la rotundidad en su voz.

—¿No podría contratar a alguien para que se encargara de coser?

Los ojos de Soline se posaron en la caja a los pies de Rory.

—No con mis vestidos. El trabajo es delicado, muy… especializado.

—Pero ¿no podría formar a alguien? ¿Una aprendiz o algo así?

—El trabajo que hago no puede enseñarse y debe ser hecho a mano… por mí.

—Mi madre recuerda su tienda. Dijo que era la tienda de vestidos de novia más elegante de la ciudad. Ojalá hubiera podido verla antes de… —Rory se contuvo—. Lo lamento. Solo quería decir que debía de ser encantadora.

Soline se alejó y se detuvo para volverse.

—Sígame y traiga la caja.

Atravesaron un gran salón con paredes de color gris pizarra y un largo sofá tapizado en cuero color caramelo, y luego unas puertas

francesas que llevaban a un pequeño estudio.

Era una habitación cálida y acogedora, aunque con muy pocos muebles. Un escritorio antiguo, un sillón de lectura y una mesita frente a la chimenea, estantes que rebosaban libros antiguos encuadernados en cuero de tonos de piedras preciosas. Pero fue la pared opuesta la que captó la atención de Rory: un montaje de fotografías colocadas en marcos negros idénticos. Fotos, recortes de periódicos, portadas de revistas y varios bocetos a lápiz de los diseños de Soline. Dejó la caja del vestido en el suelo y se acercó escudriñando los pies de foto, muchos de los cuales se remontaban a treinta años atrás.

¡Oh là là! El sabor de París llega a Back Bay.

La alta costura nupcial llega a Boston.

El lazo Roussel: imprescindible para la novia de este año.

Las fotos eran maravillosas: Soline inclinada sobre una creación espumosa con la boca llena de alfileres; subida a una escalera, sacando un rollo de tela de un estante; ajustando un gran lazo de tafetán en la cintura de una delgadísima rubia. Rory se detuvo frente a esa un instante para estudiar las manos de Soline. Dedos largos y afilados, y uñas bien cuidadas. Hermosos y tan hábiles, pero ahora ya no.

La foto más reciente era la de la propia tienda, tomada cuatro años atrás para una publicación en *Boston Bride,* unos meses antes del incendio. Era extraño verla tal y como estaba entonces, elegantemente amueblada en tonos de peltre y crema. Todo cuidadosamente elegido, y muy francés. O, al menos, como ella siempre había imaginado que era la decoración francesa.

También había una imagen del gran ventanal tomada desde la calle. El nombre de la tienda estaba escrito en el cristal con elegante letra dorada, pero no conseguía descifrarlo. Se volvió hacia Soline.

—¿Qué pone?

—*L’Aiguille Enchantée* —respondió Soline en voz baja—. Significa la aguja encantada.

—La aguja encantada —repitió Rory con aire soñador. Incluso el nombre olía a magia—. Un nombre perfecto para una tienda que vende vestidos de cuentos de hadas y finales felices.

—Fantasías —replicó Soline—. Tonterías transmitidas por las Roussel generación tras generación.

—¿No cree en los cuentos de hadas?

—Ya hace mucho que no.

Rory espió el reflejo de Soline, capturado en el cristal del marco de fotos.

—¿Pero en algún momento creyó en ellos?

—Los cuentos de hadas pueden ser peligrosos, *Aurore*. Es fácil olvidar que no son reales. Y entonces, antes de que nos demos cuenta, nos hemos perdido en ellos. Por eso debemos aprender a dejar ir lo que ya no existe y vivir con lo que sí.

Rory sintió un escalofrío bajándole por la nuca. Soline se refería a su propia pérdida, claro, la de A. W. P., pero sus palabras podían haber sido perfectamente para ella. Las similitudes entre sus historias eran innegables. Su pasión por la creación, sus amores perdidos, su inclinación a apartarse del mundo… y ahora la casa adosada.

¿Una coincidencia? ¿O tal vez una mano invisible la había empujado al camino de esa mujer trágica y su vestido abandonado? ¿Una advertencia, tal vez, sobre lo que ocurría cuando una se aferraba con demasiada desesperación a la esperanza de un final feliz?

—A. W. P. —dijo Rory en voz baja.

—Se llamaba Anson.

—Bien, Anson. ¿Todavía recuerda… ha olvidado su rostro?

—Creía que así sería. Pero no, no lo he olvidado. —Inhaló y dejó salir el aire despacio—. Al principio lo veía por todas partes. En la calle, pidiendo un taxi. En la barra de un restaurante abarrotado. Detrás del escaparate de una barbería. Estaba en todas partes… y en ninguna.

—¿Todavía le sucede?

—A veces.

La respuesta llenó a Rory de un vago temor.

—¿Cómo lo soporta?

Soline bajó las pestañas.

—Todos tenemos nuestros fantasmas, *chérie*. Rostros que pertenecen a nuestro pasado. Excepto que no siempre se quedan en el pasado. A veces reaparecen cuando menos los esperamos. Por eso metí la caja bajo la escalera. Porque no lo soportaba.

Rory comprendía ese tipo de dolor, el aguijón que la esperaba cada noche al cerrar los ojos y que seguía allí cuando despertaba por la mañana. El espacio vacío donde debería estar el corazón. Antes de que pudiera controlarse, las lágrimas le habían llenado los ojos.

Soline entornó la mirada, claramente preocupada.

—*Chérie,* ¿qué le ocurre? ¿Se encuentra mal?

—No, estoy bien. Pero debería irme.

—Le pasa algo.

—No, de verdad. No debería haberla molestado. —Casi se tropieza con la caja del vestido al pasar junto a Soline en dirección a la puerta —. No hace falta que me acompañe. Conozco el camino.

—*Aurore*…

Rory siguió avanzando, desesperada por llegar a la puerta antes de quedar reducida a un charco patético. Había conseguido lo que quería. Estaba decidida a descubrir la historia de Soline Roussel, y lo había hecho. Ahora, mientras se retiraba con prisa, no pudo evitar preguntarse si, de regalo, habría conseguido un atisbo de la suya.

Doce

Soline

Traficamos con la promesa del «felices para siempre», pero no todos están destinados a ese final de cuento de hadas. Algunos son incapaces, otros no quieren, y a otros se les ha enseñado que no se lo merecen. Es la tejedora de hechizos quien debe discernir quién es quién.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

20 de junio de 1985, Boston

Cierro los ojos mientras el primer sorbo de vino me baja por la garganta. Louis Jadot Gevrey-Chambertin. Uno de mis placeres culpables. Chocolate y cereza madura, calcáreo en boca, aterciopelado al bajar. Lujoso y caro. Es curioso, tuve que venir hasta América para aprender a apreciar los vinos franceses *(Maman* nunca tuvo vino en casa), pero he aprendido a hacerlo. Tal vez un poco más de lo que me conviene. Pero me ayuda con las manos. Con el dolor. Y con… otras cosas. O al menos, finjo que es así.

Los acontecimientos de hoy me han emocionado. Por razones que comprendo demasiado bien y por otras que no entiendo en absoluto. No suelo tener invitados en casa. De hecho, nunca tengo invitados en casa. Ni cenas, ni cócteles, ni comidas con amigos. No tengo amigos.

Oui, sé lo horrible que suena. Qué triste y patético. Pero no quiero compasión. Es algo que elegí hace años, después del incendio. Parece que toda mi vida está marcada como «antes del incendio» o «después del incendio». No es que haya habido mucha vida desde esa terrible noche. Eso también fue mi elección.

No recuerdo la última vez que tuve compañía. ¿Hace un año? No, más. Y entonces solo fueron Daniel y su esposa, la antepenúltima Navidad. Me siento a gusto sola, o al menos estoy acostumbrada a estarlo. Aun así, me sorprendió la punzada de arrepentimiento que sentí cuando oí que la puerta principal se cerraba tras la chica. Por otro lado, son muchas las cosas de hoy que me han sorprendido. La llamada telefónica de una desconocida. Un fajo de cartas antiguas. El vestido. *Mon dieu,* el vestido. Recuerdos de los que me he escondido más años de los que querría admitir. Y ahora me han encontrado. Porque Aurora Grant me ha encontrado.

Rory, la chica que ha hecho resucitar mi pasado.

Cuando entró en la pastelería, por un momento pensé que la conocía. Una de mis clientas, quizá. O una novia que había rechazado. Había algo familiar en ella, una conexión que percibí en el instante en que nuestras miradas se cruzaron. Y, sin embargo, a medida que se acercaba, vi que me equivocaba. No la conocía.

Excepto que sí la reconocí. Ella era yo. O una sombra de mí cuando tenía su edad. Perdida, afligida, desesperada por encontrar un destello de luz al final de un túnel muy oscuro. Era encantadora. Un rostro afilado y bonito, y una tez rosa y crema. Ojos del color del cielo cuando se acerca una tormenta, ni azules ni grises, y una melena de ondas color miel que caía siempre sobre su rostro, una manera inteligente de esconderse del mundo.

Entiendo esa parte, no querer que el mundo vea tu tristeza. Crees que eres la única, que el destino te ha escogido para sufrir. No es así, por supuesto, pero es lo que sientes. El resto del mundo sigue adelante, viviendo sus vidas y soñando sus sueños, mientras tú estás congelada, suspendida para siempre en ese terrible momento en que tu mundo dejó de girar y el suelo se hundió de repente. Existes en una nada donde todo está vacío e infinitamente oscuro, hasta que poco a poco la luz se vuelve insoportable.

Quería conocer mi historia, quería que abriera la caja en ese momento y se decepcionó cuando vio que no lo haría. Sin embargo, se había desvivido por hacerme un favor. Me sentí obligada a satisfacer al menos parte de su curiosidad.

Fue delicada con sus preguntas, cuidadosa con mis sentimientos. Hay una clase concreta de compasión que acompaña al dolor compartido. Un hilo invisible que nos conecta, herida a herida. ¿Por qué si no habría dejado que me llevara a casa? Y luego ese horrible

asunto de los guantes, cuando la invité a que me mirase las manos.

Todavía veo la expresión de su cara cuando se las mostré. Ternura más que lástima. Casi le doy un beso por ello. Y más tarde, cuando sus ojos se llenaron de lágrimas y salió corriendo de casa, quise ir tras ella, rodearla con mis brazos y dejar que llorara hasta hartarse. Ahí hay una historia. Una triste, diría. Tan triste que no pudo ocultarla, aunque lo intentó.

No sé qué le ha pasado a Aurora Grant para que esté triste. Solo sé que le ha pasado algo. Pero es joven y tiene tiempo para escapar del vacío. Su galería será su salvavidas, como la tienda fue el mío.

Me gusta la idea, una galería para artistas noveles. Y el nombre: Desconocidos. También me gusta la chica, y lo que dijo sobre el edificio: que sentía que la estaba esperando. Tal vez sea justo que encuentre su salvavidas donde yo perdí el mío. El destino ha tomado nuestros hilos y los ha enlazado. Tal vez no sin costuras, pero sí ya de manera inextricable.

Lleno hasta arriba la copa de vino y vuelvo al estudio, pero me detengo frente a la pared llena de fotografías enmarcadas. Hoy en día rara vez las miro; incluso ahora, la pérdida es dura, pero esta tarde, cuando Rory estuvo aquí, me encontré escudriñándola, intentando verlas como lo hacía ella, por primera vez. Estaba mirando una foto del escaparate, preguntándome si todavía recordaba la cara de Anson, cuando de repente capté nuestros reflejos en el cristal del marco. Ella me devolvía la mirada y, durante una fracción de segundo, parecía que Anson también estaba allí, con su cara superpuesta a la de ella. Luego parpadeé y ya no estaba, solo quedaron nuestros rostros en el cristal. Fue solo una coincidencia, un truco de la luz y la memoria, pero en ese momento me pareció muy real, sorprendente y dolorosamente real.

La caja del vestido sigue en el suelo, donde la dejó. La llevo a la silla y me siento con ella en el regazo durante un rato. No necesito abrirla. Sé lo que hay dentro: trozos de mi pasado que amenazan con clavarse en mi corazón como esquirlas. Recuerdos de mis finales felices perdidos. Los creí desaparecidos, relegados al espacio oscuro bajo la escalera y luego reducidos a cenizas. Pero ahora han sido exhumados, y no tengo más remedio que recordar.

Siento que se me corta la respiración al abrir la tapa y retirar el papel de seda. El vestido es tal y como lo recuerdo, de un blanco brillante y espumoso. Paso las manos por la pedrería, recordando las largas noches que pasé cosiendo en secreto. De haberlo sabido, *Maman* no lo habría aprobado. Le habría parecido un terrible derroche, ya que cuando lo terminé quedaban muy pocos novios en Francia. Aun así, lo llevé conmigo cuando me fui. Porque soñaba con mi propio final feliz. Un día me pondría mi precioso vestido con su sagaz hechizo, y

demostraría que *Maman* estaba equivocada. Demostraría que todas las Roussel estaban equivocadas. Y casi lo conseguí. En su lugar, lo perdí todo.

Las lágrimas me abrasan la garganta mientras dejo la caja a un lado y apago la luz. Creía que estaba preparada, pero no lo estoy.

La copa de vino cuelga entre mis dedos mientras avanzo por el pasillo hacia mi dormitorio. Estoy cansada y me duele la cabeza. Me olvido de lo ruidosos que son los lugares públicos y cuánto me agotan. Mis pensamientos se dirigen al frasquito de plástico que hay en la mesilla de noche, una receta que me hizo uno de mis médicos el día que salí del hospital para ayudarme a controlar el dolor. Dejé de tomar las pastillas una semana después. Me hacían sentir muy pesada. Pero el frasquito sigue ahí, una póliza de seguro en caso de que las noches se alarguen demasiado o los días se queden demasiado vacíos. Pienso en ellas de vez en cuando. A veces incluso las saco, las vierto en la palma de la mano y me imagino tragándolas todas de una vez. No lo haré, por supuesto. Esta noche tengo otras cosas en la cabeza.

Me desvisto en la oscuridad y me meto en la cama mientras mis pensamientos vuelven a Rory. Si la leyera como me enseñó *Maman,* ¿qué vería? Sería fácil, creo. También en ese sentido es como yo, o como solía ser. Muy abierta al mundo. *Maman* me regañaba por eso. Decía que nunca podría ocultar nada, que mi cara siempre me delataría.

En una época fue cierto, pero con los años he aprendido a ocultar muchas cosas al mundo. Supongo que también a mí misma. El dolor tiene su manera de endurecernos, cada nuevo desengaño añade una nueva capa de protección, como el nácar de una perla, hasta que nos creemos impenetrables, inmunes tanto a nuestro presente como a nuestro pasado.

Qué estúpidos somos por creerlo.

Trece

Soline

Puede surgir la tentación de utilizar la magia con fines egoístas. Pero tales transgresiones siempre traerán malos vientos, que luego se cebarán con las generaciones futuras.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

11 de diciembre de 1942, París

Dos años y medio de ocupación nazi han diezmado París.

Nunca olvidaré la mañana en que llegaron. Oí a los soldados antes de verlos, como el lejano retumbar de un trueno, mientras me apresuraba por la rue Legendre y me dirigía a la *place* de la Concorde. No sé qué esperaba al girar hacia los Champs-Élysées. La guerra, supongo. Los parisinos, presos del pánico, se lanzaban a las calles en un último intento de alejar a los invasores. Soldados blandiendo armas y tomando prisioneros. Pistolas, bombas, fuego, sangre: el caos de la guerra.

Pero no había caos. De hecho, había un orden extraño y siniestro en todo ello, una precisión de acero que era casi sobrecogedora. Motocicletas, caballos, columnas de tanques y carros blindados, y miles y miles de soldados moviéndose al unísono, inmaculados con sus

cascos y uniformes gris verdoso. En cuanto a que los parisinos tomasen las calles, tampoco había ocurrido nada de eso. En su lugar, los espectadores se alineaban en las aceras, silenciosos y boquiabiertos, asombrados por la máquina que devoraba su ciudad. O lo que quedaba de ella entonces.

Los ricos y las personas bien conectadas llevaban semanas saliendo de París: coches, trenes y carros de caballos que atascaban las carreteras, con destino a la costa, mientras *l'exode* ahora ya había empezado en serio. Las tiendas habían cerrado, los hoteles se habían vaciado y los teatros se quedaron a oscuras. Incluso los puestos del mercado se habían callado al prever la invasión. Y, finalmente, en junio de 1940, sucedió. La *Wehrmacht* de Hitler entró en París sin disparar un solo tiro, y al final de la tarde las esvásticas volaron sobre el Arc de Triomphe y la Tour Eiffel.

La vida ha sido un borrón desde ese día aciago. Se han establecido toques de queda y se aplican con severidad. Los carteles de las calles en francés se han sustituido por otros en alemán, y ahora los relojes están ajustados a la hora alemana, un dedo en la llaga de una ciudad ya desmoralizada. Ya ni siquiera nuestro tiempo es nuestro.

Han cerrado los periódicos franceses y todas las radios deben sintonizar las emisoras de propaganda alemana. También hay carteles pegados por todas partes, animándonos a ver a nuestros ocupantes como amigos. Como si no sintiéramos su mano en nuestras gargantas apretando cada vez más.

Se han repartido cartillas de racionamiento para la comida y la ropa, lo que ha provocado colas interminables para cubrir las necesidades más básicas. París se ha convertido en una ciudad obsesionada con la comida. Encontrarla, pagarla, hacer que dure. Las mujeres pasan la mayor parte de sus días en busca de un huevo o un hueso para la sopa, mientras que las revistas nos enseñan a hacer durar más la mantequilla con gelatina y a preparar un bollo sin huevos. El meticuloso acaparamiento de *Maman* hace que suframos menos que la mayoría, pero nuestras reservas disminuyen a un ritmo alarmante.

Desplazarse también es difícil. No hay gasolina, por lo que solo quedan las bicicletas y el metro. O caminar, que es lo que suelo hacer. Por todas partes hay soldados nazis, en los cafés y en las tiendas, bebiéndose nuestro vino y vaciando nuestras estanterías, merodeando por las esquinas y charlando con nuestras mujeres, como si todo en Francia fuera suyo, cosa que supongo que es cierta. Pero nadie sufre más que los judíos.

No solo les han confiscado sus propiedades y posesiones, el *Statut des Juifs* les prohíbe trabajar en ciertas profesiones, ir al teatro, comprar en la mayoría de las tiendas e incluso tener radios. Todos los

judíos mayores de seis años deben llevar una estrella amarilla impresa con la palabra *Juif* sobre el corazón, para que resulte más fácil perseguirlos. Para esta distinción, se les obliga a utilizar la ración de ropa de todo un mes. Algunos desafían la nueva ley, aunque lo hacen corriendo un gran riesgo. A los que sorprenden o denuncian simpatizantes nazis, los golpean o algo peor.

Y han comenzado las redadas. Miles de judíos, en su mayoría mujeres y niños, detenidos durante días, sin comida ni agua, son enviados primero al campo de retención de Drancy antes de que los metan en vagones de ganado y se los lleven. Una de las redadas se llamó la redada del Velódromo de Invierno, organizada y llevada a cabo por la policía francesa.

Por nuestra policía.

Pero era solo el principio. Los detalles de los campos de exterminio han comenzado a filtrarse. Rumores de cámaras de gas y hornos, trincheras poco profundas llenas de cuerpos. En toda Europa, están exterminando a los judíos. Y el gobierno francés está ayudando a hacerlo.

Nos enteramos de las noticias, las verdaderas noticias, como lo hacen la mayoría de los parisinos, a través de las emisiones prohibidas de la BBC en Radio Londres o de cualquier periódico clandestino que circula discretamente de mano en mano. Como todo en estos días, ser descubierto supone un castigo severo.

Maman está particularmente afectada por las noticias, lo que me sorprende un poco. Nunca ha sido llorona, pero después de dos años de *boches,* el ánimo de todos pende de un hilo. Ahora su enfermedad se ha afianzado, los ataques de tos son tan severos que se ve obligada a tomar pócimas para dormir cada noche para poder descansar. Y están los pañuelos manchados de sangre que fingí no ver hasta que ya no me los pudo ocultar. Ahora, con la llegada de otro invierno sin combustible para calentarnos, su estado se ha vuelto terrible.

El poco trabajo que hay ahora es responsabilidad mía. La mayoría de las veces se trata de pequeños arreglos, pero agradezco cualquier cosa que llene los días. Y por las noches, cuando las cortinas se cierran y *Maman* duerme, sigo trabajando en mi vestido, aunque dudo que viva lo suficiente para mostrárselo concluido.

Una noche, me llama a su habitación y me dice que acerque una silla. Es doloroso ver los cambios que se han producido en ella. Todos estamos más delgados hoy en día, pero la delgadez de *Maman* es más cruel, un lento estrago que ha dejado la piel tensa sobre los huesos de su cara. Y, sin embargo, sus ojos brillan y están agitados cuando se posan sobre mí.

—Siéntate —dice y me aparta la mano de un manotazo cuando la alargo para tocarle la frente—. Tengo algo que decirte. Algo que

debería haberte dicho hace años.

—Deberías estar descansando —contesto, con la esperanza de que cambie de tema. No tengo ganas de hablar de la muerte. O de los nazis. O de lo difíciles que se van a poner las cosas. Últimamente casi no hablamos de nada más—. Podemos hablar luego, cuando hayas dormido un poco.

—Lo que tengo que decirte no puede esperar a mañana.

Asiento y aguardo.

—Ve a mi cómoda. En el cajón de arriba, casi al fondo, encontrarás una caja. Tráemela.

La caja está ahí, un joyero de terciopelo verde del tamaño de mi mano. La llevo hasta la cama y regreso a mi silla, esperando con una suerte de fascinación mientras *Maman* abraza la caja contra el pecho con una ternura inexplicable. Cuando su mirada al fin se alza para encontrarse con la mía, es como si hubiera olvidado que estaba allí.

Sus manos tiemblan mientras pugna con la tapa. Al final, se rinde y me la tiende.

—Ábrela, por favor.

Hago lo que me dice, sin darme cuenta de que contengo el aliento hasta que escapa de golpe. Dentro hay un guardapelo en forma de cojín con un par de lirios grabados. Miro a *Maman* a los ojos. Ella parpadea despacio, con un asentimiento casi imperceptible.

Tardo unos segundos en encontrar el cierre, pero por fin veo el rostro de un extraño. Tiene una belleza elegante y melancólica, con pómulos altos, ojos profundos y la cabeza cubierta de rizos oscuros y espesos. Los labios son gruesos, casi femeninos, y se inclinan hacia arriba en las comisuras, como si tratara de contener una sonrisa.

—Se llamaba Erich Freede —dice *Maman* en voz baja—. Estudiaba en el Conservatoire de París el verano antes de que nacieras.

Entonces se queda callada, aunque siento su mirada en mí mientras sigo observando la fotografía. Al fin comprendo lo que quiere decirme. «El verano antes de que nacieras». Levanto la vista, con una pregunta atascada en la garganta como un hueso.

—Era tu padre.

Padre. La palabra suena extraña en sus labios, pero su mirada no vacila.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque nunca hemos hablado de él. Tenemos que hacerlo ahora.

Siempre sentí curiosidad por el hombre que se las arregló para encontrar una rendija en la armadura de mi madre, pero de repente no quiero hablar sobre él o sobre por qué ha decidido tener esta conversación ahora.

—Iba de camino a un ensayo cuando nos conocimos. Yo estaba

entregando un vestido en la *rue* de Madrid, cerca del conservatorio. Había llovido toda la mañana y las calles estaban llenas de charcos. Yo esperaba para cruzar en la esquina cuando un coche pasó a toda velocidad y me manchó de agua y barro. Me horroricé cuando bajé la vista a la caja del vestido. Estaba empapada y sucia, y lo único que podía pensar era «Si se ha estropeado el vestido, *Maman* me va a matar». Y de repente ahí estaba él, ofreciéndome un pañuelo.

—Erich —pronuncio el nombre con lentitud, acostumbrándome a él.

—Sí, Erich. —Una sonrisa poco común suaviza las arrugas que la enfermedad ha grabado en su rostro—. Llevaba un traje blanco de verano que parecía hecho a medida y zapatos calados blancos y negros, tan brillantes que los podría haber usado para empolvarme la nariz. Tan elegante, con su canotier y su corbata con un nudo inmaculado. Y ahí estaba yo, goteando como un gato mojado.

—Y se enamoró de ti en ese preciso instante —digo leyendo el resto en sus ojos.

Su expresión se vuelve suave y soñadora.

—Los dos nos enamoramos. Era tan guapo que cuando me preguntó cómo me llamaba, no lo recordaba. Fue como si de repente me hubieran dejado la mente en blanco, como si no me hubiera sucedido nada antes de ese momento. Me ayudó a limpiar la caja, y luego se agachó para quitarme el barro de los zapatos. Yo estaba tan aturullada que le tiré el sombrero a la calle y, antes de que nos diéramos cuenta, ninguno de los dos podía parar de reír. Me dio su abrigo para que me cubriese la ropa mojada y me acompañó el resto del camino.

Me encontré sonriendo. Es un lado de *Maman* que nunca habría imaginado: una mujer joven a punto de vivir una gran pasión.

—¿Qué pasó después de que entregaras el vestido?

—Pasamos cada momento libre juntos, casi siempre en algún parque. No era mucho, pero bastaba. Él traía una manta y comida, y yo salía de casa inventándome alguna excusa. Comíamos, y luego me tocaba el violín. Su música era tan hermosa, como si me estuviera contando una historia cada vez que cogía el arco. Fui a algunos de sus conciertos en el conservatorio. Todos esos músicos tocando juntos en un escenario, y yo solo podía escucharlo a él. O al menos, eso era lo que me parecía.

—¿Cuánto duró?

—Siete meses y trece días.

La rapidez y la precisión de su respuesta me sorprenden.

—¿Qué pasó?

—Había terminado sus estudios. Era hora de volver a casa.

—¿A casa?

Maman cierra los ojos con una mueca de dolor.

—A Berlín.

Su angustia es palpable y muy impropia de ella. Tal vez porque no creía que fuera capaz de sentir emociones como estas.

—Siento que te dejase, *Maman*.

Sus ojos se abren despacio, oscuros y sin fondo.

—Fui yo —susurra—. Yo lo dejé.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Quería que volviera con él a Alemania, que me casara con él. Pero tu abuela lo prohibió. Incluso cuando le dije que iba a tener un bebé.

—¿Por la tienda?

—Por la guerra —contesta en voz baja—. Erich era alemán. Un boche, como se les llamaba entonces… y supongo que también ahora. Mi madre nunca los perdonó por la batalla del Somme. Muchos de nuestros muchachos murieron allí, asesinados a miles en las trincheras. No podía perdonarlo. Muchos no podían. Dijo que casarme con un alemán sería una vergüenza mucho mayor que tener un hijo bastardo.

—¿Así que eso fue todo? ¿Simplemente dejaste que se marchara?

Maman asiente e inhala con un estertor.

—Sus padres estaban muertos y sus hermanas habían ido a vivir con una tía mientras él estudiaba. Era hora de regresar a sus responsabilidades. Podría haber hecho que se quedara —susurra con voz ronca—. Si le hubiera hablado de ti, se habría quedado.

La miro fijamente, estupefacta.

—¿No le dijiste que estabas embarazada?

Maman vuelve el rostro.

—Solo habría hecho las cosas más difíciles para ambos. Teníamos… responsabilidades.

La miro parpadeando, tratando de entender. No es que haya echado de menos tener un padre, no se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido, pero su argumento no tiene lógica.

—¿Qué podría ser más responsable que casarte con el padre de tu hijo?

—No era tan sencillo. Tenía que pensar en la tienda. No podía dejar a *Maman* sin más ayuda que Lilou, sobre todo porque yo sabía que no se iba a quedar. Incluso de niñas, mi hermana siempre estuvo lista para marcharse. Y luego estaban las historias… todos los corazones rotos de las Roussel, aquellas que desafiaron las reglas de nuestra vocación y sufrieron por ello. *Maman* dijo que el mío sería el siguiente, y que no regresara cuando sucediera. —Un par de lágrimas

se escapan de entre sus párpados cerrados y dejan estelas plateadas a su paso—. Estaría sola, igual que mi madre después de que naciese Lilou.

—Así que, en vez de eso, te guardaste el secreto y le rompiste el corazón a Erich.

—Tenía miedo.

Sus palabras me dejan con un nudo en la garganta.

—¿Y nunca volviste a verlo?

Maman sacude la cabeza, lenta y dolorosamente.

—Recibí una carta una vez, rogándome que lo reconsiderara. Tenía miedo de flaquear, así que la tiré al fuego. Lilou estaba furiosa conmigo. Ella nunca entendió el deber. Y yo… —Sus ojos se apartan de los míos—. Yo nunca entendí nada más.

—Lo siento mucho —digo en voz baja, porque es cierto. Pero también estoy enfadada. Por no haber tenido la oportunidad de conocer a ese hombre que contaba historias con su violín, o a la mujer que era mi madre en aquella época, la que se había enamorado de un extraño en una esquina. Me habría caído bien esa mujer. Pero los años la habían transformado en otra persona: un eco infeliz de la misma madre que la había obligado a negar su corazón. Parece una terrible ironía mientras estoy sentada escuchando su historia, y me pregunto si ella también se da cuenta, y si es por eso por lo que ha decidido contarme la suya.

—Dejarlo marchar debió de romperte el corazón —digo con delicadeza. Y entonces, de repente, me asalta un pensamiento—. ¿Por eso me lo cuentas ahora, porque quieres que te ayude a encontrarlo?

Las lágrimas llegan ruidosas y repentinas, como una presa que se rompe, y no se me ocurre qué más decir. No tengo experiencia en consolarla y, al parecer, no lo estoy haciendo bien.

—Lo siento mucho, *Maman.* No sé qué he dicho, pero lo siento.

—Era judío —solloza con la voz rota—. Erich Freede era judío.

La miro y hago un esfuerzo por conectar las palabras con la angustia en sus ojos. Tardo unos segundos, pero al fin lo comprendo. Un judío. En Alemania.

—Los nazis —digo en voz baja—. *Mon dieu.*

Maman cierra los ojos y ahoga otro sollozo.

—Las historias… Los campos… No soporto pensarlo.

Miro el guardapelo en mi mano y recuerdo el día en que una de las clientes de *Maman* nos contó su relato de la *Kristallnacht,* cómo cerró la tienda y se fue a su cuarto y no salió hasta la mañana. Y cómo, al escuchar lo de la redada del Velódromo de Invierno por la radio, se echó a llorar desconsoladamente y se negó a comer durante días. No había llorado por la humanidad, había llorado por Erich Freede,

porque nunca había dejado de amarlo.

Por eso había estado pendiente de cada palabra de los informes diarios de la BBC, escudriñando cada renglón de los periódicos de contrabando que a veces llegaban a nuestro buzón. Y, tal vez, por lo que últimamente sus dedos habían acariciado el rosario con tanto fervor, una barrera contra el mal.

—¿Has tenido… noticias suyas?

—No. —Se cubre la boca, tiene los ojos cerrados con fuerza mientras dos lágrimas ruedan por sus mejillas—. Durante años lo imaginé tocando en los mayores auditorios de Europa, con el público en la palma de la mano. Era una manera de aferrarme a él, imaginarlo feliz después de todo lo que había pasado, y ahora… no sé dónde está. No sé si está vivo o muerto.

Me duele el corazón mientras la veo hablar, pero también tengo miedo. Su respiración suena pastosa y áspera, y el color ha abandonado sus labios mientras lucha por respirar.

—Por favor, *Maman.* No debes agitarte.

—Si no hubiera escuchado a mi madre… Si le hubiera hablado de ti y le hubiese pedido que se quedara, ahora tal vez estaría a salvo.

—Eso no lo sabes, *Maman.* Aquí también persiguen a los judíos. Nosotros lo estamos haciendo. Los franceses.

Se levanta con dificultad de las almohadas y me agarra la mano con fuerza.

—Pero podría haber sido distinto. ¿No lo ves? Si se hubiera quedado en París, podría haberlo advertido. En vez de eso, le rompí el corazón… y ahora lo he matado.

La acuesto de nuevo sobre las almohadas y la hago callar como a una niña atrapada en una pesadilla. Le digo que cierre los ojos y le acaricio el pelo, tratando de recordar alguna vez en que los papeles se hubieran invertido y fuese ella la que me consolaba. No puedo, nunca ha sido ese tipo de madre. Aun así, no puedo negarle este poquito de ternura. No cuando se le está rompiendo el corazón.

Me siento en el borde de la cama, esperando a que se calme, y pienso en el *maléfice,* la maldición. La madre de *Maman* la había advertido de que amar a Erich Freede la llevaría al desamor. Pero ¿en qué se diferenciaba eso de su angustia actual, preguntándose si el hombre al que amaba estaba escondido en alguna parte, como un animal acorralado, o preso a merced de los monstruos en uno de los campos? Si esto es lo que consigues al proteger tu corazón, prefiero no hacerlo.

Maman aparta su mano de la mía y se seca las lágrimas con impaciencia.

—Quería que tuvieras el guardapelo porque quiero que tengas algo

de tu padre. Y porque hay algo que necesito que hagas.

Asiento sin decir nada.

—Un día te irás de París. Llévate el guardapelo allá donde vayas. Aléjalo de este lugar y de todos sus nefastos recuerdos. Prométeme que lo harás.

—¿Irme de París? —La miro, perpleja—. Pero ¿a dónde? París es mi hogar.

—Ya no. Y te irás. Debes hacerlo.

—Pero la tienda, la obra. Siempre has dicho…

—He dicho muchas cosas. Te enseñé a vivir para la obra, porque eso es lo que me habían enseñado, pero me equivoqué. Me he equivocado en muchas cosas.

—*Maman*…

—¡Déjame hablar!

Abro la boca y vuelvo a cerrarla. No me servirá de nada discutir.

—Siempre te he mantenido alejada de mí. No, no niegues con la cabeza. Ambas sabemos que es la verdad. Pero lo que no sabes es por qué. —Toma aliento con un estertor húmedo—. Te parecías mucho a él, Soline. Tanto que me dolía mirarte. Tienes mis ojos, mi pelo, mi boca, pero siempre has tenido su corazón. Él era un soñador, *un rêveur*. Tenía tantos planes para nosotros. —Hace una pausa para inspirar agónicamente—. Yo le arrebaté eso, y cada vez que te miraba, me lo recordaba.

Algo en mi pecho se afloja al procesar sus palabras. Durante años, me he preguntado qué había hecho para merecer su gélida maternidad, esperando encontrar algo, cualquier cosa que pudiera hacer que me tratase con algo de calidez. Ahora entiendo que no había nada. Saberlo me produce un extraño alivio.

Apoyo mi mano sobre la suya.

—Creo que deberías descansar. Tu medicina…

Sus ojos relucen febriles.

—Calla y escucha. Está a punto de llegarte una oportunidad, Soline. Una que te sacará de aquí. Tienes que aprovecharla.

—Ya es demasiado tarde para ir con Lilou. Londres también está en el punto de mira.

—No con Lilou. Más lejos. Y para siempre.

—Pero la tienda…

Maman niega con la cabeza para hacerme callar.

—Eso ha terminado. Los nazis se han encargado de que así sea. Harán arder la tierra antes de ser derrotados. Pero tú volverás a empezar. En un lugar nuevo.

Siento un remolino de inquietud bajo mis costillas.

—¿Cómo lo sabes?

Sus ojos vuelven a centellear.

—¿Tú qué crees? Cogí el cepillo de tu tocador cuando fuiste a la carnicería.

—¿Me has… hecho una lectura?

—No pude completarla. Regresaste demasiado pronto. Pero vi suficiente.

Sus palabras me dejan atónita. Siempre ha sido inflexible respecto a los peligros de usar la *magie* con nuestros propios asuntos.

—Pero siempre has dicho…

—Sí, sí. —Suspira y agita su mano esquelética—. Sé lo que dije, pero he hecho una excepción. Hay veces en que es necesario saber en qué dirección soplará el viento, y a ti te llevará muy lejos, *ma fille.* Lejos de París y de toda esta locura. Pero no escaparás ilesa. Habrá adversidades y dolor en el camino. Debes aferrarte con fuerza a tu fe, Soline, pase lo que pase.

La miro, perpleja. Las Roussel no tenemos fe como tal. Tenemos nuestras agujas y nuestro hilo. Esa es nuestra fe: la obra.

—Por favor, *Maman,* habla claro.

—Mi fe se puso a prueba una vez, cuando era un poco mayor que tú. Fracasé. —Calla y estira el cuello para coger aire—. No tenía fe en lo que podría haber sido: una vida propia y amor. Porque yo no era una soñadora. Así que seguí el camino que se me había marcado. Pero tú, So-So… tú tienes sueños. Y talento, mucho más talento del que yo he tenido jamás.

Por un instante no puedo ni parpadear. He esperado tanto tiempo la más diminuta migaja de reconocimiento, una prueba de que me veía, y ahora, de repente… elogios. Quiero llorar, pero sé que no le gustará. En vez de eso, digo:

—He tenido una buena maestra.

Agita la mano, como apartando las palabras, impaciente por terminar con lo que tiene que decir.

—Esta oportunidad de la que te he hablado… pondrá a prueba tu corazón. Puede que incluso lo rompa. Pero los regalos más valiosos siempre tienen el precio más alto. Yo lo aprendí demasiado tarde… por eso te lo digo ahora. Debes…

Se interrumpe llevándose un pañuelo a la boca para ahogar un súbito ataque de tos. Para cuando los espasmos por fin se acaban, tiene el rostro ceniciento y tiembla, los labios muestran un tinte azul. Le tomo la mano y siento los huesos, como de pájaro, frágiles bajo mis dedos, y de repente caigo en la cuenta de las pocas veces que he visto quietas estas manos a lo largo del tiempo. Siempre con una aguja, una cinta, un par de tijeras. Hilvanando, poniendo alfileres, haciendo

dobladillos. Pero pronto su enfermedad las inmovilizará para siempre.

Los ojos se me humedecen antes de que pueda apartar la mirada. Me coge de la manga y, por un instante, veo suavizarse su rostro.

—Nada de lágrimas, *ma tendre.* No por mí. Las necesitarás más adelante. Se avecinan muchos cambios y debes estar lista.

Hago lo que me dice y me seco los ojos con la manga, pero sus graves predicciones me han puesto nerviosa.

—Me estás asustando con toda esta charla funesta, *Maman.* ¿No puedes decirme lo que sabes y ya está? —Pero en el momento en que las palabras salen de mi boca, me arrepiento de haberlas pronunciado —. Olvídalo —digo enseguida—. Estás cansada. No debes hablar más esta noche.

Vuelve la cabeza y, por un momento, creo que está llorando, pero cuando me mira otra vez tiene los ojos secos. Cuando al fin habla, su voz suena ronca y cargada de emoción.

—Esto es lo que sé, *ma fille.* Hay un dolor peor que la muerte. Es el dolor de una vida vivida a medias. No por no saber lo que podría haber sido, sino precisamente por saberlo. Te das cuenta demasiado tarde de que estaba allí para que lo cogieras, justo allí, en tus manos, y lo dejaste escapar. Porque permitiste que algo, o alguien, os separase. Pero cuando te toque a ti, puedes hacerlo de otra manera, *ma fille.* Y te tocará. Pero debes mantenerlo vivo, So-So. —Hace una pausa y se aprieta el puño contra el pecho—. Aquí, en tu corazón. Y nunca renuncies a tu verdad. Mientras guardes su hermoso rostro en tu corazón, nunca lo perderás realmente. Siempre habrá un camino de vuelta.

Ahora está divagando, al borde del sueño, confundiendo su pasado con mi futuro. Su pócima para dormir está surtiendo efecto.

—Ahora descansa, *Maman.* Cierra los ojos y descansa.

Sus ojos permanecen clavados en mi rostro, repentinamente abiertos y relucientes por la fiebre.

—En esta vida hay momentos en los que hay que aferrarse, So-So, y momentos en los que hay que soltar amarras. Tienes que aprender a diferenciarlos, y confiar lo bastante en tu corazón para dejar que se rompa. Aferrarse es algo difícil. Pero es allí donde entra en juego la fe. ¿Lo entiendes?

Asiento, porque al fin me parece comprender. Miro el guardapelo, que sigue abierto en mi regazo. Los ojos oscuros de Erich Freede me devuelven la mirada. «Guarda su rostro… su hermoso rostro… siempre en tu corazón». Sí, lo haré. Por *Maman.*

—Ahora duerme —digo con suavidad.

Me suelta la mano y cierra los ojos, acomodándose sobre las almohadas con un suspiro largo y mullido. Me quedo unos segundos,

digiriendo todo lo que ha pasado entre nosotras, deseando que hubiera sucedido antes, atónita por que haya ocurrido. El silencio se alarga. Me levanto y me vuelvo para marcharme.

—Déjalo aquí junto a mí —pide suavemente con una voz fina e infantil—. Solo un ratito.

Cierro la tapa del guardapelo, se lo pongo en la mano y le cierro los dedos. Después me inclino y le doy un beso en la frente. Es un gesto que no he hecho nunca antes, y que nunca volveré a hacer.

La mañana siguiente, entro en su dormitorio y encuentro que se ha apagado. Yace inmóvil sobre las almohadas, con el rostro pálido por la muerte. Pero también hermoso, como si abandonar su cuerpo la hubiese liberado para ser finalmente feliz. Su mano yace abierta sobre las sábanas, con el guardapelo y el rosario sueltos sobre la palma. Dejo el rosario en la cómoda y me cuelgo el guardapelo al cuello. Su peso sobre mis pechos me resulta extraño. Mi padre. Un desconocido. Pero he hecho una promesa, y la cumpliré.

No me sorprende descubrir que se ha marchado, solo noto una ola opaca de tristeza cuando cierro la puerta del dormitorio al salir. Mis huesos se dieron cuenta de que nuestra charla de anoche era una especie de despedida.

Como de costumbre, *Maman* tuvo la última palabra.

Catorce

Soline

No creamos el amor de la nada, usando filtros o encantos ni ninguna otra clase de manipulación. No creamos amor en absoluto. Simplemente guiamos su expresión y aseguramos su supervivencia.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

3 de marzo de 1943, París

He cerrado la tienda para siempre, aunque nadie se ha dado cuenta.

Enterramos a *Maman* discretamente en un ataúd de cartón cubierto con una tela, porque no había madera para uno como Dios manda. Aparecieron flores en la escalera de la entrada, pequeños ramilletes atados con trozos de cinta o cordel. Y, por supuesto, cartas: docenas de sobres metidos en el buzón de la tienda, remembranzas sinceras de novias a las que *Maman* había ayudado a encontrar la felicidad a lo largo de los años. Tantos milagros, en apariencia, conseguidos con un montón de puntadas y un poquito de magia.

He guardado algunas de las cartas y las he atado con un trozo de cinta. Son el legado que me deja *Maman:* una colección de sus finales felices. Me ayuda leerlas de vez en cuando, saber que será recordada. Pero la vida debe continuar. La muerte está en todas partes estos días.

En la radio y en los periódicos, en los campos de concentración y en los campos donde se combate, en las prisiones y en los hospitales de campaña. Para la mayoría, Esmée Roussel no es más que otro rostro desaparecido de las colas, pero yo siento su ausencia con mucha intensidad.

Desde que tengo memoria, *Maman* ha sido la voz en mi oído, dirigiendo mi trabajo y dando forma a mis pensamientos, dándome forma a mí. Y ahora que no está, de repente me siento vacía. Nunca he sido mucho más que la hija de Esmée Roussel. De repente, ni siquiera soy eso.

Después de años de trabajo clandestino, al fin he terminado mi vestido, un Soline Roussel original, pero no parece tener mucho sentido comenzar otro. Como *Maman* predijo, no hay novias en París porque no hay novios. A menos que se cuente a los *boches,* y yo no los cuento.

Simplemente, mi vida ha perdido su ritmo. Ya no tengo nadie para quien cocinar, para quien coser, a quien cuidar, y no sé qué viene a continuación. Mi mundo, que nunca tuvo más de unos cuantos kilómetros, ha quedado reducido a un puñado de habitaciones, y pasan semanas enteras en las que no me atrevo a salir. Pero mis provisiones han mermado de manera alarmante. Es hora de reunirme de nuevo con los vivos en las colas de la comida.

Es la mañana de un miércoles lluvioso. Cojo el paraguas y mis cartillas de racionamiento y me dirijo a las tiendas. Es día de carne, y la cola en el carnicero ya llega hasta la calle, una hilera de rostros delgados, afilados por el hambre y la desconfianza. Ocupo mi lugar entre ellos y comparto el paraguas con la mujer que tengo detrás.

Es imposible ignorar la charla que recorre la cola. Rumores de difteria y de la tuberculosis que mató a *Maman.* Niños con raquitismo, bebés que nacen demasiado débiles como para sobrevivir, gente que muere de hambre en Polonia. Y la pregunta que nadie pronuncia en voz alta: ¿cuánto falta para que nos toque a nosotros?

Pero peor que la amenaza del hambre, al menos para mí, es el peso asfixiante del aburrimiento. Necesito algo para llenar mis días, un modo de ser útil de nuevo, o me volveré loca. Algunas de las casas de alta costura siguen abiertas: Lelong, Grès, Schiaparelli. Pero ahora visten a las esposas de los nazis, y *Maman* no aprobaría que me involucrara en eso. Aunque yo tampoco pondría un pie en ninguna de esas casas. Por desgracia, no tengo la más remota idea de para qué otra cosa podría servir.

Y entonces, una mañana, voy con la vieja bicicleta de *Maman* a Neuilly-sur-Seine, en las afueras de la ciudad, a intercambiar dos madejas de encaje (el doble de caro que la carne de vaca en el mercado negro y el doble de difícil de encontrar) por un poco de

mantequilla y algunos huevos. Estoy cerca del Hospital Americano cuando tres ambulancias que suben por la calle a toda prisa hacen que me recorra un escalofrío. Las sirenas no son algo extraño en las calles de París, al contrario, pero no creo que ninguno de nosotros se haya acostumbrado a ese gemido estremecedor y lastimero. Todos sabemos lo que significa: más hombres mutilados, más viudas.

Observo, absorta, cómo atraviesan la entrada del hospital y paran en el enorme patio delantero. Hay un clamor cuando las sirenas mueren, un ajetreo de puertas que se cierran y un enjambre de uniformes cuando los conductores salen para bajar su carga.

En toda Francia los hospitales están colapsados. Todos hemos oído las historias de terror: médicos realizando amputaciones desde el amanecer hasta la puesta de sol, enfermeras tan exhaustas que a menudo se desploman por la falta de sueño, voluntarios cambiando sábanas y vaciando orinales; cualquier cosa que alivie la carga. Antes de darme cuenta de lo que hago, he dejado la bicicleta a la sombra de un castaño y camino hacia el patio. Después de dos años ocupándome de *Maman,* cambiando sus sábanas y ayudándola a bañarse, lavando sus pañuelos ensangrentados y dándole sus pócimas para dormir, conozco las tareas más básicas de la enfermería. De repente, veo una manera de llenar mis días y ser útil.

Nadie repara en mí. Hay tanta actividad, hombres corriendo en todas direcciones, órdenes pronunciadas a gritos mientras los conductores americanos se apresuran a bajar a las víctimas. Ojos vendados. Una mandíbula destrozada. Una pierna retorcida de manera grotesca. Un trozo de metralla del tamaño de un puño que sobresale de una herida en el pecho vendada a toda prisa. Un muchacho, no mayor que yo, con un muñón empapado de sangre donde debería estar su brazo derecho.

Me inunda una ola de náusea mientras lo asimilo todo, el patio se inclina vertiginosamente mientras lucho por no devolver el desayuno. Me cubro la boca, deseando que se me pase el desfallecimiento mientras busco el camino más corto para volver a mi bicicleta. Pero no consigo mover los pies. Me quedo ahí sin más, paralizada y llena de sudor, atrapada entre el impulso imperioso de huir y la necesidad de ayudar como pueda.

Al final, es otro quien toma la decisión por mí. Uno de los conductores, el que parece estar al mando, de repente me ve de pie, muy quieta, en medio del caos.

—Dile a Alice que tenemos siete en total —me grita—. Tres en estado crítico.

¿Alice?

Parpadeo y me vuelvo para mirar por encima del hombro. Al no encontrar a nadie, me giro de nuevo y vuelvo a parpadear.

—*Vous comprenez ce que je dis?* —me espeta en un francés casi perfecto.

—*Oui,* quiero decir, sí. Sí, lo entiendo.

Entorna los ojos, examinándome de arriba abajo. No hay mucho que ver. No me he preocupado por mi aspecto desde que cerré la tienda, y hoy menos aún. Llevo un par de *culottes* viejos, prácticos para ir en bicicleta, y una blusa blanca sencilla con una de las chaquetas de punto de *Maman* encima.

—¿Eres voluntaria aquí? —me pregunta.

Miro a mi alrededor con torpeza y suelto la primera palabra que me viene a la cabeza:

—*Oui.*

—Entonces muévete. Siete y tres.

Se da la vuelta antes de que pueda preguntarle nada más y sigue gritando órdenes. Con la mirada perdida, me abro paso entre varias camillas y me dirijo a la entrada. Me doy cuenta de que no hay ningún guardia, ni rastro de un alemán en ninguna parte, lo que me resulta extraño. Hoy en día no puedes andar una manzana sin tropezarte con un nazi.

En el interior, el caos es más controlado, sombrío y aséptico, como una colmena en la que cada recluso conoce su propósito y lo lleva a cabo con lúgubre determinación. Las enfermeras, con los ojos apagados por el cansancio, van de un lado a otro con su ropa blanca y sus zapatos cómodos. Los voluntarios cruzan la zona de recepción con carros y palanganas y los brazos cargados de ropa blanca. Soldados en sillas de ruedas, agrupados en los rincones y a lo largo de las paredes, recuerdan las glorias de la batalla o fuman cigarrillos con la mirada perdida.

Resulta abrumador, pero también estimulante, estar en medio de tanta actividad. Desde la llegada de los nazis, París ha caído en una suerte de hechizo, como si la propia ciudad hubiese entrado en hibernación, esperando dormir hasta que la pesadilla haya terminado. Pero los médicos y las enfermeras, e incluso los voluntarios, no pueden permitirse el lujo de hibernar. Tienen una misión, y de repente me muero por formar parte de ella.

Llamo la atención de una enfermera con la cabeza llena de bucles cobrizos bajo su gorra almidonada.

—Tengo que hablar con Alice —digo con timidez.

—Allí —responde, señalando con el pulgar—. La que lleva el portapapeles. Si corres, puede que la cojas.

Alcanzo a Alice cuando está a punto de atravesar una puerta doble.

—*Excusez-moi.*

Se vuelve, tiene los ojos grises bajo unas cejas color de hierro. Por

un instante, se la ve genuinamente divertida.

—Debes de ser nueva. Aquí nadie dice «Disculpa». ¿Qué necesitas?

—Un hombre fuera, el responsable de las ambulancias, me ha enviado para decir «siete en total, tres críticos».

Las cejas aceradas se elevan; cualquier rastro de diversión ha desaparecido.

—De acuerdo.

Y con eso se marcha, profiriendo órdenes en una voz que puede escucharse mucho después de que las puertas se cierren balanceándose detrás de ella. Momentos más tarde, aparecen las primeras camillas, acompañadas de un frenesí de susurros y pies que se arrastran. Observo con inquietud cómo desaparecen a través de otras puertas con un cartel que reza TRIAJE, y me pregunto cuántos volverán a casa con sus familias, si es que alguno lo consigue.

El ajetreo se calma después de que los heridos hayan sido despachados, y de repente me siento expuesta y fuera de lugar. Antes de que pueda preguntar con quién tengo que hablar para presentarme como voluntaria, una mujer que reconozco como la madre de una de las novias de *Maman* me ve y se acerca. No lleva maquillaje, y su peinado, por lo general impecable, ha quedado reducido a unas cuantas horquillas puestas a toda prisa.

—Eres la hija de *madame* Roussel, Soline. —Su rostro se suaviza cuando asiento—. He oído lo de tu *maman. Je suis désolée.*

—*Merci, madame* Laval.

—Por favor. Estos días soy simplemente Adeline. Entonces, ¿has venido a ayudar a los chicos?

—Así es. Pero no sé dónde ir.

Me da unos golpecitos en el brazo y me guiña el ojo.

—Ven conmigo.

Asumo que me lleva a un despacho en alguna parte, donde hablaré con la persona a cargo y rellenaré algunos documentos. En vez de eso, me conduce a una esquina llena de cajas de cartón apiladas. Levanta tres de uno de los montones y me las pone en los brazos.

—Lleva estas al almacén, por ahí y a la derecha, y vuelve a buscar más.

—¿Está usted… al mando?

—¿Al mando? —Echa hacia atrás la cabeza canosa y suelta una carcajada—. *Bonté divine!* No te equivoques, aquí el que manda es el doctor Jack. Yo solo hago mi parte, igual que todos. Ahora ponte en marcha. Y ten cuidado dónde te metes. No sería bueno colarte en el quirófano el primer día.

Hago lo que me dice y me encuentro en un estrecho pasillo iluminado con bombillas que se han pintado de azul para mantener los

niveles de luz acordes a las restricciones. Los olores combinados de alcohol y yodo se agudizan a medida que avanzo por el pasillo, en busca de un cartel que diga ALMACÉN.

Hay muchas puertas, la mayoría de ellas sin marcar, y me imagino entrando por la que no es o, peor aún, siendo regañada por entrar en un lugar que no me corresponde. Pero nadie parece prestarme la menor atención, demasiado ocupados en sus propias tareas como para fijarse en una cara nueva y confusa entre la multitud.

—¿Estás perdida?

Me sobresalto, sintiéndome culpable, y casi se me caen las cajas cuando me vuelvo. Es el conductor de la ambulancia que me ha gritado en el patio. Ahora parece más alto que antes, con los hombros anchos y delgado vestido con sus pantalones de uniforme, rubio y bronceado como solo un estadounidense puede estarlo.

—Me temo que sí —admito, avergonzada de que me pesque nerviosa por segunda vez ese hombre que parece tener dominio de sí mismo y de todo lo que le rodea—. Es mi primer día, y estoy…

Mis palabras se agotan. Tiene una mancha de sangre en el hombro, oscura pero no del todo seca, y otra en el costado del cuello, justo debajo de la oreja, y lo único que puedo pensar es: «¿Será la sangre del chico con medio brazo o la del hombre con el metal que le sale del pecho?».

De repente, se me llena la boca de saliva y la habitación empieza a rodar. Sobre mi cabeza, la luz de las bombillas pintadas de azul parece atenuarse. Sin embargo, no puedo apartar la mirada de la sangre, como si representara a todos los chicos muertos en Francia. Todo el dolor, la pérdida y el horror.

El americano parece percibir mi malestar y enseguida me coge las cajas.

—¿Vas a vomitar?

Las palabras parecen llegar de muy lejos, como si las pronunciara bajo el agua, pero al fin las comprendo. Vomitar. ¿Voy a vomitar? Vuelvo la cabeza y cojo aire, avergonzada por mi debilidad frente a este hombre estoico.

—No… lo sé —consigo decir con dificultad—. Creo…

Antes de que pueda terminar la frase, me ha cogido del codo y retrocedemos por el pasillo. Nos detenemos frente a una puerta estrecha con un cartel que reza BAÑOS. La abre y me empuja dentro.

—Adelante. No trates de impedirlo, solo prolongará la situación.

Lo miro durante un instante y me doblo inclinándome sobre el inodoro, devolviendo los restos del desayuno. Pronto termina, pero me tiemblan las piernas miserablemente y tengo el rostro húmedo de sudor. Para mi horror, comienzo a llorar.

Lo oigo abrir el grifo, y de repente noto que me aprieta algo frío y húmedo contra la mano. Un pañuelo. Me limpio la boca y me seco los ojos. Coge el pañuelo y lo enjuaga, luego lo dobla con cuidado y me lo vuelve a ofrecer.

—Póntelo en la nuca. Te ayudará.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué?

Sacudo la cabeza y parpadeo para contener una nueva tanda de lágrimas.

—Normalmente no soy aprensiva, pero he visto la sangre en tu uniforme y me he acordado del chico que trajiste, al que le faltaba medio brazo, y lo único que podía pensar era: «Cuántos hay como él ahora». Y cuántos más que se sentirían afortunados de haber perdido solo un brazo.

—Eres nueva —dice con voz tranquila.

Asiento y me seco los ojos otra vez.

—Ni siquiera sé cómo he acabado aquí. Salí de casa en bicicleta esta mañana para intercambiar algo por unos huevos.

Me sorprendo cuando suelta una carcajada. Es lo opuesto a lo que me esperaba, pero supongo que mi respuesta tampoco es lo que él debía de esperar, y de repente yo también estoy riendo.

—Te acostumbrarás —dice cuando nos hemos hartado de reír—. Bueno, acostumbrarte no, pero lo llevarás mejor. Mientras tanto, recuerda que todos los que estamos aquí hemos pasado por nuestro primer día.

Aparto la mirada.

—No como este.

Se inclina hacia mí con una sonrisa pícara.

—¿Puedo contarte un secreto?

—¿Qué?

—Hace casi un año que hago esto, y todavía hecho la papilla al menos una vez por semana.

No sé si creerlo o no, pero agradezco su amabilidad y estoy a punto de decirlo cuando me interrumpe una tos ostentosa.

—Venga, Romeo —dice con brusquedad una voz desde el pasillo —. Hora de moverse.

Romeo.

Siento que me ruborizo. La voz incorpórea, sea quien sea, cree que ha interrumpido una cita romántica, que es lo que pensaría cualquiera que se encontrara con una jovencita francesa y un atractivo estadounidense acurrucados en un baño.

Romeo suelta un suspiro.

—Sí, sí. —Por primera vez, me doy cuenta de lo cansado que se lo ve—. Dile a Patrick que ahora voy. —Espera hasta asegurarse de que volvemos a estar solos y sonríe con timidez—. Perdona. El deber me llama.

—Por supuesto. —Le tiendo el pañuelo húmedo, incómoda de nuevo.

Lo mira y sonríe.

—Quédatelo. Volveré.

Lo observo marcharse, luego abro el grifo y enjuago el pañuelo. Es de algodón fino, caro, con una tira delgada de satén entretejida en el borde. Mis manos se quedan quietas cuando veo una pizca de rojo en una esquina. Por un momento creo que es sangre y entonces me doy cuenta de que es un bordado. Resulta extraño, como encontrar un juego de té de plata en medio de un campo de batalla. ¿Qué clase de soldado lleva pañuelos con iniciales bordadas? Lo levanto a la luz y miro detenidamente las letras dibujadas en una tipografía elegante: A. W. P.

Me paso el resto del día buscando su cara en los pasillos y preguntándome qué significan esas letras.

Quince

Soline

Antes de proceder, hay que estar seguro de que los amantes están destinados a la felicidad. No es una cuestión de atracción. Es más bien una cuestión de capacidad. El potencial para ser feliz debe estar presente en ambas partes. Si no es así, ningún hechizo, por muy hábil que sea, puede garantizar un resultado feliz.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

10 de marzo de 1943, París

Ha pasado una semana y no hay ni rastro de mi Romeo americano. Llevo el pañuelo al trabajo todos los días con la esperanza de tener la ocasión de devolvérselo. No porque me preocupe que pueda necesitarlo, un hombre que lleva un pañuelo con las iniciales bordadas en una zona de guerra tendrá muchos más, sino porque quiero que sepa que sigo aquí, que no me he dado por vencida.

De hecho, me estoy acostumbrando al lugar, a los olores y a las vistas, a las largas horas y a los rostros destrozados por la guerra. Doy baños de esponja y lleno jarras de agua, reparto comida y vacío orinales. Incluso ayudo a escribir cartas a los enamorados. Lo más difícil ha sido familiarizarme con el lugar, saber qué puertas están

prohibidas y cuáles están permitidas, qué pabellón alberga cada tipo de baja y el camino más rápido para llegar a la cantina cuando después de todo tengo un respiro. Y ahí es donde estoy cuando por fin lo vuelvo a ver: Romeo.

Acabo de terminar una carta para un aviador canadiense con dos brazos rotos cuando levanto la vista de mi taza de café y lo veo en la puerta. Por su expresión, me doy cuenta de que lleva un rato observándome, y siento que mis mejillas se ponen coloradas.

El pulso se me acelera cuando nuestros ojos se encuentran. Sonríe, con esa sonrisa grande y americana suya, apoyado contra el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando le devuelvo la sonrisa, baja los brazos y viene hacia mi mesa. Lleva una venda en la frente y tiene un cardenal en la sien.

—Sigues aquí —dice sonriendo—. No estaba seguro de que fuera así.

—Estás herido.

Se encoge de hombros y se pasa la mano por la mandíbula.

—Atacaron por sorpresa uno de los hospitales de campaña y me quedé atrapado unos días. Las cosas se pusieron algo peliagudas una noche, pero nos las arreglamos. En fin, parece que has decidido quedarte.

—No tenía elección. Te debo un pañuelo.

Sus ojos azul verdosos relucen con picardía.

—Así que mi plan funcionó. Me alegro.

De repente, me siento tímida y sin aliento y mareada, y me encuentro preguntándome si fue así como *Maman* se sintió el día que conoció a Erich Freede.

—El bordado —digo con timidez—. A. W. P. ¿Qué significa?

—Anson. Me llamo Anson William Purcell. Ahora tú.

—Soy Soline Roussel.

—Encantado de conocerte, Soline Roussel. —Me tiende la mano. La acepto y por un instante me sobresalta el calor de sus dedos—. Bueno, ¿cómo va todo? ¿Más fácil ahora que estás más asentada?

—Un poco, sí. Una de las voluntarias me ha acogido bajo su protección. Conocía a mi madre antes de que falleciera y ha sido muy amable.

La sonrisa se esfuma y su rostro pierde tensión.

—Lamento lo de tu madre. ¿Cuándo murió?

—Hace ya tres meses, creo. Estoy perdiendo la cuenta de los días. Teníamos una pequeña tienda de vestidos de novia en la *rue* Legendre, pero enfermó y llegaron los *boches.* Pensé que como había cuidado de ella, estaría preparada. Pero el primer día, al ver a esos pobres muchachos…, no lo estaba.

—Por supuesto que no, pero igualmente te quedaste. Eso fue valiente.

Miro el parche rojo y verde del American Field Service que lleva en la manga. He oído historias sobre los conductores estadounidenses, sobre cómo muchos de ellos se habían alistado antes de que Estados Unidos entrase en la guerra y habían venido por su cuenta, lo que les valió el apodo de «caballeros voluntarios».

—Se dicen muchas cosas sobre los conductores. Dicen que os ofrecéis voluntarios para venir y que os pagáis vosotros el viaje. ¿Es cierto?

Anson hace una mueca.

—No es tan espectacular como suena. La mayoría de nosotros somos niños ricos de Princeton y Yale en busca de aventuras.

—¿De cuál eres tú?

—De Yale. Igual que mi padre y el padre de mi padre. O era.

—¿Dejaste la universidad para hacer esto? ¿Por qué?

Se encoge de hombros, pero hay algo de evasiva en el gesto, como si el tema le resultara incómodo.

—Quería aportar mi granito de arena. Y me gustó el lema de la AFS, la American Field Service: que la libertad y la misericordia no desaparezcan de la tierra. —Se encoge de hombros de nuevo—. En fin, aquí estoy.

—Tu familia debe de estar orgullosa.

—Mi madre murió hace casi tres años, así que solo me quedan mi hermana y mi padre. Y «orgullosos» no es exactamente la palabra que usaría. Los Purcell siempre han sido hombres de la Marina, y se esperaba que yo hiciera lo mismo. Mi padre estaba dispuesto a mover los hilos necesarios para que entrase en la Escuela de Aspirantes a Oficial cuando me graduara, pero yo no quería eso. Tampoco quería que me introdujeran en el negocio familiar. Huelga decir que se enfadó mucho cuando le dije que había dejado las clases para alistarme.

Observo las heridas de su cara. Todos hemos oído historias de conductores de la AFS muertos en acto de servicio o detenidos e interrogados por la Gestapo por ayudar a prisioneros fugados.

—Tal vez solo esté preocupado por tu seguridad y crea que estarías más seguro como oficial de la Marina estadounidense.

Las comisuras de sus labios se tuercen en algo parecido a una mueca.

—No, solo he estropeado sus planes.

—¿Estás… teniendo cuidado?

Ladea la cabeza y ahora es él quien me estudia.

—¿Te preocupa si estoy teniendo cuidado?

Se me encienden las mejillas. Él no es nada mío y no es probable que lo sea, pero me digo a mí misma que es una pregunta perfectamente válida.

—Creo que debe de preocuparles a tu padre y a tu hermana.

Su sonrisa se desvanece y la reemplaza algo duro e indescifrable.

—No hay tiempo para tener cuidado. Haces lo que te han enviado a hacer. Si tienes suerte, vuelves de una pieza y puedes hacerlo de nuevo al día siguiente.

—¿Cómo lo haces? ¿No tienes miedo?

—Cada día.

—Pero de todos modos lo haces.

—Igual que tú.

Sacudo la cabeza, negándome a admitir que haya alguna similitud entre su trabajo y el mío.

—Tú salvas vidas. Yo cambio sábanas y escribo cartas.

—No creas ni por un instante que escribir una carta a la madre o a la novia de un soldado no le está salvando la vida. Es un salvavidas, un motivo para seguir adelante. —Hace una pausa y se pasa la mano por la mata de pelo rubio. Su expresión es de seriedad absoluta—. Todos estamos haciendo lo que podemos, Soline, y todos estamos aterrorizados. Pero seguimos cada día, porque es importante. Todo esto, todos nosotros, somos importantes.

Estoy tratando de pensar en algo que decir cuando escucho mi nombre. Me vuelvo y encuentro a Adeline de pie en la puerta, señalándose el reloj. Asiento y me pongo en pie.

—Tengo que irme.

Anson se levanta también y me coge de la mano.

—Te echaré de menos, Soline Roussel.

Su voz, grave y cálida, hace que se me acelere el pulso.

—No digas tonterías. No puedes echar de menos a alguien que no conoces.

Me dedica una sonrisa traviesa.

—Eres Soline Roussel, de París, Francia. Eres amable y hermosa, y en otra época tu madre y tú teníais una tienda de vestidos de novia. Ahora dedicas tu tiempo a cuidar soldados. Yo soy Anson Purcell, exestudiante de Yale. Mi familia es de Newport, Rhode Island. Mi padre se llama Owen, y construye yates de regatas. Mi madre se llamaba Lydia. Mi hermana se llama Cynthia, Thia para abreviar, y quiere ser una impresionista francesa cuando sea mayor. Ya está. Ahora nos conocemos, lo que significa que puedo echarte de menos como Dios manda.

Algo cálido y desconocido se agita en mi estómago. Mi mundo ha sido el de las mujeres, las novias y sus madres, *Maman*. Nadie ha

coqueteado conmigo, pero lo reconozco cuando lo oigo, y no puedo culparlo. Es más fácil que hablar de la guerra y la muerte. Pero me han advertido sobre los estadounidenses, todo sonrisas encantadoras y tarta de manzana. Doy un paso atrás y libero mi mano.

—Debo irme. Los pacientes tienen que almorzar. —Me vuelvo hacia la puerta y le echo un último vistazo—. Intenta tener cuidado.

Me siento extrañamente separada de mi cuerpo mientras me voy, como si mis pies no tocaran el suelo. Adeline me espera con una ceja arqueada y una sonrisa de gato astuto.

—¿Y eso?

—Nada —respondo con rapidez. Mentira. Porque incluso en ese momento de confusión sonrojada sé que ha sido todo lo contrario de nada—. Me dejó un pañuelo mi primer día y solo le estaba dando las gracias.

—¿Mientras os tomabais un café?

Busco una explicación, pero me rindo enseguida. Nada de lo que diga le borrará la sonrisa de la cara.

—No ha sido nada, Adeline. Fue amable conmigo.

Suelta una risita pícara.

—Sí, suelen serlo. Pero ten cuidado, *chérie.* Esto no es una película. El héroe, por muy guapo que sea, no siempre es una apuesta segura.

—¿Crees que es un héroe? —le pregunto, y el embeleso que siento se refleja en mi voz.

—Bueno, si no lo es, sin duda lo parece. Y los de la AFS deben de creerlo. Son increíblemente meticulosos a la hora de aceptar a alguien. Por otra parte, supongo que tienen que serlo. No cualquiera es capaz de hacer lo que hacen. Y es por eso por lo que deberías tener cuidado con tu corazón, niña. Los vínculos son algo peligroso en tiempo de guerra.

Asiento obediente, pero en el fondo sé que ya es demasiado tarde. Ya ha surgido un vínculo, al menos para mí.

Adeline da palmadas con sus manos enrojecidas por el trabajo cuando nos acercamos al pabellón de ortopedia, donde nos espera un carro cargado de bandejas metálicas de la cantina.

—*Voilà! C'est très bien.* Daremos de comer a los hombres y luego comeremos algo tú y yo, y puedes hablarme de ese pañuelo.



No sé dónde estaría sin Adeline. Me ha ayudado a encontrar mi sitio presentándome a los otros voluntarios e interviniendo para mitigar

mis errores.

Recuerdo un día en particular. Llegó una avalancha de bajas y todo el mundo se apresuraba a preparar camas nuevas. Acababa de salir de la lavandería con un montón de ropa de cama y yo daba la vuelta a la esquina cuando me tropecé con el médico residente a cargo del hospital, el doctor Jack, y por mi culpa se echó encima una taza de café hirviendo.

El temperamento de Sumner Jackson es un tema de conversación frecuente entre las enfermeras. Pero cuando aquel día lo miré, con su bata blanca y su cara de malas pulgas, me di cuenta de que los rumores no le habían hecho justicia. Era alto y ancho, de hombros gruesos, cejas pesadas y bajas y una nariz que me recordaba más a un boxeador que a un cirujano.

Me disculpé en un idioma y en otro, mientras intentaba evitar que el montón de sábanas cayera al suelo. Como de costumbre, Adeline apareció para rescatarme, explicando que era nueva y todavía un poco torpe. Contuve la respiración mientras el doctor me miraba con sus ojos oscuros e inexpresivos.

Al fin un atisbo de sonrisa ocupó el lugar de su ceño fruncido.

—*Mademoiselle,* mi opinión médica es que el café, aunque muy eficaz cuando se toma internamente, tiene poco valor cuando se aplica a la piel. En el futuro, le recomiendo andar con algo más de calma por las esquinas.

Y con eso, me rodeó y se alejó por el pasillo, dejándome con las rodillas temblando y un montón de sábanas salpicadas de café.

En las semanas transcurridas desde entonces, he aprendido mucho sobre Sumner Jackson, sobre su misión personal y los extraordinarios esfuerzos que ha realizado para asegurarse de que ningún soldado alemán ocupe nunca una de nuestras camas. Los pacientes que atendemos son franceses, canadienses, ingleses o estadounidenses. En su mayor parte, hemos dejado de prestar atención a sus nacionalidades. Lo único que sabemos es que las camas están llenas y los orinales también.

Algunos de los hombres (muchachos, en realidad, no mucho mayores que yo) proceden de campos de prisioneros y son enviados de vuelta cuando se encuentran lo bastante repuestos. A otros, que están peor, los envían a casa, demasiado mutilados para volver al campo de batalla. Y algunos mueren. A veces, después de parecer que se han recuperado por completo. Siempre es un *shock* llegar por la mañana y encontrar una cama vacía o ya ocupada por una cara desconocida. Las historias son siempre las mismas. «Empeoró de repente. Sepsis. Hemorragia. Los médicos hicieron todo lo que pudieron». Siempre tan repentino, tan horrible y trágicamente inesperado.

Al principio hacía preguntas, pero nadie parecía querer hablar de esas camas vacías. Los médicos y las enfermeras se ocupan de los vivos. Y, como he aprendido rápidamente, es de lo que tengo que ocuparme yo también si quiero seguir en el hospital. Tengo que hacer lo que me dicen sin preguntar ni comentar nada y no meter las narices en los asuntos que no me competen.

Así que hago lo que me dicen. No llamo la atención y soy útil, me ocupo de las comidas, almaceno provisiones, traigo y llevo lo que sea necesario. Pero mi tarea favorita es escribir cartas para los soldados que no pueden hacerlo por sí mismos. Quizá tenga que ver con lo que dijo Anson en el comedor aquel día: que escribir cartas también salva vidas.

A menudo las palabras que escribo son tristes, pero siempre están cargadas de valor. A veces es difícil no llorar mientras escribo, sabiendo que en algún lugar hay una madre o una esposa o una prometida que pronto las leerá y llorará con una mezcla de gratitud y angustia. Mutilado, pero a salvo. Ciego, pero con vida. Vivo, pero cambiado para siempre.

No había forma de saber cuándo llegarían las cartas, ni siquiera si lo harían. La correspondencia personal se amontonaba durante días, incluso semanas, a la espera de ser inspeccionada por los censores. Finalmente, una vez autorizada, se colocaba en un barco o en un avión y, con un poco de suerte, llegaba a su destino en cuatro o seis semanas. Si es que llegaban.

Sin embargo, los hombres escriben, algunos de ellos todos los días, disimulando la fangosa y sangrienta rutina de la guerra con falsas garantías y noticias sobre esto y aquello. Es la esperanza que envían a casa, un delgado hilo que los une a alguien al otro lado del mar. A las madres, esposas y novias que soportan su propio infierno. Semanas sin noticias. Oraciones sin respuesta. Cartas que nunca llegan.

Y telegramas que sí lo hacen.

Dieciséis

Rory

23 de junio de 1985, Boston

Rory hizo una mueca mientras luchaba por recogerse los rizos en una coleta. Tenía el mismo aspecto que durante la semana de exámenes, ojerosa y pálida después de demasiadas noches en vela estudiando.

Habían pasado tres días desde su encuentro con Soline y no podía quitarse de encima la sensación de que su encuentro fortuito era una especie de toque de atención, un recordatorio de que la vida pocas veces se desarrollaba como en las novelas. El amor no lo conquistaba todo, los héroes no eran invencibles, y los amantes rara vez eran felices y comían perdices. Los corazones rotos se quedaban rotos.

Se miró el reloj y luego nuevamente la cara. Deseó haberse despertado lo bastante pronto para por lo menos secarse el pelo. O, mejor aún, llamar a su madre para decirle que le había surgido algo y no podría ir al *brunch;* pero ya era demasiado tarde para eso. El Veuve ya se estaba enfriando, y ella iba a llegar tarde otra vez.

Estaba a gatas, hurgando bajo la cama en busca de su zapato izquierdo, cuando sonó el timbre. Fue hacia la puerta imaginando que sería una niña con trenzas vendiendo galletas de Girl Scout o un par de hombres jóvenes bien vestidos repartiendo panfletos religiosos. En vez de eso, se encontró a Soline Roussel de pie en el recibidor, con una caja blanca de bollos con el logotipo blanco y negro del Besos de

Azúcar, que ella tan bien conocía.

—Bonjour —dijo Soline alegremente—. Espero que tenga hambre.

Rory abrió la boca, pero no salió nada. No habría estado más nerviosa si se hubiera encontrado a la princesa Diana en el pasillo.

—¿Qué hace aquí? —consiguió decir a la vez que se hacía a un lado para dejar entrar a Soline.

—Es su turno.

—¿Mi turno de qué?

—De contarme su historia. Yo le conté la mía, ahora es su turno de contarme la suya.

—Yo no tengo ninguna historia.

Soline arqueó una ceja casi negra.

—¿No?

Rory sintió que se le encendían las mejillas bajo la mirada incisiva. Había algo inquietante en esos ojos oscuros color chocolate, una combinación de calidez y dureza que la hacía sentir horriblemente transparente.

—¿Cómo ha sabido dónde encontrarme?

—*Monsieur* Ballantine ha sido muy amable y me ha dado su dirección. —Entonces sonrió, creando un abanico de arrugas diminutas en las comisuras de los ojos—. ¿Ve? Yo también sé cómo convencerlo.

—Pero… ¿por qué?

La expresión de Soline se suavizó.

—La última vez que nos vimos, se marchó de mi casa llorando, *chérie*. No sé por qué, pero me gustaría saberlo.

Rory ahogó un gemido. Decir que el recuerdo era embarazoso era quedarse más que corto.

—Le pido disculpas. Ahora mismo, mi vida está un poco desordenada, y de repente se me vino todo encima. Le pido perdón por marcharme de esa manera, sin darle las gracias ni decirle adiós como es debido. Fui una maleducada.

—En absoluto. Pero no he venido buscando una disculpa. He venido para asegurarme de que estaba bien. He estado preocupada por usted estos últimos días, y se me ocurrió que tal vez no hacía falta. Podía venir y ver por mí misma que estaba bien.

Rory bajó la mirada, avergonzada de que esa mujer solitaria hubiera sentido la necesidad de cruzarse la ciudad para ver cómo estaba.

—No hacía falta que viniera. De verdad, estoy bien.

—No hace falta que finja conmigo, Rory. No tiene nada de malo estar triste.

Rory levantó la cabeza despacio. Las palabras, tan diferentes del estoicismo bienintencionado de su madre, parecieron desbloquear algo en su pecho, como una puerta que se abría de repente.

—¿Tiene café? —preguntó Soline cuando el silencio se volvió incómodo.

—¿Café?

—He traído el desayuno. *Pain au chocolat* y *chausson aux pommes.*

Rory la miró parpadeando y asintió lentamente.

—Sí, tengo café.

Rory condujo a Soline a la cocina, esperando que no reparara en la cesta de ropa limpia sin doblar sobre el sofá o el revoltijo de botas de nieve apiladas frente al armario. No había nevado desde marzo.

En la cocina, recogió los envases de la comida que había pedido la noche anterior y los tiró a la basura, luego se centró en amontonar los platos sucios en el fregadero. Después de unos minutos, lo dejó estar. Un fregadero lleno de platos sucios era un fregadero lleno de platos sucios, por muy bien apilados que estuvieran.

—Disculpe el desorden —dijo mientras terminaba de medir el café —. Últimamente no paso mucho tiempo en la cocina. Cocinar para uno no es muy divertido, así que suelo pedir comida para llevar y las cosas tienden a acumularse.

—Yo creo que ya nos conocemos lo suficiente para tutearnos, ¿no te parece? —dijo Soline mientras cogía un cuchillo para cortar el cordel de la caja de pasteles. Rory asintió, un poco cohibida—. Es cierto, cocinar para uno no es divertido. Pero hay que comer, y no siempre de un envase. ¿Tienes platos para los dulces?

—En el armario a tu izquierda. Las servilletas también deberían estar ahí.

Observó a Soline quitarse los guantes y poner los bollos en un plato. No tenía la menor idea de qué hacía su casera en su cocina, pero de repente se dio cuenta de que se alegraba. Aunque se preguntaba cómo se las había arreglado Soline para llegar hasta South End sin coche.

—Por favor, dime que no has venido en metro cargando con esa caja y has caminado hasta aquí desde la estación.

—Por supuesto que no. He tomado un taxi. Ven a sentarte. —Esperó a que Rory se uniese a ella en la mesa y deslizó el plato con los bollos en su dirección—. *Que désirez-vous?*

Rory se encontró deseando haber prestado más atención en clase de francés.

—Lo siento. No hablo mucho francés… Bueno, la verdad es que no lo hablo.

—Te he preguntado qué te apetece.

—Claro. El de manzana, creo.

—Y yo me tomaré el de *chocolat.* —Soline le sirvió un *croissant,* luego sacudió su servilleta y se la colocó en el regazo—. Bien —dijo al fin mientras se lamía el azúcar glas de los dedos—. ¿Qué pasó?

—¿A qué te refieres?

Soline ladeó la cabeza con una ceja levantada.

—¿Vamos a andarnos con jueguecitos, tú y yo?

—Todavía no entiendo qué haces aquí. ¿Por qué te preocupa?

—¿Qué te parece?

—¿Porque es mi turno?

—En parte sí, pero es más que eso. Me recuerdas a alguien que conocí.

—¿A quién?

—A mí —dijo Soline, e hizo una pausa para beber un sorbo de café —. La vida te ha hecho algo, te ha quitado algo. No sé qué ni cuánto hace, pero no consigues volver a encontrar tu sitio. Esta galería tuya, quieres fingir que ocupará el vacío que la vida ha dejado en tu interior. Pero en el fondo sabes que no es posible. Y tienes miedo de que nada lo llene nunca.

Rory tragó y sintió la garganta seca de repente. Era cierto. Cada palabra. Pero ¿cómo era posible?

—¿Brett le contó algo a Daniel? ¿Por eso sabes todo esto?

—No, por supuesto que no.

—Entonces, ¿cómo?

La sonrisa de Soline fue breve y melancólica cuando bajó la taza.

—Tú y yo somos espíritus afines. Extrañas que comparten un pasado común.

Rory no estaba segura de qué esperaba, pero no era aquello.

—No entiendo.

—Todos somos una colección de nuestras historias, *chérie.* Nuestras alegrías y penas, nuestros amores y pérdidas. Eso es lo que somos, un cómputo de todas nuestras agonías y gozos. A veces las agonías dejan una marca, como un cardenal en el alma. Hacemos todo lo que podemos por esconderlos del mundo, y también de nosotras mismas. Porque nos da miedo ser frágiles. Que nos hagan daño. Eso es lo que nos hace espíritus afines, Rory: nuestros cardenales.

Un escalofrío recorrió la nuca de Rory. Si vinieran de otra persona, las palabras le podrían haber resultado ridículas, la clase de tonterías esotéricas que se esperan de un quiromántico en una feria. Pero ella también lo había sentido, ¿no era cierto? La inquietante coincidencia entre la historia de Soline y la suya.

—Es solo que me resulta muy difícil de entender. La forma en que

nos conocimos, la manera en que nuestra historia me resulta tan… familiar. —Un torrente inesperado de lágrimas le bloqueó la garganta de repente. Volvió la cabeza y se secó los ojos—. Lo siento. Solo nos hemos visto dos veces y me las he arreglado para echarme a llorar en ambas. —Sorbió ruidosamente y sacudió la cabeza con disgusto—. Debes de pensar que soy una auténtica idiota.

—¿Qué pasó, Rory?

—Mi prometido —susurró al fin—. Se llama Hux. Bueno, en realidad Matthew, pero todo el mundo lo llama Hux. Hace nueve meses se marchó a Sudán del Sur, a trabajar con Médicos Sin Fronteras. Me escribía todo el tiempo, dos o tres veces por semana, como un reloj. Y entonces, de repente, las cartas dejaron de llegar. Tardaron unas semanas, hubo no sé qué confusión respecto a quién era su familiar más cercano, pero finalmente confirmaron que él y varios compañeros habían sido secuestrados.

Soline se llevó la mano a la garganta.

—*Mon pauvre enfant.* ¿Está…?

Rory miró la servilleta que apretaba en el puño.

—No lo sé, nadie lo sabe. No pidieron rescate, y hace meses que no tenemos noticias. —Calló cuando empezó a fallarle la voz y se aclaró la garganta—. No saben dónde se encuentra ni quién está con él. Ni siquiera si está vivo.

—¿Cuánto hace de esto?

—Seis meses. Cada noche me quedo despierta en la cama, imaginando miles de escenarios diferentes, cosas horribles. Pero no consigo convencerme de que se ha ido. Sé que es una locura, pero noto que si lo hubieran matado lo sabría, que de algún modo lo habría percibido. ¿Te parece una tontería?

—En absoluto.

La empatía en la voz de Soline era como un bálsamo en una herida. Espíritus afines. Tal vez lo eran.

—He estado leyendo muchos libros —balbuceó—. De esos en los que el héroe siempre gana y el amor siempre triunfa. Es como una adicción, pero no son reales. En la vida real, las cosas salen mal.

—Por eso querías conocer mi historia —dijo Soline con delicadeza—. Esperabas que tuviera un final feliz. Esta vez, uno de verdad.

—Como he dicho, es una tontería.

—No. Yo sé lo que es esperar, no saber. Te aferras a cualquier cosa para sobrevivir un día más.

Rory se quitó la goma del pelo y suspiró mientras se pasaba la mano por las pesadas ondas.

—Es insoportable. A veces pienso que preferiría…

—¿Saber lo peor? —acabó Soline en voz baja.

Rory se cubrió la boca con la mano, avergonzada del pensamiento.

—Es terrible, ¿no es cierto? Pensar siquiera algo así. Es solo que este limbo es una tortura. Cuando recibiste la noticia, ¿qué…? —Calló al darse cuenta de que no habían hablado del tema—. ¿Cómo recibiste la noticia?

Soline se quedó muy quieta en su silla, con los ojos empañados de repente.

—Llegó un telegrama diciendo que había desaparecido. Encontraron su ambulancia abandonada… y un montón de sangre. Alguien dijo haber visto unos soldados alemanes llevándolo al interior del bosque a punta de pistola.

Rory sintió que palidecía.

—Lo siento. No debería haber preguntado. Es solo que la gente habla de pasar página, de que es más sencillo cuando lo sabes, y me preguntaba…

—No —dijo Soline antes de que Rory pudiera terminar—. No fue más fácil; al menos, no para mí. Nos decimos a nosotros mismos que queremos saber. Pero cuando al fin llega la verdad y no es la que esperábamos, daríamos cualquier cosa por volver al lugar de la espera, donde todavía existe una chispa de esperanza.

—El otro día dijiste que llega un momento en que hay que soltar lo que ya no existe. Pero ¿cómo saber cuándo es ese momento?

El rostro de Soline se suavizó.

—Hablaba de mí misma, *chérie.* Solo de mí misma.

—Pero ¿cómo lo supiste?

Bajó los ojos una fracción de segundo antes de mirar de nuevo a los de Rory.

—Al principio no podía creerlo. Estaba segura de que había sido un error. E incluso después… Durante años, sacaba el estuche de afeitado de Anson y abría el frasco vacío de colonia, porque juraba que todavía podía olerlo, como una brisa fresca que llega del mar. Y entonces una noche ya no pude olerlo más. Simplemente… se había ido. Fue entonces cuando guardé la caja, cuando me di cuenta de que no quedaba nada a lo que aferrarme. Pero tu caso es distinto. Tú todavía tienes tiempo, Rory.

—¿Tiempo para qué?

—Tiempo para tener fe.

Rory se aclaró la garganta, decidida a mantener a raya otro torrente de lágrimas.

—Lo que dijiste antes, sobre llenar el vacío de mi vida con la galería… Es cierto. Fue idea de Hux que abriera la galería, y yo estaba muy emocionada. Luego, cuando me dijeron que había desaparecido, todo dejó de importarme… hasta que vi tu edificio. Fue como si el

destino me estuviera enviando un mensaje. Pero a veces me pregunto si no es más que una manera de aferrarme a él haciendo lo que él quería que hiciera.

—¿Tienes una foto suya?

—Tengo una en la mesita de noche.

—¿Puedo verla?

—Sí, por supuesto. Iré a buscarla.

Al cabo de unos segundos, Rory regresó con la fotografía. Era una foto de los dos cogidos del brazo, radiantes como los amantes recién prometidos que habían sido cuando se tomó la imagen.

—Me pidió que me casara con él el día antes de que nos la hicieran. Fuimos hasta el cabo a celebrarlo.

—Hacéis una pareja preciosa —dijo Soline estudiando la foto—. Y mira esa sonrisa. Lo haces feliz.

Rory se encontró sonriendo también.

—Es mutuo. Nunca sentí que encajara en ninguna parte hasta que nos conocimos. Todo el mundo tenía un montón de ideas sobre quién tenía que ser. Lo único que Hux quería era que fuese yo misma. Me hizo sentir cómoda con querer lo que quiero. —Hizo una pausa para mirar la foto cuando Soline se la devolvió, apretando los dedos contra el cristal—. Ahora que ya no está, tengo miedo de…

—¿De volver a perderte?

Rory alzó la cabeza con lentitud.

—Sí.

—Entonces no permitas que se marche.

—¿Que no… lo permita?

—La noche en que mi madre murió, me dio un guardapelo con la foto de mi padre. Nunca lo conocí, pero me pidió que lo mantuviera vivo por ella, aquí. —Calló un momento y se apretó una mano contra el corazón—. Dijo que guardar a alguien en tu corazón es mantenerlo vivo para siempre. Puedes hacer eso por Hux, Rory.

—¿Es eso lo que hiciste con Anson, mantenerlo vivo en tu corazón?

—Lo intenté.

—¿Hubo alguien más? Después de él, quiero decir.

Soline sonrió con tristeza.

—El corazón de una mujer tiene un espacio limitado, *chérie.* Anson llenó el mío por completo.

Rory asintió. La idea de que alguien ocupara el lugar de Hux era sencillamente inconcebible.

—A veces lo único que puedo hacer es mirar su foto. ¿Fue así para ti?

—Yo no tengo ninguna foto.

—¿Ninguna?

—Nos conocimos durante la guerra, en el hospital donde trabajaba como voluntaria. No había tiempo para fotos.

Rory estaba a punto de contestar cuando sonó el teléfono del salón. Sus ojos se clavaron en el reloj sobre el fregadero y de repente recordó que tenía que estar en casa de su madre hacía una hora.

—Debe de ser mi madre —dijo, levantándose de la mesa—. Habíamos quedado esta mañana para un *brunch*.

Después de una breve búsqueda, Rory localizó el teléfono inalámbrico y se preparó para lo inevitable.

—¿Qué haces todavía en casa? —preguntó Camilla, saltándose el saludo—. El *brunch* se ha echado a perder.

—Lo siento. Me he enredado con una cosa y he perdido la noción del tiempo.

—¿Qué era tan importante que no podías coger el teléfono y avisarme?

Rory se mordió la lengua. La manera más segura de acabar con su tregua provisional sería admitir que se había olvidado del *brunch* porque Soline se había presentado en su casa con pasteles.

—Cosas de la galería, nada más.

—Faltan meses para que abras. Sea lo que sea, ¿tenías que hacerlo hoy?

—He dicho que lo siento. Estaba a punto de salir por la puerta y me he distraído.

—Tienes la voz rara —dijo Camilla de repente—. Congestionada, como si estuvieras incubando algo.

—¿De verdad? —Admitir que había estado lloriqueando no parecía la mejor opción, así que aprovechó la excusa—. ¿Sabes?, creo que es posible. Me duele un poco la garganta. Estaba pensando en hacerme un té y meterme de nuevo en la cama.

—Eso es una buena idea. ¿Tienes sopa?

—Eh… sí, creo que sí.

—¿Y té?

—Sí, tengo té.

—Ponle un poco de miel al té. Te irá bien para calmar la garganta.

—Vale, lo haré; gracias. Y siento lo del *brunch*.

—No te preocupes, solo descansa un poco. Luego te llamo a ver cómo estás.

Soline apareció cuando Rory colgó el teléfono con los guantes y el bolso en la mano.

—He guardado los bollos que quedaban y dejado las tazas y los platos en el fregadero.

—¿Te marchas?

—Tenías planes. Deberías habérmelo dicho.

—¡No! Solo era un *brunch* con mi madre. Lo hacemos todos los domingos.

—Y has dejado que yo lo estropeara.

—No, de verdad. De hecho, no tenía ganas de ir. Mi madre y yo… Bueno, digamos que últimamente estamos un poco distanciadas. No le gusta mucho la idea de la galería. Ni mi arte ni nada de lo que me importa.

Soline alzó las cejas.

—No me habías dicho que fueras artista.

—Oh, no lo soy. Solo es algo con lo que solía coquetear. Cuando Hux desapareció, lo dejé. No he puesto un pie en el cuarto de invitados desde hace meses.

—¿Tienes un estudio aquí?

—¿Un estudio? No, solo es una habitación extra donde guardo mis materiales.

—¿Podría ver ese no-estudio tuyo?

Rory titubeó, incómoda con la idea de mostrarle su trabajo a alguien tan experto como Soline. Pero ¿cómo decirle que no a una mujer que se había cruzado la ciudad en taxi para asegurarse de que estaba bien?

—Supongo que sí. Si te apetece.

Al final del pasillo, Rory abrió la puerta y con un gesto invitó a Soline a entrar.

—Como he dicho, hace tiempo que no entro, así que está un poco desordenado.

Soline accedió a la habitación, esquivando cestas llenas de herramientas y trozos de tela. Parecía estar a punto de decir algo cuando sus ojos se iluminaron al ver el paisaje marino detrás del escritorio.

—Oh, Rory… —Volvió la cabeza para mirarla con expresión de asombro—. ¿Tú has hecho esto?

Rory asintió con timidez.

—Es exquisito. Como un cuadro, pero hecho de tela. ¿Y hay más?

—Cuatro en el armario y dos más en los marcos que tienes detrás.

Soline puso los ojos en blanco.

—El armario. *Mon dieu.* —Se acercó a la pieza inacabada en el marco más cercano, una pequeña goleta que se tambaleaba precariamente en un mar oscuro y furioso—. La puntada es muy fina, casi invisible. A mano, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quién te enseñó a coser así?

—Nadie. Aprendí sola.

—Extraordinario. ¿E irán a la galería cuando estén terminados?

—Oh, no. Solo es un *hobby*.

Soline frunció el ceño.

—¿No quieres que la gente vea tu trabajo, que conozcan tu nombre?

La pregunta incomodó a Rory. En vez de contestar, respondió con otra pregunta:

—¿Es eso lo que tú querías? ¿Que la gente conociera tu nombre?

Soline dio unos pasos atrás mientras estudiaba las muestras de tela desparramadas sobre la mesa de trabajo.

—Hubo un tiempo en que sí —dijo finalmente—. Cuando era niña, soñaba con tener mi propia marca. Iba a robar miradas por todo París. Pero luego llegó la guerra, y Anson…

—Pero lo conseguiste. Tienes una pared entera de artículos de revista y recortes de periódico que lo demuestran. Tienes un don, y lo usaste para hacer feliz a la gente. Siempre podrás sentirte orgullosa de eso.

—Y tú tienes esto, Rory. Ni se te ocurra decir que no es nada. Es todo lo contrario de nada. Añadir belleza al mundo no es vanidad, *chérie*. Es una vocación.

Una vocación.

La palabra resonó en la cabeza de Rory mientras cerraba la puerta y conducía a Soline de regreso al comedor. Soline se miró el reloj y cogió los guantes y el bolso de la mesita de café.

—Gracias por compartir tu trabajo conmigo, y, por favor, piensa en lo que te he dicho. Tienes un don, Rory, y los dones están hechos para compartirlos.

—No hace falta que te marches. Prepararé otra cafetera y podemos charlar un rato más.

Soline sonrió con benevolencia.

—No digas tonterías. No quieres pasarte la tarde escuchando el parloteo de una anciana. Además, le pedí al taxista que volviera a recogerme. Probablemente esté fuera esperando. Quería ver si estabas bien, y he visto que sí. —Su sonrisa se volvió más profunda cuando apoyó un dedo bajo la barbilla de Rory—. *Une gentille fille.* Qué muchacha tan dulce. Recuerda lo que he dicho sobre guardar a Matthew en tu corazón. Hasta que no lo sepas con seguridad, sigue habiendo esperanza. Y la esperanza no nos cuesta nada.

Diecisiete

Rory

Rory recorrió el apartamento con la mirada admirando su obra. Después de que Soline se marchara, había decidido poner música, arremangarse y ordenar un poco. Además, había hecho un buen trabajo, incluso había conseguido llevar al coche varias cajas de libros para donar. Nada mal para alguien supuestamente resfriado.

En la cocina, hurgó en la despensa. Pasta, pero ninguna salsa. Cereales Cheerios, pero faltaba la leche. Mantequilla de cacahuete, pero no tenía pan. Así que tendría que pedir comida, otra vez. Soline tenía razón: era hora de dejar de comer de envases. Mañana haría una lista e iría al mercado, pero, por el momento, Gerardo's tendría que bastar. Pidió unas berenjenas a la parmesana y un antipasto, y luego decidió que tenía tiempo de poner una lavadora de ropa blanca y darse una ducha rápida antes de que llegase la cena.

Se sorprendió al oír el timbre de la puerta quince minutos después. Al parecer, era una noche tranquila en Gerardo's. Cogió un billete de veinte del bolso y apagó el equipo de música, silenciando bruscamente el ritmo primario de «The Wild Boys» de Duran Duran.

—Qué rapidez —dijo al abrir la puerta—. Los domingos deben de ser…

Las palabras murieron en su garganta. En vez del repartidor de Gerardo's, Camilla estaba allí con una bolsa de la farmacia colgando de la muñeca y una fiambrera naranja enorme en el brazo. Miró a

Rory con los ojos entrecerrados, deteniéndose en el billete de veinte dólares que tenía en la mano.

—¿Das una fiesta?

Rory se metió el billete en el bolsillo con un suspiro.

—No, no doy ninguna fiesta. Solo estaba escuchando algo de música mientras limpiaba un poco.

—Te he hecho sopa con estrellitas, como cuando eras pequeña. «La sopa de enfermita», solías llamarla. Pero veo que has tenido una recuperación milagrosa.

Rory suspiró. Camilla entró esquivándola, con la pulsera de dijes tintineando a su paso. A Rory no le quedó más opción que seguirla hasta la cocina.

—Te dije que tenía sopa.

—Me dijiste que creías que tenías sopa —contestó Camilla con hosquedad—. Y no quería que tuvieras que hacer esfuerzos si no te encontrabas bien. —Echó una mirada a su hija mientras comenzaba a vaciar la bolsa de la farmacia. Pastillas para la tos, Vicks, NyQuil, un termómetro—. Supongo que en realidad no necesitas nada de esto.

Rory bajó la mirada.

—Lo siento.

—¿Por qué, Aurora? ¿Por qué me has dicho que estabas enferma si no era verdad? ¿Tan horrible es pasar tiempo conmigo?

Rory se tragó otro suspiro. ¿Qué se suponía que tenía que decir? Admitir que había faltado al *brunch* porque su casera se había presentado con una caja del Besos de Azúcar no iba a sentarle bien. Era mejor dejar a Soline al margen.

—Me sentí mal por haberme distraído, así que cuando mencionaste que sonaba enferma… te seguí la corriente.

—Me seguiste la corriente —repitió Camilla secamente—. ¿Tienes hambre, al menos?

—La verdad es que acabo de pedir comida.

—Ya.

Camilla cogió la fiambrera de sopa y abrió la nevera. Por un momento, se quedó mirando el contenido. Un paquete de *bagels* de cebolla, dos barras de mantequilla, una sola lata de refresco de naranja y un bote de aceitunas casi vacío. Finalmente se giró, con una ceja pálida torcida en señal de desaprobación.

—No tienes comida.

—Lo sé. Por eso había pedido algo. Quería ir a comprar mañana.

—¿Ya no cocinas? —Abrió la puerta de la despensa y observó los estantes pobremente abastecidos—. Mira esto: cereales y sopa en lata. Me extraña que no estés enferma comiendo así. —Su mirada se posó sobre la caja de los pasteles. Levantó la tapa y echó un vistazo—. *Pain*

au chocolat. Qué bonito. Veo que no estabas tan distraída como para no ir a la panadería esta mañana.

—No he ido a la panadería —replicó Rory, cansada de las regañinas—. Lo trajo Soline.

Camilla la miró con rostro inexpresivo.

—Mi casera —agregó Rory—. Se pasó esta mañana cuando estaba a punto de salir.

—Tu casera se presentó de repente. Con pasteles.

—Sí.

—¿Y eso es lo que te distrajo?

—Nos pusimos a charlar.

—¿De qué? Apenas la conoces.

—De Hux, la galería, mi arte.

—Ya veo.

Allí estaba, la mirada fría y ofendida que le echaba su madre cuando se sentía menospreciada. Rory contó hasta diez, negándose a morder el anzuelo.

—¿Ahora hablas de tu vida con extraños en vez de con tu propia madre?

—Tenemos cosas en común.

Camilla cerró la puerta de la despensa y se quedó allí con las manos en las caderas.

—¿Qué diantres podríais tener en común? Esa mujer debe de tener como ochenta años.

—No tiene ochenta años. Y tenemos cosas en común. Perdió a alguien que amaba en la guerra, un conductor de ambulancias que desapareció.

—Aurora…

—Sabe lo que es oír sonar el teléfono y preguntarse si hoy es el día en que descubres que tus oraciones no han sido atendidas, sentir que el corazón se te desgarra cuando ves que otras personas son felices, sepultarte en el trabajo porque no soportas estar sola con tu dolor. Ella entiende mi necesidad de abrir la galería. Incluso le gusta mi arte.

Camilla dio un paso adelante y apoyó la mano sobre el brazo de Rory.

—¿Qué pasa, Aurora? De verdad que empiezo a preocuparme.

—Por favor, otra vez lo mismo no.

—Sí, otra vez lo mismo. Suenas… no sé cómo suenas. Te saltas el *brunch* de nuevo, luego me mientes sobre estar enferma. ¿Y ahora hablas de tu «arte»? ¿Qué se supone que tengo que pensar? Has dejado los estudios. Vives como una ermitaña. Nadie sabe nada de ti. Lo único que parece importarte es esa galería tuya. Y esta mujer de la que

de repente has decidido hacerte amiga. Siento que ya no te conozco.

—Tal vez nunca me conociste.

Camilla abrió mucho los ojos.

—¿Que nunca te he conocido? Yo te crie.

—No, madre. Tú me moldeaste, o al menos lo intentaste. Y ahora que estoy haciendo lo que quiero, de repente no me conoces. De esto va la cosa. No de mis estudios o de lo que tengo en la nevera, sino de que no soy la persona que tú quieres que sea. De que no me gustan las cosas que te gustan a ti o que no vivo como vives tú. Pero a mí nada de eso me importa, porque yo no soy como tú.

Camilla se puso tensa.

—A veces creo que te pareces demasiado a tu padre.

Por supuesto, tenía que mencionar a su padre. Porque de una forma u otra, todo tenía que ver con su padre.

—Por favor, ¿podemos dejar a papá al margen? No sé a quién me parezco. O por qué tengo que parecerme a nadie. ¿No puedo ser yo y ya está?

—Claro que puedes. Nunca te he impedido hacer lo que querías.

—¿Impedírmelo? —saltó Rory—. No, nunca me lo has impedido. Pero nunca te has cortado a la hora de expresar tu opinión cada vez que me desviaba de lo que tenías planeado para mí. La ropa que llevaba, los deportes que practicaba, incluso la gente con la que me juntaba. Cuando te dije que Hux me había propuesto matrimonio, me preguntaste si había dicho que sí solo para molestarte.

—Soy tu madre, Aurora. Es mi trabajo moldearte, para impedir que cometas los mismos errores que yo.

—¿Estamos hablando de papá otra vez?

Camilla se miró los anillos cuidadosamente apilados en la mano izquierda: la alianza, el anillo de compromiso y el anillo de diamantes de tres quilates que la secretaria de su marido había elegido para su vigésimo aniversario. Tres años después de la muerte de Geoffrey Grant, aún los llevaba.

—El otro día dijiste algo sobre mi historial matrimonial. Me hizo pensar. Tal vez no estoy hecha para el amor o para la felicidad. Algunas personas son así, ¿sabes?

Rory se encontró frunciendo el ceño. No estaba segura de lo que esperaba que dijera, pero ciertamente no era eso.

—¿Que no estás hecha para el amor? ¿No te parece raro decir algo así?

Camilla sonrió con tristeza.

—No cuando miras la historia. Los Lowell no son precisamente conocidos por sus matrimonios estelares. —Volvió a mirarse los anillos y los hizo girar distraídamente. Cuando miró de nuevo a Rory, la

sonrisa se había vuelto frágil—. Pero quedamos bien en la página de sociedad, que es lo que realmente importa. O eso decía siempre mi madre.

Ahora le tocaba a Rory preguntarse qué estaba pasando. Camilla rara vez hablaba de su familia y nunca de su madre, ni siquiera cuando le preguntaba. Ahora, inesperadamente, la había introducido en la conversación.

—Nunca hablas de tus padres, de tu infancia o de cómo eran las cosas cuando eras pequeña.

Camilla se volvió y comenzó a alinear sobre la encimera las medicinas que acababa de comprar.

—Tu madre —insistió Rory—. ¿Estaba… hecha para el amor?

—No —dijo Camilla con simpleza y sin vacilar—. Diría que no.

—¿Os peleabais?

—¿Como nosotras, quieres decir? No, no nos peleábamos. Nadie peleaba con Gwendolyn Lowell.

Gwendolyn. Rory le dio vueltas al nombre y se dio cuenta de las pocas veces que lo había escuchado de niña.

—¿Por qué nadie se peleaba con ella?

—Porque siempre tenía razón. En todo. Y pobre del que la hiciera enfadar. En especial mi padre. Tenía cuarenta y siete años cuando murió, un ataque al corazón. Solía preguntarme si murió para escapar de ella. Estaba furiosa con él por dejarme sola con mi madre.

—Tal vez sea genético —dijo Rory en voz baja—. No estar hecha para el amor, quiero decir. Quizá se pasa de madre a hija, como los ojos azules o el pelo rizado.

—No funciona así, Aurora.

—Tú misma lo has dicho: los Lowell no son conocidos por sus matrimonios estelares. ¿Y si Hux…?

—Por el amor de Dios, Aurora. ¡Tú no eres una Lowell!

Rory la miró parpadeando.

—¿Cómo?

Camilla cerró los ojos cuando un par de manchas rojas aparecieron en sus mejillas.

—Eres una Grant, Aurora. Aurora Millicent Grant. Mi madre y sus… características… no tienen nada que ver contigo.

—No pretendía molestarte.

Camilla se pasó una mano por el pelo ya perfecto y luego se alisó la blusa.

—Perdona que haya saltado. Es que la relación con mi madre era… complicada.

—¿Por eso nunca hablas de ella?

—No hablo de ella porque no hay nada de qué hablar. Me pagó la educación, se encargó de que conociese el arte y la música, y de que recibiera lecciones de danza, clases de elocución, lecciones sobre qué tenedor usar. Todo lo que tenía que hacer… y nada más.

—No has mencionado el amor —señaló Rory—. ¿Te quería?

—Me preparó —contestó Camilla con cautela—. Me adiestró para estar a la altura de la posición que implicaba ser una Lowell, para hacer exactamente lo que se esperaba de mí.

Algo en la manera en que había utilizado la palabra «posición» hizo que Rory se crispase. Comenzaba a ver por qué su madre había evitado el tema de la familia.

—¿Y lo conseguiste? Estar a la altura, quiero decir.

—Casi nunca.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellas mientras Rory estudiaba a Camilla. Era sorprendente descubrir esta grieta inesperada en la armadura de su madre, una herida abierta en su infancia que nunca había llegado a sanar. Tal vez, después de todo, podrían encontrar un terreno común.

—Lo siento —dijo en voz baja.

Camilla sacudió la cabeza con los ojos empañados por la emoción. Estaba sufriendo y haciendo lo imposible por disimularlo.

—Ha sonado peor de lo que pretendía. Fue hace años, cuando solo era una niña. Todo es un drama cuando eres una niña. Por favor, olvida que lo he dicho.

Rory se debatía entre presionarla para que siguiese hablando o dejar estar el tema. La discusión de hoy había empezado como todas las demás, pero algo nuevo se había colado en la conversación. Algo que podría explicar por fin la tensión que siempre bullía bajo la superficie de su relación.

—No hace falta que finjas conmigo —le dijo a Camilla, consciente de que estaba repitiendo casi textualmente las palabras de Soline—. No pasa nada por estar triste. O enfadada. O ambas cosas.

Camilla forzó una sonrisa.

—No es nada, de verdad. Como se dice, lo pasado, pasado está.

Rory le cogió la mano.

—No hace falta que lo hablemos ahora. Ni siquiera hace falta que lo hablemos si no quieres. Pero estoy aquí si en algún momento quieres simplemente que alguien te escuche.

El timbre sonó antes de que Camilla pudiera contestar, pero su alivio resultó evidente.

—Tienes compañía —dijo, y retiró la mano—. Me marcho.

—Solo es la cena. Berenjenas a la parmesana y antipasto de Gerardo’s. Quédate, podemos compartirlo.

Camilla sacudió la cabeza, con el rostro ya cerrado mientras se ponía en movimiento.

—Estoy segura de que tienes trabajo que hacer. Disfruta de tus berenjenas.

—No me molestas. Quédate y déjame que te compense por lo de esta mañana.

—Estoy bien —dijo, y se dio la vuelta mientras abría la puerta y esquivaba al repartidor espantado—. Bien. De verdad.

Rory pagó la comida y llevó la bolsa a la cocina, convencida de que su madre no estaba bien en absoluto.

Dieciocho

Soline

Cada corazón tiene su firma, un eco único que se extiende por el mundo. Y cada eco tiene una correspondencia. Cuando esos ecos se conectan, se sintonizan tanto que, aunque se separen, nunca dejan de buscarse.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

23 de junio de 1985, Boston

Miro por la ventana mientras le quito las semillas a un tomate. Quizá coma en la terraza y mire la puesta de sol. Pero en el momento en que la idea se me pasa por la cabeza, sé que no lo haré. Esta noche estoy de un humor extraño, el tipo de humor que requiere una botella de vino especialmente bueno. Cojo la copa y bebo un buen trago, mientras sigo pensando en la conversación de esta mañana con Aurora.

Quería ir a verla para asegurarme de que estaba bien, y me alegro de haberlo hecho. Necesita que la cuiden, y también un poco de cariño. Más, creo, de lo que ella misma piensa.

Se sorprendió cuando le dije que me recordaba a mí misma, y también se avergonzó un poco al verse tan nítidamente. Pero le estaba diciendo la verdad. La niña —para mí sigue siendo una niña— está

sumida en la oscuridad, en un limbo de incertidumbre y tinieblas donde no puede entrar la luz. Está muy enamorada de su chico, Hux. ¿Qué clase de nombre es ese para un hombre? Pero así lo llama ella, por lo que así intentaré referirme a él. Desde luego, es muy guapo. Americano en todos los sentidos. Y con buen corazón. Tiene suerte de haberlo encontrado.

Es verdad, me digo. Tiene suerte. Pero me pregunto: ¿realmente se le puede llamar suerte a encontrar a alguien cuyo latido coincide con el tuyo, para luego perderlo?

Su historia es tan parecida a la mía que se me hizo difícil sentarme frente a ella y escuchar. Al igual que Anson, su Hux intentaba hacer el bien, se había ofrecido para realizar un trabajo que la mayoría no es lo bastante valiente para emprender. Y, como Anson, parece haber pagado un precio por su coraje. Tal vez el precio más alto de todos.

Cojo mi copa de vino y me bebo el resto, esperando que la lenta calidez se abra paso en mi estómago, en mi pecho, pero no es suficiente. Vuelvo a llenar el vaso y abandono la ensalada, ya sin hambre. En lugar de eso, me llevo el vaso y la botella a mi estudio y me siento en el escritorio. Busco en el cajón del medio la pitillera y el encendedor grabados que guardo allí, regalos de un viejo amigo.

Necesito varios intentos para encenderlo, esta noche las manos me tiemblan un poco, pero por fin el cigarrillo se prende. Doy una buena calada y la retengo hasta que me mareo. Hacía tiempo que no sentía la necesidad de fumar. Hace tiempo que no siento muchas cosas.

Erich Freede me mira fijamente desde un marco esmaltado en el escritorio. Mi padre, un extraño, amante de Esmée Roussel. Paradero desconocido. He hecho ampliar la foto del relicario de *Maman* y la miro a menudo, porque le prometí que lo haría. Y hoy le he dicho a *Aurore* (no, ella prefiere Rory) que haga lo mismo con Hux, que lo guarde en su corazón; espero que eso ayude. No tengo ninguna fotografía de Anson. Ninguna imagen que atesorar. Pero sí tengo algo.

Mis ojos se deslizan hacia la caja del vestido, que sigue donde la dejé aquella primera noche. Siento la atracción que ejerce sobre mí, el susurro de su contenido, que me incita a volver a visitar las viejas penas. Me he resistido hasta ahora, como una herida que no soporto despertar otra vez. Pero el vino y los cigarrillos son como viejos amigos que me recuerdan las muchas noches que pasé llorando sobre lo que queda de mis sueños. Con su estuche de afeitado en las manos, saboreando su olor, desatando el fajo de cartas y leyéndolas una a una. Me consideraba una especie de historiadora, *le gardien des fins heureuses,* la guardiana de los finales felices. Excepto del mío, por supuesto. Pero fui feliz durante un tiempo, ambos lo fuimos, en una época en la que la felicidad era un bien muy escaso.

La guerra se prolongó hasta que todo París se sintió gris y muerto.

Mis días en el hospital eran largos y agotadores, una mezcla de rostros atormentados y vidas rotas que parecían no tener fin. Pero en medio de todo aquello estaba Anson.

Siempre andaba inventando excusas para pasarse por la cantina, con la esperanza de pillarme en un descanso o durante el almuerzo. Confieso que yo también hice algunos viajes innecesarios, sobre todo cuando llegaban nuevas bajas y era probable que él estuviera por allí. Tomábamos un café malísimo y hablábamos de música y cine, hasta que la cantina por fin se vaciaba y su mano cruzaba la mesa y encontraba la mía.

Nos creíamos discretos, convencidos de que nadie más sabía de nuestro floreciente afecto. Había reglas sobre la confraternización, pero, en aquellos días, cuando la vida era tan preciosa y precaria, nadie tenía el valor para interponerse entre los jóvenes amantes.

Con el tiempo, nos volvimos más descarados y nos escabullíamos siempre que podíamos para tomar un bocado rápido o dar un paseo. Nos turnábamos para contarnos nuestras historias. Yo no podía contarle todo, por supuesto, *Maman* me había educado para ser discreta sobre nuestros dones, pero le conté lo que podía, cómo las novias viajaban kilómetros por un vestido de Roussel, las cartas que la gente envió cuando murió *Maman.* Y le hablé de tener mi propia tienda cuando terminase la guerra y de los hermosos vestidos que haría.

Anson hablaba de su infancia como miembro de la «realeza» de Newport, de las fiestas en el club náutico, del internado en Boston y de los interminables veranos que pasó navegando con sus amigos. Y hablaba de su familia, de su padre, que volvió a casa como un héroe tras ser herido en la Primera Guerra Mundial y enseguida le quitó a su hermano mayor el mando del negocio familiar; de su madre, Lydia, que murió tras una angustiosa batalla contra la neumonía; de su hermana pequeña, que pintaba y escribía canciones y quería ser famosa algún día y vivir en una buhardilla de París; de los barcos que su familia había construido durante generaciones, veleros famosos por ganar algo llamado la Copa América.

Pero mi tema favorito ese verano fue el propio Anson, escuchar cómo había crecido, cómo con ocho años lo mandaron a un internado, cómo aprendió a navegar él solo y se convirtió en el capitán de su propio equipo, y luego dejó para siempre los barcos después de una fuerte pelea con su padre, y la discusión que él y su padre tuvieron el día en que anunció que iba a dejar la universidad para unirse a la AFS.

Podía escucharlo durante horas, pero nunca teníamos horas. Nuestras obligaciones nos forzaban a conformarnos con momentos robados cuando nuestros turnos lo permitían, y parecía mezquino quejarse cuando tanta gente estaba sacrificando tanto.

Entonces, un día, me dijo que lo había arreglado para que los dos tuviéramos la noche libre. No pregunté cómo ni con quién había hablado. No me importaba. Me llevó a un café. No era uno de los lugares ruidosos frecuentados por los *boches,* sino una pintoresca *brasserie* en la *rue* Saint-Benoît con música y velas en la mesa. Nos indicaron una mesa en uno de los rincones del fondo. Anson pidió una botella de buen vino tinto, que se le subió a la cabeza después de una sola copa. La comida era tan buena que, sin duda, había salido del mercado negro. Había una sopa rosa aterciopelada con trozos de langosta, cerdo asado con manzanas y cebollas y, de postre, una tarta de almendras y merengue. Fue la comida más grandiosa que jamás había comido y debió de costarle una fortuna a Anson, pero durante esas breves horas pudimos olvidar la guerra y simplemente estar juntos.

Después me acompañó a casa y caminamos con los dedos cálidamente entrelazados. Creo que mis pies no tocaron el suelo en todo el camino. Cuando llegamos a la puerta, estuve un rato peleándome con la llave, con las manos húmedas de repente. Finalmente, la llave se deslizó en su sitio, pero, cuando cogí el pomo, él me agarró la mano y sus ojos encontraron los míos en la oscuridad. Susurró mi nombre, me tocó la cara y luego apretó sus labios contra los míos con una lentitud enloquecedora.

La noche se desvaneció mientras me hundía en él, hasta que no hubo nada más que su pulso y el mío, su eco y el mío. Fue como un *déjà vu,* como encontrar algo que no sabía que había perdido. Y no quería que acabase nunca. Por supuesto, tenía que acabar. Las chicas buenas tenían reglas que cumplir. Pero la mecha había prendido sin remedio.

Para cuando el verano llegó a su fin, estaba enamorada de Anson Purcell. Y él estaba enamorado de mí.

Diecinueve

Soline

Para garantizar un final feliz, la novia debe estar dispuesta a entregar su corazón entero al hombre con el que se case. Sin embargo, su coraje ha de ser siempre solo suyo.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

14 de agosto de 1943, París

Las cosas se han ido poniendo cada vez más difíciles en el hospital. Los alimentos han empezado a escasear, a pesar de los suministros que siguen enviando los estadounidenses. Las cifras han aumentado de forma terrible al entrar en los meses de verano. Casi quinientas personas, contando a los heridos y al personal, que necesitan alimentarse tres veces al día.

La atmósfera también es distinta. Crece la preocupación de que nos cierren y envíen a nuestros pacientes a los campos, o algo peor. Los alemanes se impacientan y sospechan que, de alguna manera, el hospital, y el doctor Jack en particular, está ayudando a la Resistencia para que los soldados y los judíos franceses eviten ser capturados.

Las cosas empeoraron el último mes después de que toda una unidad de aviadores estadounidenses lograse evitar ser capturada

cuando derribaron sus aviones. Los alemanes intensificaron sus esfuerzos y organizaron una búsqueda exhaustiva en la zona, pero los hombres parecen haber desaparecido. Ahora se ofrecen recompensas para cualquiera que sepa de grupos o personas sospechosas de ayudarlos. Los vecinos han comenzado a enfrentarse entre sí, ofreciendo información, algunas veces verdadera, otras, falsa, a cambio de uno o dos francos.

Incluso el hospital está bajo sospecha. Los rumores se extienden por los pasillos como la pólvora y, de repente, el tema del que nadie quería hablar, el sospechoso número de muertes repentinas y camas vacías, es lo único de lo que se habla, aunque solo en voz baja. Todos estamos en vilo. Los colaboracionistas están ahora por todas partes, husmeando en busca de información que pueda hacerles ganar una buena recompensa. Se habla de que hay un espía entre nosotros, alguien que finge luchar por la causa y que en realidad está aliado con los nazis. Así que todos estamos en guardia, por temor a que una palabra equivocada haga que la Gestapo llame a nuestra puerta.

Se rumorea que cualquier día arrestarán al doctor Jack y que tiene una maleta preparada para cuando llegue el momento. Mientras tanto, hacemos lo posible por seguir con nuestros asuntos, porque ¿qué otra cosa se puede hacer? Los soldados siguen llegando, cada día, un flujo constante. Heridos, destrozados, vaciados.

Todos estamos espantosamente cansados, y el tiempo pasa despacio a pesar del bullicio. Tal vez sea la poca frecuencia con que veo a Anson estos días lo que me hace sentir tan inquieta. Después de semanas de momentos deliciosamente clandestinos, besos robados en el almacén o en la última fila del cine, cenas tranquilas y charlas interminables sobre lo que haremos cuando termine la guerra, de repente se ha distanciado.

Entiendo que su trabajo es crucial. La guerra nunca se detiene, ni siquiera por los jóvenes enamorados, pero últimamente el trabajo de Anson lo mantiene lejos del hospital durante períodos cada vez más largos. Y luego, cuando lo veo, es imposible no notar el cambio en él. Parece tenso y desanimado, siempre mirando a sus espaldas, como si esperara encontrar a alguien pisándole los talones. Se ha vuelto evasivo conmigo, vago e incluso distante. Ahora desaparece durante días. Cuando por fin reaparece, ofrece alguna mala excusa, y yo hago lo posible por creerle.

Pero esta mañana lo vi hablando con una de las enfermeras. Se llama Élise. Es mayor que yo y mucho más sofisticada, con labios carnosos y una risa profunda y gutural. Estaban acurrucados en las escaleras, con las cabezas tan juntas que la boca de ella casi rozaba el cuello de Anson cuando metió lo que parecía una nota en el bolsillo de su chaqueta. Debí de hacer algún ruido, porque Anson se giró de

repente y me vio mirando.

Se apartó, pero era demasiado tarde. No podía borrar lo que había visto. O esconder mis lágrimas de Adeline cuando llegué a la esquina y me choqué con ella. No pareció sorprendida cuando le conté lo que había visto. Dijo que Anson siempre le había parecido demasiado guapo como para confiar en él y que era mejor que supiera la verdad antes de que las cosas llegasen demasiado lejos. Pero para mí, las cosas ya habían ido demasiado lejos.

Hace unas horas, lo vi escabullirse por la puerta. Dudó al verme, con un ruego incómodo e insondable en los ojos. Me di la vuelta. Si quería a Élise, que se quedara con ella. Al menos eso me dije a mí misma.

Ahora ha vuelto de dondequiera que haya estado, otra vez con esa expresión furtiva mientras baja discretamente por el turbio tramo de escaleras que lleva al sótano. Sé a dónde va y por qué. Es el lugar perfecto para una cita, oscuro y aislado con su laberinto de cajas y cajones. La idea de que se encuentre allí con Élise, de pillarlos juntos, hace que me tiemblen las extremidades. Sin embargo, no puedo evitarlo. Espero unos segundos y lo sigo.

Contengo la respiración mientras observo cómo se mueve hacia el fondo de la escalera, y luego desaparece en la turbia madriguera que hay debajo. Después de unos segundos, enciende una linterna de bolsillo. El haz de luz hace que sea más fácil seguirlo, y me mantengo en las sombras, serpenteando a través del laberinto de cajas y cartones. Coles, nabos, patatas, sucedáneo de café. Incluso cajas de vino tinto barato. Finalmente, sus pasos enmudecen y oigo el tenue tintineo de las llaves, luego el gemido de las bisagras secas.

Avanzo de nuevo con sigilo, lo bastante cerca como para ver aparecer una sucia franja de luz entre la puerta abierta y el marco. No consigo ver gran cosa a través de la abertura, una bombilla desnuda en el techo y un pequeño catre con una manta doblada a los pies.

La sombra de Anson se cierne sobre la pared de piedra desnuda. En el silencio, oigo la cremallera de su chaqueta y luego un crujido, como si se estuviera quitando la ropa. Bruscamente, doy un paso atrás, luego otro. Creía que quería saber la verdad, verla con mis propios ojos, pero de repente descubro que no puedo soportarla.

Siento náuseas y vergüenza. He sido tan tonta, una estúpida, una idiota enamorada. Me doy la vuelta para volver por donde he venido, pero en la oscuridad tropiezo con una pila de cajas. El sonido resuena como un disparo en el silencio.

Veo la sombra de Anson quedarse inmóvil y luego erguirse. Un segundo después, su silueta aparece recortada en la puerta.

—¿Quién está ahí?

Espera, con la cabeza ladeada. Me tapo la boca con las dos manos obligándome a permanecer en silencio. Una parte de mí quiere enfrentarse a él, decirle que sé lo que está haciendo, pero no soporto la idea de que me pille merodeando en la oscuridad.

—Déjate ver —gruñe. Su voz suena rara, recelosa y amenazante—. Ahora.

Nunca lo he visto enfadado, y me asusta pensar en su reacción si me descubre aquí. Cierro los ojos, deseando ser invisible mientras el sonido de sus botas se acerca. Estoy atrapada entre dos cajas, como un conejo en una trampa. Suelto un suspiro de alivio cuando lo oigo pasar. Pero unos segundos más tarde, retrocede y siento la dentellada de sus dedos en mi brazo.

Me saca de mi escondite, con una botella de vino en el puño levantado y listo para atacar. Me sorprende la expresión de su rostro, una mezcla de miedo y rabia. Está casi irreconocible.

Me tapa la boca con una mano y me empuja hacia atrás contra él, todavía empuñando la botella de vino. Siento su energía, tensa, letal. Un sollozo me sube a la garganta.

Los músculos de sus brazos se aflojan, pero su mano se mantiene firme mientras me da la vuelta hasta quedar frente a él. Los segundos pasan mientras nos miramos en la oscuridad. Al final, siento que su tensión comienza a aflojarse. Baja la botella y se lleva un dedo a los labios, ordenándome que guarde silencio.

Me lleva, medio a rastras, a la pequeña habitación de la que acaba de salir. Apenas es más grande que un armario y está amueblada como una especie de sala de estar rudimentaria. Además del catre, hay un pequeño lavabo y un espejo agrietado, una estrecha cómoda y un maltrecho maletín de cuero con lo que parece una radio casera. Pero es la bolsa de cuero vacía y los documentos de aspecto oficial desperdigados sobre la mesa lo que capta mi atención. *Cartes d'identité:* documentos de identidad franceses, certificados de nacimiento, cartillas de racionamiento para alimentos y ropa.

Una docena de preguntas se agolpan en mi cabeza, pero antes de que pueda abrir la boca, los dedos de Anson se hunden más en mi brazo y me empujan hacia él.

—¿Qué haces aquí abajo?

Lo miro fijamente, pasmada de que se atreva a preguntarme algo así cuando es él quien anda escabulléndose en la oscuridad. Pero el destello en sus ojos me fulmina y me encuentro explicando:

—Te vi con Élise, susurrando en el pasillo. Vi cómo te metía una nota en el bolsillo, y pensé… —Me trago el resto y bajo los ojos—. Necesitaba saber si era verdad.

Me mira con asombro.

—¿Por eso me has seguido hasta aquí? ¿Porque creías que tenía una cita con Élise?

Aparto la mirada, sorprendida al darme cuenta de que puede haber algo peor que pillar a Anson con otra mujer. Vuelvo a posar los ojos sobre los papeles que hay en la mesa. La mayoría están amarilleados por el paso del tiempo y muy arrugados. Unos cuantos están maltrechos, con manchas, borrones y alguna esquina doblada. ¿A quién pertenecen, y qué hacen aquí abajo?

Alargo el brazo para coger uno de los documentos, un certificado de nacimiento, pero Anson me agarra de la muñeca.

—No toques —sisea. Sus ojos, vacíos de color bajo la fría luz de la bombilla que cuelga sobre nosotros, hacen que me recorra un escalofrío.

Mis pensamientos saltan a las camas repentinamente vacías, a los hombres aparentemente recuperados que mueren sin previo aviso en medio de la noche y últimamente con una frecuencia cada vez mayor. A los rumores de que hay un traidor entre nosotros, un espía que informa a la Gestapo. Todos hemos fingido ignorarlo, porque es más seguro que admitir lo que todos sospechamos, que esos hombres no habían muerto en absoluto, que, de alguna manera, los habían sacado del hospital delante de nuestras narices. Que, de alguna manera, el doctor Jack está detrás de todo esto, y que los alemanes lo saben y solo están esperando pruebas antes de arrestarlo.

¿Es eso lo que Anson hace en el sótano? ¿Ayudar a Sumner Jackson a sacar de contrabando a americanos y británicos de Francia, utilizando documentos falsos para ello? Si es así, ¿por qué no contármelo? Seguro que sabe que soy de fiar. Una ola de temor me invade cuando se me ocurre otro pensamiento, un pensamiento terrible. ¿Y si Anson es el espía que ha tenido preocupado a todo el mundo y en realidad ha estado ayudando a la Gestapo a reunir pruebas? La posibilidad hace que me sude la nuca. ¿Ha estado trabajando para los nazis todo el tiempo, fingiendo ser un héroe? ¿Fingiendo… todo?

—Esos papeles —digo, señalando la mesa con la cabeza—. Por favor, dime que no estás haciendo nada malo con ellos, que no estás… —Dejo que las palabras se apaguen, incapaz de terminar la frase.

Anson me estudia con expresión insondable. El momento se alarga y nos miramos cara a cara mientras espero su respuesta, como si estuviéramos suspendidos al borde de algún precipicio terrible esperando a ver quién salta primero.

—Solo dime que no estás trabajando para… ellos —digo con voz ronca—. Por favor.

Un músculo comienza a contraerse en su mandíbula.

—¿Eso es lo que piensas?

—No sé qué pensar, Anson. Te escabulles aquí abajo con una linterna para rebuscar en un montón de documentos que claramente no son tuyos. —Ahora hablo rápido y odio las palabras a medida que salen de mi boca. Lo que más quiero es estar equivocada, pero ¿y si no lo estoy?

Cuando intenta cogerme de la mano, la aparto. Me mira fijamente, atónito.

—¿Me tienes miedo?

—Ha habido muchos rumores. Y últimamente te has comportado de manera muy extraña…

Da un paso atrás mientras se pasa una mano por el pelo.

—¿Crees que soy el espía? Y que ahora que has descubierto mi pequeño secreto me veré obligado a… ¿qué? ¿Estrangularte? ¿Cortarte el cuello? —Sus ojos son duros como el pedernal cuando se clavan en los míos, pero también hay dolor en ellos, como si hubiera echado la mano hacia atrás y lo hubiese golpeado—. Después de todo este tiempo —dice al fin—. Después de todo lo que hemos compartido, ¿ese es quien crees que soy?

—Anson…

—Creo que me gustaba más cuando sospechabas que te estaba engañando con Élise. Creo que ella también lo preferiría a que la llamaran nazi.

—No os he llamado nazis a ninguno de los dos. Pero ¿qué se supone que tengo que pensar?

—Se supone que tienes que confiar en mí.

Levanto la barbilla.

—¿Igual que has confiado tú en mí?

Deja escapar un largo suspiro y de repente veo lo cansado que está.

—No tiene nada que ver con la confianza —dice sin energía—. Tiene que ver con ser cuidadoso. Si me pillan… no puedo exponerte a semejante peligro. Nunca pretendí que te enterases de nada de esto.

—Pero ahora lo sé. O al menos eso creo. Así que, ya puestos, puedes contarme lo demás.

Anson niega con la cabeza.

—No.

—Los hombres —insisto, decidida a confirmar lo que ahora parece obvio—. Los que murieron tan de repente. Todas esas camas vacías. No murieron, ¿verdad?

—Déjalo estar, Soline, por favor. Vuelve arriba y olvídate de lo que has visto.

Sacudo la cabeza, no pienso dejarme disuadir. Necesito saberlo todo, sobre el trabajo que está haciendo y los riesgos que está

corriendo.

—Fuiste tú —insisto de nuevo—. Tú los ayudaste a escapar. Usando documentos como estos. Fuiste tú.

Suspira, molesto por mi perseverancia.

—Fuimos un montón de gente. Toda una célula que arriesga sus vidas para salvar a un puñado de hombres. Pilotos, sobre todo, junto con algunos amigos de la Resistencia que consiguieron ponerse en el punto de mira de la Gestapo. Hay un hombre que hace los documentos, un artista convertido en falsificador, por loco que parezca. —Hace una pausa y señala los documentos sobre la mesa—. Esto es obra suya. Les damos nombres nuevos y hacemos que crucen la frontera con España, luego los enviamos a Inglaterra, incluso a Estados Unidos de vez en cuando. A veces necesitamos la cama de alguno antes de poder dar el siguiente paso, así que lo escondemos, aquí abajo.

Miró de nuevo la diminuta habitación, los escasos muebles y la radio de contrabando, las rudimentarias instalaciones. Todo este tiempo, Anson ha estado arriesgando su vida para ayudar a otros a escapar de los nazis: soldados que luchan para rescatar a Francia de las garras de Hitler, activistas y otros miembros de la Resistencia en peligro de ser arrestados.

Pienso en Erich Freede, el hombre al que mi madre había amado pero que dejó marchar, a la familia que posiblemente tuvo después de volver a Alemania. Una esposa, niños con los que comparto sangre e historia, y me encuentro rezando para que alguien como Anson los haya ayudado a escapar a tiempo.

—Podrías habérmelo dicho —digo en voz baja—. Te habría guardado el secreto.

—Excepto que no es mi secreto. Pertenece a todos nosotros, Soline. A cada una de las personas que trabajamos para la Resistencia. Y es tarea de todos guardarlo.

—Bueno, pues ahora también me pertenece —digo con rotundidad —. Pero quiero hacer más que guardar el secreto: déjame ser parte de lo que estás haciendo, Anson. Déjame ayudar.

—No puedo permitirlo.

—Por favor. No sé qué puedo hacer, pero tiene que haber algo.

—No.

—Entonces hablaré con el doctor Jack —le digo—. Le pediré que me deje ayudar. Y no hace falta que finjas que no sabe nada de todo esto. Aquí no se da un paso sin su autorización.

El rostro de Anson se mantiene imperturbable.

—Soline, no…

Apoyo mis dedos sobre sus labios haciéndolo callar.

—No me digas que no, Anson. Dime qué puedo hacer.

Veinte

Soline

Sin fe, incluso nuestra obra está destinada a fracasar. La fe lo es todo.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

27 de agosto de 1943, París

Me he quedado atónita al enterarme de lo que un puñado de hombres y mujeres valientes han sido capaces de lograr ante la atenta mirada de los *boches.* Mientras París está tomada por la Gestapo de Göring, el doctor Jack y su personal han estado librando su propia guerra silenciosa contra *Herr* Hitler. Y yo me he convertido en parte de ella.

Si alguien hubiera insinuado alguna vez que iba a participar en algo así, lo habría acusado de beber demasiado vino. Pero siento que me infunde un nuevo propósito, una forma de sentirme menos víctima mientras los nazis invaden nuestra ciudad. Y me imagino a *Maman* observando desde el cielo mis actividades clandestinas con aprobación, aunque solo sea por Erich Freede.

También me ayuda a sentirme más cerca de Anson, saber que su causa es mi causa, que nos apasiona lo mismo. Estos días hablamos cada vez más del futuro; no del para siempre, la guerra hace que esa

conversación resulte imprudente, pero sí de nuestros mañanas. De los lugares a los que queremos ir y de las cosas que queremos hacer. Y en estas reflexiones dulces y tontas siempre estamos juntos. Por ahora, es suficiente. Como decía *Maman,* la obra debe ser lo primero.

Desde aquel día en el sótano he recibido mucha formación sobre las distintas especialidades de la Resistencia: operaciones de radio encubiertas, sabotaje de transportes de suministros, impresión y distribución de periódicos clandestinos, incluso el traslado de armas y explosivos. Cada célula opera con independencia de las demás. Nuestro trabajo es menos audaz que el de los que vuelan puentes y ferrocarriles, pero no menos peligroso. Sacar de Francia a los aviadores aliados derribados requiere una planificación intrincada y muchas manos.

El proceso comienza con certificados de defunción falsos y documentos de identidad cuidadosamente falsificados para cada uno de los fugitivos, y emplea una amplia red de mensajeros, muchos de ellos mujeres como yo, así como una serie de refugios a lo largo de una ruta celosamente vigilada que pasa por los Pirineos, se adentra en el norte de España, y luego llega al puerto de Lisboa.

Ese es el trabajo de Anson, transportar a los hombres cuando por fin llega el día del traslado. Temo esas noches en las que se despide con un beso y promete volver sano y salvo, porque ambos sabemos que no puede darme garantías de ello. Parece que todos vivimos de prestado estos días, desafiando a que el destino nos sorprenda, preguntándonos no si llegará nuestra hora, sino cómo y dónde. No ayuda el hecho de que las puertas del hospital estén justo enfrente del cuartel general alemán y que haya guardias apostados día y noche.

Pero ahora yo también tengo trabajo como mensajera. Por fin, después de casi dos semanas de formación, me asignan tareas reales. Nunca me consideré especialmente valiente, pero siento que hago lo correcto. No solo por París, sino por Anson. Ayudar a la causa, aunque sea un poco, significa ayudarlo a él.

Se empeñó en no ser mi superior, así que me han asignado a Élise, cuyo prometido, según he sabido, ha sido enviado a trabajar a una fábrica de municiones alemana como parte del edicto de trabajo forzoso. Es brusca y muy seria, pero no es antipática, y me ha adiestrado bien.

Hago de enlace, paso información a otros miembros de nuestra célula: un horario de encuentro escondido en una lata de café, un punto de entrega garabateado en un trozo de papel utilizado para envolver una cuña de queso. A veces el intercambio es verbal, una pregunta en apariencia inocente sobre la gripe reciente de una tía o una pregunta sobre el horario del *Métro.* Tengo que recitar la frase exactamente como me la dicen, memorizar la respuesta e informar a

Élise. Nunca sé lo que significa, y eso es intencionado. En caso de que me detengan y me interroguen, no puedo revelar nada, porque no sé nada.

Pero hoy me han confiado algo distinto. Tengo que recoger una bolsa de papeles de un hombre al que Élise se refiere solo como el pintor. Me ha dicho que llene una cesta con vino, pan y queso, y que luego vaya en la bicicleta de *Maman* hasta una buhardilla de la *rue* des Saints-Pères.

Estoy nerviosa cuando me detengo frente al sucio edificio de apartamentos. Tengo instrucciones de fingir que he quedado con un amante para una cita. Saco una polvera y un pintalabios, como me han enseñado, y me acicalo, mientras uso el espejo para asegurarme de que no me han seguido.

Es lo primero que te enseñan: cómo asegurarte de que no te siguen y qué hacer si te están siguiendo. Qué buscar en la calle, cómo fundirse en la multitud y deshacerse de cualquier cosa que pueda relacionarte con la célula. Pero no veo nada fuera de lo normal.

Ato la bicicleta, me pongo la cesta en el brazo y subo el estrecho tramo de escaleras hasta el tercer piso. Tres fuertes golpes en la puerta. Ni uno más, ni uno menos. Se oye el chasquido de las cerraduras, y la puerta se abre de golpe dejando ver un ojo y una ceja seria.

—*J'espère que tu as faim* —digo, exactamente como me han indicado. «Espero que tengas hambre».

La puerta se abre un poco más. Ahora veo tres cuartos de una cara. El ojo se entorna mientras me estudia. Al fin, la puerta se abre lo bastante como para dejarme entrar. Es un apartamento diminuto, dos habitaciones abarrotadas de mesas y lámparas, aún más claustrofóbico por las pesadas cortinas opacas, cerradas aunque es mediodía. El lugar tiene un tufo particular: vapores químicos mezclados con cuerpos sucios de hombre, café de bellota chamuscado y humo de cigarrillo.

Recuerdo mis instrucciones mientras espero. No decir nada a menos que me hablen, no hacer ningún comentario ni cuestionar nada de lo que vea. Cuanto menos sepa, mejor. Pero es difícil frenar mi curiosidad por lo que parece ser una suerte de cadena de montaje. Hay pequeñas mesas colocadas a lo largo de la pared más alejada, repletas de un surtido de tintas, utensilios de escritura, sellos y pegamentos.

Cuento cuatro hombres en total: el que ha abierto la puerta y otros tres inclinados sobre varias mesas. Nadie habla, pero es obvio quién está al mando. Está sentado en la mesa más alejada, rodeado de las herramientas de su oficio: el pintor. Hay algo casi desesperado en la forma en que se inclina sobre su trabajo, los dedos manchados haciendo trazos pequeños y frenéticos, inventando seres humanos con papel y tinta.

Levanta la cabeza y estira el cuello para aliviar un calambre. Nuestros ojos se cruzan un segundo. Es sorprendentemente joven, no mucho mayor que yo, con la cara larga, gafas redondas de alambre y la barbilla cubierta de una barba corta y oscura. El segundo pasa enseguida. Vuelve a su trabajo, y el hombre que me ha abierto la puerta regresa y me entrega una bolsita de hule. No miro dentro ni digo nada. Me limito a meterme la bolsita en la parte de atrás de la falda y a cubrirla con la rebeca. No hay ningún intercambio de dinero. El pintor no cobra nada por su trabajo. Como al resto de nosotros, lo único que le importa es la causa.

Cuando ha pasado el tiempo suficiente, vacío mi cesta y dejo el vino y la comida, y me despeino y corro un poco el pintalabios, por si alguien me ve marcharme. Y luego vuelvo a estar bajo el sol, pedaleando con un paquete de documentos falsos metido en la cintura.

Es un alivio volver al hospital y entregar por fin la bolsita a Élise. Sus elogios son sucintos, lo cual no es inusual. No es una persona efusiva, pero hay algo inquietante en la forma en que evita mirarme a los ojos. Y entonces me lo dice. Anson no ha regresado de la misión de anoche.

La noticia hace que casi me caiga al suelo. Élise me ayuda a sentarme y me trae una taza de café. No finge que Anson y yo somos simples compañeros de trabajo. Es solo una mujer consolando a otra mujer, y se lo agradezco. Me dice que no es extraño, podrían haber pasado cientos de cosas, y está segura de que volverá en cualquier momento. Pero noto en su voz que está preocupada y, cuando vuelvo a mis tareas, por mi mente pasan los peores escenarios posibles, Anson asesinado a tiros u obligado a subir a un tren que se dirige a uno de los campos.

Trabajar con la Resistencia significa esperar lo peor, aceptar que la captura, la tortura e incluso la muerte son inevitables. Pero no puedo y no pienso aceptar esas fatalidades para Anson. Tiene que estar a salvo. Tiene que estarlo. Pero el día se alarga hasta la noche, y aún no hay ninguna noticia, ninguna señal de él en ninguna parte. Pienso en *Maman,* en sus manos pasando el rosario mientras hablaba de Erich Freede, y entonces comprendo. En esos instantes confiamos en lo que sea, creemos en cualquier cosa que nos permita mantener la esperanza.

Adeline intuye que algo va mal. Digo que solo es un dolor de cabeza y que no necesito irme a casa, pero ella insiste hasta que acepto al menos ir a la cantina y comer algo.

No siento el sabor de la sopa mientras intento tragar un poco. Adeline está junto a mí, insistiendo en que me vaya a casa y descanse algo, cuando de repente él aparece por la puerta. Casi se me cae la

cuchara mientras me trago las lágrimas que no debo permitirme derramar. Se lo ve agotado, con los ojos pesados y ensombrecidos, pero nuestras miradas se encuentran a través del ajetreado pasillo y la sostiene de una manera que dice todo lo que necesito oír.

«Estoy bien. Lo siento. Te quiero».

Me pongo de pie con las piernas temblorosas y me meto en el lavabo más próximo para dejar salir mi alivio en forma de llanto. Cuando lo encuentro de nuevo, alguien le ha traído una taza de café solo; no es liviano y dulce, como a él le gusta, pero no parece darse cuenta. Veo que Élise le llama la atención desde el otro lado de la habitación, con las cejas levantadas. Anson mueve la cabeza casi imperceptiblemente. Me pregunto qué significa, pero sé que es mejor no preguntarle nada con tanta gente alrededor.

Más tarde, cuando la cantina está vacía y Anson ha terminado su segundo bocadillo, le pregunto qué ha pasado. Sé que estoy rompiendo las reglas, pero me da igual.

—¿Dónde has estado?

Niega con la cabeza.

—No puedo.

—Pensé que estabas muerto —susurro con voz desgarrada—. O que te habían llevado a uno de los campos. No me digas que no puedes.

—Tengo que hablar con Sumner —dice con voz inexpresiva, como si no me hubiera oído—. ¿Dónde está?

Su mirada está vacía, sin rastro de calidez y cariño. Está en modo Resistencia, *clandestinité,* en ese estoico rincón de su corazón donde no hay espacio para mí. Ni para nada que no tenga que ver con la causa.

—Hace unas horas llegaron cuatro heridos nuevos —le digo, tratando de mantener la voz tranquila—. Oí a alguien mencionar una doble amputación, pero puede que ya haya salido.

Anson asiente, termina la taza de café y se pone en pie.

—Tenemos que hablar. Pero primero tengo que hacer esto. Ve a casa y duerme. Vendré luego.

Frunzo el ceño ante esa violación de las reglas. Era una precaución que habíamos decidido cuando me uní a la célula: nunca, bajo ninguna circunstancia, vendría al piso de *rue* Legendre. Por lo que al mundo exterior respectaba, éramos compañeros de trabajo y nada más. Por mi seguridad, había explicado, para que los problemas no pudiesen llamar a mi puerta. Pero algo ha cambiado en su mente, y tengo miedo.

—Creía que debíamos tener cuidado para que no descubrieran mi dirección.

Sus ojos se oscurecen.

—Eso ya da igual.

—¿Por qué?

—Porque ya la tienen.

Un escalofrío me recorre como un dedo helado que me baja por la columna.

—¿La Gestapo sabe dónde vivo?

—Lo saben todo, Soline.

Veintiuno

Soline

Muchas cosas pueden salir mal entre el momento de pedir y el de hacer, porque es cuando la unión corre más riesgo, antes de que se haya tejido el hechizo y se hayan intercambiado los votos. La tejedora de hechizos debe estar en guardia contra todas y cada una de las tempestades, y casi seguro que las habrá.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

27 de agosto de 1943, París

Me siento como un personaje de una novela de espías cuando miro a mi espalda y deslizo en la cerradura la pesada llave de latón de la tienda. No hay rastro de un Mercedes-Benz negro, el vehículo preferido de la Gestapo, aparcado en ninguna parte de la calle. Ningún hombre con traje gris y sombrero negro merodea en un portal cercano.

Nos dicen qué buscar. También nos dicen qué esperar si nos arrestan. Palizas, que nos encadenen y cuelguen boca abajo, o que nos introduzcan a la fuerza en una bañera de agua helada, que nos sumerjan hasta casi ahogarnos, y vuelta a empezar una y otra vez. *La baignoire,* lo llaman: la bañera.

También es habitual llevarse a las mujeres cercanas a un

sospechoso —madres, hermanas, amantes— e interrogarlas durante horas. Una técnica que dicen que es muy eficaz consiste en amenazarlas con enviarlas a uno de los burdeles especiales, los preferidos de los soldados alemanes. La perspectiva me hace estremecer mientras entro y cierro la puerta tras de mí.

Ya solo vengo a casa para asearme y dormir. El apartamento ha dejado de ser un hogar desde que murió *Maman,* y con las cortinas opacas cerradas las habitaciones resultan claustrofóbicas e inquietantemente vacías.

Subo a bañarme y luego intento dormir, pero no dejo de darle vueltas a las palabras de Anson. «Lo saben todo». Finalmente, me rindo y me visto. Intento preparar algo para comer, pero casi siempre como en el hospital y no hay mucho en la despensa.

Acabo de desenterrar una lata de galletas saladas rancias y un tarro de mermelada cuando oigo el timbre del piso de abajo, tres timbrazos agudos y estridentes. Es Anson, por supuesto, pero el sonido me sobresalta. Parece que hace una eternidad que nadie toca ese timbre.

Está comprobando sus espaldas cuando abro la puerta, escudriñando la calle en busca de peligro. Por un momento, me olvido de mí misma y le cojo la mano. Se encoge y me lanza una advertencia silenciosa mientras me esquiva para entrar en casa. Cierro la puerta tras él y veo que comprueba el pomo, no una, sino dos veces.

Suelta un gemido al dejarse caer en la silla más cercana, aferrado a la pequeña mochila de lona que suele llevar cuando sale del hospital: su pasaporte, como él lo llama, porque el emblema de la AFS de la solapa mantiene a los nazis a raya.

Si cabe, parece más cansado que cuando lo dejé en el hospital. Pero hay algo más que agotamiento en él. Un pánico apenas contenido en sus ojos, algo que nunca he visto.

—Anson, ¿qué ocurre? ¿Qué ha sucedido?

Se pasa la mano por el pelo, como si no supiera qué hacer.

—No debería estar aquí. Dijimos…

—No me importa lo que dijimos. Me importa dónde has estado. Y ahora estás aquí. Si te han seguido, el daño está hecho. Dime qué ha pasado.

Asiente y hunde la cabeza en las manos con un gemido.

—Anoche tuve problemas.

Mi corazón se acelera.

—¿Qué clase de problemas?

—La clase de problemas que he temido desde el día que me seguiste al sótano.

—Cuéntamelo, por favor.

Se muestra inquietantemente estoico mientras relata su historia,

como si la recitase de memoria. Había salido al anochecer para llevar a un hombre buscado por las SS al siguiente refugio. La *carte d'identité* del hombre lo identificaba como Marcel Landray, trabajador agrícola, nacido en 1919 en Chauvigny, Francia. Pero nada de eso era cierto. En realidad, se trataba de Raimond Lavoie, un fugitivo buscado por imprimir propaganda antinazi y comportamiento degenerado, que es como los *boches* llamaban a la homosexualidad.

Ya había pasado un mes en un refugio, empujado a la clandestinidad tras ser denunciado por un vecino a cambio de unos pocos francos y una palmadita de las SS. Ser capturado habría significado el traslado a uno de los campos, Dachau probablemente, o Buchenwald, donde le habrían hecho llevar un triángulo rosa en la camisa, hasta que finalmente fuera gaseado, apalizado o muriera de hambre. Quedarse en Francia era imposible.

La entrega fue como estaba previsto, pero en el camino de vuelta el motor se sobrecalentó, lo que obligó a Anson a detenerse y esperar a que se enfriara el radiador. La policía francesa lo encontró a las dos de la madrugada, cinco horas después del toque de queda, en una carretera en la que una ambulancia de la AFS no pintaba nada. Se lo llevaron para interrogarlo. Su historia, preparada de antemano, era que se había escapado del hospital para reunirse con su novia y había perdido la noción del tiempo. Les dio un nombre, Micheline Paget, y una dirección que no engañaron a la policía. Poco después, llegaron a la cárcel dos hombres con uniforme gris verdoso, la Gestapo, con órdenes del general de división Carl Oberg, conocido por muchos como el carnicero de París, de librar a la ciudad de la Resistencia por cualquier medio. No querían hablar de Micheline Paget. Querían hablar de Sumner Jackson.

Anson se calla. Apoyo mi mano sobre la suya.

—¿Por qué no duermes un poco? Solo una hora, y luego puedes contarme el resto.

Niega con la cabeza, pero deja que se le cierren los ojos.

—No les he dicho nada.

—Por supuesto que no.

Alargo el brazo para suavizar la arruga en su frente, pero me aparta la mano.

—No tuve que decirles nada, Soline. Ya lo sabían todo, o casi todo. Los documentos falsificados, los refugios, los pilotos a los que habíamos ayudado a huir. Saben que Sumner está involucrado.

—Pero ¿cómo?

Se encoge de hombros sin fuerzas.

—Alguien está dentro, probablemente uno de los chivatos de Oberg, observándonos desde hace meses y esperando a que uno de

nosotros metiera la pata. Y he sido yo. Ahora solo es cuestión de tiempo.

—No es culpa tuya, Anson. Acabas de decir que no les has dicho nada. ¿Cómo puedes…?

La preocupación en sus ojos es tan cruda que resulta casi un alivio cuando aparta la mirada.

—Prácticamente lo han dicho, Soline. Vienen a por el doctor Jack. A por todos nosotros, supongo. Oberg no parará hasta que tenga lo que necesita, y le da igual cómo lo haga. Así que he de tomar una decisión.

De todo lo que ha dicho, eso es lo que más me asusta.

—¿Qué clase de decisión?

—Una que no sé cómo tomar… o cómo vivir con ella.

De repente, no puedo respirar. Entrelazo mis dedos con los suyos, tratando de no pensar en látigos y cadenas y bañeras de agua helada. Pero tengo que hacer la pregunta.

—¿Te han… hecho daño? He oído historias de lo que hacen para conseguir que la gente hable.

—No. —Tiene los ojos apagados y desenfocados, la voz extrañamente inexpresiva—. No fue así. —Hace una pausa y mira nuestras manos, la mía pequeña y pálida, la suya bronceada y áspera por el trabajo—. Los alemanes tienen un acuerdo con los superiores de los hospitales, nos dejan en paz siempre que no demos problemas y les ahorremos el gasto de tratar a los británicos y americanos heridos. Es la única razón por la que no se han llevado a Sumner todavía. Si me hubieran sacado la información a golpes, habría quedado mal… Así que en vez de eso, me han amenazado.

—¿Con qué?

—Contigo.

Mi boca trabaja muda tratando de digerir la palabra.

—¿Conmigo? No lo entiendo. ¿Cómo saben siquiera quién soy?

—Ya te lo he dicho, lo saben todo. Lo de anoche no era para descubrir qué sé, era para decirme lo que ellos saben. Saben que estamos consiguiendo documentos falsificados, pero no dónde. También saben que estamos utilizando una red de mensajeros.

—Y saben que soy una de ellos —añado en voz baja.

—No. Al menos, creo que no. Pero saben lo nuestro, que somos…

Amantes. La palabra flota muda entre nosotros. No es estrictamente cierto, al menos no en el sentido físico de la palabra, pero sí en todos los demás.

—¿Ahora el amor también es un crimen?

—No —dice, y se pone en pie de golpe—. Pero es… útil.

Lo miro fijamente, dándole vueltas a la palabra en mi cabeza: útil.

Y de repente todo encaja. No ha hecho falta que lo amenazaran a él. Lo único que tenían que hacer era amenazarme a mí.

—Tienes que marcharte, Soline. No hay otra opción.

Me pongo en pie despacio, en silencio. Nos dicen lo que puede pasar, y decimos que lo entendemos. Pero, de alguna manera, todos hemos conseguido convencernos de que no nos pasará a nosotros. Que mientras tengamos cuidado, nadie llamará a nuestra puerta de madrugada, ni habrá botas que nos sigan al meternos en un callejón vacío, ni ninguna lista pulcramente tipografiada con nuestro nombre en ella. Lo creemos hasta que no podemos creerlo más.

—¿Comprendes, Soline?

Asiento, estupefacta.

—Estás diciendo que tengo que marcharme del hospital.

—Estoy diciendo que tienes que irte de Francia.

Las palabras tardan unos segundos en llegar a mí, e incluso entonces no consigo comprenderlas.

—¿Irme… de Francia?

—Aquí no estás a salvo.

Me humedezco los labios, de repente tengo la boca seca.

—Pero ¿a dónde iremos?

Me mira sin parpadear.

—Iremos no, Soline. Solo irás tú.

El instante pasa demasiado lento, se alarga entre nosotros. He oído a gente describir el momento en que recibieron malas noticias, cómo sintieron la sangre abandonar su rostro o el aire desaparecer de sus pulmones, y, para mí, entonces, todo eso es cierto.

¿Irme de Francia sin él? No puede insinuar siquiera algo así. Pero cuando lo miro de nuevo me doy cuenta de que lo ha hecho, y que lo dice de verdad.

—No me iré —digo con rotundidad—. No sin ti.

—No puedo marcharme ahora, Soline. Eso ya lo sabes. Queda demasiado por hacer, hay demasiadas personas que dependen de mí.

—Eres una sola persona, Anson. Pueden apañárselas sin una persona. ¿Y qué hay de la Gestapo? ¿Crees que cuando me vaya te dejarán en paz? No lo harán, sabes que no.

—Por supuesto que no. Pero si tú estás a salvo, no importa lo que me hagan a mí.

—¡A mí me importa!

Suspira, muy cansado.

—Necesito que lo hagas. Por favor.

—No puedo irme, Anson. No puedo irme sin ti.

—Ya lo he organizado.

Lo miro parpadeando, estupefacta.

—¿Sin hablar conmigo?

—No había tiempo. He hablado con Sumner, te marchas mañana. Primero a un refugio, luego a través de España, como los demás.

—No.

—Soline, ya hemos hablado de esto.

—¡No, así no! Hablamos de marcharnos juntos cuando terminara la guerra. Nunca hablamos de que fuera a irme sola. ¿Intentas librarte de mí? ¿Es eso lo que pasa, es una forma de quitarme del medio?

Lo que he dicho es injusto, algo horrible. Pero acaba de poner mi vida patas arriba, y quiero hacerle tanto daño como el que me ha hecho a mí. Me doy la vuelta y me seco las lágrimas con la manga.

—Soline.

Me tenso cuando me toca, pero no me resisto cuando me da la vuelta para que lo mire. Me sujeta la barbilla con los dedos y me obliga a levantar la mirada.

—Necesito que hagas esto. Yo lo necesito. ¿Lo entiendes?

Baja las manos hasta mis hombros cuando intento apartarme para impedir que me aleje.

—No puedo dejarlo, Soline. Lo que hago, lo que todos hacemos, es demasiado importante. Mientras Sumner siga, yo también seguiré. Esto es así. Pero no podré mantenerme a salvo si estoy preocupado por que te cojan. Y si te quedas, pasará. Porque saben que lo único que tienen que decirme es que te tienen, y les contaré todo.

—No lo harías.

—Sí lo haría —dice en voz baja—. Sin pensármelo dos veces.

De repente, lo entiendo. No solo tiene miedo por mí. Es por la causa, las vidas que penderían de un hilo si me arrestaran, porque si lo obligasen a escoger, me escogería a mí. Pero yo no querría eso.

—Prométeme que, pase lo que pase, no cederás ante ellos. No por mí.

—Necesito saber que estás a salvo, Soline. Para poder trabajar.

Vuelvo la cabeza y parpadeo para contener las lágrimas. La decisión está tomada. Los planes que hicimos, el futuro que pensábamos que tendríamos juntos, ya no existe; lo nuestro ya no existe.

—Puedes hacerlo —dice con dulzura—. Estarás con los nuestros. Tus papeles estarán listos en unas horas, te irás al amanecer.

«Al amanecer. Dentro de diez horas».

Lo miro con ojos suplicantes.

—Deja que me quede. Dejaré el hospital, me iré al campo, a algún lugar donde no me encuentren. Por favor.

—No puedo, necesito saber que estás a salvo y cuidan de ti. Está hecho. Pero todavía tenemos esta noche.

Sus palabras son como un cuchillo que se clava en mi carne.

—No quiero esta noche, quiero toda la vida. Sé que nunca lo dijimos, pero pensaba que tú querías lo mismo. Ahora, después de todo, ¿tengo que marcharme sin más, sin saber dónde acabaré o si volveré a verte?

Me mira fijamente, con el rostro inexpresivo por el asombro.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que pienso entregarte y ya está? ¿Que hemos terminado?

—Estas cosas pasan —susurro pensando en *Maman* y Erich Freede —. La gente… se separa.

—A nosotros no nos pasará.

—No puedes saberlo.

—Pero lo sé. He organizado todo para que vayas a Estados Unidos, aunque no te será fácil. He escrito una carta para que la envíes cuando llegues a Lisboa, a mi padre. Le he dicho que nos casaremos tan pronto como vuelva a casa… si es que te parece bien.

—Casarnos… —La palabra es como unas alas abriéndose en mi pecho y amenazando con levantarme del suelo. Nunca lo he dicho en voz alta, pero lo he soñado cientos de veces—. Sí —susurro con voz ronca—. Sí, me parece bien. Pero ¿estás seguro de que eso es lo que quieres? Cuando he dicho toda la vida, no te estaba pidiendo… ¿Estás seguro de que quieres casarte conmigo?

—Estuve seguro a los diez minutos de conocerte, Soline. Te quiero.

«Amor».

He tenido mucho cuidado de no usar esa palabra. Hasta esta noche. No porque no lo sintiera, sino por la intensidad con que lo siento. Tal vez *Maman* me ha vuelto supersticiosa de tanto hablar de maldiciones. No puedo evitar pensar en Lilou, viuda a las dos semanas de pronunciar sus votos porque se atrevió a amar. Pero lo dicho no puede borrarse, aunque lo deseara. Ni puede quedar flotando entre nosotros sin respuesta.

—Yo también te quiero —digo con voz ronca—. Más de lo que nunca pensé que me permitiría amar a nadie. Y quiero casarme contigo. Pero ¿estás seguro de que esto es lo adecuado? ¿Qué dirá tu padre cuando me presente en su puerta, una extraña, esperando mudarme a su casa?

—Se lo he explicado todo en la carta. O tanto como puedo explicar. Él no sabe lo que estoy haciendo aquí, ni puede saberlo. Nadie puede saberlo. Lo digo de verdad, Soline. Oigas lo que oigas, o por muy mal que parezcan estar las cosas, no puedes decir ni una palabra sobre lo que hemos hecho. Pondríamos en riesgo a demasiadas

personas y nunca podemos permitir que la seguridad de una sola persona ponga en peligro a toda la célula. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Por ahora, lo único que mi padre necesita saber es que conduzco una ambulancia, que estoy loco por ti, y que planeo convertirte en una Purcell en cuanto ponga un pie en Estados Unidos.

Sonríe y me coge las manos.

—Me muero por enseñarte el lugar donde me crie y presentarte a todo el mundo. A mi hermana le vas a encantar en cuanto abras la boca. Le pirra todo lo francés.

Consigo esbozar una sonrisa, pero hay algo que me ronda por la cabeza, una charla que tuvimos una vez sobre su padre, sobre que a veces podía ser un hombre duro, con fuertes ideas sobre la respetabilidad y el deber, y no puedo evitar preguntarme si esas ideas se extienden a la elección de esposa de su hijo.

Anson frunce el ceño mientras trata de leer mi expresión.

—Por favor, no estés triste. Volveré a casa antes de que te des cuenta, y entonces podremos empezar juntos una vida de verdad. Pero, hasta entonces, sabré que estás a salvo.

—¿Y qué hay de ti? Tú seguirás aquí… con ellos.

Toma mi rostro entre sus manos y me besa con ternura.

—Nada me impedirá volver a casa si sé que me estás esperando.

—Pero ¿cómo lo has podido organizar? A duras penas conseguimos que los hombres crucen la frontera, llevarlos a Estados Unidos es casi imposible.

—Los Purcell han sido hombres de la Marina desde la época de John Paul Jones… menos yo, claro. En fin, he mencionado el nombre de mi querido padre y pedido algunos favores. Dudo que le haga mucha gracia, ya que prefiere ser él quien ejerce el poder en la familia, pero eso es una pelea para otra ocasión.

—Tengo miedo —digo en voz baja.

—Lo sé. Pero también eres valiente. —Me besa de nuevo y noto el sabor de mis lágrimas en sus labios, amargas y saladas, y, de repente, cada instante, cada caricia, resulta preciosa. Porque es lo único que podré llevarme cuando vuelva a salir el sol.

Se aparta y me sostiene con los brazos extendidos.

—Debería marcharme. Tienes que prepararte para el viaje, lo imprescindible: una maleta pequeña. Y luego deberías intentar dormir, volveré antes de que amanezca.

—¿Qué hay de ti? Estás agotado.

—Volveré al hospital, trataré de dormir algunas horas.

Alargo el brazo y le cojo la mano.

—Quédate conmigo. Por favor.

—Sabes que no puedo. —Tiene la voz ronca y sus ojos se agitan como un mar embravecido—. No podemos… —Traga con fuerza e intenta apartarse—. Hay reglas, Soline.

Sacudo la cabeza porque de repente todo me resulta absurdo. Los hombres mueren acribillados en las calles y mutilados en los campos de batalla, las mujeres y los niños llenan trenes como si fueran ganado y los envían a los campos de la muerte. Pero esto, dos personas que se aman y pasan juntos la que puede ser su última noche, va contra las reglas. No consigo encontrarle el sentido. Y entonces recuerdo algo que oí a Lilou decirle a mi madre la noche que se fugó para casarse con su inglés: «Me niego a dejar que las reglas de otros me roben mi felicidad».

Yo también me niego.

—Me dan igual las reglas —murmuro acercándolo a mí—. Es nuestra última noche. Por favor, no me hagas pasarla sola.

No dice nada cuando lo llevo al piso de arriba. Hay un momento de vacilación al llegar al final de las escaleras. No sé si la decisión es suya o mía, pero se toma enseguida y es imposible ir contra ella.

De repente, me siento tímida y dejo la luz apagada. Hasta este momento, nuestros encuentros han consistido en breves momentos robados, abrazos apresurados y besos febriles. Pero esta noche no hay motivos para apresurarse. No sé si seré la primera para él, no quiero saberlo, pero él será el primero para mí.

Le desabrocho los botones de la camisa y la deslizo hacia atrás sobre sus hombros, dejando que caiga al suelo. A continuación, llevo las manos a su cinturón y me aplico con los dedos temblorosos. Él se queda muy quieto, sus ojos fijos en mi rostro, y me pregunto si percibe mi nerviosismo. He visto hombres desnudos, he bañado a cientos en el hospital, pero no estaba enamorada de ninguno de ellos.

Al fin es el turno de que Anson me desnude. Me estremezco cuando me quita la blusa, las puntas de sus dedos son como un susurro sobre mi piel. Hay una especie de reverencia en su voz cuando musita mi nombre, con los ojos llenos de una ternura tal que un inesperado torrente de lágrimas forma un nudo en mi garganta.

Segundos más tarde, mi ropa yace en el suelo y yo estoy ahí, desnuda, helada y temblando entera. Veo mi reflejo en el espejo del tocador y deseo haberme acordado de apagar también la luz del pasillo. He perdido peso desde que empezó la guerra y mi cuerpo se refleja anguloso sobre el cristal, enjuto y pálido, y temo ser una decepción. Y entonces Anson está detrás de mí, me rodea la cintura con el brazo, posa su boca sobre la curva de mi hombro. Cierro los ojos y me abandono al momento. No quiero nada más que a él. Su aliento, su piel, sus manos.

Me lleva a la cama y nos tumbamos juntos sobre las sábanas. Huele a sudor y al fuerte jabón carbólico que utilizan en el hospital, cáustico y terroso. Masculino. Nuestros alientos se entremezclan, cálidos y húmedos, cuando nos encontramos en la oscuridad. Sus manos me recorren entera con apremio, como si quisiera dibujar un mapa de mi cuerpo con sus caricias. Pero, sin embargo, no tiene ninguna prisa, feliz de saborear el momento, de saborearme a mí, y yo dejo que lo haga, perdida en la magia agridulce de estas breves horas antes de que debamos decirnos adiós.



Espero hasta que la respiración de Anson se vuelve tranquila y me levanto de la cama. Pronto amanecerá, y tengo que preparar la maleta. Sé el viaje que me espera. No necesitaré mucho: ropa sencilla y cómoda, zapatos resistentes de tacón bajo, algunos objetos personales. Pero también hay otras cosas, cosas que no puedo dejar atrás.

Me muevo en la oscuridad con cuidado para no despertar a Anson y cojo el rosario de *Maman,* el guardapelo con el retrato de Erich Freede y el fajo de cartas que conservé después de la muerte de *Maman.* Son el legado que me deja, un recordatorio de que una vez hubo finales felices y de que, tal vez, pueda volver a haberlos.

Abajo, en el taller, enciendo la luz y me quedo mirando el vestido que empecé a coser hace una eternidad, o eso me parece. Lleva meses terminado y languideciendo en el taller a oscuras, privado de su momento de triunfo. Pero los sueños que tenía cuando lo comencé son muy diferentes de los que tengo ahora. Me marcho de París, al parecer para siempre, y hay algo que debo hacer antes de que salga el sol.

Reúno lo que necesito: una vela blanca, un lápiz y un papel, un cuenco con agua, otro con sal, una aguja, un carrete de hilo blanco y el vestido. Enciendo la vela y cierro los ojos, luego comienzo a respirar poco a poco, esperando a que llegue algo. Anoto unas cuantas palabras, las tacho, comienzo de nuevo, deseando haber prestado más atención a las instrucciones de *Maman* sobre la creación de hechizos. Tengo muy poco tiempo, y aún debo coserlo. Lo intento otra vez.

Por fin estoy lista para empezar. Pero tengo las manos húmedas, y me cuesta coger la aguja. La voz de *Maman* resuena en mi cabeza, regañándome: «No te has preparado como debías antes de empezar. Tu hechizo es torpe y demasiado vago, las puntadas son espantosas». Cada palabra es cierta, pero al fin dejo la aguja e inspecciono el resultado.

Más allá de la distancia y el tiempo
y de cuantas pruebas puedan llegar,
que los ecos de estos dos jóvenes corazones
sean uno por siempre jamás.

No solo el bordado ha quedado descuidado, sino que además me las he ingeniado para pincharme varias veces y he dejado pequeñas manchas de sangre en el forro del corpiño. Parece un presagio. Quemo el hilo restante en la vela y apago la llama. El trabajo no está a la altura de *Maman,* pero he hecho lo que he podido. El resto está en manos de la fortuna.

Veintidós

Soline

Para ser eficaz, una debe conocer sus tratamientos y saber cuándo utilizarlos. Un hechizo es un conjuro utilizado para crear oportunidades… una sucesión de serendipias destinadas a ayudar al destino, mientras que una fascinación o encanto es un instrumento de engaño destinado a distorsionar los acontecimientos naturales.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

28 de agosto de 1943, París

Ya estoy vestida y sentada en una silla junto a la ventana cuando Anson se mueve. Abre los ojos pesadamente, las comisuras de sus labios se alzan esbozando esa perezosa sonrisa estadounidense que he llegado a amar. Trato de devolvérsela, pero no lo consigo. Lo único en lo que puedo pensar es en los minutos que se escurren.

Se viste en la oscuridad y me sigue a la cocina. Junto los últimos restos del café que *Maman* acumuló antes de la guerra y consigo preparar dos tazas casi llenas. Está rancio, pero es mejor que nada, y nos ayuda a bajar las galletas saladas y la mermelada que sirvo a modo de desayuno.

Anson se termina el café de un trago y lleva la taza al fregadero.

—Es la hora —dice sombríamente—. El sol saldrá pronto.

Asiento muda, sin atreverme a hablar. Temo que si abro la boca le rogaré que me deje quedarme, y ya hemos pasado por eso.

Él también asiente.

—Te esperaré abajo.

Recorro el apartamento una última vez comprobando las ventanas y apagando las luces. Una ridiculez, ya que lo dejo todo atrás. ¿Qué importa si alguien entra? Ya no es mío. Cierro la puerta de mi dormitorio y bajo las escaleras.

Anson está cerca de la puerta, espiando a través de la rendija en las cortinas opacas. Se gira y viene hasta las escaleras. Frunce el ceño al ver mis manos vacías.

—¿Dónde está tu maleta?

Señalo la caja del vestido cerca de sus pies.

Mira la caja y de nuevo a mí.

—¿Una caja de cartón?

—Es una caja para vestidos —lo corrijo, como si eso lo explicara todo.

—Soline, no puedes llevar eso. Necesitas una maleta de verdad.

—No tengo una maleta de verdad.

—Bueno, pues eso no va a servir. Necesitas algo resistente, algo que puedas llevar con facilidad. —Se pasa la mano por el pelo—. ¿No tienes nada más?

—Voy a llevarme esto.

Se mira el reloj y asiente a regañadientes.

—De acuerdo, vamos. No hables, mantén la cabeza baja y sigue caminando. Pase lo que pase, sigue caminando y no pares hasta llegar al hospital. Un coche te esperará.

Se me cae el alma a los pies.

—¿No vas a llevarme tú?

Aparta la mirada.

—No.

—¿Por qué? Es lo que haces. Tú eres el conductor.

—Esta vez no.

Lo miro sin poder creerlo.

—Deberías habérmelo dicho. Si lo hubiera sabido…

Me hace callar con una mirada.

—Ya sabes cómo funciona esto, Soline. Hay reglas para proteger a la célula. Yo estoy demasiado vinculado a esta misión, demasiado vinculado a ti. He utilizado mis contactos para ponerlo todo en marcha, pero tengo que apartarme cuando lleguemos al hospital. Por la seguridad de todos. ¿Lo entiendes?

Tiene esa expresión que pone a veces, como si hubiera pulsado un interruptor y apagado sus emociones. La he visto antes, pero nunca dirigida a mí. Inclino la cabeza con rigidez, imitando su actitud pétrea.

—El conductor tendrá tus documentos. Tienes que memorizar toda la información: fechas, lugares, todo. A partir de ahora, o al menos hasta que llegues a Estados Unidos, eres Yvonne Dufort, de Chartres. Dilo.

—Yvonne Dufort —repito sin emoción—. De Chartres.

—Buena chica. Estarás bien. Ahora bésame, luego no habrá tiempo.

Dejo que me rodee con sus brazos, pero me mantengo rígida, con la caja del vestido entre nosotros. No quiero besarlo, quiero recriminarle, no por enviarme lejos —entiendo por qué tengo que ir—, sino por hacerlo con tanta frialdad. Y por el peligro que sé que correrá cuando me haya ido. La Gestapo ya lo ha interrogado una vez. No lo dejarán en paz hasta que consigan lo que quieren, y cuando no lo consigan, lo arrestarán.

La idea me produce un escalofrío y me recuerda lo mucho que está en juego. Debo ser valiente y hacer mi parte por la Resistencia, aunque mi parte sea irme. Pero cuando me aprieta contra su pecho, no me siento valiente. Me aferro a él y me agarro a su camisa mientras las lágrimas corren por mi cara. El dolor de su ausencia ya es demasiado real.

Finalmente, se aparta.

—Tenemos que irnos, pero primero quiero entregarte algo. —Da un pequeño paso atrás y coge su bolsa de tela de una silla cercana. Hurga un momento, pero al fin saca un estuche con cremallera de cuero marrón y liso, y me lo pone en las manos.

—Quiero que tengas esto.

Lo miro, veo las iniciales A. W. P. grabadas en oro en la esquina inferior derecha, y pienso en el pañuelo que me prestó el día que nos conocimos.

—Es mi estuche de afeitado. Mi madre me lo dio las Navidades antes de morir. Quiero que te lo lleves.

—Pero lo necesitas.

—Estoy bastante seguro de que puedo conseguir una navaja en el hospital. Llévatelo, por favor. Y guárdalo hasta que vuelva a casa.

Nos miramos a los ojos sin decir nada. Me está haciendo una promesa. Una que ambos sabemos que no está en su poder cumplir, pero acepto el estuche. Luego meto la mano en el bolsillo de mi falda y saco el rosario de *Maman.* Cojo su mano, le doy la vuelta y dejo que las cuentas caigan despacio sobre su palma.

—Era de mi madre —digo en voz baja.

Anson se queda mirando el bucle de cuentas granate, el crucifijo de plata con su salvador deslucido.

—No sabía que erais católicas. Nunca se me ocurrió preguntar.

—No lo somos. No somos nada.

—Entonces, ¿por qué el rosario?

Me encojo de hombros.

—Por protección.

—No puedo quedármelo, Soline. ¿Y si…?

Aprieto un dedo contra sus labios, no quiero que acabe la frase.

—Quiero que te lo quedes… y me lo traigas de vuelta.

Fuerza una sonrisa.

—Haremos el intercambio cuando vuelva a casa.

Se me encoge el corazón al pensar cuánto tiempo podría pasar antes de que vuelva a ver su rostro, y la posibilidad inconcebible de que esta podría ser la última vez. Este hombre al que conozco desde hace unos pocos meses se ha convertido en lo más importante de mi vida, tan necesario como el aire que respiro o la sangre de mis venas. Y aun así hay cosas que no he compartido con él, verdades que no le he contado. De repente, me parece insoportable que nos separemos con un secreto entre nosotros.

—Anson, hay algo que necesito decirte antes de irme, algo sobre mí.

Con una sonrisa dulce, me acaricia la mandíbula con los nudillos.

—¿Vas a decirme que eres una nazi? ¿Una de los espías de Himmler?

La pregunta casi me hace sonreír.

—Por supuesto que no.

—¿Una comunista?

—Anson, por favor, no digas tonterías. Tengo que contarte algo sobre mi familia. Somos…

Entonces me besa y me hace callar con su boca.

—Guárdatelo hasta que vuelva a casa.

—Pero…

Sacude la cabeza y me interrumpe de nuevo.

—Sé que te quiero. Y que tú me quieres. Nada más importa. —Abre la palma y me muestra el rosario de *Maman*—. Te lo devolveré cuando llegue a casa. Y entonces puedes contarme tu secreto. ¿Hecho?

—Bien, de acuerdo. Cuando llegues a casa.

Se mete el rosario en el bolsillo para sellar el pacto que acabamos de hacer. Yo meto el estuche de afeitado en la caja del vestido y vuelvo a atar el cordón. Hemos dicho lo que teníamos que decir,

prometido lo que podemos. Y ahora es el momento de partir.



Mi contacto me está esperando como estaba prometido. La ambulancia está aparcada detrás de la cantina del hospital, el conductor es un polaco con un fino bigote y ojos oscuros y penetrantes que dice llamarse Henryk. Lleva el mismo uniforme que Anson, con el familiar parche de la AFS en el hombro, pero estoy segura de que no lo he visto nunca.

No dice nada cuando abre la puerta y me ayuda a subir. Anson se mantiene apartado en las sombras, observando. Siento sus ojos en el patio a oscuras y deseo que venga a mí, que me ofrezca un último adiós, pero sé que no lo hará. Ya hemos acabado con esa parte. Me clavo los dientes en el labio inferior porque me niego a llorar.

Henryk cierra la puerta de golpe y me encuentro encerrada en el vehículo. En ese abrupto momento de oscuridad siento un escalofrío de pánico al darme cuenta de que ahora estoy a la merced de extraños. Todo lo que conozco, Anson, incluso mi nombre, me ha sido arrebatado.

Y entonces comenzamos a movernos, oigo los engranajes rechinar ruidosamente a medida que la ambulancia coge velocidad. Clavo los ojos en la ventanilla trasera justo a tiempo de ver a Anson salir de las sombras, con las piernas separadas y los hombros cuadrados, y, con las palabras de *Maman* resonando en mi cabeza, me obligo a grabarme a fuego en mi cerebro esa imagen mientras retrocede y se pierde de vista.

«Mientras guardes su hermoso rostro en tu corazón, nunca lo perderás realmente».

Veintitrés

Rory

12 de julio de 1985, Boston

Rory ya se estaba arrepintiendo de haber decidido cruzar la ciudad con tanto tráfico a la hora del almuerzo. Miró el recipiente naranja con restos de comida en el asiento del pasajero y consideró brevemente la posibilidad de dar la vuelta. Su madre hacía colección de fiambreras, no era probable que echase de menos aquella en un futuro próximo. Entonces, ¿por qué había sentido la repentina necesidad de devolverlo un viernes a mediodía?

Habían pasado casi tres semanas desde aquella peliaguda tarde en su apartamento, pero las cosas entre ellas seguían tensas. Ninguna de las dos había mencionado el incidente, pero las pocas conversaciones telefónicas que habían mantenido desde entonces habían sido distantes y frías. Porque así funcionaba su relación: pasaban por alto el episodio como si nunca hubiera ocurrido, una de ellas daba el primer paso, algún pequeño gesto de conciliación, y la otra la seguía. Avanzar, retroceder, avanzar de nuevo.

Y esta vez ella haría el gesto. Porque ese día en su cocina había vislumbrado algo que le hizo preguntarse si sería posible romper el ciclo. Y porque había pasado la mayor parte de la mañana haciendo sus llamadas habituales de los viernes sobre Hux, recorriendo su lista de contactos con la esperanza de que hubiera alguna noticia, alguien

que lo hubiera visto o un rumor, algún nuevo rastro que se estuviera siguiendo. Como siempre, no había encontrado nada.

«Nada nuevo de lo que informar. Hacemos todo lo posible. Lo sentimos mucho».

No sabía muy bien cómo, pero se había convertido en un hábito de los viernes. Solo sabía que con cada semana que pasaba, el desenlace empezaba a parecer más y más inevitable. No sería la primera en perder a su prometido. Las mujeres llevaban siglos pasando por eso, esperando noticias que nunca llegaban, llorando por las que sí lo hacían. ¿Qué le tocaría a ella? ¿Cuánto tiempo podría seguir esperando, cuando no había ni una sola noticia a la que aferrarse? ¿Cuándo pasaría página? ¿Y cómo se hacía eso? ¿Ya lo estaba haciendo? ¿Eso era la galería? ¿Un sustituto de Hux? Camilla lo había sugerido en una ocasión. Ahora necesitaba con todo su ser escuchar que no era cierto, que estaba haciendo lo correcto por las razones correctas y no debía sentirse culpable.

No se quedaría mucho. Solo el tiempo necesario para devolver el táper y tal vez tomarse una taza de café.

La puerta principal estaba sin llave. Se quitó los zapatos en el vestíbulo y fue a la cocina. Cuando oyó las voces, ya era demasiado tarde. La risa aguda y tintineante de su madre, el zumbido nasal de Vicky Foster y otra más que no conseguía reconocer. Debería haber llamado primero. No estaba de humor para charlar con las amigas de su madre.

Estaba a punto de darse la vuelta y marcharse cuando Camilla apareció en la puerta.

—Aurora. Me había parecido oír la puerta, ¿va todo bien?

—Sí, todo bien. Solo he venido a devolverte esto. —Rory sostuvo la fiambrera—. No sabía que tenías compañía, si no, no habría venido.

—No seas tonta. Son Vicky y Hilly. Justo acabamos de terminar de comer. ¿Tú ya has comido? Queda un poco de crema de marisco y hay un montón de ensalada.

—No tengo hambre. Y no voy vestida para la ocasión.

—Oh, eso no tiene importancia. Sé que les encantará verte.

Antes de que Rory pudiera protestar, se vio arrastrada al comedor.

—Mirad a quién he encontrado, queridas —anunció Camilla cuando entraron en la sala—. Se ha pasado a devolverme una fiambrera, pero cuando ha oído que estabais aquí ha querido entrar a saludar.

Rory se las arregló para esbozar una sonrisa. Vicky Foster y Hilly Standridge eran miembros del Consejo Femenino de las Artes y ocupaban lugares importantes en el séquito de Camilla.

Hilly le sonrió con ojos tristes.

—Es fantástico verte, querida. No sabes cuánto sentimos oír lo de tu muchacho, pero no perdemos la esperanza. ¿Nos acompañarás para el postre? Creo que tu madre estaba a punto de traerlo.

Como si hubiera estado esperando su entrada, Camilla reapareció con la bandeja del postre.

—Has llegado en el momento perfecto, Aurora. He hecho tu postre favorito, bizcocho de manzana con especias y glaseado de mantequilla marrón.

—Gracias, pero de verdad que no puedo. Solo me he pasado a devolverte la fiambrera de la sopa. Tengo un montón de cosas que hacer, y el tráfico…

—Oh, cariño, quédate al menos a comer un trozo de pastel. Estoy segura de que tienes unos minutos, y así le das a tu madre una oportunidad para presumir un poco delante de sus amigas.

Rory se removió incómoda, consciente de que Hilly y Vicky la miraban con sonrisas de indulgencia. Por un segundo insoportable, volvía a ser una niña de ocho años, enfundada en un vestido de fiesta de gasa amarilla, sentada en una banqueta de piano en una de las cenas de su madre, rodeada de rostros expectantes clavados en ella. Las manos pequeñas, calientes y pegajosas, petrificadas sobre las teclas. La voz de su madre, aguda y tensa desde detrás de la cámara. «Vamos, Aurora, no querrás avergonzar a mamá delante de sus amigos».

La foto colgaba ahora de un marco de plata en la vitrina del salón, humillada para la posteridad. Y una vez más ahí estaba ella, obligada a hacer su número.

Se le comenzaron a empañar los ojos mientras miraba a Camilla. «Solo es el perfume», se dijo a sí misma, Shalimar y White Shoulders, mezclado con el Chanel N.º 5 de su madre. Parpadeó para secarse las lágrimas y bajó la vista al pastel. Perfecto, como de costumbre.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo Camilla, apartando una silla—. Y te cortaré un buen trozo.

Rory se dejó caer en la silla, obediente, y observó a Camilla empuñar el cuchillo con una habilidad digna de un cirujano. Vicky llenó cuatro de las preciosas tazas de porcelana de su madre. Cuatro tazas, no tres. Su madre sabía desde el principio que se saldría con la suya.

—Tu madre mencionó unas prácticas en París para cuando termines los estudios —dijo Hilly mientras se echaba azúcar en el café —. Debes de tener muchas ganas. Todas nuestras chicas fueron allí después de la graduación, aunque no a algo tan emocionante como unas prácticas en el Museo de Orsay.

—Me temo que de momento eso tendrá que esperar —contestó

Camilla por Rory—. Aurora tiene otros intereses más cerca de casa.

Vicky asintió.

—Oh, sí, por supuesto. Pero es una lástima dejar pasar una experiencia tan maravillosa después de que te hayas tomado tantas molestias en organizárselo. —Hizo una pausa para suspirar—. Pero supongo que los estudios pueden esperar, y París no se irá a ninguna parte.

Rory había estado jugueteando con su pastel, contenta con dejar que la conversación avanzase sin ella, pero escuchar cómo pintaban a su madre de auténtica víctima era ir demasiado lejos. Dejó el tenedor y se volvió hacia Vicky.

—La verdad es que he decidido no terminar mis estudios, señora Foster. En vez de eso, planeo abrir una galería. Con un poco de suerte, este otoño.

—¿Una galería? —Las cejas castaño claro de Hilly se alzaron de golpe—. Pero eso es fantástico, Camilla, ¿por qué no nos lo habías dicho?

Camilla elevó su taza y bebió unos sorbos de café antes de esbozar una tensa sonrisa.

—Aún está en fase de planificación. No quería gafarlo.

—Vaya, qué emocionante. Tu propia galería. Habrás encontrado una buena ubicación, espero. Ya sabes lo que dicen: ubicación, ubicación y ubicación.

—Pues la verdad es que sí. Encontré una casa adosada maravillosa justo al lado de DeLuca's.

—¿En Newbury? Qué ideal…

—Espera —interrumpió Vicky, agitando su tenedor—. ¿No es allí donde estaba la tienda de vestidos de novia? La mujer francesa con sus vestidos mágicos. Garantizaba un final feliz para todas sus novias. Hilly, tu hija se compró allí el vestido, ¿no es cierto? Antes de que se quemara. ¿Cómo se llamaba? Era un nombre pegadizo.

—La Aguja Encantada —contestó Hilly—. Esa mujer hizo un trabajo espléndido, y todo a mano. Aunque te aseguro que pagamos por cada una de las puntadas.

Rory se inclinó hacia delante en su asiento, olvidándose del pastel.

—¿Funcionó? La magia, quiero decir.

Hilly sonrió serenamente.

—Después de tres nietos, supongo que debió de funcionar. Los médicos dijeron que no podría tener hijos después de caerse de aquel condenado caballo, pero ya he sido abuela tres veces.

Vicky puso los ojos en blanco.

—No me digas que de verdad te crees esas tontas habladurías.

—Solo digo que nunca está de más asegurar la apuesta, querida. Si

tuviera que volver a hacerlo, pagando el doble, lo pagaría.

Vicky resopló.

—Para gustos, los colores, como se suele decir. Pero es verdad que era una tienda encantadora. Me parece que recuerdo a la dueña: francesa y realmente preciosa. Creo recordar que le pidieron que hiciera un vestido para una de las chicas Kennedy. Una prima o sobrina o algo así. No recuerdo cuál, pero sí que fue un asunto muy sonado. Dios sabe que los Kennedy necesitan toda la suerte que puedan conseguir. Y ella, desde luego, tenía la reputación de traer buena fortuna. ¿Qué fue de ella?

—Diría que murió cuando se incendió la tienda —contestó Hilly, toqueteándose la hilera de perlas que llevaba en la garganta—. Mi hija se quedó muy afectada cuando lo vio en los periódicos. Dijeron que estaba dormida cuando se desató el fuego. Estoy tratando de recordar su nombre.

—Soline —dijo Rory—. Se llama Soline Roussel. Y no murió. De hecho, es mi casera.

—¡Tu casera! Vaya, ¿qué puedes contarnos?

—La verdad es que el edificio no estaba en alquiler, llevaba años vacío. Pero cuando oyó que quería abrir una galería para artistas noveles, estuvo de acuerdo en alquilármelo.

Vicky se volvió hacia Camilla, que había permanecido callada durante la conversación.

—Nos has estado ocultando información, querida. No nos habías dicho nada sobre la señorita Roussel. Y parece que le interesa el arte. Tal vez deberíamos invitarla a formar parte del consejo.

Camilla siguió removiendo su café con gesto cuidadosamente inexpresivo.

—Me temo que es Aurora quien lo ha estado ocultando. No conozco a la señorita Roussel, aunque tengo entendido que es una especie de ermitaña. Tal vez sería mejor invitarla a hacer una aportación.

Hilly se volvió hacia Rory.

—¿Podrías hablarle de unirse a nuestro pequeño grupo? Ya sabes, tantear el terreno.

Camilla dejó la cucharita con un repiqueteo.

—¿No nos estamos adelantando un poco? Hace cinco minutos, no recordabais el nombre de la mujer, y ahora estáis listas para invitarla a unirse al consejo. ¿No os parece que primero deberíamos averiguar si es nuestra clase de gente?

Hilly puso los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, Camilla. Estamos en 1980, no en 1880. Ya nadie piensa así.

Vicky suspiró y dejó su servilleta.

—En lo personal, me tiene espantosamente aburrida «nuestra clase de gente». Y en caso de que no te hayas dado cuenta, Camilla, las cifras de miembros están por los suelos, cosa que significa que no podemos permitirnos ser altaneras. Tal vez es hora de darle un poco de alegría. Debe de conocer a un montón de gente. Piensa en el revuelo que causaría.

Camilla parecía completamente atónita. No estaba acostumbrada a que la replicasen, y menos aún en su propia mesa.

—Solo quería decir que tal vez sería mejor quedarnos con la gente que ya conocemos.

Vicky continuó impávida.

—¿Por qué no se lo dejas caer la próxima vez que hables con ella, Aurora, y ves si estaría interesada en unir fuerzas?

Rory cogió su taza, incómoda de que la pusieran en un compromiso.

—La verdad es que no sé cuándo volveré a hablar con ella. Normalmente trato con su abogado para todo lo que tiene que ver con el edificio. Lo que me recuerda… —dijo, vaciando la taza y echando la silla hacia atrás—. Tengo que reunirme con el contratista a las cuatro. Ha sido un placer.

Camilla puso cara larga.

—¿Ya te vas?

—Te he dicho que no podía quedarme.

—Pero esperaba que nos ayudaras con la lluvia de ideas para la recaudación de fondos. Parece que no hacemos más que repetir los mismos temas, y tú siempre tienes ideas muy creativas.

—Seguro que os las apañaréis —dijo Rory mientras se volvía para marcharse—. Como siempre.

Ya casi estaba en la puerta cuando Camilla la atrapó.

—Aurora, no pensarás hablar con esa mujer para que se una al consejo, ¿verdad?

—Se llama Soline, pero ya lo sabes, porque hemos hablado de ella. ¿Y por qué sería tan terrible que se uniera a tu precioso consejo?

—Para empezar, no sabemos nada de ella.

—Corrección: tú no sabes nada sobre ella. Yo sé bastante, y me cae bien.

—Eso es evidente. Sinceramente, la forma en que te has puesto a hablar de ella… Como si fuera la santa patrona de los artistas desconocidos o algo así.

—No me he puesto a hablar de ella. Tus amigas me han preguntado por ella. Yo no he venido a hablar de ella ni a comer pastel. He venido a… Déjalo, no importa.

—¿Qué es lo que no importa? ¿Qué ibas a decir?

—Nada, no iba a decir nada. Tengo un mal día, solo eso. No esperaba que tuvieras visitas, pensaba que podríamos… hablar.

—Podemos. Me libraré de ellas, y hablaremos todo lo que quieras. Puedes quedarte a cenar. Cocinaremos como hacíamos antes. O podemos ir a un restaurante, donde tú quieras.

Pero ya era demasiado tarde para hablar. En algún momento entre que se había quitado los zapatos y se había sentado a comer pastel, la necesidad de contarle sus preocupaciones a su madre se había evaporado.

—Ya estoy bien.

—Pero algo va mal, lo noto.

—Algo iba mal cuando he llegado. Te lo he dicho, pero he tenido que comer pastel con tus amigas y sonreír y ser educada para que tú pudieras jugar a la anfitriona.

—No se trata de Matthew, ¿verdad? ¿Has tenido noticias?

Rory sacudió la cabeza con cansancio.

—No, ninguna noticia.

—¿Entonces qué?

—Vuelve con tus invitadas, madre. Con un poco de suerte, se olvidarán de Soline.

—No pretendía…

—Sí, sí lo pretendías. Te he visto la cara. No has soportado que se mencionara su nombre. No sé por qué, pero así ha sido. O tal vez ha sido que hablara de la galería lo que te ha sacado de quicio. Me has obligado a quedarme y después, cuando cometo el imperdonable pecado de salirme del guion, te enfurruñas. Esperas que todo el mundo dance a tu son, incluida yo.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es. Era cierto cuando tenía ocho años, y lo es ahora.

—¿Cuando tenías…? Aurora, ¿de qué hablas?

—Olvídalo. Y no te preocupes, no diré nada de tu precioso consejo a Soline. No veo que encaje, aunque no por los motivos que crees.

Camilla la miró parpadeando.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que no la veo queriendo ser parte de tu corte. —Rory hizo una pausa y señaló con la barbilla hacia el comedor—. Soline no es como ellas. Y, sin duda, no es como tú. Ella me ve, no de la forma que cree que debería ser, sino de la forma que soy. Tal vez por eso me cae tan bien.

Y con eso, se dio la vuelta y fue al vestíbulo, esforzándose por no pensar en una niña de ocho años con un vestido de fiesta, sentada en


una banqueta de piano y paralizada de miedo.

Veinticuatro

Rory

Una hora más tarde, Rory se encontró de pie ante la puerta de Soline, con una bolsa de comida para llevar de Gerardo's en los brazos. Había llamado cuatro veces y estaba a punto de volver a llamar cuando la puerta se abrió un poco.

—Vendas lo que vendas, no me interesa.

—Soy yo —balbuceó Rory—. Perdona, debería haber llamado.

El aroma a café flotó hasta los escalones de la entrada cuando la puerta se abrió desde dentro.

—¿Rory?

Soline iba descalza y vestía con sencillez: una camiseta blanca lisa y unos vaqueros remangados hasta los tobillos. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado e iba sin maquillar. ¿Qué tenían las mujeres francesas, incluso las de edad madura, que les permitía salir de la cama, ponerse lo primero que sacaban del armario y estar listas para una sesión de fotos?

Sus ojos se entornaron con gesto perspicaz y escudriñaron el rostro de Rory.

—¿Qué ocurre?

—Nada. O tal vez todo. ¿Tienes hambre?

Soline miró la bolsa y se hizo a un lado.

—Entra.

La cocina estaba en la parte trasera de la casa y era mucho más grande de lo que Rory esperaba, con el techo alto y grandes ventanas que dejaban entrar el sol de la tarde. Esta también era una habitación destinada a ser utilizada, con ristras de cebollas y ajos colgadas en la pared, botellas de vinagre alineadas en un estante sobre la estufa y tomates madurando en el alféizar.

—No sé qué es, pero huele delicioso —dijo Soline al comenzar a sacar la comida de la bolsa. Había un envase de pasta salteada con setas, calabacín y berenjena, otro de ensalada y una bolsa llena de olorosos panecillos de ajo—. ¿Dónde la has comprado?

—En un lugar cerca de mi piso, Gerardo's. Suelo pedir algo un par de veces por semana. Todo está buenísimo, y reparten a domicilio. ¿Me dejas que ponga la mesa?

—Hace un día bonito. ¿Por qué no comemos en el patio? Coge platos y vasos del armario al lado del fogón. Los cubiertos están en el cajón que hay debajo. Pondré la comida en una bandeja y estaré contigo en un momento.

Rory localizó todo lo necesario y lo sacó a un patio soleado salpicado de macetas de hierbas y tomateras. En un rincón había una pequeña mesa de hierro forjado, metida bajo una pérgola cargada de rosas. Era un lugar encantador, fresco y a la sombra, y la mezcla de aromas a rosas y albahaca flotaba en la brisa de la tarde.

Soline apareció con la bandeja justo cuando Rory terminaba de poner la mesa.

—Aquí está. Ayúdame, por favor. Pesa más de lo que esperaba, y las manos se me están acalambrando.

Rory se apresuró a cogerle la bandeja.

—Lo siento, no lo he pensado. Debería haberla traído yo.

—No soy una inválida, *chérie.* Me las apaño bastante bien, la mayor parte del tiempo.

—Claro. Perdón, no pretendía… —Rory dispuso la comida y se dejó caer en una de las sillas—. Gracias por esto, por dejar que me presente así. Espero no haber estropeado tus planes para la cena.

—¿Planes? —Soline soltó una carcajada—. Hace años que no tengo planes. Y menos aún planes para cenar. —Extendió ambas manos, desnudas, ya que no esperaba compañía—. Es más que nada por los guantes. Me vuelven torpe, sobre todo cuando como, y hoy en día es un poco un espectáculo, una anciana extravagante anclada en el pasado.

Rory le lanzó una mirada escéptica. Nadie en su sano juicio podría confundir a Soline Roussel con una vieja extravagante. Incluso ahora, sin maquillar y sin esperar visitas, su aspecto era bellamente elegante. Como la belleza natural de la mujer en *Condé Nast Traveler,* su rostro

hablaba de *glamour* y aventuras exóticas, de vidas vividas en lugares lejanos.

—Siempre me han encantado los guantes —dijo Rory—. Creo que dan un aspecto muy elegante.

Soline sonrió sin estar convencida mientras se inclinaba sobre la mesa para servirle agua a Rory.

—Eres muy dulce. Bueno, ahora dime por qué has venido, y no digas que era tu turno. Tienes una cara que parece un nubarrón. ¿Qué ha pasado?

—Nada, de verdad. Es solo que… —Sacudió la cabeza, de repente se sentía avergonzada—. No es nada.

Soline arqueó una ceja.

—¿Has llamado a mi puerta porque no ha pasado nada? ¿Qué clase de respuesta es esa?

Rory se sirvió un trozo de berenjena y la pinchó sin interés.

—Lo siento. No ha sido un buen día, y necesitaba hablar con alguien.

El rostro de Soline se suavizó.

—Pues habla.

Rory se encogió de hombros.

—Es viernes, el día en que llamo para ver si hay novedades sobre Hux. No había noticias. No es que pensara que fuese a haberlas, pero…

—¿Pero?

—No veo cómo va a terminar esto, y me asusta. Me da miedo que nunca vuelva, y que la galería sea lo único que tenga. ¿Y si…?

—¿Acabas como yo? —dijo Soline en voz baja—. Puedes decirlo.

—No, no es eso. —«Al menos, no es solo eso»—. Es algo que dijo mi madre. Cree que abro la galería por las razones equivocadas.

—¿Por qué iba a decir eso?

—Porque fue Hux quien me metió la idea en la cabeza. Era algo en lo que solía pensar cuando me aburría de mis estudios, de esas cosas que piensas «¿Y si…?». Pero Hux hizo que pareciera posible. Dijo que era un sueño que valía la pena perseguir. Así que lo perseguí.

—¿Y crees que eso hace que esté mal? ¿Porque alguien te inspiró?

—Se suponía que tenía que acabar los estudios y luego hacer unas prácticas en el Museo de Orsay. Cuando le conté a mi madre que dejaba la universidad para abrir una galería, dijo que estaba tratando de demostrarle algo a alguien que ni siquiera estaba aquí. Porque estaba asustada.

—No es cierto, ¿verdad?

—No lo sé. En ese momento creía que no, pero ahora… Dudo de

todo. Comienzo a sentir que Hux no va a volver nunca, y tal vez ya hace un tiempo que lo sé. ¿Por qué si no iba a decidir abrir una galería justo ahora, a menos que una parte de mí piense que es hora de pasar página?

—¿Tu madre te dijo todo eso?

—No. No directamente, pero sabe cómo sacarme de quicio. No le gusta que haga mis propios planes, así que, cuando los hago, tiene que socavarlos. En veintitrés años nunca se le ha ocurrido que tal vez sé lo que quiero.

—¿Qué quieres?

Rory cerró los ojos, luchando contra el nudo que se le formaba en la garganta.

—Quiero que Hux vuelva a casa, sano y de una pieza. Quiero saber qué nos espera ahora. A mí, a los dos.

La sonrisa de Soline tenía un dejo de tristeza.

—Por supuesto. Pero no puedes, *chérie,* nadie puede. Solo podemos vivir la vida que tenemos ahora, hoy.

—Ese es el problema. En realidad, no tengo vida, y una parte de mí teme estar cometiendo un gran error. Mi madre no deja de recordarme que no tengo ninguna experiencia en esto y que el ochenta por ciento de las galerías no sobreviven a su segundo año. Si fracaso, ¿qué pasará entonces? Si Hux… —Hizo una pausa y tragó con fuerza cuando se le quebró la voz de repente—. No creo que pueda soportar perder nada más.

Soline dejó el tenedor y miró a Rory a los ojos.

—Rory, tienes que aprender a separar a Hux de la galería. Ahora mismo piensas en ello como si fueran lo mismo, como si una no pudiera existir sin el otro. Pero no es cierto. Yo misma tuve que aprenderlo… después de que Anson muriera.

Rory soltó un suspiro.

—Por favor, no me digas que quieres que siga adelante con mi vida. Mi madre me lo dice, y me vuelve loca.

—De acuerdo, no lo diré, pero no se equivoca. Eras una persona antes de que Hux llegase a tu vida. Y lo seguirás siendo, aunque él ya no esté en ella. No es una opción: así es como son las cosas. La pregunta es qué clase de persona serás. ¿Qué quieres hacer con tu vida, tus sueños, tu arte?

Rory la miró parpadeando desde el otro extremo de la mesa.

—¿Con mi arte?

—Sí, tontita: tu arte. Tienes un don. ¿Crees que es algo que se te concede sin motivo?

—Pero yo no…

—Si dudas, podemos romper el contrato. No tienes que seguir

adelante.

Rory la miró fijamente. No estaba segura de qué había esperado, pero desde luego no un ofrecimiento a romper el contrato. La idea hizo que se le encogiera el estómago.

—No, eso no es lo que quiero.

Soline sonrió con complicidad.

—Ya me parecía. Te están entrando las dudas del último momento. Pero si de verdad quieres la galería, la harás funcionar.

—¿Como tú con la tienda de vestidos de novia?

—Cuando vine aquí no tenía nada. Era una extranjera sin dinero y estaba sola. Fue una época difícil, incluso más que la guerra, por todo lo que había perdido. Pero no podía dejarme morir sin más, aunque no me faltaran ganas.

Rory miró a Soline dar un pequeño bocado de un panecillo de ajo y masticar lentamente. Su pérdida seguía siendo visible a pesar de la pátina de los años. Había compartido su historia sin muchas reservas, pero Rory no podía evitar sentir que había algo más, un dolor que todavía ocultaba.

—Me dijiste que Anson y tú os separasteis por la guerra y te enteraste de que había desaparecido. ¿Seguías en París cuando pasó?

—No. Tuve que marcharme. No quería, pero Anson me obligó. Trabajaba con la Resistencia ayudando a escapar a gente, gente a la que los nazis andaban buscando. Yo también comencé a ayudar, hasta que se volvió… problemático.

Rory la miró fijamente.

—¿Eras parte de la Resistencia?

—En aquella época, si vivías en París, o eras un colaboracionista o eras parte de la Resistencia. Había unos cuantos que intentaban mantenerse neutrales, pero tarde o temprano todos teníamos que escoger. Hacíamos lo que podíamos. Yo era mensajera. Con las mujeres tenían más manga ancha, en especial con las guapas. —Hizo una pausa y sonrió con amargura—. A los alemanes les gustaban las francesas. Estaban tan ocupados flirteando que se les olvidaba sospechar de nosotras. Pero se enteraron de lo de Anson y yo… y me utilizaron en su contra.

Rory dejó el vaso y contuvo el aliento mientras esperaba.

—Una noche, al volver de una misión, la ambulancia de Anson se averió y lo cogió la Gestapo. Lo interrogaron durante horas y cuando vieron que no cooperaba, le contaron que sabían quién era yo. Le dijeron que, si no les daba los nombres que querían, vendrían a por mí. Era algo que solían hacer, coger a las mujeres y novias y enviarlas a lugares terribles. Campos de prisioneros y burdeles. Anson se negó a hablar. Finalmente, lo dejaron marchar, pero al día siguiente hizo que

me fuera.

—¿Sola?

Soline cogió su vaso, pero estaba vacío. Se sirvió agua con manos temblorosas y bebió un largo trago.

—El trabajo que hacía era fundamental —contestó al fin—. Nada de aquello importaba si los hombres no conseguían escapar. No podía permitirse distracciones, así que lo arregló para que escapase con algunos de los otros. Odiaba que me hiciera marcharme, pero lo comprendí.

—¿Dónde te envió?

—Crucé la frontera con España, luego fui a Inglaterra y finalmente vine aquí, a Estados Unidos. Era la ruta habitual, así que sabía qué esperar, pero no cuánto tardaría ni lo difícil que iba a ser. Era extraño estar en ese extremo de la cadena. Hasta entonces, solo podía imaginar lo que pasaba después de que entregáramos a los hombres. Y entonces, de repente, ahí estaba, siendo entregada yo misma.

Rory reprimió un escalofrío al imaginarse en la situación de Soline, tener que dejar su hogar y al hombre al que amaba a la merced de extraños.

—¿No era peligroso viajar así mientras la guerra seguía?

—Lo era. Pero para muchos, quedarse en París equivalía a una sentencia de muerte. Perdíamos a algunos, pero teníamos más éxitos que fracasos, y eso hacía que el riesgo valiera la pena.

—No puedo imaginármelo. Dejar París y acabar aquí en Boston. Debió de ser como aterrizar en otro planeta.

Soline se quedó callada, con las manos quietas y blancas a ambos lados de su plato.

—No vine directamente a Boston. Primero fui a Newport… a casa del padre de Anson. Anson le escribió para avisarle de que venía.

Rory se sorprendió. Soline nunca había mencionado a la familia de Anson.

—Debió de ser un consuelo estar con su gente en vez de sola en un lugar nuevo.

Soline sacudió la cabeza muy despacio, con los ojos oscurecidos por un recuerdo.

—No, no fue un… consuelo.

Veinticinco

Soline

Quien haga mal uso de la magia para fines egoístas, traerá la infelicidad a toda la familia. Cuídate, pues, de mantener tu aguja honesta, y no utilices tus hechizos para perseguir cosas que no son para ti.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

22 de septiembre de 1943, Newport

Llego a la estación de Newport una fría mañana de miércoles, desaliñada y arrugada tras viajar durante horas en tren. Estoy tan delgada como un palo con mi ropa prestada, agotada tras semanas de mareos e incertidumbre. Durante días, lo único en lo que he podido pensar es en un baño caliente y una cama de verdad con sábanas limpias, pero ahora, mientras busco en el atestado andén una cara que se parezca a Anson, mis pensamientos toman una nueva dirección.

He hecho lo que he podido con mi pelo, pero no tenía suficientes horquillas para peinarme bien. Las horquillas son difíciles de conseguir hoy en día, pero son especialmente difíciles de encontrar en los barcos, trenes y convoyes llenos de hombres. No soporto pensar en el aspecto que debo de tener. Sin sombrero, sin guantes, sin los zapatos adecuados. No es exactamente el aspecto que una chica espera

tener al conocer a su futuro suegro.

La multitud en el andén empieza a disminuir. Me pongo de puntillas, buscando entre las caras que quedan, pero ninguna encaja. Un hombre joven con una manga de la camisa recogida con un imperdible, un anciano con un saco de papel arrugado, un par de soldados vestidos de verde militar cargando con un baúl, pero nadie que pueda ser Owen Purcell.

Se me revuelve el estómago cuando me pregunto si ha habido algún tipo de error de comunicación, una llamada no recibida o una carta extraviada. Y entonces veo a un hombre en el andén que se acerca a mí. Lleva un traje negro sencillo y una gorra.

Alza las cejas mientras me estudia de pies a cabeza.

—¿Es usted la señorita Roussel?

El alivio me inunda.

—*Oui, je…* —Me callo al recordar que ya no estoy en Francia—. Sí, soy la señorita Roussel.

—Me llamo Stanton. Soy el chófer del señor Purcell. Si me indica dónde están sus maletas, las llevaré al coche.

—No tengo maletas —le digo y sostengo mi caja maltrecha—. Solo esto.

Lanza una mirada incrédula a la caja, pero consigue asentir.

—Muy bien, señorita.

Pero cuando alarga la mano para cogerla, doy un paso atrás. La caja contiene todo lo que me importa en el mundo, y no la he perdido de vista desde hace semanas.

—Yo la llevaré, gracias.

—Como desee. —Mantiene el rostro cuidadosamente inexpresivo, como *Maman* cuando lidiaba con una novia problemática—. Si tiene la amabilidad de seguirme.

Me conduce hasta un coche inmenso, de color negro reluciente con una parrilla brillante y neumáticos con unas bandas blancas anchas. Al verlo, se me hace un nudo en la garganta. Me recuerda a los coches de la Gestapo, largos y siniestros, que merodean por las calles de París. Miro por la ventanilla, esperando ver por primera vez al padre de Anson, pero el coche está vacío.

Si Stanton se da cuenta de mi decepción, no muestra ninguna señal mientras abre la puerta trasera. Lo rodeo y subo; el interior es cálido y cómodo, y de repente me siento muy cansada. Dejo caer la cabeza contra el asiento de cuero y cierro los ojos, intentando no pensar en por qué el padre de Anson no ha venido a la estación a recibirme.



Cuando vuelvo a abrir los ojos, el coche está subiendo por un largo camino enladrillado. La primera imagen de la casa de Anson me coge completamente desprevenida. Es un edificio que parece extenderse, tres plantas de piedra gris y crema, con ventanas con cristales a rombos estilo Tudor en los pisos superiores y más gabletes y chimeneas de los que puedo contar desde el coche en marcha. Recorro las ventanas más altas con la vista, los pequeños cristales convertidos en espejos a la fría luz de la mañana, preguntándome si Owen Purcell estará detrás de una de ellas esperando mi llegada.

Todavía estoy toqueteando mi caja cuando Stanton abre la puerta del coche. Bajo del vehículo, muy consciente de mi desaliño. Todo es tan grande e inmaculado: el coche, la casa, incluso Stanton, que se eleva sobre mí con su sombría sarga negra. Me indica que me dirija a unas puertas dobles de cristal decoradas con volutas de hierro, estoico mientras pasa junto a mí.

La puerta se abre antes de que pueda llamar al timbre. De repente, ahí está Owen Purcell, impecable, con un traje de tres piezas gris marengo que casi con toda probabilidad está hecho a medida. Es alto como Anson, con los hombros gruesos, el pecho ancho y una cintura que empieza a redondearse. Tiene una mata de ondas doradas y plateadas, y sus ojos son del mismo verde azulado que los de Anson. No se les escapa nada cuando me recorren y se detienen un instante en mis zapatos negros arañados.

—Al fin llega, señorita Roussel.

Consigo esbozar una sonrisa vacilante.

—Buenos días, *monsieur* Purcell.

Sus ojos se encuentran con los míos sin un atisbo de sonrisa.

—Mi hijo me dijo que era francesa. —Entonces aparta su mirada de mí y la posa sobre el camino—. Stanton, por favor, trae las cosas de la señorita Roussel.

—No tiene nada, señor, solo la caja.

El señor Purcell me mira de nuevo con las cejas bajas mientras examina la caja del vestido que se balancea en mi mano.

—Muy bien, de acuerdo. Entre.

Me limpio los pies una, dos, tres veces antes de cruzar el umbral y entrar en un vestíbulo inmenso. El suelo de parqué pulido hace que el espacio parezca más un salón de baile que un vestíbulo. Las paredes son de un amarillo suave y cremoso, y los techos son altos y están decorados con molduras. Una araña de cristal proyecta pequeñas gotas

de luz sobre las paredes y el suelo, y la cabeza me da vueltas cuando las luces bailan a mi alrededor. Por un segundo, temo derrumbarme a los pies de mi futuro suegro.

—¿Se encuentra mal?

Trago, sintiendo la boca espesa, y trato de negar con la cabeza.

—Es solo que… llevo bastante tiempo de viaje.

—Sí, por supuesto. Tal vez debería descansar antes del almuerzo. Le mostraré su dormitorio.

No hay tiempo para protestar. Ya se dirige a las escaleras sin molestarse en comprobar si lo sigo. Tiene una ligera cojera, un andar recto que lo hace avanzar con lentitud, probablemente consecuencia de la herida de guerra de la que me habló Anson.

Al final de la escalera, una amplia galería con grabados de caza ingleses se extiende en ambas direcciones. Cuando vacilo, me echa una nueva mirada.

—Por aquí, por favor. La última puerta a la derecha. —Abre la puerta al final del pasillo y se hace a un lado—. He hecho que ventilen la habitación y preparen la cama. Tiene su propio baño, justo ahí, en caso de que quiera refrescarse antes del almuerzo.

Las cortinas están corridas y el interior se oscurece cuando entro. Es una habitación pequeña con una cama doble, una mesita de noche y una lámpara, un escritorio desnudo y un largo espejo ovalado. Las paredes están empapeladas con enormes rosas repollo sobre un fondo verde apagado. El estampado es demasiado llamativo para una habitación tan pequeña, por lo que resulta ligeramente opresivo.

—Gracias —digo, con toda la educación que puedo reunir—. Es encantadora.

Inclina la cabeza, claramente toda la respuesta que voy a recibir, y me encuentro tratando de descifrarlo. Es guapo para un hombre de cincuenta años, pómulos marcados, la frente ancha y un pequeño bulto en el puente de la nariz, como si se la hubiera roto. Pero es la boca, llena y al mismo tiempo dura, la que atrae mi atención, una boca que no está acostumbrada a sonreír.

—El almuerzo se sirve a las doce y media. Alguien vendrá a buscarla.

Entonces cierra la puerta y me deja sola. Como si fuera una inquilina, me ha enseñado mi habitación y me ha dejado a mi aire. Pongo la caja sobre el escritorio y me quito los zapatos, luego me acuesto, completamente vestida, y cierro los ojos. Owen Purcell no ha mencionado ni una sola vez el nombre de su hijo.

Acabo de quedarme dormida cuando vuelvo a estar despierta. La puerta está a medio cerrar, y un ojo se asoma muy abierto, observando. Me incorporo rápidamente, con la cabeza todavía

confusa.

—*Vous pouvez entrer* —digo con voz pastosa, y luego recuerdo que no estoy en Francia—. Adelante.

La puerta se abre unos centímetros. Aparece una cara con mejillas anchas, ojos azul verdoso y una mata espesa de pelo color trigo. Una versión más joven de Anson, y femenina.

—Eres Thia —digo con una sonrisa—. La hermana de Anson. Tu hermano me lo ha contado todo sobre ti, que te gusta pintar y tocar la guitarra.

La niña avanza, tímida pero curiosa. Tiene unos once o doce años, pero es alta para su edad y un poco desgarbada, con los incisivos grandes y un buen puñado de pecas. El jersey tosco y una falda que no acaba de ser de su talla la hacen parecer informe y sosa, pero bajo las capas sin gracia hay una belleza esperando a florecer.

—¿De verdad eres francesa? —susurra con una especie de asombro—. Me lo ha dicho papá. Te llama la costurerita francesa de Anson. ¿Qué es una costurera?

Capto el desprecio, pero opto por ignorarlo. En vez de eso, me centro en Thia, en cómo ladea la cabeza mientras me estudia. Es idéntica a Anson, y de repente siento ganas de abrazarla.

—Una costurera es una mujer que hace vestidos —explico—. Y sí, soy de París.

Las comisuras de su boca se tuercen hacia abajo.

—Allí está la guerra.

Parece una manera extraña de decirlo, aunque tal vez no para una niña. Estados Unidos está enviando a sus hombres a luchar, pero les han ahorrado los horrores de la ocupación y las bombas.

—Sí —respondo en voz baja—. Así es.

Se sienta a mi lado con las manos apretadas entre las rodillas.

—Anson está allí. Lleva a gente enferma en su ambulancia.

Sonrío, cautivada por su inocencia.

—Sí, así es. Y se le da muy bien.

—¿Te llevó a ti? ¿Fue así como os conocisteis?

—No, nos conocimos en el hospital donde trabajábamos. Me encontré mal en mi primer día, y él me ayudó.

La pequeña sonríe arrugando la nariz.

—Anson siempre anda ayudando a la gente. Es amable.

—Yo también lo pienso.

—Por favor, no le digas a mi padre que te he espiado. No le gustará, se suponía que solo tenía que llamar a la puerta y llevarte a almorzar, pero esperaba que pudiéramos ser amigas.

Siento cómo se me derrite el corazón mientras le miro la cara,

tímida pero esperanzada.

—Por supuesto que podemos ser amigas. Y puedes venir a verme siempre que quieras. ¿Tu habitación está al lado de la mía?

—No. —Estira el brazo y señala el otro extremo del pasillo—. Los dormitorios de la familia están en la otra punta de la galería. La mía es la primera a la derecha, y la de Anson está enfrente. La de mamá y papá está al fondo de todo, pero ahora es solo la de papá.

—¿Quién vive en este lado?

—Oh, aquí no vive nadie. Es donde ponemos a los invitados. La tía Diane se quedó aquí cuando vino para el funeral de mamá. Es la hermana de mamá, pero papá dice que no es realmente familia.

Asiento con la cabeza, comprendiendo. Para Owen Purcell, familia significa sangre. Las cuñadas no cuentan. Tampoco las prometidas francesas.

—Será mejor que bajemos —dice Thia—. A papá no le gusta cuando la gente llega tarde.

Thia espera mientras me lavo la cara e intento arreglarme un poco el pelo. Mi reflejo me sobresalta. Estoy muy pálida, con los huesos de la cara afilados tras semanas de comida escasa y poco sueño. Me paso una mano por la ropa. Mi falda y mi blusa están raídas y terriblemente arrugadas después de llevarlas demasiado, pero no tengo nada mejor con que vestirme ni dinero para comprar ropa nueva.

Salgo del cuarto de baño y encuentro a Thia en la cómoda, acariciando la tapa de mi caja con una mano vacilante. Por un momento, siento un escalofrío de pánico, un instinto territorial.

Thia aparta la mano de golpe, pero un instante después su mirada vuelve a la cómoda. Señala con timidez.

—¿Qué hay dentro?

Sonrío y le guiño el ojo con complicidad.

—Todos mis secretos. ¿Te parece si bajamos?

Abajo, en el salón, Owen ya está sentado en la larga mesa cubierta por un mantel y puesta para tres. Levanta la vista cuando Thia y yo entramos y sus labios se fruncen cuando me observa.

—Pensaba que se habría cambiado —dice con frialdad—. ¿Ha podido descansar?

—Sí, gracias. Me encuentro mucho mejor. Thia ha llamado a mi puerta para avisarme de que era hora de bajar.

Thia sonríe con gratitud mientras nos sentamos, pero el señor Purcell sigue con el ceño fruncido.

—Se llama Cynthia —dice con rigidez—. Por mi madre. Preferimos usar el nombre correcto.

—Lo siento. No sabía que… Así la llamaba siempre Anson.

—Sí, bueno, mi hijo siempre la ha consentido. Sospecho que tiene

que ver con la diferencia de edades. Cynthia, la servilleta.

Thia reprime una mueca mientras se lleva la servilleta al regazo. Sigo su ejemplo, preguntándome si el reproche iba en realidad dirigido a mí.

Los segundos pasan sin que haya conversación. Recorro el comedor con los ojos evitando la mirada de Owen. Es una habitación preciosa, toda blanca y dorada, tan limpia que reluce, y de repente me siento fuera de lugar, como una mancha de polvo entre tanta belleza.

Una mujer con un uniforme gris pálido entra por una puerta y trae una sopera y un gran cucharón de plata. Owen asiente con frialdad mientras la mujer deja la sopa en el centro de la mesa.

—Gracias, Belinda —dice despectivamente mientras levanta la tapa de la sopera—. Cynthia, tu cuenco, por favor.

Thia sujeta obediente su cuenco y observa a su padre servirle una crema de un color rojo intenso. Se la queda mirando y arruga la nariz.

—Es de tomate, ¿verdad?

—Sí —contesta el hombre mientras se llena el cuenco y me pasa el cucharón—. Y te la comerás. Todo el mundo tiene que hacer su parte por la guerra, incluida tú. Eso significa apañarnos con lo que podemos cultivar aquí. ¿O acaso preferirías que tu hermano pasara hambre al otro lado del mundo?

Los ojos de Thia relucen cuando las lágrimas los inundan de repente, y siento que me hierve la sangre, atónita ante el hecho de que su padre pueda ser tan insensible.

—De hecho —digo con indiferencia mientras me lleno el cuenco—, la Cruz Roja envía cargamentos de comida de manera regular al hospital donde trabaja Anson, y han convertido todos los parterres en huertos para cultivar sus propios tomates.

Owen me mira con dureza.

—Mi hijo escribió que la conoció en el hospital, pero no mucho más. ¿Trabajaba como enfermera?

—No, no era enfermera. Era voluntaria.

—Voluntaria. ¿Qué significa eso?

—Nos ocupábamos de los hombres.

Me lanza una mirada gélida por encima de la cuchara de la sopa.

—No lo dudo.

Ignoro su tono y la muda insinuación de que el trabajo que hacía tenía algo de inapropiado. A él mismo lo hirieron en la guerra. Sabe muy bien lo que hacen los voluntarios.

—Dábamos de comer a los hombres que no pueden comer solos, los bañábamos, les leíamos, les ayudábamos a escribir cartas a sus familias.

—Muy admirable, estoy seguro. Y qué suerte para nuestros

muchachos. Dígame, ¿cómo se hicieron… amigos, mi hijo y usted?

«Amigos».

La palabra me enfurece, claramente la ha escogido para menospreciar mi relación con Anson. Pero antes de que pueda abrir la boca para contestar, Thia interviene:

—Oh, ¡yo lo sé! Se encontró mal su primer día en el hospital y Anson la ayudó.

Owen le lanza una mirada a su hija antes de volver su atención a mí.

—En su primer día. Vaya, menuda rapidez. Y parece que mi hija y usted también se han hecho amigas muy rápido.

—Me preguntó por Anson mientras bajábamos —digo y me llevo una cucharada de crema a la boca—. Estoy segura de que echa de menos a su hermano.

El hombre deja la cuchara y clava en mí una mirada fría.

—Ambos lo echamos de menos, señorita Roussel. Y nos alegraremos de tenerlo de nuevo en casa con su familia, este es su lugar.

Consigo sonreír, pero no digo nada, inquieta por su uso de la frase «de nuevo en casa con su familia». No creo que piense que Anson y yo seguiremos bajo su techo después de casarnos. Intento imaginarme cómo sería vivir bajo esos ojos fríos y vigilantes, tratando una y otra vez de ganarme su aprobación, fracasando una y otra vez. La idea me produce náuseas.

Belinda reaparece con su uniforme gris fantasma sosteniendo tres platos que sirve sin decir nada. Miro la comida, una pequeña ensalada verde y un filete de salmón cubierto con una salsa de eneldo y pepino. Después de pasar semanas alimentándome con poco más que pan y sopa aguada, es un auténtico festín, pero mientras miro mi plato, descubro que ya no tengo hambre.

Veintiséis

Soline

Una novia debe recordar que al unirse a su amante también queda unida a la familia de este, y que no podemos decir nada sobre el éxito de esas relaciones. Ese no es nuestro trabajo.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

5 de octubre de 1943, Newport

Dos semanas después de bajarme del tren, las cosas con el padre de Anson no han mejorado. Es cortés cuando tiene que serlo, pero rara vez se molesta en hablar, ni siquiera en las comidas, cuando estoy sentada justo enfrente de él. Está ausente la mayor parte del tiempo, lo cual es un pequeño consuelo, ya sea trabajando hasta tarde, asistiendo a reuniones o cenando con clientes en su club. Y cuando está en casa, se queda en su estudio con la puerta cerrada.

Los días pasan vacíos, sin más compañía que la radio mientras Thia está en la escuela. Escucho las noticias con el estómago encogido, preguntándome dónde está Anson, rezando para que esté a salvo y vuelva pronto a casa. Le escribí varias veces a lo largo del viaje y de nuevo desde Newport haciéndole saber que había llegado bien. Semanas después, todavía no he recibido ninguna carta, y la espera

me inquieta.

No he salido de la casa desde que llegué, excepto para sentarme junto al estanque o caminar por el pequeño tramo de playa que hay más allá de la puerta del patio. El aire fresco del mar es bueno para mis dolores de cabeza y me hace sentir menos claustrofóbica. Me incomoda pasearme por la casa, como si estuviera en un lugar al que no pertenezco, como si fuera una intrusa. Pero no estoy completamente sola. Está Belinda, que se ocupa de las comidas, y una mujer de la limpieza llamada Clara que viene dos veces por semana, pero cuando me ven me tratan como un mueble. Así que me quedo en mi habitación, con su horrible papel pintado y su pesada penumbra.

Thia es mi único placer. Es un encanto, tan hambrienta de atención y de amor. Su padre no le ofrece ninguno de los dos. No es intencionalmente cruel, eso requeriría más energía de la que está dispuesto a gastar. Simplemente no la ve, lo que es una crueldad en sí misma. Quizá por eso me ha convertido en su amiga especial, su «futura hermana», como me llama. Confieso que es un título que me gusta mucho.

Me viene a buscar cada día cuando llega a casa del colegio, ansiosa por comenzar sus lecciones. Me ha pedido que le enseñe francés para tenerlo dominado cuando se mude a París y se convierta en una pintora famosa. Pero hoy ha venido a mi habitación con uno de sus cuadernos de dibujo bajo el brazo. Se deja caer en la cama y espera a que me una a ella, luego abre el cuaderno y me lo deja en el regazo.

Se me hace un nudo en la garganta cuando miro y veo el rostro de Anson capturado en un retrato de tres cuartos.

—Es genial —susurro mientras sigo con el dedo el contorno de su cara.

—Lo echo de menos.

—Yo también.

Levanta la barbilla, intentando sonreír.

—Es valiente, ¿verdad?

—*Oui, chérie.* Es muy valiente. El hombre más valiente que conozco.

Parpadea varias veces con las pestañas salpicadas de lágrimas.

—Espero que vuelva pronto a casa. Entonces os podréis casar y yo podré ir a vivir con vosotros.

Se me parte el corazón al escuchar sus palabras. A su edad, yo estaba desesperada por dejar a *Maman* y vivir con *tante* Lilou, por escapar de mi jaula como había hecho Lilou y seguir mis propios sueños. Pero esto es diferente, no es la inquietud de un espíritu que anhela extender sus alas, sino la profunda tristeza de una niña que sabe que no la quieren.

Le doy un beso en su frente pálida y trato de cambiar de tema.

—Solía dibujar cuando tenía tu edad. Páginas y páginas de hermosos vestidos que algún día iba a coser.

Thia abre mucho los ojos.

—¿De verdad?

—Algún día sería famosa. No por mis dibujos, sino por los vestidos que iba a hacer. Vestidos con mi nombre en la etiqueta.

—¿Qué pasó con los dibujos?

—Tuve que dejarlos en París. No eran tan buenos como los tuyos, pero no hacía falta que lo fueran, solo eran ideas.

—¿Llegaste a hacer los vestidos?

Sonrío con tristeza.

—Hice uno, pero entonces empezó la guerra, y ya nadie compraba vestidos como el mío.

Suspira con aire soñador.

—Ojalá pudiera haberlo visto. El vestido, quiero decir. Apuesto a que era precioso.

Me llevo un dedo a los labios, luego voy al armario, saco la caja y la llevo hasta la cama.

Thia pone los ojos como platos cuando levanto la tapa.

—¡Es un vestido de cuento de hadas!

—Sí —digo en voz baja—. Algo así, es el vestido de mi final feliz.

Me mira con atención.

—¿Tu qué?

—Es algo que mi madre y yo solíamos decir.

—¿De verdad lo has hecho tú?

—Sí.

—¿Todo entero?

La expresión me hace sonreír.

—Todo entero.

—Es la cosa más bonita que he visto nunca. —Suspira y acaricia las cuentas casi con ternura—. ¿Lo hiciste para ponértelo cuando te cases con Anson?

Pienso en cómo responder mientras vuelvo a doblar el vestido y lo meto en la caja. La verdad es que comencé el vestido mucho antes de conocer a Anson, cuando lo único que me importaba era demostrarle mi valía a *Maman.* Pero, incluso entonces, había soñado con alguien como Anson. Un príncipe para mí, bueno y valiente y guapo. Como el inglés de Lilou.

—Sí —digo al fin con voz queda—. Lo hice para casarme con Anson.

Thia levanta la vista y me mira con los ojos brillantes.

—Me muero de ganas de que te lo vea puesto. Serás la novia más guapa del mundo entero.

Trago con dificultad el nudo que se forma en mi garganta, sorprendida por el profundo vínculo que he llegado a formar con esta niña.

—Y tú serás una dama de honor preciosa. ¿De qué color te gustaría que fuera tu vestido?

—Azul —contesta sin vacilación—. A mamá le gustaba cómo me quedaba el azul. Decía que hacía resaltar mis ojos. Hace unos años tenía un vestido azul, con mangas abullonadas, pero ya no me entra. Ya no me entra ninguno de los vestidos buenos. Pero papá dice que está mal querer ropa nueva mientras nuestros muchachos pasan penurias. Tenemos que poner de nuestra parte.

Reprimo una mueca de disgusto mientras devuelvo la caja del vestido al armario. Ya he escuchado varias veces el mantra de Owen como para reconocerlo por lo que es: una forma de mantener el control sobre su hija. Pero una idea comienza a nacer mientras miro el suéter informe de Thia y la falda demasiado ajustada, una manera de ayudarla sin privar a los soldados estadounidenses, pero no diré nada hasta que hable con su padre.



Owen se muestra sorprendido y molesto al encontrarme esperándolo cuando regresa a casa de donde sea que haya estado. Estoy sentada en el sofá color crema, fingiendo leer un libro que he cogido de su biblioteca. Me resulta muy incómodo estar allí, preocupada por el aspecto que debo de tener, por cómo tengo cruzadas las piernas, por lo que hago con las manos, pero él finge no verme mientras va a servirse una copa.

Observo sin decir nada cómo deja caer dos cubitos de hielo en un vaso y luego añade un chorro de un líquido ámbar, y me sorprendo preguntándome cómo habrá llegado el hielo al cubo. Belinda, supongo. Pero Owen no siente la más mínima curiosidad por el hielo. Está acostumbrado a que todo sea exactamente como espera que sea. Por eso no le gusto, porque no soy lo que esperaba para su hijo.

Al fin se vuelve con un giro tenso sobre su pierna mala. Cierro el libro y espero mientras bebe un trago de su copa. Por fin clava en mí una mirada fría.

—¿Qué la mantiene despierta tan tarde, señorita Roussel?

Han pasado dos semanas y todavía se niega a llamarme por mi

nombre de pila, como si nuestra relación fuese temporal.

—Esperaba poder hablar con usted sobre Cynthia, sobre su ropa.

—¿Su ropa?

—Las niñas son diferentes de los niños.

—No me diga.

No hay ni una pizca de humor en su tono, pero continúo, decidida a presentar mi argumento.

—Las niñas llegan a una edad en que comienzan a compararse con sus amigas. Su aspecto, la ropa que llevan. Les preocupa encajar. Cynthia ahora tiene esa edad.

—La ropa de mi hija no tiene nada de malo.

—No, malo no. Es solo que es un poco… sosa. Y no le sienta tan bien como podría.

—Todos hemos tenido que renunciar a mucho desde que comenzó la guerra. Gasolina, aceite para cocinar, incluso papel. Con los hombres luchando lejos, no hay nadie que corte los árboles. Es fácil no valorar lo que tenemos hasta que nos falta. Es una cuestión de sacrificarnos por nuestro país.

Lo miro fijamente, ofendida por sus tópicos. Por lo que he visto, los Purcell han tenido que renunciar a muy poco comparado con la gente de Francia e Inglaterra. Ninguna bomba ha caído en suelo estadounidense, ningún negocio ha sido saqueado o tomado por la fuerza, no hay rudos soldados desvalijando los estantes de sus tiendas. Es cierto que sus hombres están al otro lado del océano luchando contra los nazis, y que sin duda es un gran sacrificio, pero no es lo mismo.

—De donde yo vengo, conocemos muy bien el sacrificio, *monsieur* Purcell. Lo aprendimos el día en que los alemanes entraron en París y colgaron sus esvásticas por toda la ciudad.

Me mira con frialdad, pero también hay un destello de sorpresa en su mirada. No está acostumbrado a que nadie le replique, y ciertamente no una costurera de veinte años sin un centavo.

—Qué suerte que mi hijo llegase para rescatarla cuando lo hizo.

Sonrío sumisamente fingiendo no captar la pulla.

—Tuve suerte. No solo porque conocí a Anson y nos enamoramos, sino también porque usted ha sido lo bastante amable como para abrirme su casa. De hecho, he estado pensando en cómo podría corresponder a tanta amabilidad. He pensado que tal vez podría hacerle algunos vestidos nuevos a Cynthia. Es una niña muy guapa, y un vestido nuevo o dos significarían mucho para ella.

El hombre entorna los ojos, como si percibiera algún tipo de trampa en la oferta.

—Cynthia le ha dado la idea, ¿verdad?

—No, la idea ha sido mía. Ella ni siquiera sabe que pensaba proponérselo. Quería asegurarme de que tenía su aprobación antes de decir nada.

Owen bebe otro trago de su copa y me mira por encima del borde del vaso.

—Los vestidos de mi hija son perfectamente apropiados para la época, señorita Roussel. Ropa buena y resistente.

«Ropa fea», pienso para mí misma.

—Lo cierto es que la mayoría de los vestidos le quedan pequeños. No lo ha mencionado porque no quiere ser egoísta. Comprende que hay escasez y que el esfuerzo por la guerra es prioritario, pero he tenido una idea.

Hace repiquetear el hielo en el vaso mostrando su impaciencia.

—¿Ah, sí?

—En París, cuando llegaron los nazis, arrasaron nuestras tiendas como una nube de langostas, llevándose comida, zapatos, incluso libros, hasta que los estantes quedaron vacíos. Y entonces comenzó el racionamiento. No había ropa ni nada con que hacerla. Así que aprendimos a apañarnos. Cuando me fui, las mujeres estaban desmontando los trajes de sus maridos para hacerse ropa nueva. Así que he pensado que, si tiene algunas cosas viejas por ahí, quizá algunas cosas de su madre, podría arreglarlas para Cynthia.

—Eso no será necesario. Mi secretaria…

—Solo algunas prendas —insisto—. Por favor. Sería muy bonito que Cynthia tuviera algunas cosas de su madre, para recordarla.

Owen baja el vaso. Por un momento, su rostro parece suavizarse.

—Todavía quedan algunas cosas de Lydia en el vestidor. Supongo que podría coger algunas prendas, pero solo algunas. Y nada demasiado llamativo o adulto, tiene once años.

—Sí, por supuesto. —Me trago la sonrisa, me niego a que vea mi triunfo.

Al menos he ganado este asalto. Pero hay algo de cierto en lo que le he dicho a Owen. Quiero expresar mi gratitud y resultar útil hasta que regrese Anson. Y estaría haciendo ropa otra vez. No vestidos de novia destinados a garantizar un final feliz, sino vestidos que tal vez puedan traernos a todos un nuevo comienzo.

Veintisiete

Soline

Para la novicia, la magie *puede ser agotadora. Hay que estar totalmente descansada antes de empezar la obra y recordar que hay que hacer descansos frecuentes para reponer la energía, no sea que su poder se agote y sea ineficaz.*

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

22 de octubre de 1943, Newport

Una vez más, vuelvo a coser en secreto. Solo que esta vez es para Thia en lugar de para mí. *Ma pauvre fille.* ¿Cómo no voy a preocuparme por ella? Tenía ocho años cuando su madre murió, su padre es poco más que un fantasma en su vida, y su hermano está a medio océano de distancia. Eso me deja solo a mí, su «futura hermana», para consolarla, y aunque he llegado a adorarla, nunca podría sustituir a sus padres.

Las cosas con Owen no han mejorado. Esperaba que nuestra conversación sobre Thia entibiara un poco su frialdad hacia mí, pero parece haber tenido el efecto contrario. Ya no toma sus comidas con nosotras y rara vez está en casa antes de medianoche. A veces me pregunto si hay una mujer en algún lugar con la que pasa el tiempo,

una amante que ayuda a llenar el espacio vacío dejado por la muerte de su esposa, pero es difícil imaginar cualquier pasión o tipo de calidez en él.

Pero esta mañana, mientras se ponía el sombrero y se preparaba para salir, me ha preguntado si había recibido alguna carta de Anson desde que llegué. La pregunta me ha tomado por sorpresa. Nunca menciona a Anson. Cuando le he dicho que le había escrito, pero que no había recibido respuesta, su rostro se ha ensombrecido y, por un momento, casi he sentido lástima.

He intentado tranquilizarlo explicándole que Anson es muy dedicado con su trabajo y que lo había visto pasar días sin dormir cuando había un aluvión de bajas. He terminado recordándole que el correo francés es desesperante con las cartas de ultramar. Ha respondido a todo asintiendo, pero el silencio de Anson pesaba mucho entre nosotros, porque yo también he empezado a sentirlo. También estoy preocupada por mi salud. Me siento muy cansada todo el tiempo, débil y enferma e incapaz de dormir, y, sin noticias de Anson, los días se vuelven eternos, vacíos y agotadores.

Al menos los vestidos de Thia me mantienen ocupada. Fue extraño encontrarme rebuscando en el armario de Lydia Purcell, entre sus vestidos de diario y sus trajes de domingo. Incluso los más sencillos estaban hechos a medida, con buen gusto, pero obviamente caros. De entre estos hice mi selección, pero también había ropa de noche. Satenes de colores de piedras preciosas, terciopelos adornados con pedrería, gasa y encaje, y lamé plateado brillante. Miré las etiquetas: Worth, Dior, Lanvin. Eran prendas impresionantes, del tipo que soñaba con diseñar yo misma cuando era una niña. Pero, comparadas con la ropa de día de Lydia, parecían asombrosamente lujosas, como si pertenecieran a otra mujer, y me pregunté qué vestidos pertenecían a la verdadera Lydia Purcell y cuáles habían sido elegidos para la mujer que Owen Purcell esperaba que fuera su esposa. He hecho una nota mental para averiguar más sobre ella cuando Anson regrese a casa. Hasta entonces, me centraré en acabar los vestidos de Thia.

Ya he terminado dos y debería tener el tercero listo al final del día. Sonrío mientras vuelvo a coger la aguja. Thia ha regresado de la escuela y la oigo dar golpes en la cocina, haciéndome saber que está allí y que sigue enfadada conmigo. No le he dicho nada sobre los vestidos, he permitido que piense que he dejado a un lado nuestras lecciones diarias de francés para hacerme algo. Pero esta noche, después de la cena, le enseñaré los vestidos y por fin entenderá por qué he sido tan reservada.



La cena es un plato de ternera, patatas y zanahorias que nadan en un mar de salsa de carne aceitosa. Belinda se esfuerza menos desde que Owen dejó de comer en casa. El olor a grasa me revuelve el estómago, pero empujo la comida por el plato para disimular. Al otro lado de la mesa, Thia se enfurruña con un trozo de zanahoria y oculta el rostro tras una mata de pelo rubio.

Dejo la servilleta sobre la mesa y me vuelvo a mirarla.

—¿Te gustaría venir a mi habitación después de cenar? Quiero enseñarte una cosa.

La niña levanta la cabeza despacio.

—¿Qué?

Está tratando de parecer petulante, pero percibo su curiosidad.

—Es una sorpresa —digo casi en un susurro.

—¿Para mí?

Por un segundo, se parece tanto a Anson que me corta el aliento.

—*Oui, ma fille.* Para ti.

—¡Oh! ¡Sí, por favor!

Y así, sin más, volvemos a ser amigas.

Sube las escaleras detrás de mí y me sigue por la galería. Le pido que cierre los ojos antes de abrir la puerta y acercarla a la cama.

—*Voilà!* —digo con una floritura—. Ya puedes mirar.

Ahoga un grito cuando ve los vestidos colocados en mi cama como recortables de tamaño real.

—¿Son… para mí?

—Por supuesto que son para ti, tontita. A mí seguro que no me entran.

Da un paso tembloroso hacia delante y mira los vestidos con sorpresa.

Hay uno rosa de flores con el cuerpo fruncido y mangas abullonadas, uno blanco de tela calada y falda acampanada con un cinto amarillo en la cintura, y, por último, mi preferido, un vestido marinero azul oscuro con falda de campana y cuello blanco. Estira el brazo, pero se echa atrás en el último momento, como si tocarlos fuera a hacerlos desaparecer.

—¿De dónde los has sacado?

—Eran de tu madre —le digo con dulzura—. Tu padre dijo que podía arreglarlos para ti. He usado uno de los vestidos que había en tu armario para los patrones, así que puede que necesiten algunos ajustes aquí y allá, pero quería que fueran una sorpresa.

—¿Por eso no hemos estado dando las clases?

—*Oui, chérie,* así es.

Antes de que pueda prepararme, se me echa encima.

—¡Gracias, gracias! Me encantan.

La sensación de sus brazos rodeándome dispara un anhelo inesperado y, por un instante, imagino lo que debe de ser tener una hija propia, una con el pelo rubio y los ojos azul verdosos de Anson.

—¿Cuál te pondrás primero?

Thia vuelve hacia la cama y mira el vestido marinero con ganas, pero al final señala el rosa de flores.

—Ese.

—¿De verdad? Estaba segura de que ibas a escoger el azul.

—Quería, pero voy a guardármelo para cuando Anson vuelva a casa. ¿Crees que está bien?

Sonrío y reprimo un torrente de lágrimas.

—Creo que será fantástico. Lo colgaremos…

—¡Papá! —La cabeza de Thia se vuelve hacia la puerta—. ¡Mira!

Owen está con el hombro apoyado contra el marco de la puerta, con un vaso en la mano, mirándome con una mezcla de sorpresa y fastidio, como si se hubiera olvidado de que vivo bajo su techo. Intento sonreír, pero su aparición repentina me ha turbado.

—Solo le estaba enseñando a Cynthia sus vestidos nuevos.

—Di por sentado que me los enseñaría a mí primero.

Sus palabras suenan pastosas y enredadas, y parpadea con lentitud.

—Lo siento. No creí que quisiera que lo molestara con esto. Sé lo ocupado que está.

—¡Mira, papá! —Thia señala con entusiasmo—. Son muy bonitos.

Owen se aparta de la puerta y me esquiva para ir junto a su hija. Thia pasa la mano por la falda plisada azul marino y luego mira de reojo a su padre.

—Este es mi favorito. Soline dice que era de mamá. ¿Lo recuerdas?

Su rostro se afloja y, por un momento, pienso que no va a responder. Finalmente, asiente.

—Sí, lo recuerdo.

Pero es el vestido blanco calado el que ha atraído su atención. Veo cómo traga saliva mientras pasa un nudillo por el cuello. La caricia es tan íntima que casi aparto la mirada. Thia también lo percibe y le coge la mano.

—Sé que la echas de menos, papá.

Owen levanta la vista como si acabase de recordar que su hija está ahí. Retira la mano y me mira.

—Serán suficiente —masculla antes de apurar lo que queda en el

vaso—. Gracias, señorita Roussel.

Thia vuelve a cogerle la mano cuando el hombre se da la vuelta para marcharse.

—Papá, ¿no hay algún vestido para Soline en el armario de mamá? No tiene nada bonito, excepto lo que hay en la caja, y eso no se lo puede poner hasta que Anson vuelva.

Owen se suelta de nuevo.

—¿Qué caja?

—La que trajo de Francia. —Se vuelve y me mira con una gran sonrisa—. Es donde guarda todos sus secretos.

Owen gira torpemente.

—¿Una caja de secretos?

Evito mirar a Owen y sonrío a Thia, que está detrás de él.

—Es una pequeña broma entre nosotras. Un secreto entre chicas.

—Somos futuras hermanas, papá.

Owen se tensa.

—Son más de las ocho, Cynthia. Hora de irse a la cama.

Thia se desanima un poco, pero no protesta mientras coge sus vestidos nuevos y sale al pasillo. Owen cierra la puerta detrás de ella. De repente, la habitación resulta claustrofóbica.

—A mi hija le cae bien.

—Es una niña encantadora. Y muy parecida a su hermano.

—Pero no es su hermano.

—No —digo en voz baja, sin saber qué vendrá a continuación.

—Cynthia se encariña muy rápido. Por desgracia, no siempre toma buenas decisiones. En eso se parece a su hermano, se apresura y luego descubre que ha confiado en quien no debía. Ninguno de los dos se plantea nunca la posibilidad de que les hagan daño.

Lo miro parpadeando, dolida.

—¿Cree que quiero hacerle daño a su hijo?

—No la conozco, señorita Roussel. No tengo la menor idea de qué quiere.

—Amo a su hijo, señor Purcell. Quiero ser su esposa.

—De eso estoy bastante convencido —responde secamente—. O al menos de la última parte. Es el porqué lo que no me queda claro.

De repente, me doy cuenta de que, de algún modo, siempre he sabido que llegaría esto, que un día sus sospechas finalmente se desbordarían. Sin embargo, las palabras me hielan.

—¿De qué me acusa?

—No la acuso de nada. Solo intento comprender. No es suficiente que mi hijo decida escaparse y unirse a la Cruz Roja en vez de alistarse en la Marina de los Estados Unidos, donde debería. Lo

empeora enviándola a usted, una costurera convertida en ayudante de enfermera, cuyo nombre nunca le he oído mencionar y a duras penas puedo pronunciar, y me escribe para informarme de que habrá una boda. Todo parece un poco apresurado, ¿no le parece? Conveniente.

Siento la sangre subirme a las mejillas mientras se me acelera el pulso.

—¿Cree que escapar de París con los nazis pisándome los talones fue conveniente? ¿Abandonar mi hogar? ¿Abandonar a Anson?

—La ha traído a Estados Unidos, ¿no es cierto?

La habitación parece dar vueltas cuando me invade una náusea. Trago con fuerza el vómito que amenaza con salir.

—Vine aquí porque este es el hogar de Anson. Porque su familia está aquí, y, cuando nos casemos, quiero que también sean mi familia, Thia y usted.

—¿Y sus padres? ¿Dónde están?

—Mi madre murió el año pasado.

—¿Y su padre?

Me toco el colgante que llevo en la garganta y pienso en Erich Freede, preguntándome, como *Maman,* qué habrá sido de él.

—No lo sé —digo en voz baja—. Tal vez en uno de los campos. O muerto.

Sus ojos se entrecierran, penetrantes.

—¿Es judía?

Veo que la idea le desagrada y descubro que eso me llena de alegría.

—Mi padre era judío. Pero no es solo a los judíos a quienes envían a los campos. Cualquiera dispuesto a plantarles cara corre peligro de ser arrestado.

—Nada de eso me preocupa de momento, señorita Roussel.

—Sí, ya lo veo. Pero a Anson sí le preocupa. Por eso sigue allí, para ponerle fin.

Me devuelve la mirada con una mezcla de desdén y fastidio.

—¿Dando vueltas en coche por París con un parche en el brazo mientras otros pelean de verdad?

Su desprecio me deja pasmada. Abro la boca, lista para defender la labor que realiza Anson, pero logro contenerme a tiempo. En vez de eso, mantengo la cabeza alta y lo miro a los ojos.

—¿De verdad tiene tan mala opinión de su hijo? ¿Porque no está en un barco no sé dónde, en peligro de que lo vuelen en pedazos? Le decepciona que no vaya a regresar a casa con el pecho cargado de medallas, o metido en un ataúd, pero a mí no. La guerra me ha enseñado que hay muchas clases de héroes y que a casi ninguno le colgarán algo brillante en el pecho.

Se balancea mientras levanta el vaso imitando el saludo militar con ironía.

—Bonitas palabras. Bastante… apasionadas. Pero al final del día, lo que cuenta es lo que hacemos, señorita Roussel. La marca que dejamos. Y los Purcell siempre hemos tenido mucho cuidado con qué marcas dejamos. Nuestro nombre es sinónimo de respetabilidad, de honor y servicio. Tengo el deber de preservar esto para la próxima generación, de preservar nuestras tradiciones y eso incluye a mi hijo.

—¿Por qué nunca dice su nombre?

Entorna los ojos.

—¿Cómo?

—Cuando habla de él, siempre lo llama su hijo o el hermano de Thia, pero nunca por su nombre. Nunca dice Anson.

—Lo llamaré como me dé la gana. Es mi hijo y no me he partido el lomo educándolo para que arroje su vida por la borda por la primera mujer de la que se encapriche. Tiene unos estudios que terminar, y luego tengo planes para él.

—¿Y esos planes no incluyen una esposa?

Mira fijamente el vaso y remueve el hielo que comienza a fundirse.

—Supongo que sí, en algún momento. Pero cuando ese momento llegue, mi hijo se casará con una mujer que sepa ayudarlo a ser alguien de éxito.

—¿Cómo sabe que yo no puedo ayudarlo?

—Nuestro modo de vida viene con unas instrucciones muy concretas, señorita Roussel. Y no hay espacio para alguien que no las entienda. Es mi tarea hacerle ver esto.

Una nueva oleada de sudor frío recorre mi cuerpo cuando sus palabras entran en mí. Me está diciendo que no tiene intención de dejar que la boda siga adelante. Las rosas del papel pintado comienzan a dar vueltas. Bajo la vista al suelo y me agarro al borde de la cómoda para no perder el equilibrio.

—Le ha escrito, ¿verdad? Para decirle que no le da su aprobación. Por eso me preguntó si había recibido una carta. No porque estuviera preocupado, sino porque esperaba que me escribiese para romper el compromiso. —No dice nada, pero veo que tengo razón—. Va a obligarlo a elegir —digo en voz baja—. Entre usted y yo.

—La vida es una serie de elecciones, señorita Roussel. Y pretendo asegurarme de que mi hijo haga las correctas.

—¿Qué pasa si me escoge a mí en vez de a usted?

El hombre sonríe, una expresión delgada y desagradable que me produce un escalofrío.

—¿Cuánto hace que conoce a mi hijo? ¿Seis meses? ¿Siete? Yo lo conozco desde que nació. Siempre ha tenido debilidad por los

descarriados. En eso se parece a su madre, siempre defendiendo una causa u otra. Pero ha sido criado para saber lo que se espera de él. Puede que lo haya olvidado estando en Francia, pero muy pronto lo recordará. —La sonrisa se desvanece cuando deja el vaso vacío sobre la cómoda y se vuelve para marcharse—. No la escogerá a usted.

Me quedo allí de pie un momento y contengo el aliento hasta que se marcha. Luego corro al baño y vomito la cena.

Veintiocho

Soline

La obra es nuestro legado al mundo, los conjuros que tejemos, los corazones que atamos y todas las generaciones que vienen después. Son nuestros dones manifestados.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

29 de octubre de 1943, Newport

Es viernes por la tarde, y un silencio inquietante reina en la casa cuando regreso de mi paseo vespertino por la playa. Thia vuelve a estar en casa, aunque hace varios días que no la veo. Belinda solo dice que no se encuentra bien y que su padre no quiere que la molesten. Owen también ha estado desaparecido, encerrado en su habitación o en su estudio, por lo que he cenado sola.

Mi ánimo se ha oscurecido últimamente. Estoy tan aislada aquí, desvinculada de mi propio mundo y siendo una extraña en el de Anson. Aquí no tengo amigos, ni medios para llenar mi tiempo o salir adelante por mi cuenta. Los días se extienden ante mí sin horizonte y sin noticias de Anson en las que poner mis esperanzas. Thia es mi única dicha, y sospecho que yo soy la suya. Owen también lo sospecha, aunque no le importa separarnos para hacerme daño.

Mientras subo las escaleras, me pregunto qué clase de mujer podría amar a un hombre como Owen Purcell, un hombre que trata a sus hijos como si fueran piezas de un tablero de ajedrez, que solo se mueven cuándo y dónde le conviene. Sin embargo, a pesar de su frío y dictatorial marido, Lydia Purcell consiguió criar a un hijo y una hija cariñosos y maravillosos.

Ya casi he llegado al final de la galería cuando oigo un leve murmullo y me doy cuenta de que la puerta de mi habitación está medio abierta. Me anima la idea de encontrar a Thia sentada en mi cama con las piernas cruzadas y uno de sus cuadernos de dibujo. En cambio, encuentro a Owen de pie junto a la cama, hurgando en la caja del vestido.

—¿Qué hace?

Me fulmina con la mirada. No hay remordimiento en su expresión, solo fastidio por que lo hayan interrumpido. Tiene la mandíbula salpicada de una barba de tres días y los ojos hinchados e inyectados en sangre. Parece haber envejecido diez años y haberse encogido desde nuestra última conversación. Y entonces me doy cuenta de qué ha cambiado. Es la primera vez que lo veo con algo que no sea uno de sus impecables trajes a medida. En su lugar, lleva una chaqueta de punto gris y unos pantalones, y, por el aspecto que tienen, diría que ha dormido con ellos puestos. El cambio es impactante.

—¿Qué le parece? Estoy registrando su caja de los secretos. —Habla arrastrando las palabras, las eses son pastosas y húmedas. Apenas son las tres, y está claro que lleva horas bebiendo.

Me trago una maldición cuando veo mi vestido, el vestido con el que voy a casarme con Anson, tirado a sus pies, una espuma de cuentas y seda blanca enroscada en sus tobillos. Me agacho y lo cojo, acunándolo contra mí como a un niño rescatado.

—No tiene ningún derecho a registrar mis cosas.

Sus ojos centellean fríamente.

—Está viviendo en mi casa, comiendo en mi mesa y durmiendo en mis sábanas. Diría que eso me da todo el derecho.

—¿Qué espera encontrar?

—Se cree muy lista apareciendo en mi puerta como una especie de huérfana de guerra, sin dos centavos a su nombre y todo lo que posee en una caja de cartón, afirmando haber pescado al joven más codiciado de todo Newport. Le diré una cosa, cuando andaba buscando un sustento no se anduvo con rodeos. No tiene ni un par de zapatos decentes, pero se las apañó para traer un vestido de novia desde París. A eso lo llamo yo planear con antelación.

—No fue así.

Da un paso adelante y se balancea un poco en su intento de

resultar amenazador.

—¿Cómo fue?

Pienso en algo que decir, algo que lo lleve a creerme. Pero no hay nada, porque no quiere creerme. Cuando me mira, ve lo que quiere ver: una oportunista que ha aprovechado sus artimañas para engañar a su hijo y conseguir que le pida matrimonio.

Bajo la mirada y veo el fajo con las cartas, antes atadas, que ahora se desparraman sueltas sobre la colcha. Ha abierto varios sobres y su contenido se amontona aparte. La visión me revuelve el estómago.

—Ha leído mis cartas.

—Lo habría hecho, pero están todas en francés. Amantes, supongo. ¿Lo sabía mi hijo?

No hay vergüenza en su respuesta, ni una palabra reconociendo que se ha metido donde no le corresponde. Solo una gélida acusación. Me agacho para recogerlas, una a una, odiando que las haya abierto, que las haya tocado.

—Estas cartas son mías —le contesto cortante—. No tienen nada que ver con Anson.

Busco la cinta que las ataba cuando veo el estuche de afeitado de Anson tirado boca abajo entre las cartas. Owen también lo ve. Me abalanzo sobre él y lo alcanzo antes de que pueda cogerlo. Tampoco puedo soportar la idea de que lo toque.

Sus ojos brillan débilmente, la furia empañada por el alcohol.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Anson me lo dio la mañana que me marché de París.

Me sorprendo al ver que sus hombros se desploman, como si todo el aire hubiera desaparecido de su pecho. Por un instante, parece estar al borde de las lágrimas.

—Su madre se lo dio las Navidades antes de morir.

—Me lo contó —digo en voz baja.

—Démelo.

Me asusta el cambio repentino en su voz. Miro su mano estirada y doy un paso atrás.

—No, Anson me lo dio a mí. Es mío.

No veo venir la bofetada, pero de repente siento un crujido sordo en la cabeza y un fogonazo de luz brillante cuando su palma choca contra mi mejilla. Noto el sabor de la sangre cuando mi cabeza rebota. Antes de que pueda recuperarme, me arranca el estuche de cuero de la mano.

—Nada de lo que hay aquí es de usted —espeta—. Nada de lo que hay aquí será nunca suyo. Al menos ahora puedo estar seguro de eso.

Un frío glacial baja por mi columna como una cuchilla. Algo en la forma en que dice las últimas palabras, con una gélida sensación de

satisfacción, me hiela la sangre. Miro cómo se mete la mano en el bolsillo de los pantalones y saca un papel doblado. Sacudo la cabeza cuando intenta dármelo, negándome a cogerlo. Me lo acerca bruscamente de nuevo. Esta vez lo cojo, pero aprieto los ojos con fuerza porque no quiero leer las palabras que ya sé que están escritas, no quiero que se vuelvan reales.

Toda madre, hermana, esposa y amante ha imaginado cómo sería este momento y se ha preparado mentalmente mientras rezaba para que nunca llegase. Y ahora me ha llegado. Obligo a mis ojos a abrirse y siento que se me encoge la garganta cuando veo las palabras en la parte superior del papel: Western Union.

> 25 de octubre de 1943
>
> Señor O. Purcell:
>
> Lamento profundamente tener que comunicarle la noticia de que su hijo, Anson William Purcell, ha sido dado por desaparecido el 19 de octubre tras no regresar de una misión de transporte. Si se dispone de más detalles, se le notificará con prontitud.
>
> Charles M. Petrie
> Comandante del American Field Service

Mis pulmones dejan de funcionar de repente, como si hubiera recibido un golpe que no hubiera visto venir. No está muerto, sino desaparecido. Clavo los ojos en la palabra. Debería reconfortarme, un frágil hilo de esperanza, pero he oído las historias. Sé lo raro que es que encuentren vivo a un hombre desaparecido. De repente, algo que Anson dijo la noche antes de que me marchase regresa a mí… «Si tú estás a salvo, no importa lo que me hagan a mí».

Me digo a mí misma que si estuviera muerto lo sabría, que habría sentido la pérdida al instante, como si me arrancaran una parte de mí. No ha sido así. Pero al recordar las palabras que pronunció *Maman* la noche que murió, me doy cuenta de que intentaba prepararme para esto. Este día. Esta ocasión.

«Mientras guardes su hermoso rostro en tu corazón, nunca lo perderás realmente».

Pero lo he perdido. Tengo un papel en la mano que me lo dice.

Obligo a mis ojos a mirar de nuevo el telegrama, como si de alguna forma las palabras pudieran haber cambiado. No lo han hecho, la

última frase se vuelve borrosa cuando la leo. «Si se dispone de más detalles…».

Detalles.

Intento no imaginarlo tirado en algún lugar, herido, sangrando. O algo peor. Pero es lo único en lo que puedo pensar. ¿Cuántas mujeres han leído estas mismas palabras? ¿Y cuántas han vuelto a ver a sus soldados, o han sabido siquiera qué les pasó en realidad? Como miembro del AFS, Anson no es realmente un soldado. Sus misiones de resistencia no se llevan a cabo en coordinación con los militares. Son secretas y a menudo improvisadas, lo que significa que solo un puñado de personas podría saber dónde buscarlo. Revelar esa información podría exponer a toda la célula, y la primera regla de la Resistencia es que nunca se debe permitir que la seguridad de una persona ponga en peligro a la célula.

Nadie diría nada.

Dejo que el telegrama caiga sobre la cama y frunzo el ceño al fijarme en la fecha: 25 de octubre. Lo cojo de nuevo, para asegurarme, y miro al padre de Anson a través de un velo de lágrimas.

—Es de hace cuatro días.

Me devuelve la mirada sin abrir la boca.

—¿Lo sabe desde hace cuatro días y no me ha dicho nada?

—Me lo enviaron a mí.

Su respuesta me deja pasmada.

—¿Cuándo iba a enseñármelo?

—Se lo estoy enseñando ahora.

Una vez más, no hay disculpa en su tono, nada que sugiera arrepentimiento o empatía. Solo una gélida monotonía que no consigo comprender.

«Thia».

El pecho se me encoge cuando su nombre aparece en mi cabeza. Anson es su héroe, la única luz en esta casa fría e insensible. Necesitará consuelo, y no puedo imaginar que vaya a recibirlo de su padre. Necesito ir con ella, ayudarla a ser fuerte.

—¿Lo sabe Cynthia?

Los ojos de Owen se endurecen mientras me mira, una advertencia.

—No, no lo sabe. Y no lo sabrá hasta que yo esté listo para que lo sepa. ¿Queda claro?

Asiento, porque no tengo ni voz ni voto en el tema, aunque no estoy convencida de que sea correcto ocultarle la verdad, o de que vaya a agradecerle a su padre este silencio cuando finalmente se entere. Pero tal vez no tenga que enterarse. Todavía hay una posibilidad de que encuentren a Anson con vida y a salvo, y nunca tendría que saber lo del telegrama. Me aferro a ese pensamiento como

a un salvavidas.

—Tiene que haber alguien a quien podamos llamar, alguien en la Cruz Roja que pueda saber algo.

Owen me mira sin emoción, pero todos los músculos de su cuerpo parecen tensos, como si se obligara a mantener la compostura.

—Soy un hombre bien relacionado, señorita Roussel. Tengo una extensa red de contactos bien situados en las diversas ramas del gobierno, y le aseguro que he hecho todas las llamadas que se podían hacer.

—¿Ha llamado al hospital en París y hablado con el doctor Jack? Es el cirujano jefe.

—¿Un cirujano? —La pregunta parece dejarlo atónito—. Jovencita, mis conexiones llegan hasta la Casa Blanca. Aunque no me han servido de nada. Nadie ha podido decirme nada, excepto que mi hijo no regresó al hospital a la hora esperada y que encontraron su ambulancia abandonada en una carretera donde no tenía por qué estar. Nadie sabe el motivo. No aparece como capturado ni muerto, lo cual es algo, supongo, aunque me han advertido de que no me haga ilusiones. Había una cantidad importante de sangre dentro y alrededor del vehículo, y dos testigos afirman haber visto a una pareja de soldados alemanes llevando al interior del bosque a un hombre que se ajusta a la descripción de mi hijo. Dijeron haber oído disparos unos minutos más tarde. Desde entonces, no ha habido rastro de él.

La voz de Owen se vuelve ronca, su dolor al fin se torna palpable mientras coge el telegrama y comienza a doblarlo lentamente.

—La versión oficial es «presuntamente capturado o muerto», aunque creen que es probable que muriese y lo enterraran en secreto. Al parecer, incluso Hitler sabe que queda mal asesinar a un trabajador de la Cruz Roja. Sea como sea, lo más probable es que mi hijo esté muerto.

La cabeza me da vueltas cuando alargo el brazo para cogerle la mano.

—Lo siento muchísimo.

Es todo lo que se me ocurre decir. Sé que no es suficiente, que ninguna palabra bastará nunca, pero me encuentro extrañamente anestesiada, como si de algún modo hubiera escapado de mi cuerpo y observase la situación desde la distancia. Soy consciente de ese otro yo, el que todavía se aferra al vestido de novia que nunca llevará, el que tiene el corazón desgarrado, sangrando, roto. Pero no lo siento.

Se suelta de mi mano como si lo hubiera quemado.

—Apártese de mí.

Me dejo caer sin fuerzas sobre la cama, de repente su odio es más de lo que puedo soportar. Pensé que en este momento de dolor

podríamos encontrar una manera de reconfortarnos mutuamente, pero me equivocaba. No quiere mi consuelo. Ni recibiré consuelo alguno por su parte. También en esto estaré sola.

Las náuseas llegan sin previo aviso, la espinosa oleada de sudor frío es tan repentina que por un momento temo perder el conocimiento. Apenas consigo esquivar a Owen y llegar al baño antes de vomitar. Esta vez los espasmos son más violentos y amenazan con volverme del revés. Caigo de rodillas sobre el frío suelo de baldosas, las arcadas son tan fuertes que se me oscurece la vista, y luego me encojo allí, devolviendo hasta que finalmente no queda nada que sacar.

Me tiemblan las piernas cuando me paro frente al lavabo y me enjuago la boca. En el espejo, mi cara está blanca como la tiza y pegajosa por el sudor, y, de repente, recuerdo el día en que Anson y yo nos conocimos en el hospital. Cómo me acompañó al lavabo y se quedó conmigo mientras me limpiaba con su pañuelo. Por una pequeña mancha de sangre. Pero hoy no hay sangre, hace tiempo que no hay sangre. Ni este mes ni el anterior. De repente, me doy cuenta de lo que llevo semanas ignorando.

Voy a tener un bebé.

Veintinueve

Soline

La lectura es la base de la obra y debe ser siempre el primer compromiso de la tejedora de hechizos. Se proporcionará algún elemento personal, sabiendo que nada de lo que se vea se utilizará para manipular o hacer daño.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

No sé cuándo se marchó Owen. Solo sé que cuando salí del baño ya no estaba, me había dejado sola con mi dolor y esta nueva y terrible realidad. No habrá boda, pero habrá un bebé.

Enceinte. Embarazada.

La palabra me forma un nudo en la garganta, como una piedra atorada a medio camino que no parece que pueda tragar. Se supone que los bebés traen felicidad, pero no me siento feliz. De hecho, no siento nada. He vomitado hasta quedarme vacía y llorado hasta quedarme seca. Estoy hueca, en carne viva. Y a la vez extrañamente desconectada. Tal vez la cantidad de dolor que un corazón puede soportar tenga un límite.

El cuarto está a oscuras, y he perdido la noción del tiempo. De alguna manera he conseguido dormir un poco. Pero ahora estoy despierta en la quietud soñolienta, con el sabor de la bilis todavía

agarrado a la garganta. Nunca imaginé que nuestra única noche juntos pudiera dar como fruto un bebé. *Maman* nunca me habló de estas cosas, pero siempre di por sentado que sería más difícil. Ahora veo que he sido ingenua. Los dolores de cabeza y las náuseas, la fatiga permanente. Comenzó en el barco, casi un mes después de dejar París. Creí que solo era *mal de mer,* los mareos consecuencia de navegar en barco. Y luego, más tarde, pensé que solo eran los estragos del viaje en mi cuerpo: días con poca o ninguna comida, siempre en movimiento, el miedo constante a que me capturasen o arrestaran. He sido una *imbécile.*

Me protejo los ojos al encender la lámpara y miro a mi alrededor, las cartas desperdigadas, la caja del vestido que se abre vacía a los pies de la cama, mi vestido de novia tirado a un lado, un fantasma de la novia que una vez soñé que estaba destinada a ser. El estuche de afeitado de Anson, la única cosa que poseía de él y que prometí conservar, ha desaparecido.

Por un instante pienso en el rosario de *Maman,* mi recuerdo de despedida, y me pregunto dónde estará ahora. ¿En manos de algún oficial de las SS que rebuscó en sus bolsillos después de dispararlo? ¿Tirado en una pila en alguna parte, en alguno de los campos?

«Presuntamente capturado o muerto».

Aprieto los ojos, pero las imágenes siguen ahí, grabadas a fuego en la parte posterior de mis párpados. El rostro de Anson, su dulce y hermoso rostro, ensangrentado e inmóvil. Los ojos grandes, del color de un mar tranquilo de verano, abiertos y ciegos.

No puede estar muerto. No es posible.

Si pudiera volver a ver su rostro, como la última vez que lo vi, podría aferrarme a él igual que *Maman* se aferró a mi padre, en su corazón. Mi mano sube al guardapelo, pequeño y cálido en el hueco de mi garganta. Si tuviera una fotografía suya, podría llevarlo siempre conmigo, y un día compartirlo con nuestro hijo.

Antes de que pueda contenerme, me he escapado de mi habitación y he salido al pasillo. La casa está inmóvil, el silencio es tan absoluto como la oscuridad. Contengo la respiración mientras avanzo por el pasillo con los pies descalzos sobre la alfombra. Nunca he estado en este lado de la galería, el lado de la familia, pero sé que la habitación de Thia es la primera puerta a la derecha y que la de Anson está enfrente de la suya.

Me detengo frente a la puerta de Thia y escucho. Todo está en silencio. Y en este momento, al menos, me alegro de que no sepa lo del telegrama, de que cuando salga el sol y abra los ojos no sepa lo mismo que yo: que su querido hermano no va a volver a casa.

Me doy la vuelta y miro la puerta de Anson, con el pulso

retumbando en mis oídos mientras intento no pensar en la posibilidad de que Owen salga al pasillo y me encuentre merodeando frente a la habitación de su hijo. Entonces recuerdo que lo peor ya ha ocurrido. Si Anson se ha ido de verdad, nada de lo que diga o haga podrá hacerme daño.

Siento el pomo de cristal frío contra mi palma. Miro una vez más hacia el final del pasillo. No hay luz ni se oye nada. Suelto el aliento despacio y empujo la puerta. El olor de Anson me rodea de repente, cáustico, limpio y masculino, y por un momento su presencia es tan palpable que parece que pueda estirar el brazo y encontrarlo en la oscuridad.

Con la espalda apoyada contra la puerta cerrada, espero a que el dolor disminuya. La luz de la luna se filtra a través de las cortinas transparentes que hay detrás de la cama y baña la habitación en sombras frías y angulosas. No hay cortinas opacas, probablemente porque la habitación no se ha utilizado desde que Anson se fue a París, mucho antes de que los estadounidenses se involucraran en la guerra.

Me acerco a la ventana, bajo la persiana y enciendo la pequeña lámpara de la mesilla. Es una habitación sencilla, no mucho mayor que la mía, decorada en tonos de peltre y arena. Hay una cama doble cubierta con una manta de brocado gris pálido, una pesada cómoda y un pequeño escritorio con una silla en una esquina. Muy Anson: sencillo y ordenado, sin pretensiones.

Me siento como una intrusa mientras ando de puntillas por la habitación, abriendo cajones y espiando en su armario, desvelando las capas de la vida que llevaba Anson antes de que lo conociera. Estar aquí, tocando las cosas que usaba cada día, es la peor tortura posible y, sin embargo, parece que no puedo parar. Estoy hambrienta de él, desesperada por conectar con sus recuerdos si son ya lo único que voy a tener de él.

Voy hasta el escritorio. La superficie está desnuda salvo por una pequeña lámpara y un vade de cuero arañado. Paso la mano por el respaldo de la silla mientras lo imagino sentado en ella, estudiando o escribiendo cartas, y luego abro el cajón central. Una fotografía enmarcada, con el cristal rajado por la mitad, me devuelve la mirada. Es de Anson y Thia, muy elegantes con jerséis blancos a juego, posando con su madre delante de un gran velero. Los tres entornan los ojos por el sol y sonríen a la cámara. A Thia le falta uno de los incisivos.

Mi corazón se desgarra mientras intento adivinar la edad de Anson. Quince años, quizá dieciséis. Está delgado, casi desgarbado, pero ya es más alto que su madre. Una lágrima resbala por mi mejilla. La atrapo con el dorso de la mano antes de que caiga. No es exactamente lo que

esperaba encontrar, la foto tiene años, pero es más de lo que tengo de él ahora. Podría cortarla para que cupiera en el medallón. Pero mientras me quedo mirando las tres caras sonrientes, no soporto la idea de recortar a Anson de una fotografía con su madre y su hermana.

Abro el cajón un poco más, preparándome para devolver la fotografía, y entonces veo un libro en el fondo. Lo arrastro hacia delante y lo saco. La cubierta es de tela azul gruesa decorada con una especie de escudo dorado. Las letras del lomo rezan: HISTORIA DE LA PROMOCIÓN DE 1941, UNIVERSIDAD DE YALE.

Llevo el libro a la cama y lo abro sobre mi regazo. Paso las páginas, primero despacio, escudriñando rostro desconocido tras rostro desconocido, hasta que todos empiezan a parecerse. Y, de repente, ahí está él, mirándome con fijeza desde la pesada página blanca. Anson William Purcell, estudiante de segundo año.

Casi sonrío al seguir la imagen con el dedo. Está tan guapo con su traje y corbata, sus ondas rubias rebeldes cuidadosamente domadas para la ocasión. La suavidad infantil de la foto con su madre y su hermana ha desaparecido y ha sido sustituida por una resolución descarada y casi obstinada, una determinación de abrirse camino en el mundo, de ser el hombre que él decida.

Una ola de rabia me sacude, un sollozo surge de un pozo que creía vacío. Por las promesas que nunca se cumplirán y el bien que nunca se hará. Por una criatura que nunca conocerá a su padre.

Los ojos ya me escuecen de tanto llorar. Los cierro y me recuesto sobre la colcha, abrazando el anuario contra el pecho. De repente estoy muy cansada. «El bebé», pienso con dificultad. El bebé me hace sentir cansada. El bebé de Anson.

Me despierto de golpe, con una luz brillante que me atraviesa los párpados cerrados. Cuando me incorporo, noto vagamente que algo golpea el suelo y que no estoy en mi habitación. Mis ojos no enfocan bien, pero la forma de Owen a los pies de la cama es inconfundible.

—¿Qué demonios hace aquí? —ruge.

Parpadeo pesadamente tratando de encontrar una respuesta. Ha encendido la luz del techo y el resplandor hace que me duelan los ojos.

—Lo siento. —Tengo la garganta ronca de tanto llorar, mis palabras son apenas un chirrido—. Solo quería ver su habitación, estar cerca de sus cosas.

Se aproxima al escritorio, donde el cajón sigue abierto. Coge el marco roto y lo examina. Se ha afeitado desde la última vez que lo vi, pero lleva la misma rebeca arrugada de ayer, con las mangas enrolladas hasta los codos. Me pongo en pie y veo cómo se agacha y

recoge el anuario de Anson del suelo. Su mano se detiene en la portada un instante, como si fuera a abrirlo. En vez de eso, se acerca a mí, con la cara tan cerca de la mía que huelo su tónico capilar rancio y su ropa sin lavar.

—No tiene ningún derecho a tocar las cosas de mi hijo. Ni a dormir en su cama. No tiene ningún derecho a estar aquí, esta no es su casa.

Doy un paso atrás. Su furia me aterroriza, y su aliento es agrio por el alcohol.

—Estaba buscando una foto de Anson, y encontré su anuario en el escritorio. Me senté en la cama a mirarlo y he debido de quedarme dormida.

Sus ojos se entrecierran, como si se le acabara de ocurrir algo.

—¿Para qué quiere una foto de mi hijo?

—Quería ver su cara —digo en voz baja y suplicante—. Y tener algo para recordarlo. Su estuche de afeitado era todo lo que tenía, pero usted me lo quitó. Así que pensé…

—Salga de este cuarto —vocifera, señalando la puerta—. O yo mismo la sacaré a rastras.

Mi visión se empaña, pero me niego a dejar salir las lágrimas.

—Voy a tener un bebé —digo en voz baja—. El bebé de Anson.

Sus ojos bajan a mi barriga y regresan a mi rostro cargados de acusaciones.

—Supongo que debería haberlo visto venir. Ahora que sabe que no habrá campanas de boda, ha decidido sacar el as de la manga. ¿Lo sabía mi hijo?

Niego con la cabeza.

—Yo misma me di cuenta ayer, después de que me mostrase el telegrama.

—Qué cosa tan oportuna.

Su insensibilidad me deja de piedra.

—Su hijo no volverá a casa y yo llevo a su bebé en mi vientre. ¿Es todo lo que tiene que decirme?

Me mira con una mezcla de furia y desprecio.

—No pongo en duda el hecho de que tiene una criatura en el vientre. Solo una estúpida mentiría sobre algo así cuando el tiempo acabará exponiéndola, y aunque sospecho que es usted muchas cosas, no creo que sea una estúpida. Pero no hay manera de afirmar quién es el padre. —Hace una pausa y me mira de arriba a abajo—. Hasta donde yo sé, ni usted misma lo sabe.

Sus palabras me hieren de una manera que nunca creí posible.

—No puede creer eso. No es posible.

—¿No? —Su boca se tuerce en una mueca desagradable—. Hay

nombres para las mujeres como usted. Expertas en engañar a nuestros muchachos para que se casen con ellas. Y casi dio resultado, ha conseguido atravesar el inmenso océano azul e instalarse en mi casa. Incluso tiene a mi hija comiendo de su mano. Pero el telegrama no entraba en sus planes, ¿verdad?

—¡No es cierto! ¡Nada de lo que dice lo es!

—Ahórreme su indignación. No le servirá de nada. —Avanza hasta el escritorio y estudia unos segundos el marco de fotos rajado antes de meterlo de nuevo en el cajón. Cuando se vuelve a mirarme otra vez, su rostro es duro e inexpresivo—. Se creyó muy lista presentándose en mi puerta con su caja llena de ropa. Supuso que haría la vista gorda sin más mientras caminaba hacia el altar con mi hijo. Pero eso no iba a pasar. Ahora cree que su barriga la salvará, que un bebé le da algún tipo de derecho sobre los Purcell. Pero se ha equivocado en sus cálculos, *mademoiselle.* Ese niño nunca será un Purcell, ni por nombre ni por nada más. Aquí no hay lugar para ninguno de los dos.

Lo miro fijamente mientras tomo consciencia de la realidad de mi situación. Soy una inconveniencia, un error que corregir, y cuanto antes mejor.

—¿De verdad es usted tan duro, está tan lleno de odio que podría vivir habiéndole dado la espalda a su propio nieto? ¿Podría Thia vivir con ello?

Se tensa y aprieta los puños mientras mantiene los brazos en los costados.

—Mi hija no sabrá ni una palabra sobre su barriga. Ni sobre su hermano. ¿Está claro? He hecho los preparativos para enviarla a una escuela en Connecticut. Se marcha pasado mañana. Y hasta entonces, no se acercará a ella. Para cuando regrese, usted ya no estará aquí.

La idea me sume en el terror. No conozco a nadie aquí, no tengo dinero, ni trabajo. Pero lo que más me preocupa es la pobre Thia.

—¿Puedo al menos decirle adiós?

—No, no puede. No permitiré que siga manipulando a mi hija.

No tengo nada que decir al respecto. Ha tomado una decisión sobre mí y sobre todo lo demás.

—¿Qué pasará ahora? —me limito a preguntar.

—Habrá que tomar medidas. Control de daños. Doy por sentado que no tiene dinero.

—No mucho, y solo francés.

—Conozco a un hombre en Providence, un médico que trabaja con mujeres como usted.

—Mujeres como yo —repito—. ¿Qué significa eso?

—Significa soltera, embarazada, sin familia ni sustento. Lo llamaré hoy y pondré en marcha los preparativos.

Me siento palidecer. En París había mujeres que se especializaban en ese tipo de cosas, en medicinas y… operaciones. *Avorteuses.* Me cubro la barriga con las manos en un gesto instintivo de protección.

—¿Qué clase de… preparativos?

—Un lugar donde alojarse. Una familia decente que se ocupe del bebé. Ayuda para arreglárselas cuando termine con todo esto. ¿A qué creía que me refería?

Sacudo la cabeza, incapaz de decir la palabra en voz alta.

Owen baja la vista al suelo, claramente incómodo.

—No soy un bárbaro, a pesar de lo que pueda pensar. Pero no permitiré que su condición se haga pública y nos meta a mí y a mi hija en un escándalo. Nadie sabe de su «conexión» con mi hijo, y pretendo que siga siendo así. Si esto fuera una película, le extendería un cheque o le pondría un pequeño negocio y ahí quedaría todo. Pero esto no es una película. En el mundo real, ese tipo de asistencia podría confundirse por una confesión en vez de lo que realmente es: un simple acto de caridad cristiana.

—¿Esta es su caridad? ¿Tratarme como una especie de pequeña maquinadora cuando no le he pedido nada?

Va hacia la puerta como si no hubiera hablado.

—Esta conversación ha terminado. Huelga decir que, si decide darme problemas, si intenta contactar conmigo o con mi hija, o mencionar siquiera el nombre de mi hijo a alguien, me encargaré de destruirla. En otras palabras, señorita Roussel, puedo ayudarla o hacerle daño. La elección es suya.

Me quedo allí con su ultimátum mientras estudio al hombre que pensé que un día sería mi suegro. Qué frío está mientras hace sus planes para deshacerse de mí, tan férreo y serio. Un trato que negociar, un desastre que arreglar. Anson dijo una vez que era *formidable,* y tenía razón. Su padre ha pensado en todo.

Pero Owen también tiene razón. No tengo muchas opciones. Ninguna, de hecho. Necesitaré un lugar donde vivir, algún sitio limpio y seguro, hasta que pueda encontrar trabajo y abrirme camino. Aceptaré lo que me ofrece, porque no tengo otra opción. Pero mi bebé no necesitará una familia. Yo seré su familia.

Treinta

Rory

12 de julio de 1985, Boston

Soline estaba sentada con la mirada baja, claramente conmocionada por la historia que me había contado a lo largo de la última hora. Rory la estudió mientras trataba de imaginar cómo debió de ser. Una huida horrible, un telegrama desgarrador, un bebé que no había planeado y un monstruo que la había abandonado a su suerte. ¿Cómo había sobrevivido a todo eso?

¿Cómo le habría ido a ella en circunstancias similares?

La pregunta la hizo sentir ligeramente avergonzada. A veces olvidaba lo cómoda que había sido su vida. Había nacido en una familia adinerada y con un apellido que le abría cualquier puerta, y nunca había conocido dificultad alguna. De hecho, antes de la desaparición de Hux, su mayor desafío había sido la peliaguda relación con su madre.

—Me haces sentir vergüenza —dijo en voz baja—. La mayoría de la gente se habría rendido después de las cosas que te pasaron, pero tú seguiste luchando. Y aquí estoy yo, presentándome en tu puerta con mi bolsa de comida para llevar y lloriqueando por lo difícil que es mi vida. ¿Por qué no puedo ser fuerte como tú?

Soline cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Ser fuerte demasiado tiempo te vuelve frágil, *chérie.* Y las cosas

frágiles se rompen con facilidad. —Apartó la vista mientras se secaba los ojos y forzó una sonrisa—. Mira, ¿ves? No soy tan fuerte. Tal vez todavía haya esperanza para mí.

—Siento haberte hecho recordar todo esto. ¿Estás bien?

Soline asintió, pero la sonrisa desapareció cuando se puso de pie.

—Estoy bien, solo un poco acalorada. ¿Por qué no entramos? Lavaré los platos y luego podemos tomar el postre. Te enseñaré cómo hacer café de verdad, con una cafetera francesa. Te prometo que no querrás volver a usar esa máquina tuya que gotea.

Rory fregó los platos mientras Soline le instruía sobre las virtudes de la cafetera francesa y la declaraba la única forma civilizada de hacer café. Llenó dos tazas, sirvió unas *madeleines* en un plato y llevó la bandeja al salón.

Se acomodaron en los extremos del sofá con sus tazas. Era una habitación grande, pero cómoda, amueblada con piezas escogidas para ser disfrutadas más que para impresionar. Era cien por cien Soline. De buen gusto, pero sin los aspavientos de la casa perfecta de Camilla. También tenía razón sobre el café. De hecho, allí todo resultaba agradable.

Cogió una *madeleine* y la mordisqueó pensativa mientras observaba a Soline dar unos sorbos a su café. No podía explicar la conexión entre ellas. Solo sabía que era real, ese destino que de algún modo había considerado necesario entretejer sus historias. Pero ¿por qué?

—¿Alguna vez piensas en por qué nos hicimos amigas? —preguntó Rory en voz baja—. El modo en que encontré la casa adosada y luego la caja. Parecía que fuera… —Hizo una pausa para buscar la palabra adecuada—. Inevitable, tal vez. ¿Crees en eso? ¿Que ciertas cosas están destinadas a suceder?

Soline se quedó callada un momento, como si sopesara la pregunta cuidadosamente.

—Tal vez en algún momento lo creí —dijo al fin—. Creía que Anson y yo estábamos destinados a casarnos, que vendría a casa con el rosario de mi madre y que yo le devolvería su estuche de afeitado y viviríamos felices para siempre.

Rory asintió con tristeza y frunció el ceño al recordar algo que Soline había dicho antes.

—Espera. Dijiste que el padre de Anson te quitó el estuche de afeitado, pero recuerdo haberlo visto en la caja.

Soline se encogió de hombros.

—Me lo devolvió. No sé qué lo llevó a hacerlo, ni siquiera cuándo lo hizo. Me marché esa misma semana. El chófer me llevó hasta la estación de tren, y una mujer llamada Dorothy Sheridan vino a buscarme en Providence.

—¿Quién era Dorothy Sheridan?

—Dirigía la Asociación de Ayuda a las Familias, que es una manera bonita de decir hogar para madres solteras. Había otras ocho chicas como yo allí. Algunas apenas eran unas niñas, otras afirmaban ser viudas de guerra, pero todas teníamos una cosa en común: nos habían pillado sin marido y no teníamos a dónde ir. Me pasé el primer día llorando, no podía creer que Owen pudiera odiarme tanto. Pero cuando abrí la caja, en el fondo estaba el estuche de afeitado de Anson. Cuesta imaginarlo sintiendo remordimiento, pero tal vez lo hizo por Anson. Sin duda, no lo hizo por mí.

—¿Pudiste al menos despedirte de Thia?

Soline negó con la cabeza.

—Owen la envió a Connecticut al día siguiente.

Rory se quedó un rato callada mientras intentaba imaginar el horror de todo aquello. Embarazada y llorando sola la muerte de su amado.

—Debes de ser la mujer más valiente que conozco. Pasar por todo eso y seguir adelante.

Soline se miró las manos, apretándolas y flexionándolas alternativamente, algo que hacía a menudo cuando parecía estar sumida en sus pensamientos.

—Seguí adelante porque no tenía alternativa.

—Lo sé, pero entregar a tu bebé…

—No la entregué —dijo Soline, apartando la mirada—. Murió.

Rory se quedó muda absorbiendo las palabras como un golpe en el plexo solar.

—Lo siento mucho. Imaginé… ¿Qué pasó?

—Una mañana me levanté de la cama y sentí un chorro de agua. Sabía que eso ocurría, pero era demasiado pronto. Les dije que debían pararlo, que la niña no tenía que llegar hasta dentro de un mes, pero dijeron que ya estaba en camino y había que rezar. Me llevaron a una habitación pequeña sin ventanas con una cama estrecha con correas de cuero. También había una cuna diminuta, una cama de hospital para bebés. Entonces me dieron algo, me pincharon algo en el brazo y me pusieron una máscara en la cara. Después de eso no recuerdo gran cosa.

Rory abrió mucho los ojos.

—¿Te durmieron para tener un bebé?

—Así lo hacían en aquella época. Lo llamaban sueño crepuscular. Así no recordarías nada. Cuando desperté, me sentía como si me hubieran dado una paliza. Tenía moratones en los tobillos y en las muñecas por culpa de las correas. Pero me daba igual. Supliqué que me dejasen cogerla, darle de mamar, pero me dijeron que era

demasiado pronto, que no estaba lo bastante fuerte como para mamar. Debí de quedarme dormida, estaba tan cansada… Cuando desperté de nuevo, la cunita había desaparecido y comencé a gritar. Al fin vino alguien, una de las matronas, pero no me miraba a los ojos. Supe lo que venía, pero oírla decir las palabras casi me quiebra en dos. «Era demasiado pequeña para sobrevivir. Los pulmones no estaban desarrollados. Está con los ángeles».

Rory cerró los ojos, incapaz de saber qué decir para consolarla. Sencillamente, no existían palabras para expresar semejante tormento.

—Lo siento mucho —repitió débilmente.

—Sabía que sería una niña. Ya le había puesto nombre: Assia. Significa «que trae consuelo». —Hizo una pausa y tragó con dificultad —. La oí llorar —susurró—. Cuando nació, la oí llorar. A veces desearía no haberla oído. Si hubiera nacido muerta, sin vida desde el momento que había abandonado mi cuerpo, tal vez habría sido más fácil. Pero saber que había vivido ni que fueran unas horas sin su *mère,* que murió sin conocer mis caricias, todavía me rompe el corazón. Pedí que me dejasen verla, que me permitieran cogerla, pero ya se la habían llevado.

—¿Llevado a dónde? —preguntó Rory, horrorizada.

—Llamaron al despacho del forense para que vinieran a buscarla. Es la ley, así pueden verificar la causa de la muerte para el certificado. Dijeron que como yo era una indigente, la enterrarían en el cementerio del condado. No habría ceremonia ni marca en la tumba. Les rogué que lo detuvieran, que me dieran tiempo a encontrar el dinero para enterrarla como Dios manda. Habría llamado al padre de Anson y le habría suplicado, pero no me dejaron usar el teléfono. Tres días más tarde, me dijeron que ya estaba hecho.

Rory contuvo las lágrimas.

—¿Te dijeron al menos dónde, para poder visitar su tumba?

—No —murmuró—. Pero tal vez fuera una suerte. Sé que suena extraño, pero ver su tumba habría hecho su muerte demasiado real.

—Pero fue real.

—Sí, lo fue. Pero cuando quieres a alguien, cuando lo quieres de verdad, es una conexión que no puede cortarse. Incluso cuando te la arrebatan, años después, sigues sintiéndola, como un eco que te llama. Y a una parte de ti le alegra un poco que existan esos momentos, incluso cuando casi hacen que te dobles del dolor.

«Un eco que te llama».

La idea envolvió a Rory como una brisa fría. ¿Así sería con Hux? ¿Sin adiós, sin respuestas, solo nebulosos recuerdos?

—A veces imagino que la veo —dijo Soline con voz lejana—. Como solía hacer con Anson. Veo una carita en la multitud y, por un

brevísimo instante, se me para el corazón. Tiene los ojos de su padre y la sonrisa de su tía Thia. Pero entonces gira la cabeza y el rostro cambia, y recuerdo que Assia ya no está.

Rory permaneció en silencio un rato, abrumada por la totalidad de las pérdidas de Soline. Decía que no era valiente, pero se equivocaba. Sin más materia prima que el dolor, se había forjado una vida. Una mujer, sola en una ciudad extraña, mientras la guerra hacía estragos y básicamente no había en qué trabajar, y que, sin embargo, había conseguido labrarse una lucrativa carrera y, por lo que parecía, ganar mucho dinero con ello. ¿Qué más podría haber logrado si una sucesión de penas no hubiese alterado el curso de su vida?

—¿Cuánto tiempo te quedaste… después?

—No mucho. Una vez nacían los bebés, nos querían fuera. Una semana más tarde, Dorothy Sheridan vino a verme y me dijo que me había encontrado una habitación y trabajo. Tenía que empaquetar mis cosas y estar lista para partir al día siguiente. Cuando se acabó el trabajo en Providence, me trasladé a Boston, pero cuando los hombres empezaron a volver, fue imposible encontrar nada. Trabajé un tiempo en un taller de reparación de calzado a cambio de alojamiento y comida, y también hacía trabajos de costura. Tenía que compartir mis comidas con los ratones, pero no me molestaban demasiado. Ellos también tenían hambre.

—¿Y nunca volviste a hablar con el padre de Anson?

—No. Le creí cuando dijo que me destruiría si intentaba ponerme en contacto. Además, no quería nada de él. No obstante, me hubiera gustado ver de nuevo a Thia y explicarle por qué me fui de forma tan abrupta. —Hizo una pausa y sonrió con melancolía—. Y para decirle que por fin pude hacer vestidos con mi nombre en la etiqueta.

—Todavía estoy asombrada —exhaló Rory—. Comenzar sin nada y conseguir tanto. ¿Cómo lo hiciste?

—Como las heroínas de las mejores historias, tuve un hada madrina.

Rory la miró sonriendo con picardía.

—¿Cómo encuentro una de esas?

—No las encuentras, *chérie.* Tan solo aparecen; a menudo, cuando más las necesitas. Y el cómo es distinto para cada persona. La mía se llamaba Maddy y era maravilloso.

—¿Tu hada madrina era un hombre?

Soline esbozó una sonrisa.

—Así es.

—Vale, ¿y cómo te encontró?

La sonrisa de Soline se apagó un poco.

—Creo que esa es una historia para otro día.

—Lo siento, no quería presionarte.

—No lo has hecho, pero estoy cansada.

Rory se miró el reloj y se sorprendió al ver que eran más de las siete. Se puso en pie, recogió las tazas y las dejó en la bandeja.

—No pretendía quedarme tanto tiempo. Se suponía que iba a escoger lámparas. Te ayudaré a limpiar antes de irme.

Soline cogió la bandeja antes de que Rory pudiera hacerlo.

—Son cuatro cosas. Ve tranquila, lo prefiero así.

Rory se colgó el bolso del hombro a regañadientes y fue hacia el vestíbulo.

—De verdad que siento haberme hecho tan pesada. Deberías haberme echado hace horas.

—No digas tonterías. ¿Qué otra cosa tenía que hacer?

—Aun así, te prometo no caer de nuevo sin avisar. Pero gracias por la charla. La verdad es que no tengo a nadie con quien pueda hablar de Hux. Nadie que lo entienda, quiero decir.

—Lo de antes iba en serio, Rory. Si tienes dudas, rompemos el contrato y nos olvidamos del tema. Pero creo que tu Hux tenía razón: este sueño lleva tu nombre.

Rory parpadeó para contener las lágrimas que le quemaban y luchó contra el impulso de abrazar a Soline.

—Gracias —dijo en su lugar, agradecida, mientras salía al escalón de la entrada, de que esa mujer encantadora e inexplicable hubiera aparecido en su vida. Al llegar al último escalón, se le ocurrió un pensamiento. Se detuvo y se volvió a mirar a Soline, recortada en la puerta.

—Acabo de darme cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—Tú eres mi hada madrina.

Treinta y uno

Soline

Aunque es justo esperar una compensación por nuestro oficio, el beneficio económico no debe considerarse nunca a la hora de sopesar si se acepta o no a una clienta concreta. Confía en que La Mère *proveerá de otras maneras y recuerda que lo primero y lo último en lo que debemos pensar siempre es la obra.*

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

Las palabras de Rory me acompañan mientras cierro la puerta. Me temo que no soy gran cosa como hada madrina, pero escucharla decir esas palabras me ha producido una calidez que no he sentido en mucho tiempo. Y, sin embargo, me encuentro extrañamente melancólica. De repente, siento la casa vacía, y yo también me siento así.

Voy a la cocina y abro una botella de vino para que me haga compañía. Cojo el plato de *madeleines* y me lo llevo al estudio. Es donde paso la mayoría de las noches últimamente, acompañada de mis recuerdos y emborrachándome lo suficiente como para dormir sin soñar.

Las *madeleines* llevan limón. Cojo una, le doy un bocado y dejo que se derrita en mi lengua. De repente sonrío. La dulzura ácida me

recuerda a Maddy, y por eso las compro de vez en cuando. Eran sus favoritas y, de manera indirecta, la razón de que nos hiciéramos amigos.

A veces parece que fue ayer, y otras, que fue hace toda una vida. Llevaba apenas unas semanas en Boston y todavía estaba buscando trabajo. Mi acento seguía siendo muy marcado, y las tiendas de ropa no querían una extranjera que recordara la guerra a sus clientes. Comenzaba a quedarme sin dinero y no podía permitirme ser exigente, así que empecé a ir de tienda en tienda, ofreciéndome a hacer lo que fuera necesario.

Un día, entré en una pequeña pastelería llamada Bisous Sucrés. «Por fin», pensé, «mi acento será una ventaja». Pero era tarde y estaba tan cansada, y los olores del café y el chocolate me recordaron tanto a mi casa que, cuando la mujer que estaba detrás del mostrador me preguntó qué quería, se me llenaron los ojos de lágrimas y no pude articular palabra.

Se apiadó de mí, bendita sea, y me llevó a la parte trasera de la tienda. Me trajo un plato con los bollos más bonitos que nunca había visto. Comí como una cerda, aunque ella fingió no percatarse, y mientras tomaba varias tazas de café, le conté mi historia, o al menos las partes que quería compartir.

Era diez años mayor que yo, pero teníamos mucho en común. Había venido de Chartres con sus padres al comienzo de la Primera Guerra Mundial y aprendido el oficio de su madre. Había perdido a un hermano en Normandía, su marido había muerto ahogado, y luchaba por criar a una hija sola. Comprendía las dificultades y las pérdidas, y la necesidad de una mujer de abrirse camino. No podía permitirse el lujo de contratarme, pero conocía a alguien que podría estar buscando a una chica que supiera usar una aguja, un sastre que había perdido recientemente a sus dos ayudantes y estaba en una situación bastante mala.

Escribió el nombre y la dirección en el reverso de un sobre y me dijo que fuera a verlo por la mañana, que mencionara su nombre y no aceptase un no por respuesta. Antes de irme, me dio una caja atada con un cordel y me dijo que la llevara conmigo, para endulzar el momento.

Así que, un poco después de las nueve de la mañana del día siguiente, con la caja de dulces en la mano, llamé a la puerta de una elegante casa adosada de ladrillo en la esquina de Newbury Street con la palabra MADISON'S estampada en limpias letras doradas en el escaparate.



4 de agosto de 1944, Boston

Después de llamar por segunda vez, abre un hombre alto de unos cincuenta años que lleva una bata ajada de seda grisácea y unos pantalones muy arrugados. Tiene el pelo ondulado y de color caramelo, con finas hebras de plata, y lleva un fino bigote que sospecho que está teñido con lápiz de cejas o cera, porque su color es varios tonos más oscuro que el pelo.

—No —masculla antes de que pueda hablar.

Lo miro parpadeando, sin comprender.

—¿Perdone?

—Venda lo que venda, no lo quiero.

—¿Es usted Myles Madison?

—¿Quién lo pregunta?

Es tan brusco, tan completamente despectivo, que casi me doy la vuelta y me voy, pero recuerdo mis instrucciones. «No aceptes un no por respuesta».

—Claire Bruneau me dijo que viniese a verlo. Dijo que tal vez necesitaba a alguien que cosiera para usted.

Se pasa una mano por el pelo mientras frunce el ceño.

—¿Claire?

—De Bisous Sucrés. Me ha dicho que le trajera esto.

Sus ojos son de un gris pálido, con párpados gruesos y largas pestañas doradas. Se iluminan un instante al posarse en la caja y me miran otra vez.

—*¿Madeleines?* —pregunta con recelo.

—No lo sé. Solo me dijo que las trajera, para endulzar el momento.

Gruñe, pero me coge la caja y se da la vuelta: una invitación a entrar, supongo. La acepto y me encuentro en un salón tenuemente iluminado amueblado con profundos sillones de cuero y mesas oscuras y pesadas. Tiene el ambiente que siempre pensé que tendría un club de caballeros. Gruesas cortinas de brocado, lámparas de latón con pantallas verde oscuro, una lujosa alfombra turca en tonos burdeos y salvia. Todo bruñido y de buen gusto.

—¿Qué busca? —pregunta en el mismo tono arisco que ha usado al abrir la puerta. Ha desatado el cordel de la caja y está mirando dentro, tratándome como si fuera una distracción.

—Trabajo —respondo con serenidad—. Claire dijo que ha perdido a sus dos asistentes. Mi madre tenía una tienda de vestidos de novia

en París hasta que comenzó la guerra. Trabajaba allí con ella.

—Esto no es una tienda de vestidos de novia, jovencita. Yo no hago vestidos.

—A la aguja no le importa lo que cose.

Levanta la cabeza y me mira con atención.

—¿Cómo se llama?

—Soline Roussel —digo, negándome a encogerme bajo su intensa evaluación—. Y usted es Myles Madison, el mejor sastre de todo Boston, o eso afirma Claire. Soy buena, *monsieur* Madison, perfectamente capaz de llevar a cabo cualquier tarea que me pida… y de verdad que necesito el trabajo.

El rostro del hombre se suaviza un poco, pero sus ojos siguen fríos mientras me estudia minuciosamente, centímetro a centímetro. Mi cabeza descubierta y el vestido lleno de remiendos, los zapatos gastados, el bolso raído y la mano sin anillo. Como *Maman* al evaluar a una posible clienta, no se le escapa nada.

—Sí —dice secamente—. No se me ocurriría dudarlo. ¿Qué más le ha contado Claire de mí?

Frunzo el ceño sin entender muy bien la pregunta.

—Nada.

—¿Nada sobre por qué perdí a mis dos asistentes?

Niego con la cabeza, inquieta al pensar a dónde querrá llegar.

—Supongo que no está casada.

—No.

—No, ya me parecía. Y tiene, ¿qué? ¿Dieciocho años?

—Veintiuno.

—Y conoce bien el mundo, me imagino.

—Conozco muy bien el mundo, *monsieur*. Mucho más de lo que querría.

—De acuerdo, entonces —dice mientras se dirige hacia una pequeña barra en una esquina y coge un vaso—. Ya somos dos. Tal vez debería contarle mi historia antes de que sigamos. —Sirve unos centímetros de un líquido transparente en el vaso, lo mira un momento y se vuelve hacia mí como si de repente hubiera recordado sus modales—. Discúlpeme. ¿Puedo ofrecerle una copa?

Mis ojos se posan en el reloj de la repisa de la chimenea. Todavía no son las diez.

—No, gracias. En general a esta hora prefiero café.

—Como guste. —Levanta el vaso parodiando un brindis y bebe un largo trago, haciendo una mueca cuando el líquido le baja por la garganta. Se da la vuelta, rellena el vaso, y me pregunto si se ha vuelto a olvidar de mí.

—Estaba a punto de contarme su historia.

—Sí, sí, mi historia. Bien, de acuerdo. Atiendo a una clientela muy acomodada, señorita Roussel, o solía hacerlo. Los brahmanes, como se llaman a sí mismos. Hombres importantes con trabajos importantes. Hombres con dinero y poder y apellidos que se remontan a la condenada nobleza. También tienen secretos, pero no para mí. Veo a mis clientes en cualquier estado de desnudez, como un doctor. Es una relación que tiende a ciertas… confidencias. Sé quién tiene problemas de salud, quién tiene dificultades económicas, quién ha tenido un poco de suerte en el mercado, quién deja a su mujer por su amante y quién engaña a su amante con el nuevo y apuesto instructor del club de tenis…

Hace una pausa a la espera de que me sonroje o me aturulle. Al ver que no lo hago, continúa:

—Como imaginará, rara vez estoy en entornos sociales con el tipo de hombres a los que visto. Están muy por encima de mi nivel. Pero hace unas semanas, estaba en el bar del hotel Statler con unos amigos y me topé con un nuevo cliente mío, un tipo metido en política con una esposa de la alta sociedad y planes de ascender.

Hace una pausa, adopta una pose melodramática y la voz a juego.

—Lawrence Tate, de los Tate del Mayflower, ahí es nada. Huelga decir que me sorprendió verlo allí. Aunque no tanto como le sorprendió a él verme a mí.

—¿Por qué?

Me mira visiblemente divertido, con una sonrisa descaradamente sexual y me doy cuenta de que es guapo, o lo era hasta hace poco.

—Porque, preciosa niña, por norma, el club del que le estoy hablando no suelen frecuentarlo tipos de cuentos de hadas en busca de jovencitas de buena cuna. Les gustan los amantes más bien masculinos y rara vez se molestan en averiguar sus apellidos.

No digo nada.

—¿Comprende lo que le estoy diciendo?

—*Oui* —digo serenamente—. Lo comprendo. —Vuelvo a mirar el reloj cada vez más impaciente. He venido a buscar trabajo. Si la respuesta es no, necesito continuar con mi búsqueda—. ¿Va a contratarme o no, *monsieur?*

Apura el vaso y se vuelve una vez más para llenarlo de nuevo. La mano le tiembla mientras se sirve, y por primera vez veo la fragilidad que se esconde bajo su fanfarronería. Está destrozado, y muy probablemente enfermo. Lo último que necesita es más alcohol.

—No se beba eso —le digo y cojo el vaso antes de que pueda alzarlo—. Déjeme que le prepare algo de comer, y puede hablarme del trabajo.

—Soy homosexual, señorita Roussel.

Lo miro parpadeando con rostro inexpresivo.

—¿Pretende espantarme para que me marche?

Se pasa una mano por el pelo, exasperado por mi respuesta.

—¿Conoce esa palabra? ¿Lo que significa? ¿Lo que soy?

—Sí.

—¿Y sabe lo que le hace la gente a los hombres como yo cuando lo descubren? Nos destruyen con mentiras y acusaciones, hasta que lo hemos perdido todo. Y yo lo he perdido todo, querida. Todo: mis clientes, mi reputación. Todo por lo que he trabajado ha desaparecido, por eso se marcharon mis asistentes. Nadie va a trabajar para mí.

—Yo lo haré.

—¿Es que no me ha oído? No hay trabajo. Tal vez sea distinto de donde viene usted, pero aquí, los hombres como yo son parias.

Levanto la barbilla y lo miro de frente.

—De donde yo vengo, *monsieur,* a los hombres como usted se los llevan y los meten en campos, donde los golpean, matan de hambre y asesinan. Nadie lo ha arrestado. Nadie lo ha matado. Si está vivo, puede volver a empezar.

—¿Cómo? —Sacude la cabeza despacio con los pálidos ojos vacíos —. No queda nada.

Observo con mucho aspaviento la sala elegantemente amueblada y la comparo mentalmente con la última imagen de la tienda de *Maman* la mañana que dejé París, y de repente me siento furiosa.

—Usted no tiene ni idea de lo que es nada —contesto con frialdad —. Pero yo sí. En dos semanas se me habrá acabado el dinero y estaré en la calle. Tiene un trabajo para mí, ¿sí o no?

Me mira con furia, el rostro sonrojado por el fastidio.

—No hay trabajo, ni para usted ni para nadie, porque no hay clientes. ¿Quiere saber por qué?

La verdad es que no, pero veo que va a contármelo de todos modos.

—Al día siguiente de nuestro encuentro fortuito, el señor Tate vino a la tienda diciendo que necesitaba que le arreglara un par de pantalones. No me sorprendió. De hecho, me preguntaba cuánto tiempo tardaría en pasarse con un pretexto u otro, para explicar su presencia en el Statler. «No tenía ni idea de que fuera ese tipo de lugar cuando entré. Me siento tan tonto, estaba allí para encontrarme con un amigo. ¿Cómo podía saberlo?». Lo llevé a la parte de atrás, a uno de los probadores, y le pregunté qué quería que le hiciera. Me respondió empujándome contra la pared y metiéndome la lengua en la garganta.

Me quedo con la boca abierta. No hay ninguna mujer en el mundo

que no haya recibido una insinuación no deseada, pero nunca había pensado que un hombre pudiera ser abordado de esa manera.

Suelta una carcajada.

—Así que, después de todo, sí puedo sorprenderla.

—No estoy sorprendida, solo que esperaba que la historia terminase de otro modo.

Sacude las cejas con gesto voraz.

—Él también, querida. Tenía un acuerdo en mente. Muy discreto, por supuesto, y lucrativo si jugaba bien mis cartas. Cuando lo rechacé, se fue a casa y le contó a su mujer que me había insinuado. ¡Yo! Como si pudiera interesarme semejante parásito. El rumor corrió como un reguero de pólvora. Esa mujer con la que se casó se puso a cotillear con cualquiera dispuesto a escucharla. «Myles Madison es una reinona vieja y lasciva que se dedica a acosar a sus clientes».

Hace una pausa y se pasa los dedos por el bigote.

—Recuerde mis palabras, algún día todos se reirán de esa vieja bocazas estúpida. Los hombres como su marido siempre acaban poniéndose en evidencia de alguna manera pública. Y entonces veremos quién será el paria. Esta ciudad puritana se le echará encima como una manada de perros.

Se balancea ligeramente y ha empezado a arrastrar las palabras. Lo miro con frialdad.

—Triste consuelo, diría, si está arruinado cuando suceda.

—Nunca estaré arruinado. Puede que dinero sea lo único que tenga, pero tengo mucho.

—Qué afortunado es usted —le respondo fríamente y me encamino hacia la puerta—. Que tenga un buen día, *monsieur*.

—¿A dónde va?

—Estoy buscando trabajo. Porque, a diferencia de usted, yo no tengo mucho dinero.

—¿Es su costumbre llamar a la puerta de la gente de madrugada, empezar una discusión, y luego marcharse sin más?

—No es de madrugada, cosa que sabría si no estuviera ya medio borracho. Y no he venido a empezar una discusión. He venido porque necesito trabajar, pero no aquí. —Lo fulmino con la mirada sin disimulo—. Claire me dijo que no aceptara un no por respuesta, pero creo que lo haré. La autocompasión es un lujo que no puedo permitirme, y temo que se me pegue la suya. Lamento haberlo molestado.

—Es usted una niña —gruñe—. ¿Qué sabe?

—Soy joven, pero no soy una niña. He visto cosas que nadie debería ver. Países infestados por el mal, familias enteras encarceladas y asesinadas, hombres acribillados a balazos y mujeres que han

perdido todo lo que les importaba. Hay muchas tragedias en el mundo, *monsieur*. No considero el chismorreo una de ellas. Presume de que nunca estará arruinado, pero claramente su vida es una ruina, porque es lo que ha escogido.

Y, dicho eso, me encajo el bolso en el codo y voy hacia la puerta, ansiosa por marcharme. Tengo la mano en el picaporte cuando al fin habla:

—De acuerdo —suspira con aire afligido—. Pero si la contrato, tiene que prometerme que dejará de llamarme *monsieur*. Detesto a los franceses.

El corazón me da un pequeño vuelco.

—¿Cómo debería llamarlo, entonces, en vez de *monsieur?*

—Mis amigos me llaman Maddy.

Preparo huevos y un café cargado, y comemos juntos en su pequeña y soleada cocina. Mientras fuma, le cuento mi historia, sin omitir nada. Porque de alguna manera sé que puedo confiarle mis secretos y que nada de lo que diga lo escandalizará. Le hablo de *Maman,* de Anson y de la Resistencia. Me habla de Richard, el amor de su vida. Cómo se enamoraron la noche que se conocieron, cómo Richard murió en sus brazos después de un cáncer devastador y cómo la familia de Richard le prohibió asistir al funeral. Le hablo de Dorothy Sheridan y de Assia, de cómo se la llevaron para enterrarla sin decírmelo. Lloramos, cogidos de la mano sobre nuestros platos vacíos, y nos volvemos una familia, espíritus afines unidos por la pérdida y la soledad.



El reloj de la repisa de la chimenea suena con suavidad, alejándome de mis recuerdos. Pero no estoy dispuesta a dejarlos ir. Bebo otro trago de vino y busco la foto enmarcada que tengo a mi lado, tomada el día en que grabaron mi nombre debajo del de Maddy en el escaparate. Sonríe para la cámara, más elegante que nunca con su traje de raya diplomática azul marino, con los hombros hacia atrás y sacando pecho, orgulloso de su pajarito, como me llamaba.

Había sido un día feliz con tarta y champán, seguido de una cena en Marliave, un restaurante francés con pluma que Maddy decía detestar, aunque parecía conocer el nombre de todos los camareros del local. Bebimos demasiado vino y bailamos hasta el amanecer para celebrar que Madison había resurgido de sus cenizas.

El cambio radical había sido rápido, gracias en parte a la

incorporación de una línea de vestidos de noche para mujeres. Maddy había sido descarado y me había promocionado como «una modista de París que había creado trajes de novia para algunas de las mujeres más exigentes de Europa». No me importaba que no fuera cierto, porque en mi corazón lo era. Por fin estaba haciendo el tipo de vestidos que siempre había soñado.

Decía que era mi hada madrina, y bromeábamos con eso, pero era verdad. Aprendí mucho de él, sobre ropa, los negocios y la vida. Cómo vender y decorar, cómo seducir a los proveedores y gestionar el flujo de caja, cómo crear una ilusión de exclusividad que hiciera que los clientes suplicaran por mis diseños. Absorbí sus lecciones como una esponja.

Y entonces llegó el día que lo cambió todo. La señora Laureen Appleton vino a probarse un vestido y anunció que su nieta Catalina acababa de comprometerse. Maddy, que nunca desaprovecha una oportunidad para ampliar nuestro negocio, sugirió casualmente que un auténtico vestido de alta costura convertiría a su nieta en la envidia de todo Boston. También susurró, en voz lo bastante alta como para que lo escucharan, que en París se decía que un vestido Roussel prácticamente garantizaba a la novia la felicidad.

Una vez se corrió la voz de que una de las bodas más importantes de la temporada contaría con un vestido Roussel, empezaron a llegar los pedidos. Al principio no hubo *magie.* Necesitábamos el trabajo con demasiada urgencia como para rechazar a alguien. Diseñé vestidos para cualquiera que pudiese pagar y tuve bastante fortuna con mis novias como para perpetuar los rumores que Maddy seguía difundiendo con descaro. Pronto tuve una lista de espera de novias dispuestas a someterse a una lectura si eso significaba ir al altar con uno de mis vestidos. Al igual que *Maman* con su rosario, deseaban protegerse contra la malchance. De alguna manera, sin quererlo, me había convertido en *la sorcière de la robe,* la hechicera de los vestidos, y me sentía extrañamente contenta. Tal vez porque había llegado a comprender lo escasos que son los finales felices.

Con el tiempo, Maddy me instaló una pequeña tienda en el segundo piso, junto con mi propio taller. Un año después, la tienda ocupaba toda la segunda planta y tuve que contratar a dos chicas para que se encargasen de los patrones y las pruebas. Al menos, en parte, estaba viviendo mi sueño y el de *Maman.*

Entonces, unos años más tarde, Maddy desarrolló una tos, resultado de fumar casi dos paquetes de cigarrillos al día. Para entonces, yo también había adquirido el hábito. Me relajaba y me daba algo que hacer con las manos cuando no estaba trabajando. La tos de Maddy fue a peor y pronto sus bonitos trajes empezaron a colgarle por todos lados. Vi a *Maman* cuando lo miré, y supe lo que se

avecinaba. Aunque saberlo no hizo más fácil la verdad.

Hice lo que pude para que estuviera cómodo hacia el final. Le compré un televisor, que él decía odiar, aunque lo veía sin cesar. Le leía el periódico cada noche después de la cena. Incluso fumaba para él de vez en cuando, cuando me rogaba que «compartiera un cigarrillo». Me tumbaba a su lado en la oscuridad, arrojando columnas de humo azul sobre su cabeza, para que pudiera disfrutarlo indirectamente. A su médico le habrían dado diez ataques, pero no me importaba. Se lo debía todo, y se merecía un poco de diversión en sus últimos días.

Murió un domingo. Me legó la tienda y hasta el último centavo que tenía. También dejó una nota con unas pocas palabras garabateadas. «Ahora es tu nido, pajarito. Es hora de desplegar tus alas y volar, volar y volar». Dos meses después, solo quedaba mi nombre en el escaparate, junto con las palabras L'AIGUILLE ENCHANTÉE en bonitas letras doradas.

Todavía lo echo terriblemente de menos.

Fue mi paladín: padre, mentor, y un querido, queridísimo amigo. Conocía sus secretos y él conocía los míos. Lo volvía loco y él me hacía reír. Le devolví las ganas de luchar y él a cambio me dio un futuro.

Treinta y dos

Rory

7 de septiembre de 1985, Boston

Rory dejó el bolso sobre la cómoda y se desplomó en la cama, consciente de que los ojos de Hux la miraban mientras comenzaba a desatarse los cordones de las botas. Alargó la mano para coger la foto enmarcada de la mesita de noche y se la colocó sobre el regazo mientras le inundaba una punzada de soledad tan fuerte que casi la dejó sin aliento. ¿Era eso todo lo que le quedaba de él? ¿Una imagen atrapada tras un rectángulo de cristal?

Llevaba casi nueve meses desaparecido y sin noticias. ¿Cuánto tiempo debía pasar para renunciar a un final feliz? ¿Un año? ¿Dos? ¿Y entonces qué? ¿Qué forma tomaba su vida cuando Hux ya no era parte de sus sueños y esperanzas?

Tendría la galería y un grupo de artistas siempre nuevos a los que promocionar. Pero ¿podría construirse una vida con eso? ¿O acabaría como Soline, asilada del mundo por su dolor? Hux no querría eso. Querría que pasara página, en todos los aspectos de su vida. Pero ¿qué quería ella? No podía imaginar a nadie llenando el vacío que la desaparición de Hux había dejado en su interior y no estaba segura de quererlo. Su corazón era de Hux y lo sería durante mucho tiempo. Por ahora, un ahora muy largo, la galería tendría que llenar sus días, como Soline con su tienda.

Y las cosas por fin comenzaban a tomar forma en esa dirección. Hoy los pintores habían comenzado el trabajo, y ella se había quedado hasta tarde, ansiosa por ver cómo quedaba el gris pizarra que había escogido para las paredes después de la segunda capa. Había acabado cubierta de pintura al chocar con una escalera de mano y tirar un rodillo de la cubeta, pero el color era perfecto. Y para colmo, había concertado una reunión con Kendra Paterson, una artista cuyas esculturas de vidrio marino le habían llamado la atención el año pasado en una feria de arte en Portsmouth. Si todo iba bien, sus obras serían el foco de atención de la inauguración.

Por desgracia, tendría que llamar a su madre y explicarle por qué no podría ir al *brunch.* Otra vez. Se quitó la ropa salpicada de pintura, abrió el grifo de la ducha y cogió el teléfono inalámbrico de camino al lavadero.

—Hola, soy yo —dijo con una mueca cuando Camilla contestó. Tenía la esperanza de que saltara el contestador.

—Déjame adivinar: no vas a venir mañana.

—No puedo, lo siento. Me voy a Freeport a primera hora para reunirme con una artista.

—¿Es que faltan artistas *hippies* aquí en Boston?

—No es una *hippie,* madre. Estamos en 1985, ya nadie es *hippie.* —Hizo una pausa para medir el detergente que ponía en la lavadora con la mano libre y dejó caer la tapa con un sonido metálico hueco—. Trabaja a jornada completa y, además, da clases. Es el único momento que tenía.

—¿Qué demonios es ese ruido?

—La lavadora. Hoy estaba patosa y me he llenado de pintura.

—Sabes que hay gente a la que puedes pagar para que hagan ese tipo de cosas, ¿verdad, Aurora? No es como si te faltara presupuesto.

—Estoy pagando a alguien. A varios, de hecho; pero quería ver por mí misma cómo quedaba el color. Me temo que he estado molestando, pero han sido muy amables.

—Bueno, ¿cómo van las cosas?

—Como la seda, ahora comienza a parecer una galería de verdad. Podrías pasarte alguna vez, ya sabes, y verlo por ti misma.

—Lo sé, y lo haré, pero he estado terriblemente ocupada. Me alegro de que las cosas vayan según lo previsto.

—Mejor de lo previsto, de hecho. Espero fijar la fecha de la inauguración para el mes que viene. Lo que me recuerda que prometí invitar a Vicky y a Hilly. Necesitaré sus direcciones para las invitaciones. Y las de cualquiera a quien consideres que debo invitar.

—Yo incluiría a Maureen Cordeiro y Laura Ladd. Oh, y a Kimberly Covington Smith. Son más jóvenes y tienen un montón de contactos,

serán buenas aliadas.

—Gracias —dijo Rory, gratamente sorprendida—. ¿Y tú? ¿Quieres que te invite?

—Pues claro, ¿qué pregunta es esa?

—Te estaba ofreciendo una escapatoria. Sé que no te entusiasma la idea, no quería ponerte en una situación de tener que aguantarte e ir o tener que buscar una manera educada de decir que no.

—Vaya ideas. Soy tu madre, Aurora, por supuesto que quiero formar parte de tu gran noche. Hablando del tema, ¿has pensado en quién se encargará de la comida? Podría hacer algunas llamadas, tal vez pensar un menú de picoteo. Así tendrías una cosa menos de la que preocuparte. Y también hay que pensar en cómo entretener a la gente, eso puede marcar la diferencia entre que el evento sea un éxito o un fracaso. Una vez Laurie Lorenz cometió el error de contratar a un pianista sin haberlo visto: el hombre estuvo canturreando temas de Barry Manilow toda la noche. Me ofrecí a contactar con una arpista maravillosa, pero insistió en hacerlo todo sola. Fue un desastre.

Rory se mordió la lengua. De ningún modo habría una arpista en su inauguración. Era innegable que Camilla Grant lo sabía todo sobre eventos, pero las únicas señas de identidad en esta inauguración serían las suyas.

—Gracias, pero he estado trabajando en algunas ideas, y la verdad es que querría hacerlo sola.

Camilla suspiró despreocupadamente.

—Como quieras, pero estoy aquí si cambias de opinión. ¿Qué tal si en vez de eso me dejas que te haga un cambio de *look?*

Oh, santo cielo.

—No necesito un cambio de *look,* madre.

—Cariño… ¿Cómo digo esto sin sonar grosera? Con tanto entre manos, te has dejado ir y estás un poco… desaliñada.

—Lo dices como si fuera una vagabunda.

—Vale, lo siento. Pero tienes que admitir que estos últimos meses has estado centrada en otras cosas. No te vendría mal… engalanarte un poco. Si no me permites ayudarte con nada más, deja que esa sea mi aportación. Te buscaremos un conjunto nuevo, algo despampanante, y tal vez puedas hacerte algo en el pelo.

—No necesito algo despampanante. No va a ser esa clase de noche, ni esa clase de galería.

—Bueno, te buscaremos algo que no sea despampanante. Podemos hacerlo el sábado que viene. Pediré una cita con Lorna para el pelo, y creo que también una manicura. Después podemos almorzar en el Seasons.

—Ya veremos, tengo que colgar. He dejado el grifo de la ducha

abierto.

—Entonces… ¿el sábado?

—Te llamo durante la semana.

Cuando volvió al baño, Rory todavía estaba dolida por cómo su madre había usado la palabra «desaliñada». ¿Estaba… desaliñada? Limpió el vaho del espejo y se miró la cara. Tenía las mejillas y la frente manchadas de pintura, y motas grises le salpicaban las ondas color trigo que se habían salido de la coleta. Se quitó la goma y sacudió la melena rebelde. Ahora le caía más allá de los hombros y tenía el flequillo tan largo que casi le tapaba los ojos. No recordaba la última vez que se había cortado el pelo, y las mechas le habían crecido unos cinco centímetros, creando una línea de demarcación sutil pero perceptible.

Tal vez su madre tenía razón. Se había dejado ir, nunca había sido una chica muy femenina, con cajones llenos de maquillaje y una rutina de cuidado facial dos veces al día, pero nunca se había despreocupado completamente de su apariencia. Tal vez era hora de un cambio. Nada demasiado elaborado, solo lo suficiente para marcar el inicio de su nuevo papel como propietaria de una galería.

Cerró el grifo, volvió al dormitorio y abrió el armario; la ropa era algo que también tendía a descuidar, en parte porque la idea de ir a comprarla le producía urticaria. Nada parecía sentarle como debía, como si todas las prendas del mundo se hubieran hecho para otra persona. No era pequeña como su madre. Era alta, con los miembros largos, los hombros anchos y las caderas estrechas: un cuerpo de nadadora.

Miró en la parte de atrás, donde colgaba su «ropa buena». Regalos de su madre en su mayoría, con la intención de hacer más femenina a su hija machorra. Color cáscara de huevo, *beige,* gris topo y marfil, con algún que otro tono pastel entre medias, la mayoría aún con las etiquetas. Y si accedía a ir de compras con su madre la semana que viene, tendría otro elefante *beige* que añadir a su colección.

Sin pensarlo, localizó el número de Soline y llamó.

—¿Sí?

—¿Es esta la línea directa con el hada madrina?

—¿Rory? ¿Te pasa algo?

—No, pero quiero pedirte un favor. Necesito ayuda con qué ponerme para la noche de la inauguración. Mi madre quiere llevarme de compras, está planeando un cambio de *look* completo.

—¿Y eso es un problema?

—Odio ir de compras. Vamos, prefiero que me hagan una endodoncia. Añádele que mi madre criticará cada cosa que elija, y no hay suficiente novocaína en todo el estado de Massachusetts. La cosa

es que tiene algo de razón, necesito cambiar de aspecto si voy a estar en la galería cada día. Esperaba que pudieras darme algunos consejos.

—¿Quieres que vaya de compras contigo?

—No. No, no me refería a eso. Solo… dime qué ponerme y cómo ponérmelo. Y dónde comprarlo. Mejor aún, ayúdame a averiguar qué de lo que ya tengo podría funcionar, así no tengo que ir de compras.

—¿Cuándo quieres hacerlo?

—Lo antes posible. Si puedo decirle a mi madre que ya tengo la ropa y le prometo cortarme el flequillo, tal vez me deje irme de rositas. No hablo de un cambio de *look* a gran escala. Solo necesito ayuda para combinar un par de cosas, y tú siempre vas muy elegante. Incluso me ofrezco a cocinar si así mi petición resulta más apetecible.

—Tal vez deberías dejar que tu madre te lleve de compras, Rory. Puede que alivie un poco la tensión entre vosotras; tal vez ella también lo quiere.

—Créeme, lo que quiere es asegurarse de que no la dejo en ridículo delante de sus amigos.

—¿Estás segura de que estás siendo justa? Estoy convencida de que solo quiere que sea una noche especial para ti.

—No pretendo ser injusta, solo que no quiero tanto lío. Dime que me ayudarás.

—Vale, puedo venir mañana. Pero no hace falta que cocines.

—¡Oh, eres maravillosa! Tengo una reunión con una artista en Freeport por la mañana, pero debería de estar en casa sobre las tres. Pediremos una *pizza.*

—Bien, *pizza.* Pero nada de piña.



Soline llegó poco después de las cuatro, elegante y sencilla con unos pantalones negros ajustados y una túnica gris claro. Como de costumbre, iba impecable, complementada con unas bailarinas puntiagudas bajas y unos guantes negros estilo guantelete.

Rory observó el conjunto con una punzada de envidia. Solo a Soline Roussel podían sentarle bien unos guantes de niño en septiembre.

—Gracias por ayudarme con esto. Odio pedírtelo, pero no sé absolutamente nada sobre moda. Y seamos sinceras, no soy precisamente material de pasarela.

—Deja que eso lo decida yo —contestó Soline, enérgica—. Enséñame tu armario, así sabré de qué dispongo. Luego charlaremos

un poco.

Rory la llevó hasta el armario del dormitorio y abrió las puertas.

—Aquí está. En este lado están las cosas de diario, y lo más elegante, al fondo. La mayoría lo ha comprado mi madre.

Soline fue pasando las perchas con eficiencia militar, deteniéndose de vez en cuando para estudiar un cuello o una manga con un chasquido de lengua o un resoplido. Finalmente se volvió para mirar a Rory.

—Una pesadilla —anunció con voz monótona.

—¿No son espantosos?

—Al contrario, son unas prendas preciosas. Tu madre tiene un gusto exquisito.

—Creía que habías dicho que eran una pesadilla.

—*Oui.* Para ti son una pesadilla, ya veo por qué no te has puesto casi ninguna. Estas prendas están pensadas para *une femme menue,* una mujer menuda. Tú no eres menuda.

—Ya —dijo Rory, bajando la cabeza—. Soy consciente.

—No lo digo como una crítica, *chérie.* Solo es la verdad. Y en lo que respecta a la ropa, siempre debemos decirnos la verdad.

—Soy una de esas personas que no están hechas para llevar ropa bonita.

—Todo el mundo está hecho para llevar ropa bonita. Solo que la mayoría se equivocan. Persiguen la moda en vez del estilo.

—¿Cuál es la diferencia?

Soline pareció abatirse.

—Oh, Rory.

—¿Qué?

—Mira —dijo Soline, sacando prendas del armario y arrojándolas sobre la cama—. Esta falda: preciosa, pero demasiado corta para ti. Y ese volante al final… parecerá que lleves puesta una pantalla de lámpara. Esta chaqueta con cintura ceñida: muy mona, como dicen los adolescentes, pero no es para ti. Esta blusa con las mangas abullonadas y los botones de perla: no, no, no. Esta es la ropa de otra persona, el estilo de otra persona. Tienes que encontrar el tuyo.

—¿Y si no tengo estilo?

—No digas tonterías, todo el mundo tiene su estilo. Solo que la mayoría de mujeres nunca se molestan en encontrarlo. Es más fácil abrir una revista o poner *Dinastía* en la tele y copiar el de otra persona. Por eso todo lo que venden en las tiendas es igual, porque todo el mundo está intentando parecerse a todo el mundo. Están cómodos siendo alguien corriente, pero tú no eres corriente, Rory. Tú eres encantadora y excepcional, con tu propio sabor único. Pero llevas tanto tiempo escondiéndote en esa ropa de muchacho que ya no te

ves.

Rory sintió que se le encendían las mejillas. Era cierto. O tal vez nunca había sido capaz de verse.

—Entonces ¿qué me pongo? No me gusta nada pensar en qué ponerme. Aunque da lo mismo, me ponga lo que me ponga, me queda mal.

—Ah, pero cuando te compras la ropa adecuada, no tienes que pensarlo. Todo encaja, como las obras que escogerás para tu galería. Quieres que le digan algo a la gente que las ve. Estás buscando un tema, una declaración de intenciones. Con la ropa es lo mismo.

Soline la cogió por los hombros y la giró para que se viera al espejo.

—Mírate los hombros, fuertes y cuadrados. Las piernas largas y las caderas estrechas. Eres esbelta, pero no como esas modelos fibrosas y tontitas. Rebosas poder, o lo harás cuando te vistamos como Dios manda. Necesitas prendas que realcen tu forma en vez de esconderla. Camisas entalladas y *blazers.* Pantalones de pierna ancha para equilibrar la parte de abajo y la de arriba. Rayas finas, cuadros. Sí, y *tweed,* diría. Con tu tonalidad, te irían muy bien colores como el esmeralda, el rubí… Basta de *beige.* Y, desde luego, nada de encaje. —Sonrió con complicidad al mirar a Rory en el espejo—. A menos que vaya debajo.

Rory se quedó contemplando su reflejo e intentando cambiar mentalmente su camiseta de los Red Sox y el chándal abultado por algo remotamente parecido a lo que Soline acababa de describir.

—¿Has sabido todo esto en veinte minutos?

Soline se encogió de hombros.

—Me he pasado cuarenta años vistiendo a mujeres. Iremos de compras la semana que viene.

—Iremos… ¿tú y yo?

—A menos que no quieras.

—No, me encantaría, pero ¿estás segura?

—Sí, pero solo esta vez, como una especie de entrenamiento. La próxima vez irás sola. O con tu *Maman.* No, no te estremezcas. Cuando sepas lo que te sienta bien, tendrás la confianza para escoger por ti misma. Eso es lo que consigue el estilo. —Hizo una pausa y miró el reflejo de Rory entornando los ojos—. ¿Has pensado alguna vez en cortarte el pelo?

Rory frunció el ceño mirando al espejo.

—Lo sé, tengo que cortarme las puntas. Está en la lista.

—No, me refería corto, como así. —Con la mano le recogió el pelo en la coronilla—. Tienes unos pómulos preciosos y un cuello hermoso. Si lo llevases corto también lucirías esos ojos tan bonitos. Y tienes un

pelo estupendo, a Paul le encantaría jugar con él.

Rory sonrió.

—A mi madre le darían siete ataques. Ya piensa que parezco un chico así como estoy.

—No parecerías un chico, *Aurore.* Estarías preciosa, elegante.

—Elegante —repitió Rory despacio mirando los ojos de Soline en el espejo—. ¿Yo?

—*Oui, chérie,* tú.

Rory se quedó mirando su reflejo tratando de imaginar cómo reaccionaría su madre al corte de pelo que Soline le sugería. Había pedido cortarse el pelo corto una vez, cuando comenzó a nadar, porque era mucho trabajo meterlo en el gorro de natación, pero su madre había sido inflexible. «Las jovencitas no se cortan el pelo por comodidad». No había pensado en cortárselo desde entonces. Pero ahora sin duda se lo estaba planteando. Aunque tendría que ser una sorpresa, si le decía media palabra a su madre acabaría por convencerla de que no lo hiciera, y estaba bastante segura de que no quería eso.

Soline la miró en el espejo.

—¿Qué te parece?

—Creo que quiero cortármelo, pero no se lo diré a mi madre hasta que esté hecho. No le gustará, pero para entonces ya será tarde.

Soline no dijo nada, pero las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo.

Rory le sonrió avergonzada.

—Lo sé. Últimamente te estoy haciendo perder un montón de tiempo. ¿Cuál es la tarifa por hora de las hadas madrinas hoy en día?

—No es eso —dijo Soline y le soltó el pelo, que volvió a caerle sobre los hombros—. Me gusta ayudar.

—Entonces, ¿qué?

—No puedo evitar pensar que tu madre se molestará conmigo por tu nuevo tú. Por lo que has dicho, no parece el tipo de mujer que apreciaría la intromisión de otra mujer. Y si yo estuviera en su lugar, creo que me sentiría igual.

Rory reflexionó un momento. Tenía bastante razón en lo que decía. Soline era la última persona que su madre querría que le diera consejos de moda, o cualquier tipo de consejo, pero realmente los necesitaba. Sobre muchas cosas. Y de alguien que supiera cómo era tener que reinventarse después de que la vida la hubiera abatido. Camilla siempre había sido la persona que era ahora. Imperturbable y con todas las facetas de su vida bajo control.

—Entonces tendremos que asegurarnos de que no lo descubre —dijo Rory al fin—. Le diré que fue idea mía. Ahora, ¿cómo encuentro a

ese… Paul, has dicho?

—Si de verdad estás convencida, lo llamaré mañana y te conseguiré una cita.

Rory se contuvo a duras penas para no abrazar a Soline.

—Estoy muy emocionada. Gracias.

Soline torció la boca, como si fuera a decir algo, pero en vez de eso se mordió la lengua.

—¿Para qué están las hadas madrinas?

Treinta y tres

Rory

14 de septiembre de 1985, Boston

Rory contuvo la respiración y repitió en silencio las palabras de Soline mientras otra lluvia de pelo caía revoloteando en su regazo cubierto por la capa de nailon negro. «En lo que se refiere al cabello, Paul Ramone y el personal de Bella Mia son los mejores». Sin duda, era cierto. Pero allí sentada, rodeada por un charco de mechones recién cortados, rezó para no haber cometido un error del que fuera a arrepentirse durante meses.

Había dado luz verde a las sugerencias de Paul de unas mechas oscuras y un corte *pixie* atrevido y había contenido la respiración mientras él se ponía a trabajar. Una hora y media más tarde, le habían puesto el papel de aluminio, el champú, la espuma y el secador, y ahora estaba en proceso de que se lo vaciaran, fuera lo que fuera aquello, mientras Soline fingía no mirar desde detrás de su revista.

El día ya había sido intenso, comenzando con una visita a Neiman Marcus. La asistente de compras de Soline, Lila, ya había hecho los preparativos con antelación, así que cuando habían llegado las esperaba un perchero cargado de piezas cuidadosamente escogidas. Lo único que tuvo que hacer fue probárselas y dar, o no, el visto bueno.

El monto final era más de lo que había gastado en conjunto en toda la ropa que había tenido en su vida, pero las nuevas prendas la

hacían sentir estupenda. De hecho, estaba tan entusiasmada con su nuevo *look* que decidió llevarse puesto uno de los conjuntos.

Acabó marchándose con solo un puñado de bolsas, ya que había dejado la mayor parte de las compras en la tienda para que les hicieran unos arreglos. Al principio se había resistido a la idea, hasta que Soline le explicó que las prendas bonitas, como las mujeres bonitas, merecían ser mostradas de la mejor manera posible, lo que significaba que debían adaptarse bien al cuerpo.

Irónicamente, lo único que no habían encontrado era el conjunto para la noche de la inauguración. Pero Lila les había pedido otra oportunidad y prometido que encontraría uno perfecto a tiempo. Rory aceptó de buen grado. Tenía que admitir que, para alguien a quien nunca le había importado la moda, estaba disfrutando de sentirse como la Cenicienta.

Tardó un momento en darse cuenta de que las tijeras de Paul habían enmudecido y de que se había echado atrás y estudiaba su cabeza con los ojos entornados. Después de un momento, sacudió la cabeza.

—No. Todavía no.

Rory miró con ojos preocupados a Soline, que asentía.

—Diría que más corto sobre las orejas. Y suaviza el flequillo.

Rory no estaba segura de qué la sorprendía más, si las palabras «más corto sobre las orejas» o el hecho de que Soline estuviera diciéndole a uno de los peluqueros más codiciados de Boston cómo hacer su trabajo.

—¿Puedo mirar ya, por favor?

Los «¡No!» de Paul y de Soline surgieron a la vez. Paul además la regañó para que se quedara quieta si no quería acabar como Van Gogh. Rory cerró la boca mientras se encogía un poco al escuchar de nuevo el clic-clic de las tijeras. «Volverá a crecer», se recordó a sí misma. «Con el tiempo».

Veinte minutos más tarde, Paul le quitó la capa de nailon negro e hizo girar la silla de Rory hasta que quedó frente al espejo.

—*Voilà!*

Rory miró parpadeando a la mujer que le devolvía la mirada desde el espejo, familiar pero a la vez una extraña. Sus ojos parecían más grandes y sus pómulos, más esculpidos. Se pasó los dedos por las ondas cortas admirando las sutiles mechas oscuras que Paul había añadido. Se tocó la piel de la nuca, las orejas expuestas. Se sentía desnuda y extrañamente liberada. Ya sabía lo que pensaría su madre, pero ¿qué pensaría Hux? No se parecía en nada a la Rory que había dejado al marcharse.

—Estoy…

—Elegante —completó Soline, que apareció sobre su hombro izquierdo—. Y refinada. Y hermosa.

Rory miró su reflejo parpadeando.

—¿De verdad?

—Como una auténtica galerista.

Rory se volvió y miró a Paul rebosante de felicidad.

—Haces verdaderos milagros.

Él se encogió de hombros quitándole importancia.

—¿Quién habría pensado que bajo semejante mata de pelo había una auténtica belleza? Pero prométeme que nunca nos harás pasar por esto de nuevo, ni a ti ni a mí. Te veo en cinco semanas. Y luego cada cinco semanas. El pelo corto requiere mantenimiento. Y espuma. —Le tendió un bote alto y plateado—. Tienes que usar una cantidad como del tamaño de una pelota de golf. No te pases o tendrá un aspecto quebradizo. Asiente para que sepa que lo has entendido.

Rory asintió obediente.

—¿Cuánto te debo?

—¿Por hoy? Nada, estoy encantado de hacerle este favor a la señorita Roussel. Dios sabe que le debo mil más. Y por favor, guárdate la propina. No la quiero. —Hizo una pausa y le guiñó el ojo—. Esta vez.

Paul y Soline intercambiaron abrazos y unas pocas palabras rápidas mientras Rory cogía su bolso y las bolsas de las compras. Soline le sonrió cuando finalmente se encontraron en la puerta.

—Estás preciosa, *ma petite.*

—No sé cómo darte las gracias por lo de hoy.

—No tienes por qué dármelas. Es lo que hacemos las hadas madrinas.

—Igualmente, te invito a almorzar. Incluso las hadas madrinas necesitan comer. Hay un lugar aquí al lado llamado Seasons. Pediremos algo obscenamente delicioso y luego te llevaré a casa.

Eran casi las cuatro para cuando llegaron al Seasons, y la multitud de la hora del almuerzo hacía tiempo que se había marchado. La camarera las acompañó a una mesa en el patio mientras comentaba, al ver las bolsas de Rory, que alguien se había pasado el día vaciando las tiendas.

Pidieron limonadas mientras ojeaban los platos especiales. Se decidieron por la torta de gambas y una ensalada para compartir. Cuando la camarera regresó con el pan y las bebidas, Rory levantó el vaso para proponer un brindis.

—Por la mejor hada madrina que ninguna chica podría querer.

Soline sonrió mientras levantaba su vaso, pero el gesto parecía suponerle un esfuerzo. Rory bajó el vaso, consciente de repente de que

en su emoción había sido poco considerada.

—Perdona. Estás cansada, le diremos que nos lo prepare para llevar y te acompañaré a casa.

—No digas tonterías, ya estamos aquí. Iré un momento al baño de señoras y me arreglaré un poco.

Rory sintió una punzada de culpa mientras observaba a Soline desaparecer en el interior del restaurante. Habían pasado un día tan maravilloso que no había querido que terminara. Pero había olvidado que Soline tenía cuarenta años más que ella, y llevaban seis horas a toda máquina.

—¿Aurora?

Rory se llevó por instinto la mano al pelo recién cortado cuando vio a Camilla yendo directa hacia ella.

—Dios mío. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Me lo he cortado.

—Por favor, dime que Lorna no te ha hecho eso.

—No, ha sido Paul.

—¿Quién demonios es Paul?

—Es el propietario de Bella Mia, y me encanta, así que, por favor, no lo critiques.

Camilla cerró la boca de golpe, confirmando que eso era precisamente lo que estaba a punto de hacer. En su lugar, bajó los ojos al traje de lino de rayas que Rory había elegido llevarse puesto de la tienda.

—¿Y la ropa?

Rory sonrió, decidida a no morder el anzuelo.

—Querías que me engalanara y eso es lo que he hecho. —Hizo una pausa y señaló la colección de bolsas a sus pies—. Llevo todo el día de compras.

—Ya veo. ¿Desde cuándo vas de compras?

—Desde que me llamaste desaliñada. Pero tenías razón, era el momento de un cambio de *look*.

—¿Y has elegido esta ropa tú sola?

Rory resistió el impulso de retorcerse en la silla.

—¿Qué haces aquí, madre?

—Acabo de pasar por Cartier a recoger mi reloj. Se me había roto la corona hace unas semanas y llamaron para avisarme de que estaba listo. —Su mirada se posó sobre la mesa y se detuvo por unos segundos sobre el segundo cubierto—. Y estás almorzando. ¿Con quién?

Rory estaba a punto de contestar cuando vio a Soline que venía hacia la mesa.

Camilla también la vio.

—¿Quién es esa?

—Es Soline.

—¿Es ella quien te ha ayudado con las compras?

—Sí.

—¿Y el pelo? ¿Eso también ha sido idea suya?

—Yo quería algo nuevo. Algo… diferente.

—Bien, sin duda lo has encontrado.

Camilla se quedó callada cuando Soline se acercó. El silencio se alargó mientras las dos mujeres se miraban. Finalmente, Rory se aclaró la garganta.

—Soline, esta es mi madre, Camilla Grant. Madre, esta es Soline Roussel.

—Ah, sí —dijo Camilla, alargando las palabras con una sonrisa empalagosa—. La casera de la que tanto he oído hablar. Al fin nos conocemos.

—Sí —contestó Soline, haciendo un educado gesto con la cabeza —. Al fin.

—Tiene gracia, estaba haciendo unos recados y ha dado la casualidad de que pasaba por aquí. Recuerdo que tenían una ensalada de langosta deliciosa. De hecho, Rory y yo hablamos de ello el otro día, ¿verdad? Y ahora estáis aquí las dos almorzando.

Soline señaló la silla vacía a su lado.

—Sería un placer que nos acompañara.

—Oh, no sé. No me gustaría ser pesada. —Pero mientras las palabras salían de su boca, se sentaba en la silla vacía—. De todos modos, no puedo dejar pasar la oportunidad de almorzar con alguien con semejante fama.

Soline alzó las cejas.

—Me pregunto qué fama será esa.

El brazalete de dijes de Camilla tintineó cuando sacudió la servilleta y se la puso sobre el regazo.

—Solo lo decía porque mi hija me ha hablado mucho de usted y de su tienda. Qué lástima lo del incendio.

Soline cogió su vaso de agua, obviamente afectada por la mención del incendio.

—Rory también me ha hablado de usted —dijo después de un pequeño sorbo—. De hecho, habla de usted muy a menudo.

Camilla sostuvo la mirada de Soline unos segundos más de lo necesario.

—¿Ah, sí?

A Rory se le encogió el estómago mientras las veía discutir,

dolorosamente consciente de lo que se decía… y de lo que no. Tenía que cambiar el rumbo de la conversación antes de que el tono de su madre pasara de pasivo agresivo a agresivo a secas.

Estaba a punto de balbucear que ya había escogido las lámparas para la galería cuando apareció la camarera con una bandeja en el brazo. Miró sorprendida a Camilla y luego a Rory.

—Lo siento, no sabía que estuvieran esperando a una tercera persona. Permítanme que deje esto y traeré la carta y unos cubiertos.

Camilla agitó una mano con una manicura impecable.

—No hace falta. Solo tráigame un buen Chardonnay y un plato de esa deliciosa ensalada de langosta, si es que aún la tienen. Oh, y el aliño aparte, si no le importa. —Cuando la camarera se hubo marchado, echó una ojeada a la mesa estudiando la comida que acababan de traer—. Qué pinta tan deliciosa. Y vais a compartir, qué encantador. Por favor, no me esperéis; estoy segura de que mi ensalada no tardará.

Rory echó chispas en silencio cuando su madre cogió un trozo de pan de la cesta y alargó la mano para cogerle el cuchillo y untarlo de mantequilla. Se dio cuenta de que la estaba castigando por su deslealtad. Igual que Camilla había castigado a su marido cada vez que una de sus aventuras salía a la luz y la ponía en ridículo delante de sus amigos.

—Aurora me ha dicho que la ha estado ayudando con sus compras —dijo Camilla entre mordisco y mordisco—. Cuánta generosidad la suya, aunque debo decir que me ha sorprendido un poco. A mi hija nunca le ha interesado la moda. No es que no lo haya intentado, pero de pequeña siempre fue bastante masculina. Siempre andaba subida a un árbol o dándole patadas a una pelota. No había forma de mantener a la niña limpia.

—La niña ya ha crecido —murmuró Rory—. Y está sentada a tu lado, por si no te acuerdas.

Camilla ni siquiera parpadeó y se dirigió a Soline como si Rory no hubiera hablado.

—El corte de pelo es… interesante. ¿Fue idea suya?

—Rory pensó que con la gran inauguración al caer era el momento para una nueva imagen.

—Bien, pues sin duda lo ha conseguido. Yo la he criado y casi paso de largo sin reconocerla. ¿Se lo puede creer? —En ese momento se volvió para mirar a Rory y le sostuvo la mirada durante un segundo incómodo—. Es bastante desconcertante no reconocer a tu propia hija.

Rory le devolvió la mirada y le asustó el breve destello de dolor en los ojos de su madre. No enfado, ni celos. Dolor. Y era obra suya. Había estado tan absorta en la magia de la tarde que no había pensado

en cómo se sentiría su madre al ser dejada de lado por Soline… otra vez. Soline la había advertido de que podía pasar. Y ahora allí estaban, cara a cara, con expresión petulante e incómoda.

—El corte fue idea mía, madre. Pedí…

Camilla se volvió de nuevo a Soline interrumpiendo a Rory a media frase.

—No he podido evitar fijarme en que llama Rory a mi hija.

—Así es como se llama ella.

—Su padre y yo siempre preferimos Aurora.

—Sí, me lo dijo. ¿Es el nombre de alguien de la familia?

—No, simplemente nos gustó. Rory nunca nos dijo nada. Es muy masculino, ¿no le parece?

—Oh, no sé… —Soline ladeó la cabeza mientras estudiaba a Rory con una sonrisita—. Es joven y fresco, creo que le sienta bien.

Rory a duras penas pudo contener una carcajada. Al parecer, Soline era muy capaz de defenderse sola.

—De hecho —dijo mientras se servía un trozo de torta en el plato —, fue mi padre quien comenzó a llamarme Rory. Quería un chico, pero me tuvo a mí. —Hizo una pausa y soltó un suspiro dramático—. Mis pobres padres. Al parecer, nunca pude complacer a ninguno de los dos.

Camilla echó la cabeza atrás con una risita.

—De verdad, Aurora. Qué cosas dices.

Rory se tragó la respuesta cuando la camarera apareció con el plato de Camilla y unos cubiertos, y durante unos minutos la mesa quedó en silencio. Camilla cogió su tenedor y pinchó con recelo la carne de langosta en su plato. Rory la miró con cautela mientras mordisqueaba su torta, agradecida por el cese de las hostilidades, aunque fuera algo temporal.

Soline estaba ocupada sacando trozos de cebolla roja de su ensalada y apartándolos en el borde del plato. Cuando el silencio comenzó a estancarse, se volvió hacia Camilla.

—Rory me ha dicho que es la presidenta del Consejo Femenino de las Artes, señora Grant. Debe de estar muy orgullosa de ver sus sueños para la galería tomar forma.

—Bueno, sí —dijo Camilla, visiblemente molesta por la pregunta —. Por supuesto que estoy orgullosa. Aurora se crio con el arte, igual que yo. Lo lleva en la sangre. Esperaba que terminase sus estudios y luego fuera a París a hacer unas prácticas, pero es joven y habrá tiempo más adelante.

—Se refiere a que habrá tiempo después de que fracase —espetó Rory, mordaz. Porque a eso se refería siempre Camilla. Tarde o temprano metería la pata y se daría cuenta de que estaba hasta el

cuello, lo que la obligaría a volver a un camino más prudente. «Prudente» era la palabra preferida de su madre. Nada de salirse de los caminos trazados, nada de desorden. Y, por encima de todo, nada de ponerse en evidencia.

Camilla suspiró y le ofreció una de sus expresiones sufridas.

—No he dicho eso, pero ya hemos hablado del tema, Aurora. No hay futuro en el tipo de cosas de las que hablas. Latas de sopa de tomate y conejos hechos con globos. Son modas, hoy están y mañana ya no. —Hizo una pausa mientras se limpiaba la boca con delicadeza —. El arte trata de la preservación de la cultura, de la expresión de la belleza, no de impactar al público. Por eso los maestros siguen siendo maestros. Y, por eso, dentro de cincuenta años nadie recordará el nombre de Andy Warhol. Porque el verdadero arte perdura. ¿No está de acuerdo, señorita Roussel?

Rory ahogó un gemido.

—Por favor, no metas a Soline en nuestra pelea, madre.

—Nadie está peleando, cariño. Solo hablamos. Y los franceses saben un par de cosas sobre el arte. Nos dieron a Monet, a Degas, a Renoir y a Cézanne, por nombrar a unos pocos.

—Y ahí lo tienes —dijo Rory, dirigiendo su respuesta a Soline—. Si no es un Renoir o un Monet o alguna otra cosa pintada por un viejo polvoriento, no es arte de verdad.

—Adelante —contestó Camilla con brusquedad—. Búrlate, pero da la casualidad de que sé algo sobre el tema, Aurora. El mundo del arte tiene la costumbre de deshacerse de los que se alejan demasiado del buen gusto.

—¿Y quién decide qué es el buen gusto? ¿Tú?

—Lo deciden los expertos. Historiadores, coleccionistas, críticos. Sus opiniones pueden llevar al éxito o al fracaso a un artista… o a una galerista.

Soline llevaba un rato callada moviendo la comida por el plato. Dejó el tenedor con mucho cuidado y miró a Camilla.

—Durante la guerra, los nazis calificaron de degenerado el arte que no les gustaba. Ellos lo decidieron, afirmaron que tenía que ver con temas inapropiados, pero todos sabíamos la verdad. A los *boches* les daba igual la decencia. Tenía que ver con los propios artistas: a quién amaban, en qué creían… cuáles eran sus apellidos. —Hizo una pausa y cerró los ojos unos instantes—. Arrestaron e interrogaron a muchos artistas. Algunos, judíos sobre todo, incluso fueron asesinados. Una noche, hicieron una hoguera en los jardines de la Galerie Nationale y quemaron colecciones enteras hasta reducirlas a cenizas. Picasso, Dalí, Miró. Todo perdido. Las obras de su Renoir y su Monet sobrevivieron porque los oficiales nazis se las llevaron; las robaron mientras el resto

ardía. Porque ellos eran los que decidían.

Las mejillas de Camilla se habían cubierto de manchas rosadas, como si acabara de recibir una bofetada.

—¿Me está comparando con los nazis, señorita Roussel?

—Simplemente señalo que permitir que un grupo decida qué es valioso y qué no lo es puede tener consecuencias terribles. Como todo, el arte está en los ojos de quien lo mira, *n'est-ce pas?*

Camilla cuadró los hombros, como un pájaro ahuecando las plumas para parecer más amenazante.

—Es un sentimiento encantador, señorita Roussel, pero creo que es sensato no meterse en campo ajeno, en especial aquí en Boston, donde el terreno escasea. Puede que parezcamos una gran ciudad, pero bajo esa apariencia somos terriblemente convencionales y tendemos a desconfiar de cualquier cosa llamativa o que venga de fuera.

Rory miró a Camilla horrorizada. Ya había visto a su madre bajarle los humos a gente, con frialdad, precisión quirúrgica y sin pestañear, pero en esas ocasiones había sido merecido. Esto era algo totalmente distinto. El tono despectivo y el antagonismo apenas velado, el lenguaje corporal rebuscado que solo servía para amplificar su desprecio. Y la mirada de Soline, cenicienta y aturdida, como si la hubieran emboscado. Tenía que intervenir, decir algo para desviar la hostilidad de su madre, pero ¿qué? Defender a Soline solo empeoraría las cosas.

Casi se sintió aliviada cuando Soline cogió su bolso y se levantó de la mesa.

—Acabo de recordar que me he dejado el pintalabios en el baño de señoras. Disculpadme, por favor.

Rory esperó hasta estar segura de que Soline no podía oírla antes de atacar a Camilla.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Camilla la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Haciendo?

—No me mires así. Sabes perfectamente a lo que me refiero. Estabas enfadada conmigo y lo has pagado con Soline. ¿No has visto su cara? Has herido sus sentimientos.

Camilla la miró impasible.

—Yo he herido sus sentimientos.

—Sí. Y tú… —Rory se quedó callada al ver que Soline no iba al baño, sino a la salida del patio—. Maldita sea. —Se puso de pie de un salto y casi tira la silla—. ¡Soline! ¡Espera!

Soline no dio señales de haberla oído. Rory salió corriendo tras ella atravesando el laberinto de mesas hasta la acera. Llevaba recorrida media manzana cuando al fin la vio agachando la cabeza para entrar

en un taxi amarillo.

Rory regresó furiosa al restaurante y encontró a Camilla bebiendo tranquilamente su vino.

—Me imagino que estarás contenta.

Camilla se las arregló para componer una expresión de sorpresa.

—¿Qué he hecho? Estábamos charlando y de repente se levanta indignada sin siquiera decir buenas tardes. Si quieres mi opinión, se ha comportado con muy mala educación.

—Te diré qué es de mala educación. Entrometerte en un almuerzo al que no te han invitado. Llamar a Soline, mi amiga, «la casera». Todas esas tonterías de no meterse en campo ajeno y luego eso sobre lo que «viene de fuera», como si no fuese a saber exactamente a qué te referías. ¿Por qué?

—Por el amor de Dios, Aurora, baja la voz. ¿Por qué tienes que ser siempre tan dramática?

—Seré todo lo dramática que quiera, es mi mesa. Y tienes la cara muy dura llamándome dramática después del espectáculo que has montado. Odias mi corte de pelo. Lo entiendo, pero ha sido decisión mía, no de Soline.

Camilla apuró su copa y la volvió a dejar con mucho cuidado.

—¿Crees que estoy disgustada por eso? ¿Porque te has cortado el pelo?

Rory resopló, molesta y dolida por la petulancia de su madre. Sabía que no era por el corte de pelo, pero estaba demasiado enfadada como para ceder en eso.

Camilla se quitó la servilleta del regazo y la dobló con mucha atención antes de dejarla a un lado.

—Te pedí que me dejaras hacer esto por ti, Aurora, llevarte de compras y a la peluquería, pero dijiste que estabas demasiado ocupada. Siempre estás demasiado ocupada.

—Porque lo estoy. La galería…

—No estabas demasiado ocupada para ella. Supongo que ya tenías planeado este pequeño paseo cuando te llamé.

—No fue así.

—Ya veo. Te gustó la idea, simplemente no querías ir conmigo.

—No es eso.

—¿Entonces qué es? Explícamelo.

—Mira, no quería un calvario, y lo habría sido, porque siempre lo es. Tú abominarías de todo lo que elijo y yo acabaría por ceder porque estoy cansada de discutir. Quería hacerlo yo misma, elegir algo y acabar con el asunto, pero no tengo ni idea de ropa, así que le pedí algunos consejos a Soline. Echó un vistazo a mi armario y decidió que era mejor que me acompañara.

—¿De verdad? —Camilla metió la mano en el bolso y hurgó a tientas hasta pescar el pintalabios. Después de un retoque rápido, lo cerró y volvió a meterlo en el bolso—. Cuánta amabilidad por su parte.

—Fue amable —replicó Rory—. Porque así es ella, una mujer amable que quería ser de ayuda. ¿Por qué te hace perder tanto los estribos?

—No me hace perder los estribos. Sencillamente no entiendo la fascinación que sientes por ella. Una vieja, y además una ermitaña. Y esos guantes absurdos, como si acabara de venir de una boda o un desfile. Y ahora aceptas que te dé consejos de moda porque hace años hacía vestidos de novia. Es extraño, eso es todo.

Rory la miró fijamente.

—¿Cuándo te convertiste en esta persona?

—¿Qué persona?

—Da igual, ya hemos pasado por esto. Soline es mi amiga, y hoy la has hecho sentir incómoda a propósito. Puede que no sea de la realeza de Boston, pero no merece tu desprecio. Ha sufrido mucho.

—Todos hemos sufrido mucho, Aurora. Así es la vida. Pero seguimos adelante si no queremos convertirnos en objeto de compasión.

—¿Objeto de compasión? —repitió Rory, furiosa—. Como Soline lo perdió todo, eso la convierte en alguien patético. ¿Es eso lo que piensas de mí también? ¿Porque Hux ha desaparecido y me niego a «seguir adelante» sin más?

—Yo no he dicho…

—Sí, lo has dicho. Puede que no literalmente, pero es lo que siempre has querido decir. Tienes una voluntad de hierro, madre, y estás terriblemente orgullosa de ello. Pero una madre debería tener un corazón, y a veces me pregunto si tú lo tienes.

Rory cogió las bolsas y su bolso, metió la mano en la cartera y contó varios billetes. No había nada más que decir, nada que la hiciera comprender.

—Esto debería bastar para pagar la cuenta.

—Aurora, siéntate. No hemos terminado.

—Sí, hemos terminado. De hecho, te ahorraré la llamada. No podré venir al *brunch* mañana. Después de veintitrés años, creo que es hora de admitir que no nos caemos demasiado bien.

Treinta y cuatro

Soline

En esta vida hay momentos en los que hay que aferrarse y momentos en los que hay que soltar amarras. Tienes que aprender a distinguirlos.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

Todavía me tiemblan las manos mientras me sirvo una buena copa de vino. Debería haber venido directamente a casa después del Bella Mia en lugar de ir a comer. No es que lo que ha pasado en Seasons fuera culpa de Rory. La aparición de su madre ha sido una sorpresa desagradable para las dos.

En cuanto nuestras miradas se cruzaron, la oleada de… ¿qué era? ¿Inquietud? ¿Aversión? Sí, ambas cosas, pero también algo más. Para ella, soy una rival, su hija es un premio que ganar o perder. He estado invadiendo su territorio y quiere que sepa que no lo va a tolerar.

Y también mi propia reacción, la oleada instantánea de familiaridad que sentí al ver el pelo dorado cuidadosamente peinado, las mejillas altas y la boca ancha. El parecido con su hija era ineludible, un recordatorio de que soy una extraña, de que Rory no es mía.

Y, sin embargo, me he encariñado tanto con ella en tan poco tiempo… Yo, que prefiero mantener alejado al mundo entero. Pero

ahora Rory se ha convertido en una parte de mi vida. Una sustituta, supongo, de la hija que perdí. Desde el primer día, cuando entró en Bisous Sucrés abrazando mi maltrecha caja de vestidos contra el pecho, he sentido la conexión, como si el destino nos guiñase el ojo a las dos.

Ese día me pareció una especie de ángel, el regalo que nunca supe que quería o necesitaba. Y quizá yo también lo he sido para ella. Me llama su hada madrina, y me alegro de haber contribuido a hacer realidad su sueño. Mi contribución fue alquilarle la casa, y ya he hecho los arreglos necesarios con Daniel para regalársela, igual que Maddy me la regaló a mí.

Me ha pedido que vaya a la inauguración, y me gustaría mucho estar allí, pero ahora veo que sería un error. Estaría encantada de ocupar el segundo puesto después de Camilla si fuera bienvenida. Está claro que no es así, y no me humillaré metiéndome donde no hay lugar para mí. Mi papel ha terminado, como dicen. Cualquier *tragédienne* que se precie sabe cuándo es el momento de salir del escenario. Al igual que cualquier hada madrina decente, le haré este último regalo, la casa adosada para su galería, y eso será el final. Habré hecho mi buena obra y me retiraré tranquilamente.

Me digo a mí misma que no me importa, pero es mentira. ¿En qué estaba pensando? Dejar entrar a una extraña en mi vida, después de tantos años de autoprotección, volver a sentir después del dichoso entumecimiento. Como mis manos después del incendio, cuando los nervios comenzaron a regenerarse. El dolor era tan insoportable que lo único que quería era dejar de sentir otra vez.

Hoy ha sido así.

Lo he visto en el momento en que los ojos de Camilla se han clavado en los míos. Me había medido y decidido que no daba la talla. Las fosas nasales abiertas y la barbilla inclinada, la fina sonrisa que me ha dejado helada. Era como solía mirarme el padre de Anson, como a una intrusa que se había pasado de la raya. No había lugar para mí en la vida de su hijo, y tampoco en la de Rory.

Me miro los dedos mientras se cierran alrededor del tallo de mi copa de vino, enroscados y de color rosa brillante, y recuerdo a Camilla mencionando el incendio de pasada, como si necesitara ayuda para recordarlo. Mientras esté viva, nunca lo podré olvidar.



22 de julio de 1981

No he tenido un momento de paz desde que se filtró la noticia de que habían elegido a *L'Aiguille Enchantée* para confeccionar un vestido a una de las primas Kennedy. El teléfono suena todo el día: novias que leen las páginas de Sociedad y que de repente se mueren por un vestido Roussel. Y luego están los curiosos que entran de la calle o se quedan mirando desde la acera, como si esperaran ver a la futura novia haciéndose el dobladillo en mi escaparate.

Entiendo por qué todo el mundo está *très agité*. Los Kennedy son lo más parecido a la realeza que los estadounidenses pueden llegar a tener, lo que significa que incluso una prima lejana es tratada como una princesa de cuento de hadas. Y si me salgo con la mía, su vestido será digno de un cuento de hadas. Es una cosa impresionante, tal vez mi mejor trabajo. *Shantung* marfil adornado en el dobladillo con bordados de plata y cristales de color rosa pálido. Pero aún hay que colocar el lazo y terminar la pedrería del fajín, y el tiempo apremia. He estado trabajando día y noche para terminar el vestido a tiempo, pero no puedo trabajar sin dormir. Ni siquiera para la realeza de Boston.

Son casi las dos de la madrugada cuando subo las escaleras hacia mis habitaciones en el tercer piso. Solo necesito una o dos horas, y luego volveré a bajar. Pero estoy demasiado excitada para dormir. Voy a la cocina y me preparo una jarrita de chocolate, le añado un chorrito de *bourbon,* como solía beberlo Maddy, y luego me la llevo de nuevo a la cama.

Pienso en fumarme un cigarrillo, pero me he dejado el paquete abajo, en el taller, y estoy demasiado cansada para bajar a buscarlo. El chocolate tendrá que bastar, y ya siento que se me empiezan a cerrar los párpados. Dos horas, no necesito más.

No tengo ni idea de cuánto llevo durmiendo cuando me despierto con la garganta ardiéndome. La habitación está oscura y llena de humo. Salgo de la cama y me pongo de rodillas en busca de aire mientras me arrastro en dirección a las escaleras. Me aferro a la barandilla mientras avanzo, desorientada por el humo cada vez más denso y sin poder abrir los ojos. El calor es brutal y me abrasa la garganta y el pecho. «No te pares», grita mi cerebro. «¡No te pares!». Pero me quedo inmóvil cuando veo el resplandor rojizo en la parte trasera de la casa y oigo el crepitar enloquecedor de las llamas, devorando, consumiéndolo todo.

Mis talleres y mi trabajo en llamas.

Desesperada, me pongo de pie y me arrojo hacia el horrible resplandor en lugar de alejarme de él. El calor es como un muro que me hace retroceder al llegar al taller más grande. Las llamas han engullido por completo las estanterías apiladas con rollos de tela, y también las cortinas y la superficie de la mesa de trabajo donde unas

horas antes había estado poniendo los alfileres a un patrón. Es como siempre imaginé que sería el Infierno.

Y entonces los veo, tres vestidos casi acabados en diferentes estadios de terminación, sus sombras se extienden grotescamente a lo largo de la pared del fondo y parece que estén bailando. Veo, horrorizada, cómo las llamas suben por un lado de la falda y luego saltan a la manga del vestido de al lado, alimentándose de encajes, botones y cuentas.

Oigo un lamento que llega de algún lugar, amortiguado por la voracidad de las llamas. «Una sirena», pienso vagamente. Alguien debe de haber llamado a los bomberos. Pero no, el sonido sale de mí, desgarrado y desolado: una madre que llora por sus hijos en peligro.

Sin pensarlo, avanzo tambaleándome y rodeo con los brazos la cintura de dos vestidos. Lloro y jadeo mientras los arrastro hasta la puerta, tropiezo con faldas y colas mientras bajo a trompicones el último tramo de escaleras, me dirijo a ciegas hacia la puerta y la seguridad de la calle.

Solo una vez fuera noto un dolor agudo en el brazo izquierdo. Uno de los vestidos que he rescatado está envuelto en llamas y estas han alcanzado la manga de mi rebeca. Los dejo caer mientras suelto un grito y golpeo las llamas que se extienden mientras se abren paso por una muñeca y atrapan también la otra. El dolor no se parece a nada que haya sentido antes, es cegador y lo siento hasta en los huesos. Las llamas siguen extendiéndose a pesar de mis intentos. Entonces se oyen sirenas, ensordecedoramente reales, y de repente todo se vuelve negro cuando me empujan al suelo y me cubren con una manta.

Horas más tarde, despierto en la unidad de quemados, con la boca seca y acorchada por la morfina. Tengo las dos manos vendadas hasta el codo. Quemaduras de tercer grado, me explica el médico; la mano izquierda está peor que la derecha. Habla despacio, como lo haría con una niña, y yo me siento como una niña, indefensa y confundida.

Lo último que recuerdo es la manta engulléndome. No recuerdo cuándo me subieron a la ambulancia, dónde me pusieron vías en los brazos, ni cuándo me llevaron a la sala de urgencias, donde tuvieron que cortar la rebeca chamuscada pegada a mi carne. El médico tiene que contarme lo que ha pasado, y yo sigo sin recordar. Se debe en parte al *shock* y en parte a los fuertes opiáceos, me explica, y es normal dadas mis lesiones.

Le pregunto por mi tienda. No puede decirme nada, pero sí me cuenta lo que pasará después. Desbridamiento, injertos de piel, ejercicios, cicatrices, contracturas… y dolor, mucho dolor.

Sigue diciendo que tengo suerte de estar viva, de haber salido cuando lo hice, de que las quemaduras no sean peores. Pero lo único que escucho es que nunca volveré a coser, que la vida que me he

labrado ha desaparecido. Una nueva embestida de la maldición de las Roussel, diría *Maman.*



La copa está vacía. La vuelvo a llenar y voy al estudio a por mi caja. De repente, quiero estar rodeada de mis cosas. Es una tontería preocuparse ahora, después de tanto tiempo sin ellas, pero cuando es tanto lo que le han arrancado a una, tanto lo que se ha perdido, hay que buscar consuelo en lo familiar.

Regreso por el pasillo con la caja, la sostengo en mis brazos como se sostiene a un niño abandonado, pegado al cuerpo, con fuerza. Y, por un instante, al pasar por delante del espejo, la veo mirándome: la niña que soñaba con príncipes y creía en los finales felices. Pero un momento después, la niña desaparece, sustituida por la mujer en la que me he convertido. Desgastada y sola, vacía de sueños y llena de cicatrices.

Durante un tiempo, unos cuantos meses, pensé que podría hacer algo con el tiempo que me queda, que incluso podría volver a ser feliz. Pero ahora veo que solo era una ilusión, un brillante espejismo que se desvanece al mirarlo de cerca. Otra pérdida para mi colección, otro final infeliz.

Me quito la ropa y abro el cajón de la mesita de noche. El frasco de pastillas está dentro. Lo saco y lo sostengo en el puño. Necesito un largo sueño. El olvido. Forcejeo con la tapa, pero al fin se abre y las pastillas se derraman en mi palma, pequeñas y blancas. Las cuento: hay siete. No parecen bastantes. Quiero dormir durante mucho, mucho tiempo.

Me trago dos píldoras con lo que me queda de vino y me vuelvo a tumbar sobre la colcha. Un reloj hace tictac en algún sitio, distante y extrañamente apagado. Me acerco la caja. Volvemos a estar solas, mi caja de recuerdos y yo. Cierro los ojos y recibo agradecida la oscuridad, donde todo está en silencio y los recuerdos no pueden encontrarme.

Siempre he llorado cuando algo llega a su fin.

Treinta y cinco

Rory

18 de septiembre de 1985, Boston

Rory acercó el coche a la acera y apagó el motor. El nudo en su estómago se tensó mientras miraba la puerta roja y brillante. No era la primera vez que se plantaba en casa de Soline sin avisar, pero las circunstancias habían cambiado. Habían pasado cuatro días desde el desastroso almuerzo y no había tenido noticias de ella, a pesar de haberla llamado como mínimo una docena de veces. No es que la culpara, pero tenía que disculparse, no solo por el comportamiento de su madre, sino por haber dejado que sucediera, y si eso significaba aporrear la puerta hasta que respondiese, que así fuera.

Las cortinas seguían echadas, y en los escalones de la entrada había tres periódicos todavía en sus bolsas de plástico transparente. Tocó el timbre varias veces y luego probó con la aldaba.

—Soline, soy Rory.

Una mujer que paseaba a un par de *beagles* rechonchos redujo la velocidad al pasar y la miró con desconfianza. Cuando por fin se alejó, Rory sacó un sobre y un bolígrafo del bolso y garabateó una nota rápida. «Por favor, llámame. Necesito hablar contigo. R». Llamó por última vez y luego metió la nota entre la puerta y la jamba, y cruzó los dedos para que se quedara allí hasta que Soline la descubriera.

Pero en el camino de vuelta a la galería, sus pensamientos se

volvieron más oscuros. ¿Y si Soline no se había refugiado en su casa porque estaba dolida? ¿Y si estaba enferma o se había hecho daño?

La llamó una vez más y dejó que sonara ocho veces antes de colgar y marcar inmediatamente el número del despacho de Daniel Ballantine. Como siempre, su secretaria la puso en contacto con él.

—Rory, qué alegría saber de ti. Espero que todo vaya bien con la galería.

—Así es, gracias. Pero necesito un favor.

—Dispara.

—¿Podrías llamar a Soline y comprobar que esté bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Rory se mordió la lengua preguntándose cuánto debía decir.

—Es una historia un poco larga. Estábamos almorzando el otro día, y la conversación se volvió… desagradable. Cuando quise darme cuenta, se estaba marchando. Ahora no responde al teléfono, y acabo de ir a su casa y llamar a la puerta, pero no ha contestado. Estoy preocupada.

Daniel suspiró.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cuatro días —dijo Rory en voz baja—. Me preocupa que pueda haberle pasado algo. Las cortinas siguen cerradas, y había periódicos apilados frente a la puerta.

—Ya —dijo él—. A veces hace eso.

Su tono despreocupado sorprendió a Rory.

—¿El qué?

—Desaparecer. Se esconde. Algo la hace saltar y se recluye sin más.

—¿Crees que solo está enfadada?

—Probablemente enfadada no sea la palabra correcta. Ciertas cosas la hacen saltar, cosas a las que prefiere no enfrentarse. Y lidia con ellas escondiéndose. La he visto aguantar más de una semana.

—Entonces, ¿qué haces, esperas a que salga y ya está?

—En general, sí. No lo hace para llamar la atención, realmente quiere que la dejen sola.

—Pero ¿y si no es eso? ¿Y si está enferma, o se ha hecho daño?

—Basándome en lo que acabas de decir, apostaría a que no es el caso. Ya reaparecerá cuando esté lista.

—¿Podrías intentar llamarla? ¿O tal vez pasarte? Puede que si sabe que eres tú abra la puerta.

—Yo no apostaría por ello.

—Por favor.

—De acuerdo.

—Y si lo hace, ¿podrías pedirle que me llame? Necesito hablar con ella.

—Le pasaré el mensaje si tengo la oportunidad, pero no esperes que cambie de opinión si ya se ha decidido. Cuando quiere, es una vieja tozuda. Veré qué puedo hacer y te diré algo.



A la tarde siguiente, Rory regresó a casa desde la galería y encontró la luz del contestador parpadeando. Esa visión siempre le hacía temblar el pulso, una mezcla de esperanza y temor que se había vuelto demasiado familiar en los últimos meses. Pero ninguno de los mensajes era sobre Hux. Había dos de su madre, con la que no había hablado desde el encontronazo en el Seasons, y uno de Daniel pidiéndole que lo llamara.

Marcó el número y la pusieron en espera, deleitándola con una versión metálica de «Sailing», de Christopher Cross, mientras esperaba a que Daniel terminase otra llamada. Finalmente se oyó un clic y Christopher Cross se esfumó.

—¿Rory?

—¿Has podido hablar con ella?

—No. Lo intenté varias veces anoche, y hoy al mediodía he pasado por su casa y he llamado al timbre. No ha contestado.

Rory apretó con más fuerza el teléfono.

—Tenemos que llamar a la policía para que vayan. Algo va mal.

—No creo, diría que solo se está refugiando. ¿Ayer el cubo de la basura estaba fuera?

Rory cerró los ojos mientras intentaba recordar.

—No, diría que no.

—Bueno, pues hoy sí. Y los periódicos ya no están.

—¿Había una nota? Dejé una nota metida en la puerta. ¿Seguía ahí?

—No la he visto.

Los hombros de Rory se relajaron un poco.

—¿Hay alguien que haga ese tipo de cosas por ella? ¿Una señora de la limpieza o algún tipo de asistente?

—No. Hay un chaval que corta el césped, pero nada más.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Esperar.

—¿A qué?

—A que nos llame a alguno de los dos. Pero el ritmo lo marca ella, puede que solo estemos a mitad de camino.

—¿Me prometes que me avisarás si llama?

—*Cuando* llame —la corrigió Daniel con delicadeza—. Y sí, te lo prometo.

Una hora más tarde, Rory estaba tumbada en la cama con un trozo de *pizza* fría y un montón de menús de *catering* cuando sonó el teléfono. Cogió el aparato inalámbrico tan deprisa que casi se le cae.

—¿Hola?

—He hablado con ella.

Rory cerró los ojos mientras la inundaba una oleada de alivio.

—¿Y está bien?

—De un humor de perros. Pero puede que tenga algo que ver con que haya trepado por el seto trasero y aparecido en la ventana de la cocina. Se estaba haciendo un café y de repente allí estaba yo. El grito que pegó fue impresionante, te lo aseguro. Al final me dejó entrar, pero no quiso invitarme a café.

—¿Pero se encuentra bien? ¿Estás seguro?

—Ha estado mejor, eso lo admito. Pero dice que está bien. Las manos la han estado molestando de nuevo, y los analgésicos la hacen dormir.

—¿Le dijiste que he estado intentando contactar con ella?

—Lo sabe —dijo Daniel después de un breve titubeo—. Te oyó cuando llamaste a la puerta.

—¿Y la nota?

—La ha leído.

—No va a llamarme, ¿verdad?

Otra pausa, esta vez más larga.

—Piensa que sería mejor si no lo hiciera.

—Entiendo.

—No creo que lo entiendas —dijo Daniel en voz baja—. Ni siquiera estoy seguro de entenderlo yo. Es muy reservada con su pasado, pero conozco algunas partes. No fue fácil, pero después del incendio hizo las paces con lo que quedaba de su vida dejando de sentir. Entonces llegaste tú, y de repente empezó a sentir de nuevo. Cambió. Ahora ha pasado algo. No sé el qué, no me lo dijo. Pero ha vuelto a meterse en su caparazón.

—Ha sido culpa mía. Eso es lo que quería decirle, que lo siento.

—No está enfadada, Rory. Solo cree que sería mejor si no vuelve a verte. Me pidió que te diese las gracias y que te deseara lo mejor con la inauguración.

Rory cerró los ojos, asimilando la rotundidad de las palabras.

—¿Crees que cambiará de opinión?

—No si la presionas. Dale un poco de espacio, por ahora céntrate en la galería, y tal vez puedas volver a intentarlo después de darle un tiempo. Mientras tanto, estoy aquí si necesitas cualquier cosa.

Rory se sentía fatal al colgar el teléfono. Daniel probablemente tenía razón sobre lo de darle espacio, pero la idea de perder la amistad de Soline era sorprendentemente dolorosa, dado que hacía relativamente poco que se conocían. Al principio había sido un salvavidas, una especie de espejo en el que mirarse, pero se había convertido en mucho más. Una amiga y confidente, su hada madrina.

Espíritus afines.

Así es como Soline había descrito su relación. Extrañas que compartían un pasado común. En su momento, esas palabras le habían provocado un escalofrío. Ahora la entristecían. Al parecer, el beneficio de que sus caminos se cruzaran había sido unilateral. Había recibido empatía y comprensión cuando más lo necesitaba, pero, al ofrecérselas, Soline se había visto obligada a revivir la pérdida del único hombre al que había amado. Y lo había hecho sin ni siquiera una fotografía que la consolara.

De repente, la semilla de una idea comenzó a formarse, una manera de agradecerle a Soline tanta amabilidad. Pero necesitaría algo de ayuda.



A las nueve de la mañana siguiente, Rory se sentó a beber su café mientras esperaba a que Doug Glennon cogiera el teléfono. Era un periodista deportivo del *Globe* y hacía unos años se había casado con una amiga suya de Tufts. Era un tipo estupendo, un deportista con un corazón de oro, y estaba loquito por Kelly. Ella no lo conocía bien, pero habían quedado unas cuantas veces, y Kelly le había asegurado que estaría dispuesto a ayudar y le había prometido comentárselo cuando llegara a casa anoche.

—Soy Doug, dígame.

—Doug —balbuceó Rory, asustada después de tanto rato en espera —. Soy Aurora Grant, Rory. No sé si te acordarás de mí, pero fui una de las damas de honor de Kelly. Hablé con ella ayer, y me dijo que te llamase.

—Rory. La nadadora, ¿verdad? Kelly me dijo que habías llamado. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Esperaba que pudieras hacerme un favor. Tengo una amiga que

perdió a alguien en la guerra, un conductor de ambulancias con el que estaba prometida, y he descubierto que no tiene ninguna foto de él. Esperaba poder encontrar una y enmarcarla para regalársela.

—¿Estamos hablando de Vietnam?

—De la Segunda Guerra Mundial.

Doug silbó despacio.

—Cuarenta años. ¿Qué edad tiene esta amiga tuya?

—Lo sé, ha pasado mucho tiempo, pero pensé que quizá habría alguna foto en algún archivo. Sé que no es a lo que sueles dedicarte, pero sé que los periodistas tenéis acceso a un montón de archivos antiguos. El hombre era de una familia prominente de Newport. Creo que construían barcos, barcos de regatas. Así que esperaba que hubiera alguna foto de él en algún periódico antiguo o algo.

—¿Por qué no contactas con la familia y les pides una?

Rory se mordió la lengua.

—Digamos que no están muy predispuestos a ayudar.

—Ya, entiendo.

—No quiero que hagas nada que pueda causarte problemas en el trabajo, pero me encantaría poder hacer esto por ella. ¿Crees que podrías ayudarme?

—¿Cómo se llamaba?

—Purcell —balbuceó Rory antes de que Doug pudiera cambiar de opinión—. Anson Purcell. La inicial del segundo nombre es la W. Era conductor de la AFS, por si ayuda.

—Es posible. ¿Algo más que pudiera ayudarme a acotar la búsqueda? ¿Fecha de nacimiento, parientes?

—No sé la fecha de nacimiento, pero su padre se llamaba Owen, y tenía una hermana llamada Cynthia.

—Owen y Cynthia Purcell de Newport, Rhode Island. Vale, veré qué puedo hacer. A lo mejor hay una foto de un antiguo anuario en alguna parte, o de la graduación. Dame unos días para investigar. Te llamaré cuando sepa algo.

Rory le dejó su número y le dio las gracias efusivamente antes de colgar. Haría lo que le había dicho Daniel. Le daría un poco de espacio a Soline mientras se concentraba en la inauguración, y luego, en unas semanas, escribiría una carta y se la enviaría con la foto de Anson. Como muestra de amistad… o, si lo prefería, un regalo de despedida.

Treinta y seis

Rory

23 de septiembre de 1985, Boston

Rory cruzó la puerta de su apartamento exhausta, pero feliz. Había cogido el primer *ferry* a Provincetown para reunirse con Helen Blum, una artista moderna que trabajaba en bronce y que le había recomendado Kendra Paterson. Era una de las cosas que más le gustaban de los artistas emergentes, su infalible generosidad hacia otros miembros de su comunidad. Sin ella, todavía estaría intentando reunir a suficientes artistas para abrir las puertas el mes que viene.

Se quitó los zapatos y fue directa hacia el teléfono. Habían pasado tres días desde su conversación con Doug y empezaba a preocuparle que la ausencia de noticias fuera un mal augurio, es decir, que no hubiera encontrado la foto. La luz del contestador parpadeaba. Pulsó el *play*. El primer mensaje era de su madre, otra invitación a cenar, y todavía ni una palabra sobre el almuerzo. Al parecer, seguía intentando fingir que no había ocurrido.

El segundo mensaje era de Doug. «Llámame, creo que tengo lo que estabas buscando».

Marcó el número del periódico y luego su extensión. Esperaba que no se hubiera marchado todavía. No le gustaba nada la idea de molestarlo en casa, pero no estaba segura de poder esperar hasta mañana.

—Doug Glennon.

—Hola, soy Rory. He recibido tu mensaje.

—Costó un poco, pero al final di con el premio gordo. Tengo dos fotos. Una de un anuario de la universidad, la otra es él de uniforme, tomada por el periódico local antes de que embarcara. Un tío guapo y muy americano. ¿Quieres también las actuales?

—¿Las actuales? —repitió Rory, desazonada. Se había equivocado de hombre—. El Anson Purcell del que hablo murió en la Segunda Guerra Mundial, probablemente cerca de París. Era conductor de ambulancias para la AFS.

—Sí, ese es el tipo. Pero no murió en Francia. Ni en ninguna parte, de hecho. Está vivito y coleando, y al parecer es un filántropo importante.

—No, eso es imposible.

—Imposible o no, tengo delante un artículo que dice que hizo una donación considerable a la ADL en marzo. Parece que está forrado, y además es un héroe. Capturado, dice. Malherido. Las fechas encajan; puedo enviártelo por fax, si quieres, pero te digo que es él.

Rory se dejó caer en la cama, la cabeza de repente llena de ruido blanco. Había habido algún tipo de confusión. Quizá Thia tenía un hijo y le había puesto el nombre de su hermano. Pero las fechas…

—No tengo fax —contestó al fin—. ¿Hasta cuándo estás en la oficina?

—Ya debería haber salido. Vamos a cenar con los padres de Kelly y no puedo volver a llegar tarde. Pero podría meterlo en un sobre y dejártelo en el mostrador cuando salga. ¿Te va bien?

—Pasaré a recogerlo en una hora.

Rory se quedó mirando el teléfono después de colgar. No podía ser cierto. Pero ¿y si lo fuera? ¿Cómo se tomaría Soline la noticia? No muy bien, basándose en su actual reclusión. La única cosa más angustiosa que un amor perdido era uno desperdiciado a propósito.



Cuarenta y cinco minutos más tarde, estaba sentada en el aparcamiento del edificio del *Globe* en Dorchester, mirando fijamente un sobre de manila con su nombre escrito con un grueso rotulador negro en la parte delantera. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para no abrirlo allí mismo, en el vestíbulo, pero había conseguido llegar al coche.

Encendió la luz del techo, luego tanteó el cordel del cierre y sacó el

contenido sobre su regazo. Había varios artículos de prensa fotocopiados. El primero era el artículo que Doug había mencionado, en el que se elogiaba a la Fundación Purcell por su historial de esfuerzos filantrópicos, incluida una donación reciente de siete cifras a la Liga Antidifamación. El siguiente artículo tenía que ver con la concesión del Premio a la Trayectoria por parte del Consejo de Liderazgo de Nueva Inglaterra, y ofrecía un poco más de información:

> Desde el fin de su mandato como director de recursos financieros de la Federación Internacional de la Cruz Roja (FICR), el señor Purcell continúa sirviendo a la organización como consultor político y experto en negociación, está asociado a numerosas organizaciones humanitarias y forma parte de los consejos administrativos de varias ONG y fundaciones benéficas. También es miembro del consejo administrativo de Purcell Industries Ltd., donde trabaja junto con su hermana en calidad de asesor. En 1941, antes de que Estados Unidos entrara en la guerra, el señor Purcell dejó Yale para ir a Francia, donde se ofreció como voluntario en el American Field Service (AFS) y condujo una ambulancia y trabajó en el Hospital Americano de París, hasta que resultó gravemente herido durante la extracción con éxito de un piloto derribado de la Real Fuerza Aérea. Fue capturado y retenido en un campo de prisioneros alemán durante casi cinco meses, donde luchó por recuperarse de sus heridas. Cuando terminó la guerra, Purcell pasó dos años en Suiza con especialistas aprendiendo a caminar de nuevo. Como hijo único y heredero de una considerable fortuna, difícilmente se le podría culpar de haber optado por ocupar el lugar de su padre como director general de la empresa familiar, con todas las ventajas que el cargo conllevaba. En cambio, eligió una vida de servicio y filantropía, ganándose la gratitud del Consejo de Liderazgo de Nueva Inglaterra y de esta publicación.

Rory dejó el artículo y miró las fotos borrosas que había debajo. Nunca había visto a Anson Purcell y, sin embargo, el joven que la miraba le resultaba extrañamente familiar. No recordaba que Soline lo hubiera descrito con detalle, pero de alguna manera su rostro le cuadraba. Ojos pálidos y un cabello rubio ondulado, una boca sensual y seria a la vez. Llevaba un traje oscuro con una corbata estrecha. Debajo de la fotografía, distinguió parte de una leyenda borrosa: ANSON WILLIAM PURCELL, PROMOCIÓN DE 1941.

En la segunda foto iba vestido con el uniforme militar y una chaqueta de cuero colgada de forma desenfadada sobre un hombro, como Van Johnson o Tab Hunter, el héroe americano guapo y honesto. Ese era el aspecto que tenía la primera vez que Soline lo vio. Y también la última.

Había una fotografía más, una en color, de trece por dieciocho, tomada hacía poco. Rory la miró fijamente y se llevó una mano a la boca. Para ser un hombre de más de sesenta años, seguía siendo sorprendentemente guapo, con una complexión atlética y una melena de ondas doradas y plateadas que podría ser la envidia de un hombre de treinta. Pero no era el joven Anson de la foto del anuario ni el elegante Anson de uniforme. Unas arrugas profundas le rodeaban los ojos y su mandíbula, antes cuadrada, se había suavizado con el tiempo.

Y había algo diferente en la boca. La sensualidad de antaño había desaparecido y dejado en su lugar una línea firme, casi sombría. No era una boca acostumbrada a sonreír, concluyó Rory. Allí había dolor, un dolor antiguo que se había endurecido con los años. Pero, después de lo que había soportado a manos de los nazis, probablemente estaba en su derecho. Y, sin embargo, había dedicado su vida a las buenas obras.

Un aluvión de preguntas la asaltó mientras seguía mirando la foto del Anson actual. Capturado y retenido cinco meses. Dos años en Suiza, aprendiendo a caminar de nuevo. ¿Qué había pasado por su mente cuando regresó y encontró que Soline había desaparecido? ¿Qué le había dicho su padre sobre ella y el bebé? Y lo más importante, ¿por qué no había ido a buscarla? O tal vez la había buscado y no la había encontrado. Aunque eso parecía poco probable, dados sus evidentes recursos. ¿Era posible que el tiempo y los acontecimientos simplemente hubieran templado sus sentimientos por ella?

La última pregunta le provocó una punzada de temor. Tal vez porque la tocaba demasiado de cerca. Durante meses, había estado obsesionada con que Hux volviera a casa, sano y salvo y de una pieza. Ni una sola vez se había permitido imaginar que retornase como un hombre cambiado, roto y atormentado por lo que podría haber sufrido a manos de sus captores.

Rory reprimió ese pensamiento mientras recogía las fotos y los recortes, y los metía de nuevo en el sobre; prefería centrarse en el asunto que tenía entre manos. Le había pedido a Doug que desenterrara una foto de un hombre muerto y, en cambio, había conseguido desenterrar al hombre en sí. Y ahora tendría que averiguar cómo decirle a Soline que el hombre al que llevaba llorando más de cuarenta años estaba vivito y coleando.

Una cosa era segura. No iba a decirle ni una palabra de todo esto hasta que mirase a Anson Purcell a los ojos y obtuviera algunas respuestas. Era lo mínimo que Soline merecía.

Treinta y siete

Rory

24 de septiembre de 1985, Newport

Rory metió el coche en el aparcamiento y apagó el motor, luego miró una vez más el pósit pegado al salpicadero. Purcell Industries Ltd., Commercial Wharf n.º 6, Newport, Rhode Island. Era aquí. No era el lugar ideal para el tipo de conversación que esperaba mantener, pero era la única dirección que había conseguido del servicio de asistencia telefónica.

Cogió el bolso y avanzó por un camino rodeado de un jardín muy cuidado hacia unas puertas de cristal ahumado. Era un edificio inmenso de ladrillo rojo oscuro, con un empinado tejado a dos aguas y ventanas en arco que le daban la apariencia de un viejo molino o un depósito de locomotoras.

Al llegar a la puerta, dudó mientras observaba la pareja de elaborados logotipos grabados en el cristal. ¿Realmente iba a hacer aquello, emboscar a un desconocido en su trabajo y pedirle explicaciones por no estar muerto? Y, al fin y al cabo, ¿qué creía que iba a conseguir? Tal vez era mejor dejarlo estar. Pero ya estaba allí, después de casi dos horas de viaje, con una larga lista de preguntas sin respuesta. Si se negaba a hablar con ella, lo único que habría perdido sería medio día y un depósito de gasolina.

Tiró de la puerta y se hizo a un lado para dejar salir a un hombre

con pantalones cortos azul marino y náuticos. El interior era limpio y diáfano, con el techo alto y azul que pretendía imitar el cielo y suelos brillantes de teca de color miel. Había un alto mostrador de recepción de cristal en el que volvía a aparecer el logotipo de Industrias Purcell. Rory se aclaró la garganta al acercarse, esperando transmitir el tipo de confianza que su madre mostraba al entrar en una habitación.

La recepcionista alzó la cabeza con una sonrisa.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—He venido a ver al señor Purcell.

La sonrisa de la mujer desapareció mientras miraba a Rory por encima de sus gafas de media luna.

—¿Al señor Purcell?

—Anson Purcell —aclaró Rory al darse cuenta de que podía haber más de uno.

La recepcionista sonrió con educación, pero negó ligeramente con la cabeza.

—Lo siento, el señor Purcell no trabaja en esta oficina. Si me dice cuál es el asunto del que quería hablar con él, tal vez pueda pasarle con el departamento adecuado.

Rory se dio cuenta de que era la portera, posicionada estratégicamente para impedir que cualquier mujer entrara a hacer preguntas impertinentes.

—No es un tema de negocios. Estoy aquí por una amiga del señor Purcell. De hecho, una vieja amiga de la familia —añadió al pensar en Thia—. ¿Sabe cómo podría ponerme en contacto con él?

—Lo siento. No puedo ofrecerle esa información, pero si quiere dejar un número de contacto puedo dárselo a su asistente.

Rory hizo todo lo posible por mantener la sonrisa.

—¿Por casualidad se encuentra aquí Thia?

Las cejas de la recepcionista se alzaron en una mezcla de recelo y sorpresa.

—¿Thia?

—La hermana de Anson, Cynthia. He venido desde Boston y es bastante importante que hable con uno de los dos lo antes posible.

La mujer volvió a mirar a Rory… y asintió de manera casi imperceptible.

—¿Me da su nombre, por favor?

—Aurora Grant.

—Gracias. Será solo un momento.

La mujer cogió el teléfono y marcó un número. Hizo girar un bolígrafo mientras esperaba a que alguien respondiera.

—Sí, soy Paulette —dijo, enderezándose un poco en la silla—.

Disculpe que la moleste, pero hay aquí una joven que pide ver al señor Purcell. Cuando le he explicado que no trabaja aquí, ha pedido hablar con usted. Es de Boston. Dice que tiene que ver con una vieja amiga de la familia. —Hizo una pausa, tapando el micrófono, y levantó la vista hacia Rory—. Quiere saber quién es la amiga.

Rory titubeó sopesando cuánto decir. No se haría ningún favor siendo indiscreta con los secretos de la familia.

—Dígale que es una muy buena amiga de su hermano… de la guerra.

Paulette repitió textualmente las palabras de Rory, escuchó un momento y asintió coquetamente.

—Sí, gracias. —Colgó el teléfono, cogió una libreta y anotó una dirección y dibujó apresuradamente un pequeño mapa—. La señorita Purcell dice que puede ir a su casa. Esta es la dirección. Alguien la estará esperando en la puerta.

Rory trató de no manifestar su asombro mientras cogía el trozo de papel y se lo metía en el bolso, como si aquello fuera exactamente lo que esperaba que ocurriese.

—Muchas gracias por su ayuda, Paulette.

Tardó menos de quince minutos en llegar a la dirección en Bellevue Avenue. Giró para meterse en el camino que llevaba a la casa y se detuvo ante una verja de hierro ornamentada. Una mujer vestida con un mono desteñido y un sombrero de paja se puso en pie apresuradamente abandonando su jardín y su montón de malas hierbas. Se bajó las gafas de sol y miró a Rory.

—Me llamo Aurora Grant —dijo Rory cuando la mujer se acercó—. He venido a ver a Cynthia Purcell.

—Paulette dijo que venía de Boston.

Rory miró a la mujer de arriba abajo fijándose en el parecido. Los rizos de oro y plata que sobresalían por debajo del sombrero de paja, los ojos claros y la boca ancha.

—¿Es usted Thia?

La mujer se limpió las manos y se las llevó a la cadera.

—¿Para qué ha venido?

—Esperaba poder hablar con su hermano sobre su prometida.

La mujer se ajustó el sombrero para protegerse mejor los ojos.

—Mi hermano no tiene ninguna prometida.

—Pero tuvo una, durante la guerra. Me gustaría hablar con él sobre Soline Roussel.

—Entiendo —contestó Thia con una claridad peculiar—. Será mejor que entre.

Rory aparcó al final del camino mientras intentaba imaginarse a Soline, recién bajada del barco después de llegar de un París

destrozado por la guerra, asimilando la majestuosidad de la casa de los Purcell. Era casi palaciega, tres plantas de piedra crema y gris con altas ventanas con parteluz y una mareante cantidad de gabletes.

Si no hubiera sido por la intromisión de Owen Purcell, Soline podría haber sido la señora de aquella casa. Habría estado allí cuando llegó la noticia de que Anson seguía vivo. Y cuando él regresó a casa, habría estado allí para ayudarlo a recuperarse de sus heridas. Habría habido una boda y niños. Felicidad en vez de tristeza, alegría en vez de dolor.

Si no hubiera sido por Owen.

Thia no dijo nada mientras conducía a Rory al vestíbulo en la parte trasera de la casa. Se quitó los zapatos, colgó el sombrero de un gancho que había en la puerta y fue hacia el fregadero de la cocina.

—Deje que me limpie un poco y serviré algo de limonada.

Rory trató de ser discreta mientras estudiaba a la hermana de Anson. Tenía unos cincuenta y tantos años, era alta y sencilla, con las mejillas coloreadas por el sol y ondas pesadas color trigo que le caían por debajo de los hombros. Resultaba innegable que era familia del hombre de las fotografías, pero había algo más, una cualidad que no conseguía precisar que, a pesar de la naturaleza inconveniente de su visita, hacía que Rory se sintiera cómoda.

—Gracias por acceder a recibirme —dijo mientras Thia llenaba un par de vasos altos con hielo y limonada—. Sé que esto debe de ser… incómodo.

Thia le ofreció uno de los vasos y luego bebió unos sorbos del suyo, mientras sus ojos pálidos se encontraban con los de Rory por encima del borde.

—Tal vez deberíamos ir a mi estudio, donde no nos interrumpirán. Hoy Nadine está en casa limpiando las persianas y tiene el oído de un murciélago.

De repente a Rory se le ocurrió que Thia podía haber sacado conclusiones erróneas sobre el motivo de su visita.

—No he venido a causarle problemas, señorita Purcell. No quiero nada de usted, si eso es lo que piensa.

—Sé por qué ha venido. Lo sé desde que llamó Paulette. Venga conmigo.

El estudio de Thia estaba en la parte trasera de la casa. Era una habitación espaciosa con cuadros interesantes en las paredes —¿eran suyos?— y un escritorio antiguo ubicado justo en el medio. Detrás del escritorio, unas puertas francesas conducían a un pequeño patio. Thia las cerró y señaló un sofá color melocotón indicando que se sentara.

Se colocó frente a Rory; su mono manchado de hierba y sus pies descalzos producían un contraste curioso con la decoración femenina

de la habitación.

—¿Por dónde deberíamos empezar?

Su tono práctico era un poco inquietante. Rory dio un sorbo a su limonada para recomponerse y miró a Thia.

—Por Soline.

Thia asintió.

—He pensado en ella a lo largo de los años, preguntándome si seguiría viva y si alguna vez habría encontrado la felicidad. —Su voz sonaba ronca, cargada del cariño que pervivía en la memoria—. ¿Cómo está?

—La vida la ha vuelto algo frágil, pero ha conseguido salir adelante. Me dijo que en su momento vivió aquí.

—Cuando yo era niña, sí.

—Y se marchó de repente. ¿Sabe por qué?

—Mi padre la echó. —Hizo una pausa mirando fijamente el vaso —. No, eso no es cierto. Se deshizo de ella. Ella y mi hermano iban a casarse cuando él volviera a casa, y entonces…

—Llegó el telegrama.

—El que decía que había desaparecido, sí. Encontraron su ambulancia acribillada. Había sangre por todas partes, pero faltaba el cuerpo. Solo estaba su chaqueta en la carretera con un agujero de bala. Alguien, un granjero, creo, vio a los nazis llevándolo al interior del bosque. Era habitual que dispararan a alguien y llevaran el cuerpo al bosque para enterrarlo. A veces lo dejaban allí para que los animales hicieran el trabajo. Mi padre no me dijo nada de esto hasta que Anson estuvo a salvo en Suiza.

—Pero nadie le dijo nunca a Soline que su hermano estaba vivo.

—No, para entonces ya se había deshecho de ella. A mí me mandó a un internado unos días después de que llegara el primer telegrama y seguía allí cuando llegó el segundo. Me quitó del medio, así era más cómodo.

—Porque nunca había tenido intención de permitir que se casaran. Desde el instante en que Soline puso un pie en esta casa.

Thia entornó los ojos.

—Parece poseer una gran cantidad de información, señorita Grant. ¿Puedo preguntarle cuál es su relación con la señorita Roussel?

—Soy su amiga —contestó Rory, deseando que aún fuera cierto—. Y me ha alquilado un edificio para una galería de arte que abriré el mes que viene. Así nos conocimos. Encontré unas cosas suyas cuando entré en el edificio y me ofrecí a reunirme con ella para devolvérselas. Uno de los objetos pertenecía a su hermano, un estuche de afeitado con sus iniciales grabadas.

Thia cerró los ojos. Le temblaba el labio.

—Lo guardó todos estos años.

—Así que lo recuerda.

Thia asintió.

—Mi padre se lo quitó. No quería que tuviera nada de mi hermano cuando se marchara, y sin duda nada con sus iniciales. Me pareció terriblemente cruel, así que me colé en su habitación, lo encontré y lo metí en la caja de Soline cuando bajó a desayunar.

—Fue usted —dijo Rory, sonriendo. No es de extrañar que Soline la adorara—. Creyó que había sido su padre. Pensó que tal vez se había sentido culpable por la manera en que la había tratado.

Thia apretó la boca.

—Mi padre no creía en la culpa, señorita Grant. Ni en el amor. Para él, eran signo de debilidad.

—¿Sabe por qué se deshizo de Soline? —preguntó Rory en voz baja —. ¿La verdadera razón?

Thia se centró en su limonada.

—En ese momento no lo sabía, pero ahora lo sé. —Levantó la vista con un suspiro—. Ahora sé muchas cosas. Sospecho que usted también.

—Se refiere al bebé.

—Sí, al bebé.

—Se llamaba Assia —dijo Rory en voz baja, recordando que la niña habría sido la sobrina de Thia—. Significa «aquella que trae consuelo». Lo que más deseaba Soline era tener algo de su hermano a lo que aferrarse, mantener vivo su recuerdo a través de su hija. Cuando la niña murió…

Thia dejó el vaso y se cogió las manos con fuerza sobre el regazo.

—Hay partes de la historia que ignora, señorita Grant. Partes que nadie conoce salvo yo. Y ni siquiera yo las conocía hasta hace poco. La niña de Soline no murió.

Rory la miró fijamente, confundida primero y luego horrorizada.

—¿Qué ha dicho?

—Di por sentado que lo sabía y que por eso había venido.

Rory sacudió la cabeza tratando de digerir lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo podría haberlo sabido? ¿Cómo es siquiera posible?

—Mi padre pagó a gente para que mintieran —respondió Thia con voz monótona—. Para que dijesen que la niña había muerto, así Soline no podría regresar y reclamarle nada a mi hermano. Le daba igual lo que les ocurriese a ambas cuando pensaba que Anson había muerto. Solo quería quitárselas de encima. Pero cuando llegó el segundo telegrama, supo que Anson nunca podría saber lo de la niña. Tenía que asegurarse de que no hubiera ninguna posibilidad de que Soline

apareciera con un bebé en los brazos. Así que firmó un buen cheque para arreglar una discreta adopción. Luego le escribió a Anson, que estaba en Suiza, diciéndole que Soline lo había abandonado, que se había negado a atarse a un tullido. Necesitaba que mi hermano la odiase tanto que ni siquiera pensara jamás en buscarla.

Una oleada de asco inundó a Rory mientras escuchaba a Thia exponer los detalles de principio a fin.

—Su padre pensó en todo.

—Sí.

Rory se pasó una mano por el pelo. No tenía palabras para describir lo que sentía. Rabia, repugnancia, puro dolor. Ninguna era adecuada. Robarle su bebé a una mujer y vendérselo a unos extraños. Una niña con su propia sangre. Era inconcebible. Y sería tarea suya darle la noticia a Soline.

—Ni siquiera le he dicho a Soline que Anson está vivo. ¿Cómo se supone que voy a contarle todo esto?

Thia alzó las cejas.

—¿Ha venido aquí sin contárselo?

—No lo supe hasta ayer, y antes de decir nada, necesitaba entender qué había pasado y por qué. Soline ha sufrido mucho a lo largo de los años, y eso la ha vuelto frágil. Me preocupaba cómo se tomaría la noticia de que el hombre al que amaba con todo su corazón había regresado a casa de la guerra y no se había molestado en buscarla.

—No fue culpa de Anson —dijo Thia de golpe—. Cuando mi padre le dijo que Soline se había marchado porque no lo quería si iba a ser un tullido, algo se rompió dentro de él. Por eso decidió quedarse en Suiza para la rehabilitación… y porque mi padre lo convenció de que era el mejor lugar para él. Y volvió a aprender a caminar, pero regresó a casa tan roto y amargado que casi no lo reconocí.

—Pero le dijo la verdad cuando al fin volvió a casa, ¿no? ¿Sobre el bebé y sobre lo que había hecho su padre?

—¿Cómo podría habérselo dicho? Yo misma no lo supe hasta que mi padre murió y tuve que revisar sus papeles. —Thia se puso de pie, fue hasta un armario cercano y abrió la puerta para revelar una pila de cajas de cartón—. Esto es poner en orden los asuntos de un padre. Anson estaba fuera del país cuando murió, cómo no, así que me tocó hacerme cargo. No tenía ni idea de que el hombre guardase tantas cosas, tiré un montón. Y entonces un día me encontré con esto.

Después de unos segundos rebuscando, Thia sacó un libro de contabilidad rojo oscuro cerrado con un par de gruesas bandas elásticas.

—Iba a dejarlo en el montón de cosas para tirar hasta que miré mejor las entradas… y las otras cosas que encontré dentro.

—¿Qué es?

—La verdad —contestó Thia mientras quitaba las bandas elásticas y se lo pasaba a Rory—. Está todo ahí. Todos los pagos y el papeleo, todo lo que mi padre necesitó para borrar a Soline y a la niña de nuestras vidas. Necesito que le eche un vistazo antes de decir nada más.

Las palabras sonaron ligeramente siniestras y flotaron entre ellas como una amenaza. Rory contuvo la respiración mientras abría el libro. Lo primero que le llamó la atención fue el nombre «D. Sheridan». Recordaba que Soline la había mencionado, pero verla aquí, con la que presumiblemente era la letra de Owen, le revolvió el estómago. También había otros nombres: un tal doctor Marcus Hartwell, un tal letrado Elliot Mason, un médico, un abogado, y la Asociación de Ayuda a las Familias.

Thia esperaba impaciente mientras Rory comenzó a pasar las páginas estudiando largas listas de entradas. Donación benéfica, gastos médicos, donación benéfica, donación benéfica, tasas judiciales, documentos, donación benéfica. La primera entrada se había hecho el 24 de octubre de 1943 y la última, el 12 de agosto de 1972. Fechas. Cifras en dólares. Todo tan pulcro, tan minucioso, como si las entradas fueran meros gastos empresariales.

—Veintiocho años —jadeó Rory con los ojos todavía clavados en el libro—. Las entradas se vuelven más esporádicas con el tiempo, pero algunos de estos pagos son de cinco cifras.

—Sobornos —dijo Thia escuetamente—. Al menos eso supongo. Si se hubiera corrido la voz de que había pagado para librarse de su propia nieta, eso lo habría destruido. Y había que pensar en Anson. Mi padre sabía que la dinastía de los Purcell se vendría abajo si Anson llegaba siquiera a sospechar lo que había pasado. Aunque daba igual, Anson nunca lo quiso. Estoy segura de que mi padre se está revolviendo en su tumba mientras hablamos sabiendo que soy la señora de su casa y dirijo el negocio familiar.

—¿Anson no lo quiso?

Thia negó con la cabeza con tristeza.

—Mi hermano no ha pasado un mes seguido bajo este techo desde que regresó de Suiza. Aunque no lo culpo. Siempre hubo mucha infelicidad aquí después de que mi madre muriera. Mi padre nunca fue un hombre amable, pero se volvió peor cuando la perdió. Una pensaría que la idea de un nieto lo habría ablandado.

—¿Cuánto hace que sabe todo esto?

—Hace unos cuatro meses, más o menos.

—¿Y Anson todavía no lo sabe?

—No.

A Rory le costaba mantener la voz serena.

—¿No pensó que su hermano debería saber que Soline y él habían tenido una hija?

—Por supuesto que sí. —Los ojos de Thia se llenaron de lágrimas—. Apenas he pensado en otra cosa desde que encontré el libro. No sabía qué hacer con lo que había descubierto. Traté de decírselo una vez, cuando llamó desde Londres el día de mi cumpleaños, pero me amenazó con colgar y no volver a llamar nunca más si mencionaba siquiera el nombre de Soline, y lo creí. —Sacudió la cabeza con la barbilla temblorosa—. Ella no es la única a la que todo esto ha dejado frágil. Lo que ocurrió durante la guerra cambió a mi hermano. Regresar a casa acabó con él.

—Pero él la conocía, Thia. La amaba, no entiendo cómo pudo creerse las mentiras de su padre sobre la mujer a la que amaba.

—Al principio no se las creyó. De hecho, tuvieron unas peleas terribles por las cosas que mi padre dijo de ella, que siempre había ido detrás del dinero de mi hermano, pero que al final ni siquiera eso había sido suficiente como para hacer que se quedara si eso significaba tener que empujar a su marido en una silla de ruedas. Fue como si estuviera castigando a Anson por amarla. Hubo momentos en los que temí que llegaran a las manos por ella.

—Entonces, ¿qué cambió?

—No lo sé. Un día fue como si alguien hubiera pulsado un interruptor. De repente, Anson se negó incluso a pronunciar su nombre. Y tampoco quería que lo mencionara nadie más. Sigue siendo así. Cada vez que he intentado hablar con él sobre el tema, ha puesto fin a la conversación. Es como si Soline lo hubiera envenenado.

—Su padre debió de alegrarse.

—Sospecho que sí, consiguió lo que quería. Por otro lado, normalmente conseguía lo que quería. Aunque eso significara destruir a la gente a la que se suponía que debía amar. Desde luego, a Anson lo destruyó.

—Y la niña —contestó Rory—. La abandonó sin más. A su propia nieta, y no tenía ni idea de dónde estaba o de qué le pasó.

—Oh, sí lo sabía. —Thia apartó los ojos. Su voz había tomado otra vez esa tonalidad siniestra—. La mujer que llevaba la Asociación de Ayuda a las Familias le envió una copia del certificado de adopción, la prueba de que su dinero había sido bien gastado. Esa es la clase de monstruo que era. La niña no le preocupaba en absoluto, solo sus planes para Anson y el imperio Purcell.

—Qué ordenado.

—Así era mi padre, decidido a conseguir lo que quería a cualquier precio. Y Dorothy Sheridan también estuvo encantada de ayudar, por

un precio, claro. Hice algunas comprobaciones cuando encontré el libro de contabilidad. Al parecer, la empresa de la señorita Sheridan llegó a oídos de la policía en 1972. Por eso no hay más entradas en el libro. La mujer desapareció, y mi padre al fin quedó libre.

Rory tenía el cuerpo helado.

—Es inconcebible. Soline se ha pasado cuarenta años llorando a una hija que creía muerta y enterrada, y todo este tiempo ha estado ahí fuera. ¿Cómo pudo una mujer hacer algo tan despreciable a otra mujer?

Thia la estudió con los ojos entornados.

—Parece preocuparse mucho por ella. Ha venido hasta aquí, con todas estas preguntas.

—Ayer un amigo mío, un periodista que me estaba ayudando a encontrar una foto de su hermano muerto, descubrió una tomada hacía dos años. Creo que las preguntas están justificadas.

—¿Para qué quería una foto de Anson?

Una vez más, Rory sintió que estaba siendo acusada de algo, y le fastidió.

—Quería enmarcarla y regalársela a Soline, porque es mi amiga. También fue amiga suya, hace mucho.

—Sí, lo fue.

Ahora la voz de Thia se había suavizado. Rory sintió que ella también se suavizaba.

—Me habló de sus dibujos y de los vestidos que le hizo, que usted quería vivir en una buhardilla y pintar. Le rompió el corazón no poder decirle adiós, pero su padre no se lo permitió.

Thia se abrazó el cuerpo como para protegerse.

—Me envió a un horrible internado para niñas. Cuando volví a casa, Soline se había ido. Pensé que nos había abandonado, que me había abandonado. Para cuando Anson regresó a casa, yo la odiaba. No solo por abandonarme a mí, sino también por abandonarlo a él. Hubo un tiempo en que mi hermano y yo estuvimos muy unidos, pero cuando volvió a casa era muy frío y retraído. Pensé que si yo también la odiaba, eso nos uniría de nuevo, pero solo hizo que Anson se enfadara más.

—La utilizó —dijo Rory en voz baja—. Su padre, quiero decir. La hizo odiar a Soline, y luego usó ese odio para alimentar el dolor de su hermano.

Thia volvió la mirada hacia ella.

—Le dije que era un monstruo.

—Lo siento, me doy cuenta de que esto también es duro para usted. Solo quería una foto. Nunca tuve intención de que se convirtiera en todo esto.

Thia soltó un largo suspiro.

—Creo que es hora de que vea las fotos de la familia. —Se puso en pie, fue hasta el armario y regresó unos segundos más tarde con un par de álbumes encuadernados en cuero—. Mi madre se pirraba por las fotos de familia. Tenía un álbum de cada uno de nosotros. Este es el de Anson.

Rory abrió el álbum sobre el regazo, las páginas amarilleadas crujían mientras las volvía revelando los típicos recuerdos. Las primeras Navidades, los primeros pasos, el primer corte de pelo. Finalmente, el bebé regordete se convirtió en un niño. Anson a la edad de ocho o nueve años, pecoso, con el uniforme de béisbol y una sonrisa de dientes separados. Había otra con el uniforme de fútbol americano, con una rodilla en el suelo, y entrecerrando los ojos por el sol. Unas páginas más adelante, estaba de pie vestido con un traje oscuro y camisa blanca reluciente, con un clavel blanco en la solapa. El baile de graduación. Y finalmente, en la penúltima página, vestido con el uniforme militar, con el pelo rubio cortado corto y peinado hacia atrás: al fin un hombre.

Resultaba extraño verlo crecer así, página a página. En su mente había sido poco más que un fantasma, y ahora allí estaba, en blanco y negro, y en alguna parte del mundo, vivito y coleando. Miró una vez más al joven de la foto, con su mandíbula cuadrada y guapo como una estrella de cine.

—No me extraña que Soline se volviera loca por él. Su hermano era guapísimo. Y se nota el parecido, tienen la misma nariz y los mismos pómulos.

—Los dos nos parecemos a nuestro padre. El mismo pelo y los mismos ojos. —Hizo una pausa y juntó las manos con cuidado sobre el regazo—. ¿A quién se parece usted?

Rory la miró sorprendida.

—¿Yo?

—¿Diría que se parece a su madre?

Era una pregunta extraña, aunque Rory supuso que Thia tenía derecho a hacer unas cuantas.

—Tengo el color de piel de mi madre, y la misma nariz, ancha y recta, pero ella no es tan alta como yo. Creo que eso debo de haberlo sacado de mi padre.

Thia abrió el segundo álbum de fotos y lo dejó sobre el regazo de Rory.

—Tal vez debería echar un vistazo a esto.

Rory se encontró mirando a una niña de cinco o seis años vestida con un pijama de una pieza. Tenía un par de hoyuelos perfectamente simétricos y la cabeza cubierta de tirabuzones pálidos.

—Mira esos ricitos. Qué adorable.

El rostro de Thia permaneció cuidadosamente inexpresivo.

—Mire la siguiente foto y dígame qué ve.

Rory entornó la mirada para observar la imagen, tomada varios años después. Un vestido de fiesta con volantes y calcetines de encaje, los rizos más domados y recogidos en un moño descuidado sujeto con diminutas flores blancas, como una princesa o un hada. Había algo extrañamente familiar.

—¿Es usted?

—Sí.

—Mi madre tiene una foto mía casi idéntica. Me puso elegante para que tocase el piano para sus amigas, pero me quedé paralizada. No puedo creer lo parecidas que son.

—¿Quién es su madre? ¿Es de Boston?

Rory todavía estaba mirando la foto. Levantó la vista.

—Perdone, ¿cómo?

—Su madre. ¿Cómo se llama?

—Camilla Grant.

—¿Y su apellido de soltera?

—Lowell. ¿Por qué?

Thia sacó una hoja de papel doblada de debajo de los álbumes que quedaban y se la dio a Rory.

—Es hora de que vea esto.

Rory estudió el documento con cautela. El papel era pesado y estaba amarillo por el paso del tiempo, escrito a máquina con esmero y tenía un sello en la parte superior con la palabra COPIA en tinta roja. Estaba fechado el 17 de enero de 1945, tenía las palabras CERTIFICADO DE ADOPCIÓN en la parte superior, y en la parte inferior estaba firmado por el secretario del tribunal de circuito. Pero en ese momento, solo una palabra de la página tenía importancia: Lowell.

Treinta y ocho

Rory

Rory sintió que el corazón le golpeaba contra las costillas, como una piedra chocando con las paredes de un pozo sin fondo. No había nada a lo que agarrarse, nada que rompiera esa repentina sensación de estar cayendo. ¿Qué hacía el nombre de su madre en ese papel? ¿Y qué hacía ese papel entre las cosas de Owen Purcell? Apenas era consciente de la presencia de Thia a su lado mientras volvía a revisar la hoja.

> Estado de Rhode Island y Plantaciones de Providence
> Departamento de Registros Civiles
> Certificado de Adopción
>
> Nombre de soltera de la madre biológica: Soline Louise Roussel
> Nombre del padre biológico: Desconocido
> Nombre de la criatura en el momento del nacimiento: n/d
> Nombre de la madre adoptiva: Gwendolyn Lucille Lowell
> Nombre del padre adoptivo: George Edward Lowell
> Nombre de la criatura después de la adopción: Camilla Nicole Lowell

Rory apoyó el papel en su regazo y lo miró fijamente mientras la cabeza le daba vueltas. El nombre de su madre… y el nombre de la madre de su madre. ¿Qué significaba aquello? Finalmente levantó la vista y miró a Thia.

—No lo entiendo.

—Sí, sí lo entiende.

—Ella… Está diciendo que… —Se calló de nuevo y se apretó los ojos con las puntas de los dedos—. No lo entiendo.

Thia cogió aire, como si estuviera reuniendo las palabras.

—Tu madre es el bebé anotado en el registro de adopción, Rory. Lo que convierte a Soline en tu abuela. Y a mi hermano en tu abuelo.

—Tiene que ser un error. Una de esas extrañas coincidencias que publican en la prensa. Hay un montón de Lowell en Massachusetts.

—Vuelve a mirar la foto. No es un error ni una coincidencia. Puedes pedir un análisis de sangre si necesitas confirmarlo, pero lo he sabido en cuanto te he visto la cara. Eres una Purcell… porque tu madre era una Purcell. O debería haberlo sido.

—Mi madre —repitió Rory, y recordó algo que Camilla había dicho una vez sobre cómo la habían educado para estar a la altura de la posición que le había sido dada como Lowell. Dada. En su momento le había parecido una palabra extraña, pero Camilla había puesto fin a la conversación antes de que pudiera ahondar más. ¿Era posible que su madre conociera las verdaderas circunstancias de su nacimiento y cómo se había convertido en una Lowell? Y si era así, ¿por qué lo había mantenido en secreto todos estos años? Fuera como fuese, todo llevaba a Soline.

Rory sintió como si el suelo se moviera bajo sus pies, de repente su mundo se había puesto patas arriba. Nada tenía sentido. O tal vez, por fin, todo tenía sentido. Quizá había una razón para que sintiera una afinidad tan extraña con la casa adosada la primera vez que la vio, y con Soline cuando se conocieron. De alguna forma, el destino las había unido. Pero ¿era siquiera posible algo así?

Miró a Thia, que estaba sentada en silencio a su lado con las manos en el regazo.

—¿Está diciendo que, después de todos estos años, Soline y yo nos las arreglamos para encontrarnos… por casualidad?

Thia respondió con una sonrisa peculiar.

—Yo no he dicho que haya sido por casualidad. Quiero decir, no puede haber sido casualidad, ¿no es cierto? La casualidad es una de esas cosas a las que recurrimos cuando no tenemos otra explicación para lo que ha pasado. Pero hay muchas cosas que no entendemos, fuerzas que no podemos ver. Eso no significa que no influyan. Y Soline siempre ha tenido algo especial. Algo… de otro mundo.

—¿Está diciendo que todo esto es el resultado de algún tipo de magia?

Thia se encogió de hombros.

—Magia, el destino, alguna especie de conexión psíquica fortuita. La verdad es que no me importa qué es, solo me importa el hecho de que está sucediendo. Cuando Paulette me ha dicho que estabas preguntando por una vieja amiga de mi hermano, he dado por sentado que la amiga era Soline. Y entonces te he visto, y he pensado en los papeles de la adopción y… lo he sabido. Pensaba que quizá tú también lo sabías, o que te había enviado Soline porque lo sospechaba. ¿Nunca mencionó que te pareces a mi hermano?

—No —dijo Rory en voz baja—. Nunca.

Todo aquello era demasiado para asimilarlo de una vez, una avalancha de preguntas y emociones se arremolinaban en su interior tan deprisa que no había espacio para ordenarlas. Soline, su abuela. Anson, su abuelo. De repente, tenía lágrimas en los ojos.

Las ignoró mientras trataba de hacerse a la idea de las implicaciones de lo que acababa de oír. Su madre, la mujer más orgullosa del planeta, al parecer había estado yendo por la vida con un pedigrí falso y pronto se vería obligada a enfrentarse a la verdad: que en realidad era la hija bastarda de una mujer que hacía poco la había comparado con los nazis. No sería una conversación fácil. Pero la conversación con Soline sería peor. Descubrir que le habían robado a su hija, que todos estos años había estado allí, en Boston, sería el golpe más cruel de todos. Y después de aquel desastroso almuerzo…

—Dios mío, Thia. ¿Cómo se supone que tengo que contarle a mi madre y a Soline todo esto?

—Lo he estado pensando y no creo que debas, al menos no por el momento. Todavía es posible que mi hermano cambie de opinión cuando sepa lo que pasó de verdad. De hecho, me aseguraré de que así sea. Soline ha pasado cuarenta años sin saber la verdad. Si hay alguna posibilidad de que salga algo bueno de todo esto, que ambos puedan sanar sus heridas, ¿no vale la pena esperar unas cuantas semanas más?

Rory reflexionó sobre eso. A ella también le vendría bien un poco de tiempo para procesarlo antes de intentar dar las noticias a nadie más. Soline debía saberlo. Pero ella necesitaría a alguien que la ayudase a acompañarla cuando llegara el momento, alguien que comprendiera la historia y pudiese ayudar a recoger los pedazos. Por el momento, ni siquiera se hablaban. Esperar podría darle la oportunidad de reparar la brecha entre ellas y reconducir la espinosa relación entre su madre y Soline. Nada de aquello iba a suceder de un día para otro.

—De acuerdo, esperaré. ¿Cuándo hablarás con Anson?

—Más bien estaba pensando en que hablaras tú con él.

Rory la miró boquiabierta.

—¿Yo?

—Ha dejado bastante claro que no quiere saber nada de mí. Cada vez que lo he intentado, se ha cerrado en banda. Se le da bien cerrarle la puerta a las cosas con las que no quiere lidiar. Y a la gente. Lleva tanto tiempo solo que no recuerda lo que es dejar entrar a alguien en su vida.

—¿Anson nunca se casó?

Thia sacudió la cabeza.

—En su vida no ha habido sitio para nadie después de Soline. Ni siquiera para mí. Hablamos por Navidad y en mi cumpleaños, pero siempre es muy forzado. Esperaba que las cosas mejoraran después de que mi padre muriera, que incluso tal vez volvería a casa, pero… —Se calló encogiéndose de hombros—. La mayor parte del tiempo ni siquiera sé dónde está, normalmente se va del país. Es como si tratara de estar siempre un paso por delante de los recuerdos.

—¿Y crees que de repente una completa desconocida va a ablandarle el corazón?

—¿Una desconocida? No. ¿Su nieta? Tal vez. —Thia se dio unos golpecitos en los labios con el dedo mientras entornaba los ojos pensativamente. Se miró el reloj—. Creo que todavía la pillo.

Thia fue hasta el escritorio, cogió el teléfono y marcó un número con serena eficiencia.

—Paulette, ¿puedes hablar con Cheryl y ver por dónde anda mi hermano esta semana? Gracias.

Rory sintió que se le formaba una burbuja de pánico en la garganta. Fuera lo que fuera lo que Thia Purcell tenía en mente, estaba yendo demasiado rápido. Abrió la boca para protestar, pero Thia había cogido un boli y hablaba de nuevo con Paulette.

—Sí, aquí estoy. No, no necesito un número de teléfono, solo el nombre del hotel. —Su mirada se posó unos instantes en Rory—. Voy a enviarle algo.

Treinta y nueve

Rory

25 de septiembre de 1985, San Francisco

Rory dejó la bolsa de tela y la maleta sobre la cama y fue hasta la ventana. Contempló la silueta de San Francisco, la ciudad que se extendía, la bahía resplandeciente y el icónico Golden Gate, apenas visible a través de la gasa de la niebla. Era sobrecogedor, como una postal que había recibido una vez, pero no había venido a disfrutar de las vistas. Tenía una misión: cambiar drásticamente la vida de un hombre.

Hacía ocho horas estaba en Boston, todavía tratando de pensar en una razón para no hacer lo que estaba a punto de hacer. Y entonces habían anunciado el embarque y la decisión se había tomado sola. Había dudado de si era sensato pasar la noche en el Fairmont. Saber que Anson estaba solo cuatro plantas por encima de ella la hacía sentir como una acosadora. Pero no tenía mucho tiempo. Parecía lógico quedarse donde el tiempo de trayecto quedara limitado a un viaje en ascensor.

En el avión había tratado de prepararse para lo que estaba a punto de hacer. Había practicado maneras de abrir la conversación, qué diría primero, qué diría después, cómo expondría los hechos, igual que una abogada durante las conclusiones de un juicio. Un prolijo alegato que defendiera por qué tenía que arreglar las cosas con Soline. Para lo que

no se había preparado era para encontrarse cara a cara con el abuelo que, hasta hacía veinticuatro horas, no sabía que existía.

¿Cómo se salvaba una brecha así? Veintitrés años sin abuelo y, de repente, ahí estaba Anson Purcell. Asumir la noticia de que Soline era su abuela había sido bastante duro, pero al menos habían creado un vínculo antes de que supiera la verdad. Con Anson no había ningún vínculo, nada que los conectara más que los recuerdos de Soline. Había escuchado historias, gente que sentía una afinidad instantánea al conocer por primera vez a un pariente recién descubierto, otros que no sentían nada en absoluto. ¿Qué le pasaría a ella? Sinceramente, no lo sabía, y por ahora tenía que concentrarse en la misión que tenía entre manos.

Fue de nuevo hasta la bolsa de tela y sacó el libro de contabilidad que Thia le había prestado, la prueba que necesitaría para convencer a Anson del engaño de su padre. También tenía las fotografías: la de la pequeña Thia con su vestido de fiesta y la suya, tomada el día de su recital improvisado. La última la había cogido prestada de la vitrina de su madre la noche anterior, mientras Camilla estaba en su partida semanal de *bridge*. Se había cuidado de reacomodar el resto de los objetos del estante para no dejar un lugar vacío. Con un poco de suerte, el marco volvería a estar en su sitio antes de que su madre se percatase. Una vez que supiera cómo encajaba Anson en todo aquello, les daría la noticia tanto a su madre como a Soline.

Se miró el reloj, que seguía marcando la hora de Boston, y restó tres horas. Casi las seis de la tarde en San Francisco. Había reservado el billete de vuelta para mañana por la tarde, con el fin de regresar a tiempo para revisar la galería con Brian una última vez. Eso le daba veinticuatro horas para hacer lo que había venido a hacer. Comprobó en la nota de Thia el número de la habitación de Anson, luego cogió el teléfono y preguntó por la habitación 903. Una voz masculina respondió al tercer tono.

—¿Señor Purcell?

—Sí.

—Me llamo Rory Grant. Su hermana, Thia, me dijo que podría encontrarlo aquí.

—¿En qué puedo ayudarla?

La voz de Anson era intimidante, seca y lacónica. De repente, todas las palabras que había practicado durante el vuelo parecieron atascársele en la garganta.

—Soy una amiga de Soline Roussel —farfulló al fin. Contuvo el aliento esperando a oírlo colgar. No sucedió—. ¿Señor Purcell?

—¿Qué quiere?

—Soline no sabe que estoy aquí o que he hablado con su hermana.

Me gustaría hablar con usted sobre lo que pasó después de París. Hay cosas que debería saber. Cosas que querría saber.

—No hay nada que pueda decir que yo quiera oír, señorita Grant. Buenas noches.

—¡No! ¡Espere! Por favor, déjeme que hable con usted en persona. Lo que tengo que decirle no llevará mucho tiempo, pero no es la clase de cosa que deba decirse por teléfono.

Otro silencio largo. Pero al menos no había colgado.

—Por favor, señor Purcell. Esto es importante. Estoy aquí en el hotel, pero me reuniré con usted donde y cuando me diga. —Permaneció en silencio y contuvo la respiración mientras esperaba.

—En el bar de abajo, dentro de treinta minutos.



Rory llegó temprano y se sentó en una mesa en el rincón. Era un bar pequeño conectado al restaurante del hotel, discreto pero elegante, con una luz cremosa, una moqueta cremosa y cremosas columnas de mármol enmarcando las puertas. Un piano tintineaba por encima del murmullo bajo la conversación, «Night and Day», de Cole Porter. Era reconfortante y agradable, pero no conseguía relajarse. Tenía los ojos clavados en la puerta.

Se alegró de ver la mayoría de mesas llenas. Menos probabilidades de que montara un espectáculo. Pidió una copa de Chardonnay. No porque le apeteciera, sino porque necesitaba tener las manos ocupadas. Estaba a punto de dar el primer sorbo cuando apareció Anson. Lo reconoció al instante. Alto y con los hombros cuadrados, y una melena de bucles rubios y plateados, atractivo pese a sus sesenta y tantos años.

Su abuelo.

Tomar consciencia de esto le provocó un inesperado nudo en la garganta. «No, ahora no, Aurora. No empieces a lloriquear o no serás capaz de hacerlo». Pero verlo ahí, a pocos metros, hacía que le resultara difícil respirar. Bebió un trago de vino, con las manos húmedas de repente. No estaba segura de qué esperaba, pero no era que se le encogiera el estómago.

Anson seguía rondando por la puerta y recorría las mesas con la mirada. Rory contuvo la respiración, esperando a que sus ojos se encontraran con los suyos, y luego levantó una mano. El hombre no hizo ningún intento de sonreír mientras se acercaba, tenía la cara fija en lo que Rory sospechaba que era una mueca perpetua. Tenía una

notable cojera, pero caminaba como un hombre que había vivido con ella muchos años y había aprendido a compensarla.

Le esquivó la mirada mientras cogía la silla que había frente a ella y se sentaba. Antes de que dijeran una palabra, apareció una camarera con un vaso alto que parecía un *gin-tonic* con dos rodajas de lima. Anson hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. La camarera miró a Rory con cierta curiosidad, y luego se volvió hacia Anson.

—¿Querrán la carta, señor Purcell?

—No, gracias, Ellie. No estaremos tanto tiempo.

Así que era un cliente habitual del hotel, y siempre pedía la misma copa. Y acababa de dejar claro como el agua que Rory solo tenía una oportunidad.

Cuando Ellie se marchó, Anson cogió su vaso y se recostó en la silla mirándola fríamente. Si hubo siquiera una pizca de reconocimiento, no dio señales de ello.

—Muy bien. ¿Por qué estoy aquí?

—Soy amiga de Soline.

—Eso ya lo ha dicho por teléfono.

Su tono gélido era intimidante, y estaba claro que lo sabía.

—Habla a menudo de usted.

—¿Ah, sí?

—De cómo se conocieron en el hospital y el trabajo que hicieron allí, el que ambos hicieron, para la Resistencia. Y cómo usted hizo que se marchara para mantenerla a salvo. Porque la amaba.

Anson la mira sin pestañear.

—¿Ah, sí? Ya no lo recuerdo muy bien.

Allí estaba. La amargura de la que había hablado Thia. Dolor que se había endurecido hasta convertirse en hostilidad y sarcasmo. Y, no obstante, había un deje en su indiferencia, una hosquedad que le decía que Anson Purcell no era en absoluto tan indiferente a sus recuerdos como pretendía.

—Me habló de la última noche que pasaron juntos —dijo Rory, observándolo con atención—. De cómo le pidió que se casara con usted, y cómo ella lo miró a través de la ventanilla trasera de la ambulancia hasta que dobló la esquina y usted desapareció.

—Se le da bien contar historias, señorita.

—¿No fue así?

Anson bajó la mirada a su copa.

—No lo recuerdo.

—Yo creo que sí. Y su hermana también lo cree.

—¿Qué quiere de mí, señorita Grant?

—Quiero que recuerde cuánto la amaba y cuánto lo amaba ella a

usted. Antes de que volviera a casa y su padre lo emponzoñara contra ella. Hay cosas que no sabe.

Anson bebió de su copa y tragó con fuerza.

—Le diré lo que sé. Sé que moví todos los hilos que había para traerla a Estados Unidos. Movilicé a todas las personas necesarias, pedí todos los pagarés, y cuando nada de eso funcionó, utilicé el nombre de mi padre para mantenerla a salvo. También sé que, cuando descubrió que estaba postrado en una cama de Suiza con un agujero en las tripas y un par de piernas que me podrían haber amputado en cualquier momento, se largó a buscar mejor fortuna. Aunque tengo que reconocerle que la mayoría de mujeres se habrían quedado por el dinero. Supongo que al final me salió barato.

—No haga eso —dijo Rory, con mayor brusquedad de la que pretendía—. No lo recuerde de esa forma. No es la verdad.

Anson dejó el vaso con un golpe.

—Resulta que lo es, señorita Grant. No me produce ningún placer admitirlo, pero caí en el truco más viejo del mundo. Mi padre, por otro lado, sintió una gran satisfacción al demostrarse que tenía razón.

Rory cogió su copa de vino y bebió despacio. Resultaba doloroso oírlo decir cosas tan horribles sobre Soline, pero también darse cuenta de que en verdad las creía.

—Su padre le mintió.

Anson se tensó, ahora estaba enfadado.

—Señorita Grant…

—Le mintió —dijo de nuevo—. Sobre por qué se marchó Soline y a dónde fue. Fue todo una mentira. Ella no lo abandonó, su padre la echó de la casa. Thia lo sabe. No lo sabía entonces, pero lo sabe ahora. Por eso estoy aquí: para hablarle de lo que realmente pasó.

Anson se quedó inmóvil en su asiento con el rostro vacío de toda emoción.

—¿Esto es de lo que tenía que hablar conmigo? ¿Esta patraña ridícula?

—¿No le resulto familiar? —preguntó Rory al darse cuenta de que era la única forma de hacerle entender—. Mire mi cara, mis ojos, mi nariz. ¿Le recuerdo a alguien?

Anson entornó los ojos con desconfianza.

—¿Qué es esto? —Todo el cuerpo de Anson estaba tenso y listo para atacar, con la mandíbula rígida—. No sé a qué juega, pero puedo decirle que no va a funcionar.

—No juego a nada. Y creo que debería empezar a llamarme Rory. O Aurora, si lo prefiere.

—No tengo la menor intención de llamarla de ninguna manera. —Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie—. Esta conversación ha

terminado.

Punzadas de pánico se clavaron en las extremidades de Rory. Si se marchaba ahora, nunca tendría otra oportunidad.

—Soline tuvo un bebé —balbuceó—. Su bebé.

Anson se quedó inmóvil.

—Assia —añadió en voz más baja—. Su hija se llamaba Assia.

Anson se volvió con rigidez y se dejó caer de nuevo en la silla, como si el peso de lo que acababa de oír fuera demasiado para sus piernas. Rory se puso la bolsa de tela en el regazo, sacó las fotos y las colocó una junto a otra sobre la mesa.

—¿Sabe qué son?

Anson estudió las fotos un momento y volvió a mirar a Rory.

—Son fotos de mi hermana. En una fiesta de cumpleaños, diría.

Rory asintió.

—Una de ellas sí. —Señaló la foto de la derecha—. Esta. Pero esta… —Hizo una pausa y señaló la foto de la izquierda—. Esta es una foto de su nieta, la hija de su hija, cuando tenía ocho años. Cumplirá veinticuatro en enero.

Anson se quedó impasible con los brazos cruzados.

—Hasta hace quince minutos no la había visto en mi vida, ¿y pretende que me crea esto porque usted lo dice?

—No solo lo digo yo. —Metió la mano en la bolsa para coger el libro de contabilidad y lo dejó frente a ella sobre la mesa—. También su padre.

Anson miró el libro con desconfianza.

—¿Qué es eso?

—Thia lo encontró entre las cosas de su padre después de que muriera. Por suerte para nosotros, llevaba un registro muy meticuloso. Y encaja perfectamente con lo que me contó Soline. Su padre lo organizó todo para que fuera a una casa para madres solteras. Y con organizar quiero decir que pagó. Solo que, cuando la niña nació, le dijeron a Soline que había muerto. Luego se la dieron a una familia adinerada de Boston. Su apellido era Lowell. Le cambiaron el nombre a la niña por Camilla. Con el tiempo, Camilla se casó con un hombre llamado Geoffrey Grant y también tuvieron una hija, una niña llamada Aurora, o Rory, para los amigos.

Pasaron varios segundos, pero el hombre finalmente pareció asimilar sus palabras.

—No es…

—Pero lo es. Por eso creyó que las dos fotos eran de Thia. Me parezco a ella porque soy su sobrina nieta. También me parezco a usted… porque soy su nieta.

El rostro de Anson se oscureció.

—Si cree que va a conseguir un centavo…

Rory lo interrumpió empujando el libro de contabilidad hacia su lado de la mesa.

—Está todo aquí. Hasta el último penique que gastó su padre, incluido lo que parecen sobornos. También está el certificado de adopción que nombra a Soline como la madre biológica. El nombre del padre aparece como desconocido, pero la fecha del nacimiento concuerda perfectamente con su última noche juntos en París.

Anson cerró los ojos, como si la mención de aquella noche le produjera un dolor físico. Después de unos instantes, los abrió de nuevo y se aclaró la garganta.

—Mi padre vivía según sus propias prioridades, señorita Grant, y nada se interponía en su camino. Tenía planes para mí, y esos planes no incluían una esposa a menos que tuviera el sello de aprobación de Owen Purcell. No dudo que hizo todo de lo que lo acusa. De hecho, suena muy propio de él. Pero, en este caso, tenía buenos motivos para dudar de la sinceridad de mi… prometida.

La manera en que pronunció la palabra «prometida» hizo que a Rory le hirviera la sangre.

—¿Cómo puede decir eso? Estaba embarazada de usted cuando se marchó de París.

—Me imagino que no se le ha ocurrido que tal vez no fui el único hombre en la vida de Soline. Y que puede haber una explicación muy simple para que el nombre del padre aparezca como desconocido…, que ella misma no sabía quién era.

Rory lo miró fijamente, perpleja por esa indiferencia fingida. Porque era fingida, lo veía en la rigidez de la mandíbula y en la forma en que agarraba el vaso con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. No podía permitirse creer la verdad porque significaba que había desperdiciado demasiado.

—No lo cree de verdad —dijo Rory sin alterarse—. Sé que no lo cree.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de Anson.

—Pienso que debería ser yo quien juzgue qué creo y qué no. Soline la ha convencido de que es una especie de mártir, pero yo sé la verdad. No importa cómo, simplemente la sé. Así que prescindamos del cuento de hadas de que se ha pasado los últimos cuarenta años recomponiendo su corazón roto.

—Nunca se casó.

Anson levantó el vaso, ya casi vacío, y miró los restos de su bebida.

—Eso no es asunto mío.

—¿No lo es?

—¿Hace falta señalar lo obvio? Ella tampoco me buscó.

—¿Por qué iba a hacerlo? Creía que estaba muerto.

Anson levantó la cabeza de golpe.

—¿Muerto?

Al fin parecía que tenía su atención.

—Su padre ya se había deshecho de ella cuando llegó la noticia de que estaba vivo, y no tuvo ningún problema en dejar que siguiera creyendo que estaba muerto. Y con dejar que usted creyera que lo había abandonado. No solo la echó, se aseguró de que no tuviera ningún motivo para regresar jamás.

Anson la miró a los ojos con una calma forzada.

—Menuda historia.

—Su hermana puede confirmar lo que le estoy diciendo si no quiere fiarse de mi palabra. Se quedó destrozada cuando Soline se marchó, pero solo supo lo que su padre le había dicho: lo mismo que le contó a usted. Entonces descubrió el libro de cuentas y empezó a atar cabos. Trató de contárselo, pero usted no la dejó. Pensó que tal vez a mí me escucharía.

Por un instante, Rory creyó ver un destello en los ojos de Anson, una grieta en su armadura gélida, pero desapareció casi de inmediato.

—Entiendo que mi hermana pueda dejarse engañar. En su momento estuvieron muy unidas. Pero tengo curiosidad: ¿qué saca usted de todo esto? Después de todos estos años, ¿por qué le importa? Ya es un poco mayorcita para que la lleve a caballito y de acampada. ¿Qué cree que va a pasar aquí?

—¿Que por qué me importa? —repitió Rory, dolida hasta las lágrimas por su desdeñosa respuesta—. Soline es mi abuela. Y aunque no lo fuera, sigue siendo mi amiga. No quiero nada de usted, nada. Solo intento reparar un error que ha durado cuarenta años. Porque sé por lo que pasó cuando usted desapareció, el infierno de no saber si estaba vivo o muerto, de no saber qué había ocurrido y ni siquiera haberle podido decir adiós. Sé lo que se siente. Lo sé de primera mano. —Se volvió para limpiarse las lágrimas del rostro, mortificada por haberse metido en un terreno tan personal.

—Señorita Grant…

Cuando levantó la vista, Anson sostenía un pañuelo pulcramente doblado. Ahora el bordado era azul oscuro, pero allí estaba. A. W. P. Rory lo cogió y se secó los ojos.

—Lo siento. No pretendía ponerme así, pero todo esto también es mucho para mí, y de verdad que sé lo que es perder a alguien así. No saber…

La actitud de Anson pareció cambiar por completo cuando se inclinó hacia adelante, con los brazos cruzados sobre el borde de la mesa.

—¿Su marido?

Las líneas alrededor de su boca y de sus ojos se habían suavizado, haciéndolo parecer más joven, y tan parecido a Camilla que Rory sintió que se relajaba.

—Mi prometido, Hux. Perdón, en realidad se llama Matthew, pero su apellido es Huxley, así que todo el mundo lo llama Hux.

—¿Qué pasó?

—Está con Médicos Sin Fronteras en Sudán del Sur. Es pediatra. Asaltaron de madrugada la clínica en la que estaba trabajando. Apareció un camión y lo secuestraron a él y a otros dos. Han pasado nueve meses y nadie parece saber nada.

—Lo siento. Las cosas son muy duras en esa parte del mundo en estos momentos, con tanta agitación y tantas facciones con sus propios intereses. Pero no se rinda. Los secuestradores, sean quienes sean, saben que cualquier posibilidad de conseguir lo que quieren empieza y termina con la vida de sus rehenes. Puede parecer desesperante, pero tengo algo de experiencia en este sentido. La IFRC trabaja con gobiernos de todo el mundo para traer a nuestros chicos a casa. Que no haya noticias no significa que no se esté haciendo nada.

—Gracias —murmuró Rory, agradecida por las palabras de consuelo—. Es difícil no tirar la toalla cuando no ha habido ninguna noticia, no saber hasta cuándo tiene sentido mantener la esperanza. No puedo imaginarme vivir así cuarenta años. Supongo que esperaba…

—¿Que después de cuarenta años separados Soline y yo caminaríamos hacia el horizonte cogidos de la mano mientras pasan los créditos? —Anson se echó hacia atrás en la silla, como si necesitara poner distancia entre ellos—. ¿Que seríamos todos una gran familia con fiestas de cumpleaños y cenas de domingo? Me temo que es un poco tarde para eso.

Rory sintió que se sonrojaba. En algún diminuto rincón de su corazón, eso era justo lo que esperaba. Y, por un instante, había vislumbrado una parte de él que podría haberlo hecho posible. El hombre que le había ofrecido su pañuelo a una mujer afligida. Pero ese Anson se había esfumado en cuanto habían vuelto a mencionar a Soline.

—¿Acaso no cree en los finales felices? —preguntó en voz baja.

—Hace mucho tiempo que no.

—¿Por eso no se ha casado?

Anson se puso tenso.

—No veo qué relevancia tiene, ni que sea asunto suyo, la verdad. Pero, por si ayuda, digamos que estoy al tanto de ciertos detalles que usted desconoce.

Rory dobló el pañuelo y se lo devolvió.

—No sé a qué se refiere, pero si viniera a Boston…

—Aquí no hay ningún final feliz posible, señorita Grant. A veces las cosas están demasiado deterioradas como para salvarlas. —Entonces se puso de pie mientras la saludaba fríamente con la cabeza—. Si me disculpa, mañana tengo que madrugar. —Arrojó un puñado de billetes sobre la mesa—. Siento lo de Matthew, espero que la cosa termine bien.

A Rory se le encogió el corazón al verlo partir. No se había permitido creer que los años lo hubieran endurecido lo suficiente como para dar la espalda a la mujer que había amado tan profundamente todos esos años atrás, o para darle con la puerta en las narices a una posible relación con su hija, pero claramente ese era el caso.

Metió las fotos en la bolsa, luego recogió el libro de contabilidad y se puso en pie. Anson ni siquiera se había molestado en echarle un vistazo. Si lo hubiera hecho, tal vez…

«Sí… tal vez».

La gente se volvió a mirar cuando Rory se colgó la bolsa del hombro, esquivando la copa por los pelos, y salió del bar a toda prisa. Se detuvo al llegar al vestíbulo del hotel y miró frenéticamente en ambas direcciones. Al fin lo vio desaparecer doblando la esquina en dirección a los ascensores. Apretó el paso, ya casi corriendo, desesperada por alcanzarlo antes de que entrase en el ascensor y desapareciera.

—¡Anson! —Su voz resonó espantosamente en el pasillo vacío—. ¡Espere! ¡Por favor!

Acababa de subir cuando la vio. Se puso tenso un instante y comenzó a apretar los botones del panel para cerrar las puertas. Rory estiró el brazo cuando las puertas, que empezaban a cerrarse, se sacudieron, confundidas, y volvieron a abrirse.

Anson la miró fijamente, demasiado perplejo para reaccionar mientras ella le ponía el libro de contabilidad contra el pecho y bajaba del ascensor. Probablemente lo tiraría a la basura tan pronto como llegase a su habitación, pero había hecho todo lo que podía hacer. El resto dependía de él.

Cuarenta

Rory

26 de septiembre de 1985, Boston

Rory puso el limpiaparabrisas al máximo deseando haberse quedado en casa y meterse en la bañera como había planeado. Pero al volver del aeropuerto, encontró un mensaje de su madre en el contestador. Otra invitación para el *brunch* del domingo que no tenía intención de aceptar, pero también mencionaba que tenía entradas para el teatro esa noche, lo que significaba que, si se daba prisa, podría ir y devolver la foto antes de que su madre se percatara de que la había cogido.

Estaba agotada después de una noche sin dormir. Había sido lo bastante ingenua como para esperar que Anson volvería a su habitación, echaría un vistazo al libro de cuentas y cambiaría de opinión de repente. No había sido así. Llamó a su habitación mientras esperaba a que llegase su desayuno para rogarle una última vez, pero en la recepción le dijeron que el señor Purcell ya se había marchado. Había llamado a Thia para contarle todo antes de salir para el aeropuerto y había aceptado darle unas semanas más para convencer a su hermano. Mientras tanto, no le diría nada a su madre y haría lo posible por reparar la distancia entre ella y Soline.

La casa estaba a oscuras cuando llegó, salvo por la luz del vestíbulo que se veía a través de las cortinas de los laterales de la puerta. Tampoco había rastro del coche de su madre. Localizó su vieja llave

de casa, cogió su bolsa del asiento del copiloto y fue hacia la entrada.

Se sentía como una ladrona mientras entraba a tientas sin más luz que la del vestíbulo, pero tardaría solo un minuto. Luego podría hundirse hasta el cuello en una bañera llena de burbujas con algo para picar y el último estreno de Heather Graham. O tal vez se saltaría el baño y se iría directamente a dormir. Mañana sería un día intenso.

En la sala de estar, esquivó el sofá, luego un par de sillones orejeros y finalmente fue hacia la vitrina de la esquina. Acababa de girar la pequeña llave y estaba abriendo la puerta cuando se encendió la lámpara del salón.

—Aurora, ¿qué diantres haces merodeando en la oscuridad?

La boca de Rory se movió muda mientras se estrujaba el cerebro por encontrar una explicación.

Camilla la miró con el ceño fruncido.

—He visto tu coche en la entrada al llegar. ¿Va todo…? —Su voz se apagó al ver el marco de fotos en la mano de Rory—. ¿Qué haces con eso?

—Solo estaba… —Rory recorrió la habitación con la mirada, como si fuera a encontrar una excusa escondida en un rincón. No la encontró—. Creía que ibas al teatro.

—He ido, pero mi alergia está haciendo de las suyas, así que me he marchado en el entreacto. —Camilla dejó el bolso en el brazo del sofá y se quitó el chal reluciente que llevaba sobre los hombros. Le dio una sacudida haciendo volar un montón de gotas de lluvia y lo dejó a un lado—. Aurora, ¿qué está pasando? No me has devuelto ninguna de mis llamadas, y ahora te encuentro escabulléndote en la oscuridad. ¿Hay algo que deba saber?

—¿Como qué?

—No lo sé, pero algo pasa. Si querías coger una foto solo tenías que pedírmelo.

Por un instante, Rory contempló la posibilidad de mentir, pero no iba a resultar creíble, no cuando su madre sabía cuánto había odiado siempre esa foto en concreto.

—No la estaba cogiendo —dijo al fin—. La estaba devolviendo.

—¿Devolviendo de dónde?

—Pasé por aquí la otra noche cuando no estabas y digamos que… la cogí prestada.

Camilla parecía realmente perpleja.

—¿Por qué?

—Acabo de volver de San Francisco. Y antes estuve en Newport.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver San Francisco y Newport con una foto tuya de niña?

Rory cerró los ojos y exhaló un largo suspiro. No estaba preparada

para tener esa conversación ahora. Para empezar, le había dado a Anson el libro de cuentas y los documentos de la adopción. No tenía pruebas de lo que estaba a punto de decir. Pero ya no había vuelta atrás. Su madre esperaba una respuesta.

—Lo que digo es que tenemos que hablar.

De repente, Camilla parecía recelosa.

—¿Sobre qué?

Rory inspiró profundamente y exhaló de golpe.

—Sobre tus padres.

Camilla se dejó caer en el sofá con los ojos clavados en la alfombra. Cuando al fin levantó la cabeza, parecía cansada y extrañamente aliviada.

—¿Cómo lo has descubierto?

Rory la miró fijamente tratando de comprender su respuesta. No había preguntado «¿qué pasa con mis padres?». Simplemente, lo había admitido.

—¿Sabías lo de la adopción?

Camilla asintió.

—¿Desde cuándo?

—Desde que tenía diez años. No debía saberlo, pero a mi madre se le escapó algo un día cuando la hice enfadar. Dijo que tendría que haber sabido que nunca sería una Lowell, que siempre sería basura y que debería haberme devuelto cuando tuvo la oportunidad. No tenía ni idea de a qué se refería, pero un año más tarde ella y mi padre discutían y la oí decirlo otra vez. Basura. No sé de dónde saqué el coraje, pero abrí la puerta de golpe y entré decidida, exigiendo saber por qué seguía diciendo aquello. Me dio una bofetada tan fuerte que me zumbaron los oídos durante una hora. Estaba furiosa porque hubiera estado escuchando, pero en el fondo creo que disfrutó al decirme que no era su hija. Mi padre no le habló durante semanas.

A Rory se le encogió la garganta al imaginar la escena. Escuchar a la mujer que creía que era su madre llamarla basura, decir categóricamente que nunca sería lo bastante buena. No era de extrañar que Camilla nunca hablase de su infancia.

—Todos estos años me lo has ocultado. ¿Por qué?

Los ojos de Camilla siguieron clavados en el suelo.

—Nunca se lo he contado a nadie. Ni siquiera a tu padre.

—¿Nunca se lo contaste a papá?

—Mi madre estaba decidida a que me casara con un buen partido. No le importaba con quién mientras fuera un chico de buena familia. Me dijo que escogiera a alguien y que acabase con el asunto. Escogí a tu padre, o, mejor dicho, me lancé encima de él. Él se casó conmigo por mi apellido y por mi herencia. Y a mí me dio igual. Me habría

casado con él con cualquier condición. Pero mi madre tenía sus propias condiciones. Me dejó muy claro que, si alguna vez le contaba a tu padre lo de la adopción, si le decía una palabra a nadie, me dejaría sin un centavo y eso sería el fin de mi matrimonio. Y no tengo la menor duda de que lo habría hecho si la hubiera hecho enfadar. —Apartó la mirada mientras sacudía la cabeza—. El dinero nunca me importó, pero no podía perder a tu padre.

Rory asimiló las palabras preguntándose si había oído bien. Siempre imaginó el matrimonio de sus padres como una especie de pacto con el diablo, donde ambas partes se veían compensadas de alguna manera nebulosa a cambio de soportar una unión sin amor. ¿Se había equivocado? ¿Era posible que en realidad su madre hubiera estado enamorada cuando se casó con Geoffrey Grant?

—Pero eso fue hace años. ¿Estás diciendo que después de todo, todas las peleas, todas las mujeres…? ¿Estás diciendo que alguna vez estuviste enamorada de él?

Camilla forzó una sonrisa con los ojos repentinamente brillantes por las lágrimas.

—Siempre estuve enamorada de él, Aurora. Siempre, siempre.

Rory sacudió la cabeza mientras digería esta información. ¿Cómo no había visto ese amor manifiesto de repente en el rostro de su madre?

«No tienes ni idea de lo que he perdido».

Su madre había pronunciado esas palabras una vez en un momento acalorado. Entonces no les había encontrado sentido, pero ahora lo tenían. De niña, Camilla había sido rechazada por su madre, y luego, siendo una mujer, había sido rechazada por el hombre al que amaba. Una y otra vez, mientras sus amigos la miraban y le tenían lástima.

—Lamento que sintieras que tenías que cargar con todo eso tú sola tantos años, que no pensaras que podías compartirlo conmigo.

Camilla se encogió de hombros.

—Supongo que me daba vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿El qué?

—Que no se me pueda querer —dijo Camilla parpadeando para contener las lágrimas. Cogió el bolso, sacó un pañuelo y se secó los ojos—. Y soy la madre. Se supone que yo debo darte apoyo, no al revés. Pero me alegro de que por fin sepas lo de la adopción. Siempre me preocupó que saliera a la luz de una manera terrible. Que tuviera algún problema de salud y necesitaran mi historial médico familiar y no supiera qué decirles. —De repente entornó los ojos—. ¿Cómo lo has averiguado?

—Por accidente. —Rory miró la foto enmarcada que tenía en la mano. Sin pretenderlo, parecía que habían vuelto al inicio de la

conversación—. ¿Cuánto sabes de tus padres biológicos?

Camilla sacudió la cabeza.

—Solo sé que nací durante la guerra y que mi madre me dio en adopción porque no estaba casada. En aquel entonces, era habitual. Eran tantos los chicos que morían dejando atrás novias y bebés. Mi padre finalmente me lo contó poco antes de morir. Mi madre, Gwendolyn, había perdido tres bebés y le daba vergüenza no tener hijos cuando todas sus amigas tenían la casa llena de niños, así que organizó discretamente una adopción. Fui su premio de consolación.

—¿Alguna vez mencionó el nombre de tu madre biológica?

—Oh, no. En aquella época las adopciones eran algo muy secreto. Ahora las cosas son mucho más abiertas, pero por aquel entonces el asunto era tabú. Mi madre fue inflexible en que nadie tenía que saber que no era suya. Se fueron al extranjero durante un año, por consejo del médico, dijeron, y hete aquí que volvieron rebosantes de salud y con una hija. Si alguien lo sospechó, nunca lo dijo. Pero claro, no se habría atrevido si quería seguir teniendo el favor de los Lowell. Y eso lo quería todo el mundo.

—¿Y tu padre? Tu padre biológico, quiero decir.

—Nadie lo mencionó nunca, pero siempre di por sentado que lo habían matado en la guerra. —Se apretó los dedos contra los labios y sacudió la cabeza, como disculpándose por mostrar sus emociones—. Quería a George Lowell con todo mi corazón. Era un hombre bueno y cariñoso, pero no era fuerte. Al menos no en lo que respectaba a mi madre. No fue capaz de… protegerme de ella. Cuando murió, recuerdo pensar que al fin había encontrado una forma de librarse de ella. No podía envidiárselo, pero me dejó a su merced. Fue entonces cuando empecé a fantasear con mi verdadero padre. Solía imaginar qué aspecto tendría. Alto y guapo, cono un caballero de un cuento de hadas. Un héroe hasta su último aliento. Solía preguntarme si sabía que había nacido y si alguna vez pensaba en mí. Necesitaba creer que era así.

Las palabras parecieron resonar en el silencio que se extendía entre ellas. Rory se dejó caer junto a Camilla con la foto en su marco de plata sobre las rodillas. Sus rasgos, pero también los de Anson, y Thia, y los de Camilla. Pero Soline también estaba allí, en la cara en forma de corazón y los pómulos altos, en el cuello largo y la barbilla puntiaguda. La mezcla de sangres tan evidente ahora que sabía la verdad.

Puso la foto en las manos de Camilla y clavó los ojos en su mirada desconcertada.

—Esto ha empezado con tu pregunta de qué hacía con esta foto vieja. Te he dicho que acabo de volver de San Francisco. Y ahora te

contaré el resto.

Camilla se tensó casi imperceptiblemente.

—¿El resto?

—He descubierto algo más. Algo que no esperaba descubrir. Le pedí a un viejo amigo, un periodista que trabaja en el *Globe,* que me ayudara a encontrar una vieja foto de Anson. Quería darle una sorpresa a Soline. Unos días más tarde…

—¿Quién es Anson?

—El hombre con el que iba a casarse Soline.

—Ah, el conductor de ambulancias que murió en la guerra.

—Excepto que no fue así.

—¿El qué no fue así?

—No murió en la guerra. Lo hirieron, gravemente, y pasó tiempo en un campo de prisioneros, pero no murió. Ha estado vivo todos estos años, y hace dos días me reuní con su hermana en Newport.

Camilla fruncía el ceño, claramente confundida.

—¿Me he perdido algo? ¿Qué tiene que ver el prometido de Soline con una foto tuya de cuando tenías ocho años?

—Ahora te lo explico —prometió Rory. Comprendía la impaciencia de su madre, pero había mucho que contar y era necesario hacerlo con cuidado—. Al principio fui a Newport para ver a Anson, pero en vez de eso acabé hablando con su hermana, Thia. Me mostró una foto suya de niña. Una tan parecida a esta que era como ver gemelas nacidas con treinta años de diferencia. También me mostró algunas cosas que había encontrado entre los papeles de su padre después de que muriera. Un viejo libro de cuentas y una copia de un certificado de adopción. Por eso fui a San Francisco: para encontrarme con Anson y explicarle todo esto. Lleva cuarenta años odiando a Soline porque creía que lo había abandonado al enterarse de que estaba herido. Pero era mentira. El padre de Anson se deshizo de ella porque iba a tener un bebé. Tenía que verlo, demostrarle todo lo que yo ya sabía: que la niña a la que Soline dio a luz hace tantos años eras tú.

Camilla palideció y su expresión se volvió rígida.

—Eso no es cierto.

—Lo es —dijo Rory con delicadeza—. He visto el certificado de adopción y los nombres de George y Gwendolyn Lowell estaban allí escritos. También el de Soline. Y el tuyo. El padre aparecía como desconocido, pero no hay dudas de que el bebé era de Anson. Su padre pagó a una mujer llamada Dorothy Sheridan para que le dijera a Soline que habías muerto al poco de nacer. Y entonces te dieron en adopción.

—No.

—Te llamó Assia —dijo Rory, ignorando la repetida negación—.

Significa «la que trae consuelo».

Camilla sacudió la cabeza, con los ojos muy abiertos y vidriosos.

—Lo que dices es imposible, Aurora. Después de todos estos años, las posibilidades de que sea ella… precisamente ella.

—Sé que todo esto es mucho que digerir. Para mí también lo es, pero es la verdad. La mujer que te dio a luz está viva y reside justo aquí, en Boston. Almorzaste con ella la semana pasada.

Camilla se levantó de repente y el marco cayó al suelo.

—¿Por qué dices esto? ¿De verdad la necesitas tanto en tu vida que te has tragado esta historia absurda? ¿O es mi castigo por comportarme mal el otro día?

Rory la miró pasmada.

—¿Crees que me inventaría algo así por rencor?

—Solo digo que me parece que quieres creerlo sin importar lo estrafalario que suene. Apenas conoces a esa mujer, pero en tu cabeza es una especie de santa.

—Hablas como Anson. Él dijo lo mismo anoche.

Camilla casi pareció sentirse aliviada al oírlo.

—¿Anson tampoco se lo cree?

—No es cuestión de creer. Le mostré las pruebas. Incluso le di el libro de cuentas, pero dejó muy claro que no le interesa una reunión familiar.

—¿Y Soline? —preguntó Camilla con frialdad—. ¿Qué dice ella sobre este milagro?

—No sabe nada del asunto. Ahora mismo no me habla. No me coge las llamadas ni me abre la puerta desde el almuerzo en el Seasons.

—Y supongo que es culpa mía.

—Yo no he dicho eso, pero tienes que entender a Soline. Desaparecer es su manera de protegerse. Lo que pasó el otro día pareció un ataque, porque lo fue. Tú no te oíste, pero yo sí. Y ella también. Y te oigo ahora. Por algún extraño giro del destino, se te ha dado la oportunidad de conocer a tu verdadera madre, y en vez de aprovecharlo, me acusas de querer castigarte. No te entiendo.

Camilla asintió con rigidez.

—Es mucho que procesar, Aurora. Perdona si no lo hago tan rápido como tú querrías. Tal vez Soline lo hará mejor. —Se agachó para recoger el marco caído y caminó hasta la vitrina, donde pasó unos minutos haciéndole espacio entre las otras cosas. Cuando se volvió para mirar a Rory de nuevo, sus facciones componían un gesto de anodina resignación—. ¿Cuándo se lo dirás?

—Todavía no. Thia aún tiene esperanzas de convencer a Anson, así que le he prometido que esperaré. No es que vaya a servir de nada, pero yo también necesito tiempo, para arreglar un poco las cosas con

Soline.

—¿Cómo crees que se lo tomará?

—Me temo que no muy bien. Perder a Anson de nuevo, de esta manera, puede que la destroce. Añádele el hecho de que la hija a la que ha llorado durante cuarenta años también está viva, pero no quiere saber nada de ella, y yo diría que tienes todos los ingredientes para la crisis nerviosa perfecta.

—Aurora…

—Estoy cansada, madre. Me voy a casa.

Camilla parecía acongojada.

—No puedes irte sin más, tenemos que hablar.

—Por hoy ya he hablado suficiente. Estoy exhausta, y necesito dormir un poco.

—¿Vendrás al *brunch* el domingo? Por favor, no digas que estás ocupada.

Era precisamente lo que Rory había estado a punto de decir. En lugar de eso, escudriñó el rostro de Camilla. Ella también parecía cansada, o tal vez perturbada era una palabra más adecuada. Era mucho que procesar. De repente, le había caído encima una familia entera, junto con un bagaje bastante aparatoso. Y esa noche se había hecho una idea de lo mucho que cargaba ya su madre. Tal vez, al igual que Anson, simplemente no quería, o no podía, cargar con más.

—No lo sé —contestó Rory al fin—. Creo que ahora mismo las dos necesitamos un poco de tiempo para digerir todo esto.

—Por favor, Aurora, no te marches enfadada.

—No estoy enfadada, madre. Estoy decepcionada. Soline ya no es solo mi amiga. Es mi abuela. No debería tener que elegir entre vosotras, pero después del almuerzo del otro día, me doy cuenta de que esperas que lo haga. Una parte de mí quería creer que esta noticia podría cambiarlo, que tendríamos una oportunidad de empezar de nuevo. No solo por mi bien, sino por el tuyo y el de Soline. No tienes idea de cuánto le costó perderte, pero yo sí. Yo solo podía pensar que por fin ella tendría a su hija, y tú tendrías por fin el tipo de madre que te merecías, una madre que nunca dejó de amarte y quererte a su lado. Y yo os tendría a las dos, como una verdadera familia. Pero supongo que Anson estaba en lo cierto, aquí no va a haber un final feliz.

Entonces se giró y fue hacia el vestíbulo antes de volver un momento la vista a su madre.

—Si todavía sientes curiosidad por saber qué aspecto tiene tu padre, tengo una foto bastante reciente.

Camilla cruzó los brazos pegándolos al cuerpo, como si de repente se sintiera vulnerable.

—Tal vez podrías traerla el domingo.
—Tal vez.

Cuarenta y uno

Soline

La Mère *tiene un plan para cada una de sus elegidas, un camino único trazado especialmente para nosotras. Por tanto, debemos desconfiar de los ecos de las generaciones pasadas y evitar hacer nuestros sus ecos. No nos corresponde repetir el pasado, sino aprender de él.*

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

27 de septiembre de 1985, Boston

El teléfono comienza a tintinear a las ocho en punto de la mañana. Bebo unos sorbos de mi café y lo dejo sonar mientras me maldigo por olvidarme de dejarlo descolgado después de llamar al tendero. Lo cojo. A esta hora de la mañana, ya sé quién es.

—Sí. ¿Qué?

—Buenos días. Servicio de recepción de llamadas de Daniel Ballantine: ¿es usted la señorita Roussel?

—Muy gracioso. ¿Qué quieres?

—Acabo de recibir una llamada de Camilla Grant… la madre de Rory.

El nombre me coge desprevenida.

—Sé quién es. ¿Para qué te llamaba?

—Al parecer, para ponerse en contacto contigo. Está claro que Rory le mencionó mi nombre en algún momento, porque me ha rastreado. Quería tu número. En vez de dárselo, me ofrecí a darte el suyo. No dijo de qué iba la cosa, pero estaba bastante decidida, un poco inquieta.

—No pienso llamarla.

—¿Has hablado ya con Rory?

—No. ¿Por qué? ¿Ha dicho que algo iba mal?

—No, pero Camilla parecía algo afectada. Dijo que era importante que hablara contigo. Tal vez deberías llamarla, solo por si acaso.

¿Por si acaso… qué? ¿Qué podría querer de mí? Me he hecho a un lado, como ella deseaba, refugiada en la soledad de mi guarida, y aquí me quedaré. No volveré a exponerme a otra escena.

—No pienso hablar con esa mujer —lo informo gélidamente.

—¿Pero qué demonios pasó en aquel almuerzo?

—No importa.

—De acuerdo, solo anótate el número para que pueda volver al trabajo. Pero a lo mejor te interesa llamarla. Como he dicho, se la oía un poco alterada.

—Dame el número.

Cojo un boli y una libreta del cajón y anoto el número, aunque no tengo la más mínima intención de utilizarlo. Pero después de colgar el teléfono me quedo mirándolo, preguntándome qué podría querer de mí Camilla Grant.



En cuanto llego a casa de Camilla me arrepiento de mi decisión. Probablemente, venir haya sido un error, pero cuando al fin me rendí y llamé a la madre de Rory, no fui capaz de rechazar su invitación al *brunch.* Me pidió hacer borrón y cuenta nueva. Cuando vacilé, me pidió que viniera por Rory. No podía decir que no a eso. Ahora, dos días más tarde, una parte de mí desearía haberlo hecho; la otra parte se pregunta de qué va todo esto.

Tengo un nudo en el estómago cuando toco el timbre, como el que tenía cuando aprendía el oficio en las rodillas de *Maman,* un eco que no soy capaz de interpretar. Quiero darme la vuelta y regresar por donde he venido. Pero antes de que pueda alejarme de la puerta, esta se abre y allí está ella, blanca y perfecta, vestida con lino vaporoso y largos hilos de cuentas de coral que le llegan casi a la cintura. Intenta

sonreír, pero flaquea enseguida.

—Señorita Roussel, muchas gracias por venir. Por favor, pase.

Se hace a un lado para dejarme entrar y por un momento mis ojos se posan en su muñeca, sobre el brazalete cargado de dijes dorados. El sonido que hace me recuerda a aquel día en el Seasons, a la forma en que tintinearon cuando sacudió la servilleta.

—¿Vamos a la terraza?

Cierra la puerta con otro tintineo metálico y me guía a través de una serie de habitaciones pálidas y meticulosas. Es exactamente como Rory lo describía, inmaculado y falto de vida; estéril. Por un momento, soy esa otra Soline, la que acaba de bajarse del tren con los zapatos gastados y la ropa desaliñada, penosamente fuera de lugar.

La cocina parece sacada de una revista, acero inoxidable y piedra con una colección de preciosas jarras sobre el fogón que sospecho que están solo para decorar. Me ofrece un café y se lo agradezco con un gesto de la cabeza, incómoda y sin saber muy bien qué hago aquí.

Llena dos tazas y las pone en una bandeja, junto con la nata y el azúcar.

—Por aquí —dice, amagando otra sonrisa. Me doy cuenta de que ella también se siente incómoda y me sorprendo de que esta mujer fría y elegante pueda sentirse incómoda en mi presencia.

Señala con la cabeza las ventanas francesas abiertas. Salgo tras ella a un patio con suelo de pizarra. No hay rastro de Rory, pero hay una preciosa mesita preparada para tres. La vista desde el patio es sobrecogedora, con una perspectiva encantadora del río y una amplia franja de vegetación.

Siento los ojos de Camilla en mi espalda y al volverme, la encuentro detrás de mí, estudiándome. Aparta la vista cuando se da cuenta de que la estoy mirando y señala una silla.

—Siéntese, por favor.

Trata de sonreír nuevamente mientras se acomoda en su silla. Escojo una de las más alejadas y cojo mi taza de la bandeja, acomplejada por mis guantes y sin saber todavía de qué va todo esto.

—Gracias por venir. —Es la segunda vez que lo dice, y me descubro sintiendo lástima por ella. Casi parece asustada, vulnerable y ansiosa—. Le pedí que viniera pronto porque quería hablar con usted antes de que llegue Aurora. Me dijo que no habían vuelto a hablar desde aquel día en el almuerzo, y me temo que es culpa mía. Empezamos con mal pie. —Hace una pausa y sacude la cabeza—. No, eso no es cierto. Yo empecé con mal pie. Me porté muy mal con usted, y quería explicarme, quería… pedirle perdón.

Veo, por la manera en que le cuesta pronunciar las últimas palabras, que no está acostumbrada a pedir perdón. Esto es difícil para

ella, y eso hace que me ablande. Doy unos sorbos al café y espero.

—No sé qué me cogió. Oía las palabras saliendo de mi boca, pero no parecía poder pararlas. Era como si la que hablara no fuera yo, sino mi madre.

Sus ojos se apartan de los míos, como si hubiera dicho más de lo que pretendía.

—Siento haber dicho eso sobre mi madre. Es que a veces es como si me convirtiera en ella en lo que respecta a Aurora. No siempre… Bueno, vemos las cosas de manera distinta. Casi todo, la verdad. Y cuando Matthew… Hux —se corrige—. Cuando Hux entró en escena, lo manejé mal. No sabía nada de él, y temía que fuera… —Suspira y vuelve a quedarse callada—. Juré que nunca sería como ella. Que cuando tuviera una hija, sería diferente, y resulta que soy igual que ella.

—Está hablando de su madre otra vez.

Asiente, con un puchero de niña.

—Nunca fui la hija que ella quería, y se aseguró de que lo supiera. —Se lleva una mano a los labios—. Lo siento mucho. No ha venido aquí a escuchar esto, pero la verdad es que no tengo a nadie con quien pueda hablarlo y usted es… Rory y usted se han hecho muy amigas.

Veo cómo baja la cabeza para beber un poco de café, consciente de que las palabras que estoy a punto de decir van a dolerle, y consciente también de que las cosas que necesitamos oír a menudo duelen.

—Rory dijo eso mismo una vez —comenta en voz baja—. Que ella no era la hija que usted quería.

Camilla levanta la cabeza despacio y veo que mis palabras la han alterado.

—¿Aurora cree…? —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Pero no es cierto, estoy muy orgullosa de ella. Muy muy orgullosa. Es valiente y hermosa, y sabe exactamente lo que quiere hacer y quién desea ser. —Sus palabras se vuelven roncas y parpadea para contener las lágrimas—. Es como yo habría deseado tener el coraje de ser cuando tenía su edad.

—¿Por qué no lo sabe Rory?

La pregunta duele, pero había que hacerla. Deja la taza y se seca los ojos con cuidado de no estropearse el maquillaje.

—He cometido muchos errores, muchos. Me he aferrado demasiado a ella. Me dije que era para protegerla, pero no era cierto. Nunca fue ese el motivo. Traté de cortarle las alas y mantenerla cerca de mí. Así tendría… tendría a alguien. Cuando Hux desapareció, se apartó de mí, de todo, en realidad. Traté de recuperarla, de llegar a ella, pero siguió alejándose cada vez más. Y entonces la conoció a usted y fue como si volviera a la vida. Y la galería…, de repente

aquello volvía a estar en marcha, y empezó a hablar de su arte. Sé lo mezquino que va a sonar esto, pero sentí como si tratara de quitármela, y es todo lo que tengo. Por eso actué de esa manera, porque estaba celosa. Y tenía miedo.

Sus ojos se apartan de los míos y se clavan en el horizonte. La estudio, su perfil es tan familiar que siento como si la conociera de siempre. Se parece mucho a Rory, y a la vez es diferente. Por fuera es fría y elegante, pero bajo toda esa perfección hay capas de sufrimiento. Noto que mi corazón da un paso hacia ella.

—Nadie puede quitársela, Camilla. Es su hija, están unidas de por vida, y por algo mucho más profundo que la sangre y los recuerdos. Están unidas por sus ecos.

Camilla se vuelve con una pequeña arruga entre las cejas.

—¿Ecos?

Sonrío, porque tiene cara de necesitar una sonrisa.

—Es algo que solía decir mi madre. Creía que cada persona posee un eco, una especie de huella dactilar del espíritu, y que esos ecos nos conectan con las personas que amamos y nos unen a ellas para siempre.

Sus ojos se clavan en los míos, muy abiertos y aún relucientes por las lágrimas. No puedo leerlos, pero siento una especie de anhelo en ella, una necesidad de hablar, y sin embargo es reticente.

—¿Usted… lo cree? —pregunta al fin—. Me refiero a la parte de que los ecos nos unen para siempre.

Tiene la voz ronca, ahogada por la emoción, y me doy cuenta sobresaltada de que se ha expuesto ante mí, como una niña. Siento un dolor repentino en la garganta, una tensión que hace que me cueste respirar. Me encuentro confusa, casi mareada, pero todavía me mira, a la espera de una respuesta.

Antes de que pueda pensar cómo responder, Camilla deja su taza de golpe y salta de la silla. Parece nerviosa, casi culpable.

—Es la puerta, ha llegado Aurora.

Se prepara para alejarse cuando de repente Rory aparece en la puerta. Se la ve ligeramente afligida, contenta y asustada a la vez, y me doy cuenta de que su madre no le ha dicho que estaría aquí. Lleva un gran sobre de manila en la mano. Se lo mete bajo el brazo y lanza una mirada a Camilla.

—¿Qué está pasando?

—Oh, bien, ya estás aquí —dice Camilla aturullada y feliz a la vez —. Soline y yo estábamos charlando un poco.

Rory mira hacia mí y luego a su madre entornando los ojos.

—Ya hablamos de esto.

—No, no. Solo estábamos conociéndonos un poco. Ya sabes, cosas

de chicas.

—Tu mensaje decía que viniera lo antes posible. Creía que había pasado algo.

—Solo porque sabía que querrías ver a Soline. Pensé que sería bonito que las tres nos juntáramos para un *brunch*.

—Excepto que ya hemos hablado de esto. ¿Qué tramas?

Rory ha bajado la voz, pero percibo el tono de sus palabras. Está enfadada. Camilla se vuelve en busca de mi mirada. Trata de sonreír y una vez más no lo consigue. No puedo evitar sentir que se está desarrollando una conversación que me concierne, una conversación que no se me permite conocer.

—Por favor. —Camilla toma la mano de Rory y la sostiene entre las suyas—. Trato de arreglar las cosas, Rory. Me acuerdo de lo que dijiste, recuerdo cada palabra. Quiero que seamos… —Su voz se apaga cuando suelta la mano de su hija—. Quiero que seamos… amigas. Buenas amigas, sí. Ahora ve a hablar con Soline mientras yo sirvo la comida.

Rory todavía parece recelosa mientras se quita el sobre de debajo del brazo y se lo da a su madre. Se queda allí un momento observando cómo desaparece en el interior de la casa y luego se sienta conmigo a la mesa.

—No tenía ni idea de que estarías aquí. ¿A ti también te ha engañado?

—Llamó a Daniel, y Daniel me llamó a mí. Se sentía mal por lo del almuerzo y me invitó a acompañaros hoy. Estaba muy decidida, no aceptó un no por respuesta.

—Lo siento mucho. Siempre ha sido una fuerza de la naturaleza. ¿Cómo estás?

—Bastante bien.

—Intenté llamarte. Luego fui hasta tu casa y llamé a tu puerta. Cuando no contestaste, te dejé una nota.

—Y luego enviaste a Daniel a husmear por la ventana de mi cocina.

—Estaba preocupada. Parecías muy disgustada cuando te marchaste aquel día. Quería disculparme, pero no contestabas al teléfono. Siento lo que dijo mi madre y cómo se comportó.

—¿Por qué te disculpas por las acciones de tu madre? Son suyas, no tuyas. Y tenía sus motivos para comportarse como lo hizo.

Rory abre mucho los ojos. Está sorprendida, y tal vez un poquito dolida de que me haya puesto del lado de su madre, aunque sea un poco.

—¿Ahora la defiendes?

—Tenía miedo, *chérie*. La gente ataca cuando tiene miedo.

—¿Miedo de ti?

—La manera en que una persona se comporta hacia nosotros nunca tiene que ver con nosotros, Rory. Tiene que ver con ella misma. Tu madre actuó como actuó porque se sintió amenazada. Tú eres suya, y quería que yo lo supiera. Porque tiene miedo de perderte y estar sola.

Rory frunce el ceño mientras mira a las puertas francesas abiertas.

—Entonces debería dejar de hacer cosas para alejarme. Se comporta como si no mereciera una vida propia, como si todo lo que hago tuviese que ver con ella. Mi arte, la galería, incluso las amistades que elijo.

Siento su rabia en mis huesos, el tira y afloja entre madre e hija. Es un enfrentamiento ancestral, pues siempre ha habido madres que lo sabían todo, igual que siempre ha habido hijas que ya lo sabían. Es una contradicción que forma parte del trayecto vital de toda mujer, la necesidad de moldear a su propia imagen frente a la aversión a ser moldeada.

Sonrío con tristeza.

—Es difícil para una madre soltar a su *bébé*. Has sido parte de su vida durante mucho tiempo, todo su mundo, y ahora de repente eres una adulta con una vida propia. Se siente sola.

—¿Cómo puede sentirse sola? No tiene un hueco en la agenda. Siempre está yendo a algún almuerzo o a jugar a las cartas o al teatro. Tiene un auténtico séquito, especialmente desde que mi padre murió, aunque nunca fue un gran compañero.

—No hace falta estar sola para sentirse sola, *chérie*. No es lo mismo. Todos lidiamos con la pérdida a nuestra manera, inventando formas de llenar el vacío. Por eso tiene toda la agenda ocupada. Y por eso ha sido tan posesiva. Quiere ser parte de tu vida, pero no sabe cómo.

Rory cruza los brazos y suelta un suspiro. Se la ve tan joven y enfurruñada ahí sentada con los brazos cruzados. Le fastidia oírme defender a su madre. Pero la brecha entre estas dos debe repararse antes de que se convierta en algo frío y permanente. Tal vez por eso el destino me ha arrojado a sus vidas. Para negociar la paz.

—En Francia decimos *tu me manques*. Significa ‘me faltas’, no ‘te echo de menos’. La parte de ti que es una parte de mí… no está. Así es para tu madre. Hay un vacío en su vida donde antes estabas tú, y no sabe cómo llenarlo.

Rory se hunde en la silla a mi lado, callada. Está decidida a seguir enfadada.

—Sabe que ha cometido errores, Rory. Por eso me pidió que viniera hoy, para hacer las paces. No solo conmigo, sino también contigo. Y creo que deberías permitírselo.

—Tú no la conoces.

—No. Pero cree que las tres deberíamos ser amigas, y yo también lo creo. De alguna forma, algo nos ha unido. No sé cómo, ni por qué, pero es innegable. Tal vez estamos destinadas a ayudarnos mutuamente de alguna manera, a llenar mutuamente nuestros espacios vacíos.

Me mira de una manera muy extraña, como si hubiera dicho algo trascendental y estuviera a punto de corregirme. Por una milésima de segundo tengo miedo de lo que dirá, miedo a que este nuevo círculo nuestro esté a punto de romperse, y de repente no quiero que se rompa.

Y entonces oigo el tintineo de la pulsera de Camilla que se acerca con una bandeja llena de comida.

—Qué cosa tan encantadora —dice, radiante—. Las tres juntas al fin.

Cuarenta y dos

Rory

18 de octubre de 1985, Boston

Rory mira fijamente la extensión de la pared vacía con una creciente sensación de terror. Cuarenta y ocho horas antes, Dheera Petri la había llamado para explicarle por qué, diez días antes de la inauguración, sus obras todavía no habían llegado a la galería. Había recibido una llamada de una interiorista que quería todos sus cuadros excepto dos para un nuevo edificio de oficinas que le habían encargado decorar. Se sentía fatal por dejar a Rory en la estacada tan cerca de la inauguración, pero ¿sería posible romper su acuerdo para poder vender las obras?

Habían acordado organizar alguna cosa en el futuro, y Rory le había deseado suerte. Su consciencia no le permitía interponerse en el camino de una oferta como esa, pero no tenía la menor idea de cómo iba a sustituirla con tan poca antelación. Y, para colmo, Camilla y Soline iban a llegar en cualquier momento. Sería la primera vez que ambas veían la galería, y había estado ansiosa por hacerles un *tour* completo. En vez de eso, ahora estaba preocupada por la perspectiva de un espacio visiblemente vacío la noche de la inauguración. No era lo que se dice un buen presagio.

Había estado muy satisfecha con cómo había salido todo. Brian había hecho un trabajo estupendo: había acabado dos semanas antes

de lo previsto y por menos del presupuesto inicial. La paleta de colores por la que se había decantado, suaves capas de carbón y pizarra, le daba a todo una atmósfera ligeramente industrial, pero la cuidada iluminación y las lámparas *art déco* de segunda mano daban la cantidad perfecta de *glamour*. Tampoco había habido contratiempos en la instalación de las obras. Hasta que Dheera llamó con sus terribles buenas noticias.

—¿Aurora? Cariño, ¿estás aquí?

Rory se asustó al oír la voz de Camilla. No había oído la campanilla de la entrada, pero al parecer comenzaba el espectáculo.

—Voy enseguida.

La imagen de Soline y su madre entrando por la puerta la animó al instante. No se parecían en nada —Camilla había heredado los ojos claros y el pelo rubio de Anson, mientras que el tono de Soline era oscuro— y sin embargo había una similitud inexplicable al verlas allí una al lado de la otra, una cuerda invisible que parecía unirlas.

Un mes atrás nunca las habría imaginado pasando tiempo juntas, pero, sorprendentemente, en las semanas posteriores al *brunch* sorpresa de su madre se habían hecho muy amigas.

Le alegraba ver a Soline saliendo de nuevo, y estaba entusiasmada a la par que sorprendida por lo rápido que la personalidad *beige* de su madre se había transformado en algo brillante y casi juguetón, gracias a una visita a Bella Mia y una serie de consultas con Lila en Neiman Marcus. Al parecer, Soline también se había convertido en el hada madrina de Camilla. Y Camilla había estado encantada de devolverle el favor invitándola a almorzar, a ir de compras, e incluso al *ballet* la semana anterior.

Soline había llenado un vacío en la vida de Camilla que ni ella misma sabía que existía y había aplacado su afán de aferrarse y controlar, lo que le había dado a Rory tiempo para centrarse en la galería. Y parecía que las tres iban a ser fijas del *brunch* de los domingos.

Era más de lo que Rory había esperado jamás, pero ¿qué pasaría cuando finalmente le dijeran la verdad a Soline? No todo serían malas noticias, se reuniría con su hija y su nieta, pero, incluso entonces, sentiría amargura por todos los años perdidos. Y, por supuesto, las noticias sobre Anson resultarían devastadoras. ¿Sería suficiente su nueva relación para ayudarla a resistir el golpe?

Camilla empezaba a refunfuñar diciendo que se sentía poco sincera, y a Rory le preocupaba que un día su madre soltara la verdad sin más, una metedura de pata que casi seguro acabaría en desastre.

Había accedido a dar tiempo a Thia, pero desde su última conversación no había habido ningún avance por ese lado. Anson se

había ido al extranjero poco después de su encuentro en San Francisco y no devolvía las llamadas. No le sorprendió, pero una pequeña parte de ella esperaba que Thia tuviera éxito, que de repente a Anson se le caería la venda de los ojos y después de todo habría un final feliz. Pero cada día que pasaba parecía menos probable.

—Bueno —dijo Camilla con entusiasmo dando palmadas—. Aquí estamos para nuestro *tour*. Habíamos dicho a las once, ¿verdad?

Rory forzó una sonrisa.

—Así es.

Su mirada pasó a Soline, que estudiaba el espacio con la boca abierta. Era la primera vez que volvía a la casa desde la noche del incendio cuatro años atrás, y a Rory le había preocupado cómo reaccionaría. Sus últimos recuerdos del lugar difícilmente podían ser buenos.

—Esto es increíble —murmuró Soline finalmente—. Trabajé y viví aquí treinta y cinco años, y apenas lo reconozco. Está todo tan bonito. Y has dejado la escalera original. Qué maravilla.

Rory sintió que se relajaba.

—Me alegro mucho de que te guste. Quería dejar algunos de los detalles para homenajear la historia del edificio. Todavía tenemos que ajustar un poco la acústica por las zonas sin amueblar, que producen un poco de eco cuando el lugar está vacío, pero, en general, estoy encantada con el resultado.

Camilla acababa de regresar de un rápido recorrido por la sala principal. Miró el rostro de Rory, que fruncía el ceño.

—¿Qué pasa? Algo va mal, ¿verdad?

—No, es solo que he estado un poco tensa por la inauguración. Y cansada, las últimas semanas han sido una locura, entre enviar invitaciones, organizar la comida y la música, trabajar con todos los artistas para instalar las obras a la perfección. Ha sido mucho.

—Pero ahora has terminado. Y míralo. No me puedo creer lo que has hecho con el lugar. Los colores y la pureza de líneas. La manera en que has usado la luz para crear un ambiente. Es… sobrecogedor y a la vez muy tranquilo. Has conseguido la mezcla perfecta entre lo elegante y lo artístico.

Rory aguardó el inevitable «pero», seguido de una lista de cosas que ella habría hecho diferente. «Pero es un poco…». «Quizá podrías…». «¿Has pensado…?». No llegó. Su madre solo la miró con una sonrisa.

—Gracias. ¿Estáis listas para ver el resto?

—Tú eres la guía. Queremos verlo todo.

Rory las llevó por las siete colecciones mientras las remitía a los carteles de plexiglás de las paredes con la biografía y foto de cada

artista. Por el camino fue señalándoles sus obras preferidas y explicando los materiales y técnicas específicas utilizadas para crearlas. Era una buena práctica, y le alegraba ver que recordaba sin dificultad lo que había memorizado.

Acabó con su colección favorita, las obras de cristal marino de Kendra Paterson, que también resultaron ser las preferidas de su madre, en especial la descomunal ola titulada «Cresta». Sin duda, era sensacional: una ola marina creada con miles de fragmentos de conchas moldeadas por el mar, que iban del blanco escarcha y el verde mar pálido al marrón intenso, pasando por todos los matices intermedios.

—Es sencillamente sobrecogedora —suspiró Camilla—. Y qué trabajo tan inteligente. No puedo imaginarme la paciencia que requiere algo así, por no mencionar la habilidad. Nunca había visto nada semejante.

Rory estaba más que complacida con la reacción de su madre a lo que ella consideraba el plato fuerte de las siete colecciones.

—Lo mismo pensé yo. La encontré por casualidad, a través de otra de mis artistas, y estoy encantada de tenerla en la inauguración.

Soline se movía despacio alrededor de la peana con los dedos enguantados entrelazados frente al cuerpo, como para contenerse y no tocar.

—Cuanto más la miras, más parece que se mueva, como una ola de verdad. ¿Sabe la artista cuántos trozos de cristal utiliza en cada escultura?

—Antes sí, pero dejó de contar a medida que las obras se volvieron más grandes y complejas. Pero cada trozo de cristal lo recogen a mano ella y su marido. Recorren las playas de todo el mundo. Su estudio es increíble. Está lleno de…

—¿Aurora, cariño? —La voz de Camilla le llegó del otro lado de la galería—. ¿Qué tendría que haber aquí?

Su madre se había alejado mientras Soline y ella hablaban, pero Rory supo sin mirar que se refería a la pared vacía donde deberían haber estado los cuadros en acrílico de Dheera Petri.

—Una artista se retiró de la exposición anteayer.

—Oh, no. Eso es terrible. Y un poco injusto tan cerca de la inauguración.

Rory se encogió de hombros intentando restarle importancia a su decepción.

—Recibió una oferta de una decoradora para comprarle todas las obras menos dos, y yo no podía interponerme en la venta. Así que ahora tengo una pared que llenar en solo ocho días. Probablemente podría llenarla con piezas sueltas. Tendría que quitar una de las

paredes modulares, mover las instalaciones y luego cambiar toda la iluminación, pero podría hacerse a tiempo. Solo que no es lo que quería para la inauguración. Pero aún me quedan algunos días, así que no me he rendido del todo.

—¿Sabes? —dijo Soline mirando la pared desnuda con expresión pensativa—. Conozco a una artista cuyas obras serían perfectas. Muy… originales. Es un poco justo y está muy ocupada ahora mismo, pero creo que podría convencerla. Me debe un favor.

Rory casi grita de alegría. No tenía ni idea de que Soline tuviera contactos en el mundo del arte. Su hada madrina estaba a punto de obrar su magia otra vez.

—¿Está cerca? Por favor, di que sí.

—Muy cerca.

—¿Podrías llamarla? Me reuniré con ella donde quiera.

Soline esbozó una de sus sonrisas socarronas.

—Estoy hablando de ti, Rory, de tu arte. Es exactamente lo que esta pared necesita, una transición perfecta desde las piezas de cristal marino. Y no te haría falta mover nada.

Rory soltó un suspiro, como aire que se escapa de una rueda.

—Creía que hablabas en serio.

—Hablo en serio. Y también hablaba en serio la última vez que lo dije. Te acuerdas, ¿verdad?

Rory lo recordaba, pero había pensado que Soline solo estaba siendo amable.

—Pero no son… No pintan nada aquí, al lado de todo esto.

—Oh, *ma pêche.* ¿No lo ves? Es precisamente aquí donde tienen que estar. Que esa mujer se haya retirado no ha sido una casualidad. Era justo lo que tenía que pasar.

—Pero solo son cinco piezas para toda una pared.

—Perfecto —dijo Camilla con firmeza—. Así tendrán espacio para respirar.

Rory se volvió y la miró estupefacta.

—¿Crees que debería hacerlo?

—Sí. Soline tiene razón, cariño. Esto es lo que tiene que pasar.

—Pero siempre dijiste…

—Olvida lo que dije. Debería haberte apoyado hace mucho tiempo, y te pido perdón por no haberlo hecho. Pero lo hago ahora. No porque no tengas más remedio, sino porque tu obra es hermosa y original, y su sitio está en estas paredes. Por favor, di que lo harás. O al menos que te lo pensarás.

Rory consiguió esbozar una sonrisa, conmovida por esa inesperada declaración, pero no necesitaba pensarlo. Ya tenía bastante entre

manos sin la presión de preguntarse cómo sería recibida su obra presentada junto a artistas de verdad.

—Bueno, hasta aquí llega el *tour,* a menos que queráis ver el piso de arriba.

—La verdad es que Soline y yo tenemos una sorpresa para ti.

Rory no estaba segura de que le gustase cómo sonaba aquello. Ya había tenido suficientes sorpresas esa semana.

—¿Qué clase de sorpresa?

—De verdad, Aurora, deja de ser tan desconfiada. Es una buena sorpresa, te lo prometemos.

En la entrada, Soline sacó una bolsa de Neiman Marcus de al lado de la puerta y se la dio a Rory.

—Para ti —dijo con una sonrisa felina—. De parte de las dos.

Rory llevó la bolsa hasta el mostrador de la entrada y sacó una caja grande y plana. Se le cortó el aliento al levantar la tapa y descubrir un traje de seda color burdeos. Corte de esmoquin, con las solapas de terciopelo negro y se cerraba con un solo botón. Miró la etiqueta: Valentino.

—Debe de haber costado una fortuna. —Acarició con la mano la solapa de terciopelo—. Es precioso.

—Es para la inauguración —le dijo Soline—. A menos que ya hayas comprado algo.

Rory negó con la cabeza mientras volvía a doblar el traje y lo metía en la caja.

—La verdad es que no había vuelto a pensar en el tema.

Camilla echó la cabeza atrás con una de sus carcajadas tintineantes.

—¿Lo ves? Te lo dije, la ropa siempre le ha dado igual. Cuando era pequeña, los disfraces de Halloween consistían en hombreras y un casco o una gorra de chófer y un peto. Nunca iba de princesa o hada como las otras niñas. Y ahora mírala… —Se quedó callada y parpadeó deprisa, como si las emociones la hubieran cogido desprevenida—. Toda una mujer y una artista con su propia galería. —Se llevó los dedos al collar de perlas y lo retorció con torpeza—. Tenías un sueño y lo perseguiste. No muchos pueden decir lo mismo, pero tú sí, y me alegro por ti. Te lo mereces, Rory.

Ahora le tocaba a Rory que la cogieran desprevenida. No Aurora… Rory. Eso era nuevo.

—Gracias —dijo con voz ronca—. Gracias a las dos, no sé cómo deciros lo feliz que me hace que ambas vengáis a la inauguración.

—Intenta impedírnoslo. —Camilla se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Ahora nos vamos a almorzar y a comprar algunas cosas. Soline va a ayudarme a escoger unas botas. Estoy pensando de

gamuza.

Rory las acompañó a la salida y se quedó en la puerta hasta que se fundieron en la multitud que caminaba por Newbury Street. A almorzar y a comprar botas. Eso también era nuevo.



Rory estaba agotada cuando llegó a casa. Había pasado el resto de la tarde al teléfono tratando de encontrar un artista para llenar la pared de Dheera Petri. De los cinco con los que había conseguido contactar, cuatro dijeron que podrían enviar una o dos obras a tiempo para la noche de la inauguración, pero ninguno podría asistir con tan poca antelación. Parece que tendría que conformarse con una selección de piezas únicas en lugar de una sola colección. A menos que siguiera la sugerencia de Soline.

Caminó por el pasillo y encendió la luz del cuarto de invitados. Sus ojos fueron enseguida a la pieza que colgaba detrás del escritorio, el imponente faro de granito que se alzaba desafiante en medio de una tormenta. Era la mayor de sus piezas y una de las mejores. Las cuatro que había en el armario harían un total de cinco. Las sacó, alineándolas una al lado de la otra. Podría funcionar hasta que encontrase otra colección para sustituirla. Solo necesitaba una pieza más para equilibrar.

Se acercó a uno de los marcos que había cerca de la ventana y pasó la mano por la pieza inacabada sujeta entre las barras del bastidor. Una escena de puerto invernal con una capa de niebla blanca deslizándose sobre el agua. Lo único que le faltaba era el cielo: el destello de un sol aguado que luchaba por abrirse paso entre las nubes bajas que se deshacían. Seda peltre, muaré bígaro, franjas de suave franela gris. La luz sería complicada. Tal vez un tejido plateado plisado. Estaba bastante segura de que tenía algunos retazos en una de las cestas, y todavía le quedaba una semana para trabajar. Si empezaba esta noche, podría terminar una obra más a tiempo para montarla.

La idea le provocó un cosquilleo en el estómago. ¿De verdad se lo estaba planteando? Las palabras de su madre esa mañana le habían tocado una fibra inesperada. No solo que le dijera que estaba orgullosa, sino que se refiriese a ambas, Soline y Camilla, unidas para apoyarla, como una familia. Eran tres mujeres unidas por una serie de acontecimientos que ninguna de ellas podía explicar, a través de los mares y los años y de tantas pérdidas. Tres hilos separados, entretejidos para formar un todo. Frágiles solas, pero más fuertes

ahora, porque estaban juntas.

Y tendrían que ser fuertes cuando llegase el momento, para ayudar a Soline a superar lo que se avecinaba. Faltaban ocho días para la inauguración. Una vez eso quedase atrás, tendría que hablar con Thia para ponerle fin a aquello. Había esperado tanto como le permitía su conciencia. Alargarlo solo hacía más grandes las mentiras de Owen, y ya había habido demasiadas mentiras. Era hora de que la verdad saliera a la luz, de que pasara lo que tenía que pasar. Solo esperaba que, cuando ocurriese, Soline se sintiera reconfortada por su nueva familia y continuase reconstruyendo su vida.

Cuarenta y tres

Rory

26 de octubre de 1985, Boston

Rory se miró el reloj y volvió a respirar profundamente tres veces más. La apertura de puertas estaba programada para dentro de una hora, y se habían preparado al máximo. Habían instalado una barra cerca de la entrada que ofrecía una selección de vinos y cervezas de importación, habían colocado bandejas de aperitivos fríos en un pequeño bufé hacia la parte de atrás, el guitarrista clásico que había contratado se estaba instalando en un rincón discreto y los siete artistas habían llegado a tiempo y estaban agrupados delante, charlando y esperando a que se abrieran las puertas.

Su madre y Soline estaban arriba fingiendo que se empolvaban la nariz mientras le daban un poco de espacio. Rory lo agradecía. La semana había sido un torbellino de creatividad enfebrecida y detalles de última hora, lo que le había dejado poco tiempo para dormir, y mucho menos para reflexionar. Ahora, sin nada más que hacer que dar la vuelta al cartel de ABIERTO y abrir la puerta, necesitaba unos segundos de tranquilidad para centrarse en el momento.

Era casi irreal estar en este lugar que había creado de la nada, como si se hubiera metido en el sueño de otra persona. Y, en cierto, modo así había sido. Hacía unos meses, la casa adosada estaba abandonada, destruida pero no vacía. Tiempo atrás, su abuela había

soñado entre estas paredes y había dejado un poco de su magia, como migas de pan para que las encontrara algún día. Y las había encontrado. O quizá eran ellas las que habían encontrado a Rory. Ahora, dijera lo que dijese el cartel expuesto sobre la puerta, los ecos de Soline Roussel seguirían viviendo entre esas paredes. Y también lo harían los suyos.

Se quedó mirando el cartel de la nueva colección de la galería, OLA DE SUEÑOS, DE AURORA GRANT, y parpadeó para contener el escozor de las lágrimas. De repente, estaba con Hux mirando su obra a través de la ventana de Finn's, escuchando las palabras que habían puesto en marcha todo aquello.

«Los sueños son como olas… Tienes que esperar a que venga la adecuada, la que tiene tu nombre… Este sueño lleva tu nombre».

—Mira lo que he hecho, Hux —susurró en voz baja—. Mira dónde estoy. Sí que llevaba mi nombre. Y ahora es real, gracias a ti.

—Creo que es la hora, cariño.

Rory se secó las últimas lágrimas mientras se volvía a mirar a su madre. Llevaba una falda larga hasta media pierna, un chaleco de crepé ciruela y botas de gamuza gris con tacones de aguja. Ni rastro del *beige*.

—¿Te he dicho lo impresionante que estás esta noche?

Camilla bajó un poco la barbilla y sonrió con timidez.

—Gracias. Creo que tenemos la misma estilista. Y mírate, ese traje te sienta como un guante. Estás preciosa, como toda la galería. Has hecho un trabajo maravilloso con todo. Y estoy muy contenta de que decidieras colgar tus obras. Merecen ser vistas y valoradas.

—Todo es tan extraño. Durante meses he intentado imaginarme qué sentiría esta noche, y ahora…

Camilla le cogió la mano.

—Oh, cariño, ¿qué pasa?

—Nada. Solo estaba pensando en Hux, en cómo nada de esto estaría sucediendo si él no hubiera creído en mí. Ojalá estuviera aquí para verlo.

—Lo verá, cariño. Volverá a casa, y estará muy orgulloso cuando vea lo que has hecho. Pero ahora mismo toca salir al frente. Tu público espera.

Las palabras de su madre desataron una bandada de mariposas en su interior.

—No tengo público. ¿Y si no viene nadie? Nos pasaremos una semana comiendo tomates *cherry* rellenos y *crostini* de pimiento asado.

Camilla soltó una carcajada impropia de ella.

—Eso que dices son tonterías. Hemos enviado más de doscientas invitaciones. Ambos periódicos han cubierto la inauguración en la

sección de fin de semana, y literalmente se lo he dicho a todas las personas que conozco, dos veces. Yo diría que para cuando cierres las puertas no quedará ni un tomate ni un *crostini.* Ahora en marcha. Hay una fiesta que espera para empezar.

—¿Dónde está Soline?

—Sigue arriba, pero ha dicho que bajará enseguida. Creo que está un poco nerviosa por estar rodeada de tanta gente.

Rory sabía exactamente cómo se sentía, pero de todas formas se las arregló para poner un pie delante del otro, vagamente consciente de la presencia de su madre a su lado, y hacer un gesto con la cabeza a la morena alta que había junto a la barra, otro a la pelirroja que se encargaba de la mesa de la comida, y un tercero al guitarrista, que al instante cogió la guitarra. Los suaves compases de «Blackbird» de los Beatles llenaron el aire, y los artistas se movieron para colocarse en sus puestos frente a sus colecciones.

—Estás lista —le susurró Camilla al oído—. Yo me encargo de la puerta. Tu trabajo, tu único trabajo, es sonreír, atender a la gente y parecer una galerista. Y recuerda moderar el ritmo. Va a ser una noche larga.

Una corriente de fresco aire otoñal entró cuando Camilla abrió la puerta. En pocos minutos, varios grupos de mujeres entraron e intercambiaron abrazos y besos al aire. Amigas de su madre, pensó con una oleada de gratitud.

Camilla era realmente fabulosa en acción. Controlaba a la perfección los tiempos, manejándolo todo con un movimiento de cabeza o una mirada, y hacía que todo pareciera espontáneo, y Rory se encontró preguntándose si ella sería capaz de desarrollar unas habilidades como esas. Aún estaba dándole vueltas a la cuestión cuando su madre y su grupo de amigas se acercaron.

—Oh, ahí está. Madre mía, ¿qué te has hecho? ¡Estás impresionante, Aurora! ¡Espectacular! —Era Laurie Lorenz, la tesorera del Consejo de las Artes, que la recorría de arriba abajo con los ojos muy maquillados—. Casi no te he reconocido con este peinado. Estás muy elegante, como recién salida de una pasarela de París.

Hilly asentía con entusiasmo.

—Está divina, ¿verdad? Y mira esos pómulos. Igual que los de su madre. Todavía no me creo lo que has hecho con este lugar. Compramos aquí el vestido de novia de mi hija hace cuatro años, y ahora míralo. Nadie se imaginaría que casi se quema por completo.

—Gracias —dijo Rory, incómoda, esperando que Soline no estuviera escuchando—. El daño no fue tan grave como se creyó al principio, y encontré un contratista estupendo. Nos las arreglamos para salvar algunas de las lámparas originales y la escalera, que me

tiene enamorada.

Las mujeres siguieron la mirada de Rory hasta la escalera asintiendo al unísono. Como si esa fuera su entrada, Soline apareció en lo alto de las escaleras, magnífica con su pantalón *palazzo* de seda negra y una chaqueta plateada bordada. Hizo una pequeña pausa mientras recorría a la multitud con la mirada y comenzó a bajar apoyada en el pasamanos con una mano cubierta por un guante negro.

Nadie habló. Rory no podía culparlas. Estaba imponente, y andaba con tanta gracilidad que parecía que sus pies no tocaran el suelo. Se detuvo de nuevo en el último escalón y, por un instante, Rory temió que fuera a darse la vuelta y subir corriendo las escaleras. En vez de eso, cuadró los hombros y miró por encima de la multitud hasta que sus ojos se encontraron con los de Rory.

Rory levantó una mano, consciente de las miradas curiosas de las amigas de su madre. Camilla también era consciente de ellas, y parecía estar lista para defender a Soline si era necesario. Pero Soline les dedicó a ambas una sonrisa tranquilizadora mientras se acercaba. Estaba impresionante con los ojos pintados de negro, los labios escarlata y el pelo recogido a un lado con una peineta adornada de joyas. Camilla la cogió del brazo y la acercó al grupo.

—Señoras, me gustaría presentaros a mi querida amiga, Soline Roussel.

Hubo una breve pausa seguida de una oleada de murmullos educados. Fue Hilly quien finalmente habló:

—¡Madame Roussel! Esta era su tienda, usted hizo el vestido de boda de mi Caroline. Caroline Walden. Estoy segura de que no lo recuerda, pero ella y su marido ya tienen tres niños encantadores, gracias a usted. Y la gente todavía habla de ese vestido, de la manera en que el lazo…

Camilla la interrumpió con un gesto de la mano.

—Estoy segura de que Soline no quiere pasarse la noche hablando de trabajo, Hilly. Pero tal vez Vicky y tú podáis hablarle del Consejo. Tengo que seguir encargándome de la puerta, y Aurora tiene que saludar a sus invitados. No os olvidéis de probar los entremeses y decidme qué os parecería contratar para Año Nuevo a la cocinera que ha seleccionado Aurora para la inauguración. Es fabulosa.

Rory recorrió la sala con la mirada, sorprendida por lo rápido que se llenaba. Le había preocupado que no viniera nadie, ahora se preguntaba si habría suficiente vino. Pero le alegraba ver tantas caras conocidas. Kelly y Doug Glennon acababan de llegar, Daniel Ballantine y una hermosa rubia, que supuso que sería su mujer, estaban mirando la mesa de la comida, y Brian, que había cambiado su ropa de contratista por un pantalón caqui pulcramente planchado y

una chaqueta de *tweed* marrón, tomaba una cerveza y charlaba con una pareja que eran amigos de su madre.

Sintió que se relajaba mientras comenzaba a moverse entre la gente. Le encantó ver a los invitados charlando con los artistas, discutiendo sobre los materiales, la técnica y las fuentes de inspiración.

En algún momento, su madre le había puesto una copa de Chardonnay en la mano y, más tarde, había cogido otra. Ahora se daba cuenta de que había sido un error. La excitación de la noche, unida a una semana casi sin dormir, pareció golpearla con brusquedad, y de repente sintió que estaba agotada. Camilla también debió de darse cuenta, porque apareció con un plato de aperitivos y sugirió que tal vez era hora de comer algo.

Se sintió mejor después de comer un poco. Y aún mejor después de vender una de sus piezas a una cirujana de la ciudad y a su marido. Para cuando el último invitado se marchó a las diez y media, habían vendido un total de cuatro obras, reservado dos encargos y tenían un posible comprador para la «Cresta» de Kendra Paterson. En definitiva, la noche había sido un éxito. Y ahora que había terminado, iba a meterse en la cama y a dormir como un tronco.

Levantó la vista y vio a su madre acercándose con dos copas de vino.

—Están recogiendo el bar, así que he pensado que mejor cogía unas copas para las dos. Soline ha subido a tu oficina hará una hora. La noche ha sido intensa, pero creo que lo ha llevado bien. Me ofrecí a acercarla a casa sobre las nueve y volver, pero estaba decidida a quedarse. Toma. —Puso una de las copas en la mano de Rory—. He pensado que podríamos rematar la noche con un brindis.

Rory miró la copa con cautela.

—No sé si debería. Estoy muerta, y tengo que conducir hasta casa.

—Solo un brindis. Antes no hemos tenido oportunidad.

—Vale, pero solo un sorbito.

Camilla levantó la copa y esperó hasta que Rory hizo lo mismo.

—Por la joven a la que tengo el privilegio de llamar mi hija. No siempre se me ha dado muy bien decirte lo orgullosa que estoy de ti o confiar en que sabías lo que te convenía, y te pido perdón por ello. Estoy orgullosa de ti. No solo esta noche, sino siempre, y te prometo hacerlo mejor en el futuro.

—Gracias —murmuró Rory, conmovida por la inesperada declaración de su madre. Después de un sorbo, alzó la copa nuevamente—. Ahora me toca a mí. Por la mujer que me enseñó cómo mantenerse elegante en cualquier circunstancia. Esta noche has estado maravillosa, cuidando de todo, incluida yo. No estoy segura de poder

haberlo hecho sin ti. —Se aclaró la garganta, consternada al sentir un nudo en ella—. No siempre te he dado crédito por lo mucho que haces, y por lo bien que lo haces, y también te prometo hacerlo mejor.

Camilla bajó las pestañas mientras chocaban las copas.

—Vas a hacerme llorar.

—Has empezado tú —contestó Rory antes de beber el trago de rigor.

—Muy bien. Me voy a la cocina para ver si quedan algunos de esos pequeños *crostini,* luego subiré a buscar a Soline para ir a casa y remojarme los pies. —Hizo una pausa y señaló sus botas nuevas—. Me va a llevar un tiempo acostumbrarme a estos tacones.

Rory no pudo evitar sonreír mientras veía a su madre yendo a la cocina. Había sido una noche de sorpresas, empezando por un par de botas de tacón alto y terminando con un momento de honestidad y respeto mutuo que apenas unas semanas atrás no podría haber imaginado. Era el final perfecto para una noche casi perfecta, pero tenía que admitir que se alegraba de que hubiera terminado.

Dio una última vuelta por la sala en busca de platos o vasos que el servicio de *catering* pudiera haber pasado por alto, y recogió servilletas de cóctel olvidadas. Acababa de agacharse para recoger un folleto arrugado cuando oyó la campanilla de la entrada. Al parecer, nadie había pensado en cerrar la puerta principal.

Se enderezó y compuso una sonrisa educada.

—Lo siento. Me temo que… Oh, Dios mío.

«No. No ahora. No así».

—Anson… ¿Qué haces aquí?

Anson estaba junto a la puerta, tenso y sin sonreír, con los puños apretados a los lados del cuerpo.

—Thia me dijo que esta noche era la inauguración. Necesito hablar contigo.

—¡No puede estar aquí! —siseó Rory—. Soline está en el piso de arriba, y no sabe que está… —Hizo una pausa y echó una mirada frenética a las escaleras—. ¡Por favor, no puede estar aquí!

—Aurora, he guardado… —Las palabras de Camilla se desvanecieron cuando vio que Rory no estaba sola—. Lo siento, no me había dado cuenta de que quedaba alguien.

—Este es Anson —explicó Rory, tensa—. Ya se iba.

Por un momento, el rostro de Camilla se aflojó, la boca abierta en una *o* muda. Al fin el hechizo se desvaneció y la inexpresividad fue reemplazada por algo que Rory no supo nombrar.

—Eres igual que tu foto —dijo con frialdad.

Anson dio un paso adelante antes de contenerse. Se quedó completamente inmóvil con los ojos clavados en el rostro de Camilla.

—¿Eres…?

—Sí, lo soy. Y tienes que marcharte. Ahora.

—Tengo que hablar con tu… Tengo que hablar con Rory.

Camilla alzó una ceja gélida.

—No, ahora no. Sea lo que sea lo que tengas que decir, ha esperado cuarenta años. Una noche más no va a cambiar nada.

—Por favor —rogó Rory—. Vete. Y danos la oportunidad de hablar con Soline. No puede descubrirlo así.

Apenas acababa de pronunciar las palabras cuando escuchó un jadeo ronco procedente de arriba, seguido del golpe sordo de un bolso de seda bordado al caer por las escaleras.

Cuarenta y cuatro

Soline

Hay un dolor peor que la muerte. Es el dolor de una vida vivida a medias. No por no saber lo que podría haber sido, sino precisamente por saberlo.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

No puede ser, y sin embargo lo es.

Ha envejecido, los años han ablandado su cuerpo antes duro, y han añadido arrugas a su cara e hilos plateados a su pelo, pero lo reconocería en cualquier parte.

Durante cuarenta años he soñado con volver a verlo; sabía que era imposible, pero lo he soñado de todos modos. Y ahora, de alguna manera, aquí está. Vivo, y mirándome como si el fantasma fuera yo. Mi garganta se llena repentinamente de lágrimas y oraciones respondidas, pero, cuando abro la boca, no sale nada. Porque veo que algo va mal. Terrible, terriblemente mal. Lo veo en la forma en que Rory me mira, como si se estuviera disculpando por algún crimen imperdonable, en los brazos cruzados y la postura rígida de Camilla, como si se estuviera preparando para la batalla. Y en la frialdad que se ha apoderado del rostro de Anson. En el espacio de un instante, me he convertido en una extraña para él. No, no una extraña, una enemiga. Pero ¿cómo? ¿Por qué?

—¿Anson?

Sus ojos, duros y con los párpados gruesos, se encuentran con los míos. No alcanzo a ver su color, pero siento su frialdad como una cuchilla de acero entre mis costillas. Es la mirada que ponía cuando hablaba de los boche. Y ahora me la dirige a mí.

De alguna forma, obligo a mis piernas a moverse y consigo dar un paso y luego otro. Pero ahora retrocede hacia la puerta, con una mano levantada como para mantenerme a raya. Y entonces desaparece en la calle dejando la puerta abierta tras él. Por un instante, vuelvo a estar en París, sentada en la parte trasera de una ambulancia viéndolo desaparecer a través de una ventanilla cuadrada.

Entonces las piernas me fallan y me pliego en el escalón como un pájaro caído, demasiado aturdida como para pronunciar una palabra o llorar siquiera. Rory está a mi lado, me coge las manos, murmura una y otra vez que lo siente, que lo siente mucho, como si lo que acabara de pasar fuera culpa suya. La miro, tratando de entender lo que veo en su cara. Tristeza, lástima y… ¿es eso culpa?

—Iba a contártelo. Después de la inauguración íbamos a contártelo todo.

¿Íbamos?

Miro al pie de las escaleras, desde donde Camilla aprieta el pilar de la barandilla con las dos manos mientras me mira, y allí también la veo. La misma culpa, pero tampoco consigo entenderla.

—¿Qué ibais a decirme?

—Que Anson está vivo. Lo sé desde hace un tiempo, y…

—¿Cuánto tiempo?

—Unas semanas. Tal vez un poco más.

Llevo mis ojos hacia Camilla.

—¿Tú también lo sabías? ¿Y no dijiste nada?

—Queríamos contártelo —balbucea Rory antes de que Camilla pueda abrir la boca—. Solo estábamos esperando el momento adecuado para darte la noticia. Lo siento mucho, nunca pensé que pudiera aparecer aquí. Me encontré con él en San Francisco y me dejó muy claro que no quería verte.

—¿Fuiste a San Francisco? ¿A ver a Anson?

Baja la cabeza y asiente.

—Pero primero fui a Newport. Thia me dijo cómo ponerme en contacto con él.

Newport. La palabra hace que me recorra un escalofrío. Y Thia. El nombre resulta extraño después de tanto tiempo. Pero hay demasiadas preguntas en mi mente. Me tropiezo con ellas y me tambaleo al borde del pánico. Mi mundo se ha puesto patas arriba y no entiendo nada.

—Lo descubrí por casualidad —dice Rory, como si eso cambiara

algo—. Le pedí a un amigo periodista que buscara una vieja foto de Anson para darte una sorpresa. Pero al final fui yo la sorprendida. Una de las fotos que encontró tenía solo dos años. Por eso fui a Newport, para averiguar si era tu Anson. Luego fui a San Francisco para hablar con él. Necesitaba entender qué había pasado después de la guerra, por qué nunca había venido a buscarte. Creí que podría convencerlo de venir a Boston a hablar contigo, pero se cerró en banda. Cuando se lo conté a Thia, me pidió que esperara un poco antes de decírtelo, y yo acepté. Creíamos que tal vez cambiaría de opinión. Nunca se nos ocurrió que pudiera presentarse así sin más.

Cierro los ojos como si eso fuera a borrar lo ocurrido. Las lágrimas, que hace un momento era incapaz de derramar, de repente manan cuando tomo consciencia de la verdad. Anson, mi Anson, ha estado vivo estos cuarenta años, pero no quería saber nada de mí… y sigue sin quererlo.

—Hay más —dice Camilla con delicadeza desde el pie de las escaleras—. Tienes que saber el resto.

—No quiero saber el resto —digo y me pongo en pie—. Quiero irme a casa. Por favor, pedidme un taxi.

—Yo te llevaré a casa —protesta Camilla—. Pero primero tenemos que hablar. Hay cosas…

—No quiero hablar. —Mi voz suena extrañamente inexpresiva, vacía y ajena—. Quiero estar sola. —Parpadeo para aclararme la vista, pero las lágrimas siguen rodando por mi rostro—. Por favor, el taxi.

Por el rabillo del ojo veo a Camilla lanzarle una mirada implorante a Rory. Está decidida a seguir hablando, a justificar el secreto que han guardado, a arreglarlo un poco de alguna manera. Pero nada puede arreglarlo. Rory también lo ve, y responde a su madre negando suavemente con la cabeza. Sabe que nada de lo que diga ahora cambiará las cosas.

La escalera se inclina precariamente cuando empiezo a bajar los escalones. Me agarro al pasamanos con fuerza temiendo que las piernas no me sostengan. Esquivo a Camilla y luego a Rory, me agacho para recoger mi bolso y voy hacia la puerta.

—Esperaré fuera.

Siento sus ojos clavados en mí mientras esperan a que me quiebre en un millón de pedazos diminutos. Pero no puedo, todavía no. Porque cuando esta vez me rompa, será para siempre.

Cuarenta y cinco

Soline

Ten siempre presente la regla del tres. Lo que hagas, tres veces vuelve a ti. Haz el mal y tres malos vientos la fortuna traerá. Haz el amor y tres veces el amor un hogar encontrará.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

30 de octubre de 1985, Boston

Cuatro días.

Llevo cuatro días hibernando, sobreviviendo a base de café y tostadas porque no tengo energía para más, vagando de habitación en habitación con los ojos nublados o acurrucada en posición fetal con el estuche de afeitado de Anson pegado al pecho.

He vuelto a dejar descolgado el teléfono. No quiero oírlo sonar. No quiero preguntarme quién es o qué quieren. Ya lo sé, y no deseo ser parte de sus gestos conciliadores. No dudo que Rory tuviera buenas intenciones al ocultarme la verdad. No está en su naturaleza ser cruel. Pero me ve como una anciana frágil y quebradiza incapaz de soportar un golpe más. Y no se equivoca, tal vez tenía una buena razón para preocuparse por si no iba a recuperarme de esto. No estoy segura de que vaya a lograrlo.

Me digo una y otra vez que no importa, que el hecho de que Anson esté vivo en algún lugar del mundo no cambia nada. Pero no es cierto, todo ha cambiado. Porque lo he perdido de nuevo. Excepto que, esta vez, no me lo han quitado los *boches.* Alejarse ha sido decisión suya.

Su propuesta de matrimonio había surgido de la nada, en un momento en que nuestras emociones estaban a flor de piel. ¿Se había arrepentido, después de que nos separáramos, y se sintió secretamente aliviado al volver a casa y no encontrarme? ¿Sabía lo de nuestra hija? ¿Que dejó el mundo el mismo día en que llegó a él? ¿Que nunca pude abrazarla?

Mi Assia.

Todo este tiempo la he imaginado con él, que, de alguna manera, en algún lugar, estaban juntos. Pero mi niña ha estado sola todo este tiempo. Probablemente Anson tenga hijos, tal vez nietos, y una esposa. Incluso ahora, tantos años después, el pensamiento hace que me retuerza de dolor, y sin embargo mis ojos están secos. Parece que por fin se han agotado mis lágrimas.

He perdido la noción del tiempo, y el reloj encima de la estufa hace dos años que no está en hora. Levanto las persianas de la cocina y me asomo al exterior. El cielo es de un tono plomizo y una lluvia constante salpica los cristales. Decido olvidarme de todo y voy a la nevera; saco huevos, mantequilla y champiñones. Las espinacas del cajón tienen los bordes viscosos, pero hay un tomate en el alféizar que no está demasiado estropeado. En realidad, no quiero comer, pero me duele la cabeza y siento que tengo las entrañas vacías. Necesito alimentarme, y una tortilla no requiere mucha maña.

Acabo de poner la sartén en el fuego cuando suena el timbre de la puerta, y por un violento instante me atraviesa un rayo de esperanza. ¿Habrá cambiado de opinión? Apago la hornilla y paso junto a las cortinas del salón hasta el vestíbulo, y espero.

«No es él. No puede ser él».

El timbre suena otra vez seguido por los fuertes golpes de la aldaba. Contengo la respiración, deseando que quien sea se vaya. Es Rory, por supuesto. O Camilla. Ya han venido tres veces, y tres veces las he ignorado. O tal vez sea Daniel desafiando el clima lluvioso para venir a ver cómo estoy otra vez. Tampoco quiero verlo, ya sabe demasiado de mi historia, y no tengo ganas de que me interrogue para sonsacarme el resto.

—¿Soline? —Es la voz de una mujer amortiguada a través de la puerta—. Soline, soy Thia.

Thia. Después de todos estos años. El corazón me martillea en los oídos y de repente siento la boca pastosa. Me inclino para acercarme más a la puerta, con una mano en el pomo. Es un error, lo sé, pero

estoy débil.

—¿Estás sola?

—Puedo estarlo —es la respuesta—. Si tú quieres.

Giro el pomo y abro la puerta unos centímetros para observar una franja de ese rostro desconocido. Una boca de labios gruesos, el puente de una nariz demasiado ancha, una piel que muestra el desgaste de alguien que pasa demasiado tiempo bajo el sol. Y un ojo azul verdoso pálido, con manchitas doradas alrededor del iris. Igual que los de Anson.

Abro la puerta y me quedo con las manos a los costados, aturdida al verla frente a mi puerta, aturdida por toda esta situación. Incluso ahora, el parecido entre ellos es imposible de ignorar. Pero también hay algo más que mantiene mis ojos clavados en ella, algo que no consigo precisar.

—¿Qué haces aquí? —Tengo la garganta oxidada por no haber hablado en mucho tiempo y el exceso de lágrimas.

—Quiero hablar contigo —dice con voz baja y tranquila, como si hablase con un animal que puede salir corriendo—. Sobre lo que pasó después de que te marcharas de casa de mi padre.

Mantengo la mano en el pomo, complacida al ver la fría llovizna calándole la camiseta. De repente, estoy muy enfadada con ella.

—Ya sé lo que pasó. Tu hermano regresó a casa y nadie me lo dijo.

—Por favor, querríamos sentarnos a charlar.

¿Querríamos? El pecho se me encoge al escuchar la palabra.

—¿Está él…? ¿Quién ha venido contigo?

—Solo Rory y Camilla. Están en el coche. Sé que estás enfadada y dolida, y tienes todo el derecho a estarlo, pero hay cosas que debes saber, Soline. Otras cosas.

Ahora percibo un tono sombrío en su voz y siento que se me forma un nudo en el estómago.

—¿Qué… otras cosas?

—Por favor. Estoy empapándome por la lluvia, y la puerta no es el lugar indicado para tener esta conversación. Déjanos entrar.

Saco la mano del pomo y doy un paso atrás. Thia mira hacia la calle y hace un gesto con la mano, la señal para que vengan. Me entreveo en el espejo del vestíbulo al darme la vuelta. Soy un fantasma, pálida y despeinada, con los ojos pesados y ensombrecidos por el dolor. Me paso una mano por el pelo, tratando de domarlo, y me doy cuenta de que estoy desnuda salvo por la bata que llevo puesta desde hace cuatro días.

—Necesitaré un momento para vestirme.

Cuando regreso, están en el salón. Rory y Camilla en el sofá, Thia sentada en el borde de una silla, con el pelo húmedo pegado a la

frente y al cuello. Me mira, visiblemente aliviada de que me haya arreglado. Me he cepillado el pelo y he cambiado la bata por una chaqueta de punto y unos pantalones. Los ojos de Thia se detienen en mis guantes blancos de algodón antes de apartarse. Pero hay algo más en la manera en que me mira, en la manera en que todas me miran. La lástima se mezcla con la incomodidad, y ahora desearía no haberlas dejado entrar.

—Muy bien, ya estáis aquí. Decid lo que hayáis venido a decir y marchaos.

—Creemos que deberías sentarte —dice Camilla, que da unas palmaditas en el cojín del sofá contiguo al suyo—. Aquí, entre nosotras.

—No quiero sentarme. —Sueno hosca, como una niña enfurruñada.

Rory me mira con ojos suplicantes.

—Por favor, Soline. Hay algo que queremos mostrarte. Algo que tal vez haga que todo esto sea… más fácil. Por favor, siéntate.

Me dejo caer a su lado, tensa, con las manos en el regazo. Sea lo que sea, quiero que se acabe ya.

Rory mete la mano en una bolsa negra de nailon y saca lo que parece un álbum de fotos. Me armo de valor para algo, pero no sé qué. Y entonces me pone el álbum en las manos.

—Ábrelo.

Los guantes me vuelven torpe cuando intento levantar la tapa. Rory estira el brazo para ayudarme y entonces veo una vieja foto en blanco y negro. Una niñita con rizos pálidos y los ojos separados, vestida con botas y un mono de nieve acolchado. Tiene tres años, tal vez cuatro, y me resulta familiar, aunque nunca había visto la foto. Miro a Rory de reojo, sin estar segura de qué está pasando ni qué esperan de mí.

—Es Thia —explica—. Cuando era pequeña.

Miro a Thia, que está extrañamente inmóvil. Sigo sin entenderlo.

—Pasa la página.

Es otra foto de la misma niña, pero ahora es mayor y lleva un vestido de fiesta con volantes. Ahora veo claramente los rasgos de Thia, las mejillas anchas y la barbilla puntiaguda, las pecas en el puente de la nariz. Miro las tres caras cuidadosamente inexpresivas y siento que se me empieza a agotar la paciencia.

Camilla me toca el brazo.

—Sigue, pasa la página.

La cubierta de plástico de la página cruje cuando paso a la siguiente fotografía. Es Thia de nuevo, más o menos con la misma edad, pero con un vestido diferente. Pero hay algo más que es

diferente. Tiene el rostro más delgado, los pómulos más altos y afilados. Y ahí está de nuevo, algo que me hace cosquillas en la memoria, como un hilo suelto que no consigo agarrar. Me siento molesta y confundida, y de repente tengo miedo.

Entorno los ojos mirando a Thia.

—¿Por qué estoy viendo viejas fotos tuyas? ¿Qué tienen que ver conmigo?

—Mírala mejor —dice en voz baja—. Esa no soy yo.

Vuelvo a estudiar la foto y retrocedo a la página anterior. Las fotografías son casi idénticas, pero al inspeccionarlas más de cerca veo que la segunda es más reciente. El hilo enredado comienza a desenmarañarse. Es imposible. Y sin embargo…

—¿Quién es?

La pregunta cuelga en el aire, intacta, mientras pasan los segundos. Nadie habla ni respira. Al fin, siento la mano de Rory posarse sobre la mía.

—Soy yo.

Mis ojos siguen clavados en la foto, absorbiendo cada curva y hueso de la cara que me devuelve la mirada. *Aurore.* Sí, ahora lo veo. Miro un momento a Thia, luego a Rory, y luego una vez más la foto.

—No lo entiendo. ¿Cómo…?

Rory todavía me coge de la mano. La aprieta con fuerza.

—Somos familia —dice con mucha cautela—. Thia y yo… somos familia.

Mi cabeza se llena de interferencias, un ruido blanco chirriante que desplaza mis pensamientos. No consigo entender lo que acaba de decir, no encuentro las preguntas que debo hacer. ¿Por qué no me suelta Rory la mano? ¿Por qué Thia parece tener miedo de exhalar una bocanada? ¿Y por qué llora Camilla?

—¿Familia… cómo? —consigo decir al fin.

—Soy su sobrina nieta. —Me mira parpadeando, esperando a que diga algo. Cuando me quedo callada, insiste—. ¿Entiendes lo que eso significa?

—No. —Sacudo la cabeza sintiéndome extrañamente anestesiada. El hilo está ahí, esperando a que tire de él, pero no puedo… o no quiero. Sacudo la cabeza una vez más y continúo sacudiéndola—. No.

—Anson es mi abuelo, Soline. Lo que te convierte en… mi abuela.

Miro fijamente la foto, incapaz de respirar.

—No es posible.

—Lo es —dice Rory, y vuelve de nuevo la página—. Tu hija no murió. Se la llevaron.

Miro la página nueva. Es una fotocopia, arrugada pero suficientemente legible. CERTIFICADO DE ADOPCIÓN. En una de las

casillas está escrito mi nombre, Soline Roussel, en otra, el apellido Lowell. Y más abajo, Camilla.

Doy vueltas a los nombres en mi cabeza como piezas de Scrabble. Tienen un significado, deben de tenerlo, pero no consigo conectarlos.

—Lowell era mi apellido de soltera —dice Camilla a través de un nuevo torrente de lágrimas—. Camilla Lowell es el nombre que me puso la pareja que me adoptó. Antes de eso, tuve otro nombre.

La miro fijamente hasta que los ojos se me llenan de lágrimas y su rostro empieza a difuminarse. No puede ser verdad. Y, sin embargo, su cara, las caras de las tres, dicen que lo es.

—Eres…

—Soy Assia —susurra—. Soy tu hija.

Me cubro el rostro. La avalancha de sollozos es tan repentina que amenaza con ahogarme. Siento que me rodean unos brazos, no sé de quién, y luego me mezo y gimoteo, un agudo borbotón de dolor y alegría inexplicable. Trato de parar, de calmarme, pero el sonido sigue brotando, derramándose de mí como una tormenta. Estoy haciendo el ridículo y no me importa. De hecho, no me importa nada. Que Anson no me haya querido lo suficiente como para buscarme. Ni siquiera haber perdido cuarenta años con la hija que debería haber sido mía. Ahora mi hija está aquí. Y también Rory.

Pienso en *Maman,* en lo que me enseñaba sentada en su regazo cuando era una niña, y sé que, en algún lugar, ella también es feliz. Lo que pasó no puede cambiarse, pero podemos avanzar: tres generaciones unidas por la sangre y los ecos, recuperando todos los años perdidos.

Siento que alguien me pone un pañuelo en la mano, y poco a poco mis sollozos se detienen. Me limpio la cara y trato de recuperar la compostura. Cuando levanto la vista, todas tienen las mejillas húmedas, pero es el rostro de Camilla lo que retiene mi mirada. Lo devoro, cada línea y precioso contorno, como si la viera por primera vez.

—Todo este tiempo —susurro—. Has estado aquí todo este tiempo. Mi Assia.

Rory desaparece unos segundos y vuelve con una caja de pañuelos, y en las siguientes horas sostengo la mano de mi hija y escucho a Thia explicar hasta dónde había llegado su padre para malquistar a su hijo contra mí.

Ahora está muerto, que le vaya bonito. Nunca le perdonaré lo que me arrebató, ni perdonaré a su hijo por permitir que lo hiciera. Que Anson pudiera creerme capaz de semejante traición es el trago más amargo de todos. Porque ahora veo que nunca fue el hombre que yo creía. Perdí a ese hombre la mañana que subí a una ambulancia y lo vi

desaparecer. Que de repente haya aparecido vivo todos estos años después no cambia nada. Anson, mi Anson, está muerto.

Cuarenta y seis

Soline

Los amantes se hieren por muchas razones, pero, al final, la raíz siempre es el miedo. Es difícil, quizá lo más difícil de todo, confiar cuando tenemos miedo, abrirnos al riesgo de perdonar. Pero el perdón es la mayor magia de todas. El perdón hace que todo renazca.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

Se han ido, y yo he regresado a mi bata después de una larga ducha caliente, a solas con esta nueva y extraña realidad. Estoy acurrucada en el sofá revisando el álbum de fotos antiguas que me han dejado Rory y Camilla. Ya lo he visto entero una docena de veces, pero no puedo dejar de pasar las páginas, saboreando los detalles de todas y cada una de las fotos de infancia, como si intentase grabar sus caritas en los rincones vacíos de mi memoria.

Assia, viva. Y Rory.

Por segunda vez en pocos días, alguien a quien amaba ha vuelto de entre los muertos. Parece imposible, como el final de un cuento de hadas en que la princesa recibe un beso y el hechizo se rompe de repente. El largo y oscuro sueño ha terminado por fin. A las Roussel nos han enseñado que los cuentos de hadas son para otras personas. Pero algo ha puesto en marcha esta extraña cadena de

acontecimientos. No puede ser una mera casualidad lo que ha traído a Rory y Camilla a mi vida o lo que me ha llevado a mí a la suya.

Tendremos mucho que hablar en los próximos días, historias que debo compartir, sobre la *magie* y el legado que siempre ha formado parte de ellas. Será una conversación extraña, o quizá no. Desde el principio, he notado algo especial en Rory, y por supuesto Camilla, mi Assia, también habrá heredado el don. Lo que hagan con él dependerá de ellas, pero conocerán a las tejedoras de hechizos que las precedieron: Esmée, Giselle, Lilou y todas las demás.

Pienso en *Maman* y en su creencia de que estamos irremediablemente conectados a las personas que amamos. Que nuestros ecos siempre nos unirán. A través de los años, de la distancia e incluso de la muerte. ¿Es eso lo que ha ocurrido? ¿Se han chocado los ecos? De repente, me doy cuenta de que no importa.

Cierro los ojos, con los miembros deliciosamente pesados, y dejo que los acontecimientos del día me invadan. Hay muchas cosas en las que pensar, mucho tiempo perdido que recuperar, pero me conformo con dejarlo para mañana. Afuera, la lluvia sigue cayendo, más fuerte ahora, y el viento ha aumentado y golpea las ventanas en ráfagas intermitentes. Una de las persianas parece haberse soltado. La oigo golpear contra la casa. No… no es una persiana. La puerta. Alguien llama a la puerta.

Me levanto del sofá con la cabeza aturdida. Rory prometió venir más tarde a ver cómo estaba, pero el teléfono sigue descolgado. Seguro que no ha vuelto a salir en medio de esta lluvia.

Me apresuro hacia el vestíbulo, retiro torpemente la cadena y luego el cerrojo. Una fuerte ráfaga de viento golpea la puerta cuando la abro y me salpica un muro de lluvia fría. Entonces lo veo mientras me aparto el pelo de los ojos. Anson.

Su silueta llena la puerta, inconfundible a pesar de los años, pero no puedo ver su rostro. Su figura se recorta contra la luz de la farola, con los hombros encorvados por la lluvia. Lo miro fijamente, con la respiración entrecortada y superficial. Durante cuarenta años, he imaginado este momento, cómo sería verlo una vez más, decir las cosas que me gustaría haberle dicho antes de separarnos. Y ahora que está aquí, frente a la puerta de mi casa bajo la lluvia torrencial, me doy cuenta de que no puedo decir una palabra.

Se pasa una mano por la cara para secarse la lluvia de los ojos.

—Necesito entrar. No te robaré mucho tiempo.

Me aparto y dejo que me siga al vestíbulo. Cuando oigo la puerta cerrarse, me doy la vuelta rápidamente, temiendo que se haya marchado, pero sigue ahí con los brazos tensos en los costados del cuerpo. Tiene la chaqueta y la camisa empapadas y el pelo

chorreando.

De repente caigo en la cuenta de que tengo las manos desnudas y me las meto en los bolsillos, demasiado consciente de que estoy en bata y descalza. Los segundos pasan mientras nos miramos y me pregunto qué ve él. Cuarenta años es mucho tiempo, sobre todo para una mujer. ¿Sigue viendo a la chica que conoció en los pasillos del Hospital Americano o los años me han convertido en una extraña? No debería importar, pero importa.

—Te traeré una toalla —digo con voz ronca.

Cuando regreso, llevo guantes blancos de algodón. Sigue en el vestíbulo, evitando pisar la alfombra. Le tiendo la toalla y doy un paso atrás.

Hace un intento inútil de secarse la camisa y luego se la pasa por el pelo antes de darse por vencido. Cuando trata de devolvérmela, mantengo las manos en los bolsillos.

—Déjala en la silla.

—Has perdido algo el acento —dice con el rostro inexpresivo.

—He perdido muchas cosas. —Me duele ver el vacío en sus ojos, pero me obligo a mirarlos. ¿Ha venido a disculparse? ¿A explicarse? No, me doy cuenta de que no ha venido a ninguna de esas dos cosas. Sea lo que sea, quiero que lo diga y se marche—. ¿Qué quieres?

—Acabar con esto.

—No entiendo. ¿Con qué hay que acabar?

—Conmigo no hagas teatro, ya no tienes veinte años. Esta farsa que has estado sosteniendo, sea lo que sea, se termina ya.

Su voz es tal como la recuerdo, el mismo timbre ronco que me estremeció la primera vez que nos vimos, pero ahora está cargado de desprecio. Hacia mí.

—Lo que hubo entre nosotros terminó hace cuarenta años, Anson. En París.

—¿De verdad?

No puedo contestar. Ni siquiera puedo respirar. Me concentro en la pequeña cicatriz que tiene sobre el ojo derecho. Antes no la tenía. Hay otra justo debajo de la mandíbula, en el lado izquierdo, nueva también. Y una más cerca del nacimiento del pelo. Me doy cuenta de que estoy memorizando su rostro. Guardando un nuevo recuerdo que superponer al que he estado llevando conmigo, para cuando vuelva a marcharse. Solo que no quiero recordar a este Anson.

—Rory dijo que fue hasta San Francisco a verte, y que te lo contó… todo.

—Así es. Debo decir que fue una buena sorpresa. No todos los días un hombre se convierte en padre y abuelo de golpe.

—No te convertiste en padre, Anson. Has sido padre durante

cuarenta años. Y yo no tuve nada que ver con su visita. Ni siquiera sabía… —Me detengo de golpe, enfadada por estar dándole explicaciones. Siento nacer un sollozo y me lo trago. No pienso llorar delante de él—. Me fui de casa de tu padre creyendo que estabas muerto, que los *boches* te habían matado y habían enterrado tu cuerpo en el bosque. Y la otra noche voy y te veo allí, al final de la escalera. ¿Te imaginas cómo me sentí? Y tú te quedaste ahí, sin más, mirándome furioso. ¡A mí! Como si yo hubiera hecho algo malo. ¿Nunca se te ocurrió pensar que habría querido saber que estabas vivo? ¿Que incluso si no querías estar conmigo, me debías eso al menos?

—Nunca se me ocurrió que te interesara.

Su respuesta me deja estupefacta.

—Íbamos a casarnos.

Me mira con ojos fríos y se encoge de hombros.

—¿Y qué habrías hecho? ¿Dejarlo todo, imagino, y volver corriendo a Newport a hacer de enfermera de un hombre que se enfrentaba a la posibilidad de tener que pasar el resto de su vida en una silla de ruedas?

«¡Sí!», quiero gritarle. «Sí, eso es exactamente lo que habría hecho. Habría hecho cualquier cosa por recuperarte». Pero ya es demasiado tarde para semejante melodrama. Me doy la vuelta y voy hacia el mueble bar que hay en la esquina a servirme un coñac. «Coraje en botella», lo llamaba Maddy. En este momento, necesito un poco de coraje.

Sigo dándole la espalda mientras manejo torpemente el decantador. Siento sus ojos entre mis hombros mientras vacío el vaso en dos tragos rápidos. El calor me lame la garganta mientras baja hasta el estómago. Cojo el decantador y me sirvo otro.

—Pensaba que podía oírte llamándome —digo, todavía de espaldas—. Tu voz en la brisa, en la lluvia. En mis sueños. Solo mi nombre, una y otra vez, como si me llamaras desde donde estuvieras. Qué tontería, ¿verdad? —Espero un instante hasta que el silencio se vuelve incómodo—. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un coñac, o tal vez algo más fuerte?

—Ya no bebo.

El énfasis en el «ya» es casi imperceptible, pero suficiente para hacer que deje mi copa y me vuelva a mirarlo. Una vez más, el cambio en él me impacta. No en su aspecto, sigue siendo un hombre guapo, sino en su actitud y la manera en que se comporta. A la mayoría de nosotros el tiempo nos suaviza, erosiona nuestros bordes afilados. Pero con Anson ha hecho lo contrario. Lo ha vuelto cruel e inquietantemente insensible, y me recuerda de nuevo que este no es el

hombre al que amé.

Pienso en cuando se emborrachó un poco durante la cena con una sola copa de vino. Fue una de las contadas veces que lo vi beber.

—No recuerdo que fueras un gran bebedor —digo para llenar el silencio, y al instante me arrepiento. No quiero hablar de cómo era.

—Mejoré bastante —responde con voz inexpresiva—. Mucho, de hecho. Fines medicinales, o eso me decía a mí mismo. Es bueno para el dolor. Y sorprendentemente efectivo si se empieza lo bastante temprano. Hasta que empiezas a perder días enteros. Ahí la cosa se complica.

—El dolor… ¿Era por tus heridas?

Me mira largo y tendido. Tanto que creo que no va a contestar.

—Claro —dice al fin—. Vamos a decir que eran las heridas.

No hay dudas sobre lo que está diciendo. Me echa la culpa. No a su padre, sino a mí. Por las mentiras que le contó su padre, mentiras que él eligió creer. Aun así, la crudeza de su contestación descubre una falla en mis defensas.

—¿Vas a decirme qué te pasó?

Me mira con frialdad.

—¿Por qué?

Encojo los hombros con fingida indiferencia.

—Pensé que era parte de lo que se suponía que íbamos a hacer, como una autopsia para determinar la causa de la muerte. —Sueno como él mientras le espeto las palabras, monótona e indiferente, y no lo lamento—. Ambos sabemos cómo empezó, estábamos allí. Luego nos separamos y las cosas se vuelven un poco confusas. Después de cuarenta años, ¿no merezco el resto de la historia?

Se deja caer en el brazo del sillón más cercano con la pierna derecha extendida y rígida, y por un momento me recuerda a Owen.

—Una noche volvía de una entrega. Sucedió tan rápido que no lo vi venir. Una bala me dio en el costado, la otra en el hombro. Me sacaron del camión a rastras y me llevaron al bosque. Pensé que iban a matarme. En cambio, me dispararon en ambas piernas y me dejaron allí. No sé cuánto tiempo tardé en volver arrastrándome a la carretera, pero acabó conmigo. Cerré los ojos y acepté mi destino. Cuando volví en mí, un nazi con guantes de goma me hurgaba el hombro. Al parecer, los trabajadores de la Cruz Roja eran una excelente moneda de cambio, aunque nunca llegué a saber por quién me cambiaron.

En ese momento aparta la vista, tiene los ojos empañados.

—Es bastante desagradable escapar así cuando te das cuenta de cuántos no lo consiguen. Te vas a casa y ellos siguen siendo solo un número en una lista, parte del cómputo diario, porque sus padres no tienen el apellido adecuado.

Reprimo un escalofrío al recordar las conversaciones sobre los calabozos: hambre, trabajos forzados, interrogatorios agotadores y vallas electrificadas. Nunca perdonaré a Owen Purcell por el daño que ha causado, a mí, a mi hija, a Anson, pero no puedo culparlo por haber hecho todo lo posible para traer a su hijo a casa.

—¿Cuánto tiempo te retuvieron?

—Seis semanas en el hospital antes de que me transfirieran al campo de Moosburg durante tres meses y medio. Era el *kriegie* número 7877.

—¿Que eras qué?

—Un *kriegie*. Es el diminutivo de la palabra alemana para prisionero de guerra. Todos teníamos un número. El mío era el 7877.

Hay un dolor en el centro de mi pecho, una vieja herida que se abre. Llevo mucho tiempo viviendo con su muerte, pero de alguna manera esto es peor, saber lo que soportó, y que se siente culpable por haber sobrevivido a ello.

—Tu padre… —Me callo, respiro y vuelvo a empezar—. Llegó un telegrama diciendo que habías desaparecido. Tu padre llamó a todas las personas que se le ocurrieron, pero nadie sabía dónde estabas. Dijeron que te habían tendido una emboscada y que probablemente estabas muerto. Y entonces tu padre me echó, sabiendo que llevaba a tu hijo en el vientre. Nunca me dijo que estabas… —Cierro los ojos luchando contra las lágrimas—. No lo sabía, Anson. Si lo hubiera sabido, nada podría haberme mantenido alejada de ti.

—¿Ni siquiera Myles Madison?

El nombre de Maddy me deja muda. Y hay un matiz nuevo en su voz, más duro y frío, como si me hubiera cogido in fraganti.

—¿Qué tiene que ver Maddy con nosotros?

—Con nosotros no, contigo.

—No te entiendo.

—Yo creo que sí.

Me mira fijamente, reprochándome algo, pero no sé el qué.

—Por favor, dime de qué hablas.

Vuelve a cruzar los brazos con una sonrisa tan fría que se me eriza el vello de los brazos.

—¿Y si te dijera que sí te busqué? Que cuando mi padre me aseguró que no sabía dónde estabas, pagué a un detective, el señor Henry Vale, para que te encontrase. Y lo hizo.

La habitación parece quedarse sin aire. No puede ser verdad, tiene que ser mentira. Si ha sabido dónde encontrarme todo este tiempo… Doy un paso atrás, luego otro, hasta que quedo contra el mueble bar.

—¿Has sabido que estaba aquí, todo este tiempo? ¿Y nunca viniste a buscarme?

Se encoge de hombros.

—Tres son multitud. Aunque las fotos eran bonitas. Me pareció que hacíais una pareja estupenda. Un poco mayor para ti, pero tal vez los prefieras distinguidos. A algunas mujeres les pasa. ¿Dónde está ahora?

Sacudo la cabeza, confusa.

—¿Estamos hablando de Maddy?

—¿Hubo más de uno?

Mis nervios están tensos, como una cuerda de violín demasiado afinada. Lo que dice no tiene sentido.

—¿Más de un qué, Anson? ¿Qué fotos?

—Las que sacó el señor Vale.

Me quedo petrificada.

—¿A mí?

—A los dos, de hecho. Una donde estáis en la cocina, preparando juntos el desayuno en bata. Muy hogareño. Otra donde sales poniéndole en la boca no sé qué dulce en una cafetería. En esa estás prácticamente en su regazo. Pero creo que mi favorita es en la que salís bailando. Sus brazos rodeando tu cuerpo, tu mejilla contra la suya. Desde luego, fue dinero bien invertido. Me imagino que el suyo también.

Estoy tan aturdida, y tan furiosa, que al principio no sé qué contestar.

—¿Pagaste a alguien para que me encontrara? ¿Para que me espiara? ¿Con una cámara?

—No resultó difícil encontrarte. Por lo que recuerdo, tardó menos de una semana. Pero cuando me dijo que estabas en Boston, arrejuntada con un hombre lo bastante mayor para ser tu padre, le dije que se había equivocado. La mujer a la que buscaba estaba enamorada de mí. Así que me trajo pruebas.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada. Los sucesos del día me han puesto un poco histérica, pienso, o tal vez es el coñac, pero de repente todo el asunto me resulta de lo más gracioso.

—¿Crees que me había… arrejuntado con Maddy? ¿Que él y yo…? —Otra carcajada—. ¡Pues vaya pruebas conseguiste!

Su rostro se oscurece. Le enfada que me divierta.

—No estoy ciego, Soline.

—Me temo que sí, Anson. Muy ciego. Madison era mi jefe y mi amigo. También era gay. Me dio un trabajo cuando… después de que naciera Assia. Y un lugar donde vivir. Estaba en las últimas, como se dice, y él me rescató. Nos peleábamos como el perro y el gato, y nos queríamos con locura. Pero nunca fuimos amantes. E incluso si hubiera sido heterosexual, nunca podría haber habido nada entre nosotros. Yo seguía enamorada de ti.

—Excepto que, hasta donde sabías, yo estaba muerto.

Lo miro fijamente, dolida por lo absurdo del comentario.

—¿Crees que con eso basta? ¿Con morir? Solo ha habido un hombre en mi vida, Anson. El hecho de que no lo sepas me deja estupefacta. Pero el hecho de que creyeras a tu padre antes que a mí, de que tardases tan poco en pensar lo peor de mí, me deja incluso más estupefacta. Tu padre cogió a mi hija, mi bebé, y dejó que creyera que estaba muerta. Cuando ya te había perdido a ti, me la arrebató y pagó a alguien para que se la diera a unos extraños. También te la arrebató a ti, Anson. Pero en vez de preguntar por ella, has venido a echarme a Maddy en cara. Y cuando lo has hecho, ha sido como escuchar a tu padre.

Me quedo callada, esperando a que diga algo, pero solo me mira con los puños inmóviles a los costados. Su silencio hace que me duela la garganta.

—Entonces parecía imposible que fueras su hijo. Ahora comprendo que hay más de él en ti de lo que había visto. —Me trago las lágrimas, decidida a mantener la voz serena—. Tal vez el destino nos hizo un favor a ambos.

Veo que tensa los hombros y me doy cuenta de que he metido el dedo en la llaga. Me alegro. Nos miramos sin decir nada, en un silencio frágil. Parece que ninguno de los dos tiene nada más que decir.

Se pone en pie despacio, como si se le hubieran anquilosado las piernas.

—Me iré.

Me limito a asentir, no me atrevo a hablar. Quiero que se marche, es lo único que quiero, y sin embargo la idea de que vuelva a desaparecer de mi vida me llena de un dolor que no estoy segura de poder soportar.

Va hacia la puerta y se vuelve.

—Casi se me olvida —dice, y se mete la mano en el bolsillo—. La razón por la que he venido.

Tras tantear un momento, extiende el puño y saca mi mano del bolsillo. Me resisto un instante, luego miro el charco de cuentas de color granate que me ha dejado en la palma del guante: el rosario de *Maman.*

Un sonido se me atasca en la garganta, el inicio de un sollozo, al recordar el momento en que se lo di. Una promesa hecha la noche en que nuestra hija fue concebida. Levanto la vista en busca de su rostro.

—¿Lo guardaste?

—Prometí devolvértelo. Ya lo he hecho. Fin.

La rotundidad de sus palabras me golpea como un chorro de agua

fría, y de repente comprendo lo que quiso decir cuando anunció que había venido a terminar con esto. Quiso decir que venía a cumplir su parte del trato. Antes de que pueda contenerme, estoy llorando. Es como si hubiera pasado cuarenta años planeando la mejor manera de arrancarme el corazón. Precisamente hoy, cuando acabo de saber que nuestra hija vive, ha venido a reabrir otra herida. Que así sea.

—Espera aquí —digo con voz ronca—. Yo también tengo algo para ti.

Está junto al sofá cuando vuelvo, hojeando el álbum de fotos que me ha hecho Rory. Se lo quito de las manos.

—Preferiría que no lo tocaras.

—Las dos se parecen mucho a Thia.

Por un segundo, hay una ternura en su cara que pertenece al Anson que yo conocía.

—Se parecen a ti —digo en voz baja—. Sobre todo Rory.

Sus labios se curvan brevemente, una sonrisa incómoda que se desvanece casi de inmediato.

—Siempre pensé que nuestra hija se parecería a ti. Supongo que nada salió como imaginaba.

—No —digo, sacudiendo la cabeza—. Nada. —Dejo el álbum y le tiendo su estuche de afeitado—. Esto es tuyo.

Lo coge y le da vueltas, despacio. Finalmente, sus ojos se alzan para encontrarse con los míos.

—¿Lo has guardado… durante cuarenta años?

—Sabes exactamente cuánto tiempo lo he tenido —le digo con voz monótona—. Te lo habría devuelto antes, pero estabas muerto.

—Soline…

Le doy la espalda, cansada de discutir, pero me coge de la muñeca y me obliga a mirarlo. Por primera vez, parece darse cuenta de que llevo las manos cubiertas. Se queda quieto, con expresión inescrutable.

—¿Por qué llevas guantes? ¿Qué te pasa en las manos?

—Hubo un incendio —digo, obligándome a sostenerle la mirada—. Hace cuatro años. Estaba tratando de salvar un vestido, y se me encendió el jersey.

—Te…

—Me quemé. Sí.

Las líneas alrededor de sus ojos se suavizan y siento que afloja la presión de la mano.

—Lo siento. No lo sabía.

El calor de sus dedos traspasa el guante y hace que me resulte difícil pensar. Me suelto.

—Hay mucho que no sabes.

—Soline…

—Oh, por favor, ¿por qué no te marchas? —Las palabras salen en un sollozo, desesperadas, rotas—. Ya has dicho lo que has venido a decir y hecho lo que has venido a hacer. ¿Qué más quieres?

—Quiero saber por qué guardaste el estuche de afeitado.

—Teníamos un pacto. ¿Recuerdas? —Siento la garganta llena de cristales rotos cuando me obligo a mirarle a los ojos—. Has venido aquí esta noche para cumplir con tu parte, y ahora yo he cumplido con la mía. *C'est fini.* Se acabó.

—¿De verdad? —pregunta en voz baja—. ¿Se ha acabado para ti? Porque para mí no. Quería que se acabase. Cuando volví a casa y no estabas, cuando vi tus fotos con otro hombre y pensé… Habría dado cualquier cosa para que se hubiera acabado. —Su respiración es jadeante y hay una pequeña palpitación en el hueco de su garganta—. Traté de ahogar tu recuerdo en el alcohol, pero solo lo empeoró. Eras como un veneno, tu cara, tu voz, corriendo por mis venas. Incluso ahora… —Se calla y se pasa una mano por el pelo aún mojado—. No ha habido un solo día en los últimos cuarenta años en que no haya pensado en ti, Soline. Que no me haya preguntado si no había una manera de…

Entonces se le quiebra la voz y cierra los ojos, como si un dolor muy agudo lo hubiera cogido desprevenido. Cuando vuelve a abrirlos están rojos y apagados.

—Antes, cuando me preguntaste qué me había ocurrido, te conté que me quedé tirado en la carretera queriendo morir. Dije que había aceptado mi destino, pero no dije cómo.

Se me cierra la garganta. No quiero oír nada más, no quiero imaginarlo sangrando y herido, asustado.

—Por favor, Anson…

—Saqué el rosario del bolsillo y dije tu nombre una y otra vez, en voz alta, como una oración, hasta que vi tu rostro. Porque quería que fuese la última cosa que viera. Si podía verte, todo estaría bien. Podría… dejarme ir. Cuando recobré el conocimiento en el hospital, el rosario estaba a mi lado. Y sentí como si tú también estuvieras allí. Por eso lo he conservado todos estos años. Porque mientras lo tuviera, sentía que aún estaba conectado a ti, que lo que tuvimos en París no había acabado. Cuando me has dado esto… —Baja la mirada al estuche de afeitado y se encoge de hombros—. Pensé que tal vez lo habías guardado por la misma razón.

Mis ojos se secan a raíz de sus palabras. Quiero creerle, confiar en él, pero el dolor de cuarenta años sigue clavado en mi pecho.

—¿Por qué nunca viniste a mí, Anson? Estaba aquí. Todo ese tiempo estuve aquí, aprendiendo a vivir sin ti. Dices que querías ver

mi cara, pero nunca viste mi corazón si crees que podría traicionar tu memoria con otro hombre. Nunca hubo nadie más que tú. Ni entonces, ni ahora, ni en ningún momento. Podríamos haber estado juntos, pero dejaste que tu padre ganara. Él quería que me odiases, y lo hiciste.

—No, nunca te odié. Quería odiarte, lo intenté. Pero sí me odio a mí mismo. La persona en la que me convertí después de la guerra y los hospitales. Alguien amargado, endurecido, desperdiciándome en una botella la mayor parte del tiempo. Tenías razón al decir que era como él. Dejé que pasara. Usé la guerra como excusa, y a ti. Hasta que un día me miré al espejo y lo vi a él. Todo lo que odiaba de él devolviéndome la mirada. Esa noche fui a mi primera reunión de alcohólicos anónimos. He estado trabajando para volver desde entonces.

—¿Para volver a dónde?

—A esto —dice con voz ronca—. A ti.

Me resisto a las palabras. Las palabras son fáciles.

—Pero cuando Rory fue a San Francisco… Cuando te lo contó…

Aparta la mirada, como si el recuerdo lo incomodase.

—Veinte años sobrio y nunca he necesitado una copa como aquella noche. Te aseguro que el agua con gas no sirve de mucho para noticias como esa. Fue como si arrancara la costra que cubría todo. Mis errores y mi amargura, mi maldito orgullo, todo lo que había desperdiciado, y no tenía valor para afrontar. Me estaba pidiendo que lo reconociera, y no estaba listo.

—¿Y ahora?

—Ahora todo ha cambiado. Cuando vi tu cara, todo el veneno regresó de golpe. Pensé que vendría aquí esta noche para ponerle fin, que te devolvería el rosario y se acabaría. Ahora me doy cuenta de que nunca se va a acabar, y no sé qué hacer con eso, excepto reconocerlo al fin, y pedirte perdón. Por los años que perdimos, por nuestra hija, por haber creído las mentiras de mi padre. —Me coge la mano y acaricia el reverso del guante con una ternura que me corta la respiración—. Y por esto.

Cuando no me resisto, se lleva mi mano a los labios. Siento el calor de su boca contra mis nudillos, y giro la mano y la amoldo a su cara como si fuera lo más natural del mundo, como si no hubiera pasado el tiempo. La memoria puede jugar malas pasadas. El corazón también. Y me maravilla cómo el simple roce de una mejilla, el paisaje de un rostro, puede borrar años de pérdida y dolor, y dejarte vulnerable.

Me cubre la mano con las suyas, como si temiera que la retire.

—Dime qué quieres, Soline, y lo haré. Si quieres que me vaya, saldré por la puerta y no volverás a verme. Pero si quieres que me

quede, me pasaré el resto de la vida tratando de devolverte los años que perdimos.

Los ojos se me llenan de lágrimas hasta que su cara se vuelve borrosa.

—Nunca vamos a recuperar esos años, Anson. Ya no están.

Asiente y baja las manos, alejándose de mi caricia.

—Supongo que tienes razón.

Se me encoge la garganta cuando lo veo avanzar hacia la puerta, y pienso en la mañana en que me marché de París. Si hubiera sabido que pasarían cuarenta años antes de que volviera a verlo, ¿habría permitido que nos separásemos? ¿Puedo permitirlo ahora?

Como respuesta, las palabras de *Maman* regresan a mí: «En esta vida hay momentos en los que hay que aferrarse y momentos en los que hay que soltar amarras. Tienes que aprender a distinguirlos».

Y de repente lo veo.

Se está subiendo el cuello del abrigo, preparándose para salir bajo el diluvio, cuando lo tomo del brazo. Porque no tengo otros cuarenta años que desperdiciar, ni él tampoco.

—No podemos recuperar esos años, Anson, pero tal vez podamos hacer algo con los que nos quedan.

Cuarenta y siete

Soline

31 de octubre de 1985, Boston

Nos despertamos juntos con el sol entrando a raudales. Anson sonríe tímidamente cuando nuestros ojos se encuentran, y por un momento es como si no hubiera pasado el tiempo. Somos las mismas personas que se conocieron en un ajetreado pasillo del Hospital Americano, un apuesto héroe y una asustada voluntaria. Pero no somos esas personas. El tiempo ha dejado sus cicatrices en ambos y nos ha convertido en personas diferentes. Personas que tendrán que esforzarse por descubrirse de nuevo. Pero hemos decidido intentarlo.

Hay huecos que llenar, años vacíos y sueños vaciados, y hemos empezado a llenarlos. Le he hablado de las Roussel y de nuestra extraña vocación, y él me ha hablado de los rostros que aún lo persiguen en sueños y a veces lo despiertan por la noche: fantasmas de su época en Moosburg. Tenemos más cosas que contar, por supuesto, tanto él como yo. Hemos acumulado nuestra ración de sombras a lo largo de los años, pero también ha habido lugares brillantes, y con el tiempo iremos conociéndolo todo.

Yacemos entre la maraña de sábanas, sonrojados y torpes, tropezando con nuestras lenguas mientras nos esforzamos por recorrer esta nueva realidad. Hacía mucho tiempo que ninguno de los dos se había despertado con las caricias de un amante. Compartir la cama y

nuestros cuerpos, y todo lo que viene después, es un terreno desconocido.

De vez en cuando, uno de los dos se queda callado y se limita a mirar al otro, o se atreve a dar una pequeña caricia, a asegurarse de que todo esto es real, y de repente me doy cuenta de que así es como habría sido, debería haber sido, después de aquella primera noche hace tantos años. Nos habríamos levantado con el sol, jóvenes amantes extasiados con el mundo y con el otro. Nos robaron aquella mañana, pero nos han dado la oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva, como dice Rory, una oportunidad de hacerlo de otra forma, de hacerlo mejor.

Por fin nos levantamos y preparo café mientras Anson hace algunas llamadas con el teléfono de mi estudio. Más tarde lo llevo a Bisous Sucrés a por *croissants* y caminamos las pocas manzanas que nos separan del Common. Los árboles están casi desnudos, el suelo cubierto de hojas finas como el papel, y la brisa de la mañana es casi fría. Paseamos alrededor del Frog Pond y finalmente encontramos un banco al sol. Hemos estado hablando sin parar, rellenando los huecos producto de cuarenta años separados, pero de repente hay una pausa en la conversación. Observo a una niña de dos o tres años que corre detrás de una pareja de patos, con su madre cerca.

—Me encanta este lugar —digo con un suspiro—. Me recuerda a París, cuando nos escapábamos al parque para almorzar. Solía venir aquí cada domingo con mi café y mi *croissant.* Porque me recordaba a nosotros. Por eso quería venir hoy, para mostrártelo.

—He estado aquí antes —dice con tono repentinamente sombrío.

—¿En el Common? —Nunca había pensado que sus negocios podrían haberlo traído a Boston, aunque supongo que así debe de haber sido—. ¿Cuándo?

Se le empañan los ojos y aparta la mirada.

—A veces —dice pesadamente—, cuando estaba en casa y te echaba tanto de menos que temía acabar bebiendo, cogía el coche y venía aquí. Caminaba durante horas, pensando que tal vez te vería pasar.

La confesión me deja pasmada.

—¿Me viste alguna vez?

—No.

—¿Y si me hubieras visto?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Me gustaría pensar que habríamos acabado en este banco, que de algún modo siempre íbamos a acabar aquí, pero no lo sé, y me asusta un poco pensarlo.

Entrelazo mis dedos con los suyos y lo miro a los ojos.

—Rory me preguntó una vez si creía que ciertas cosas estaban destinadas a suceder. Entonces no estaba segura, pero ahora sí. De alguna manera, contra todo pronóstico, nos hemos encontrado de nuevo, con la ayuda de una nieta que ninguno de los dos sabía que existía. No puedo explicarlo. Solo sé que estamos aquí en este banco. El resto no importa.

Me responde con un beso y me siento de nuevo como una adolescente, con las mejillas sonrojadas y el estómago lleno de mariposas.

Cuando al fin nos separamos, me sonríe con una de sus sonrisas de chico americano.

—Tengo que acordarme de darle las gracias a nuestra nieta —dice con voz ronca. Entonces, la sonrisa se desvanece y se mira el reloj. De repente se lo ve muy taciturno—. Hablando de Rory, no te he dicho por qué me presenté en la galería la otra noche. Vine a ver a Rory, pero entonces… te vi. —Se calla para acariciarme la mejilla, pero su rostro está serio—. A riesgo de estropear el momento, necesito volver al hotel. Espero una llamada, y luego tendré que hablar con Rory. En persona.

Cuarenta y ocho

Rory

Rory se sentó en su escritorio con una taza de café recién hecho y abrió su agenda. Ahora que la inauguración ya había pasado, por fin había podido acostumbrarse a las actividades cotidianas de la gestión de la galería. El negocio iba lento y seguiría así durante una temporada, pero tenía la intención de aprovecharlo para ampliar su plantel de artistas y planificar varios eventos que quería celebrar de cara a la primavera. Además, le vendría bien un poco de descanso después de la emoción de los últimos días.

Acababa de anotarse un recordatorio para comprar notas de agradecimiento cuando oyó el suave repique de la campanilla de entrada. Bebió un sorbo de café antes de bajar. No era necesario precipitarse. «Dales tiempo a entrar, a que echen un vistazo». Pero cuando llegó al rellano, en lugar de clientes, encontró a Soline… y a Anson.

Su reacción inicial fue de pánico, pero cuanto más los miraba, más se daba cuenta de que todo estaba bien. Bastante bien, de hecho. Anson tenía una mano en la parte baja de la espalda de Soline, como si ese fuera su sitio, mientras Soline lo miraba con ojos suaves y abiertos. «¿Soline se está sonrojando?».

Rory comenzó a bajar las escaleras hacia ellos, incapaz de reprimir una sonrisa.

—O mucho me equivoco, o algo ha pasado desde la última vez que

os vi a los dos.

Soline cogió la mano de Anson.

—Muchas cosas, la verdad.

Era imposible pasar por alto el cambio que había experimentado Anson desde su primer encuentro. Parecía casi un niño allí con la mano de Soline entre las suyas, como si de repente se hubiera quitado cuarenta años de encima. Rory no tenía ni idea de lo que había ocurrido entre ellos. Solo sabía que sentía que así debía ser, como si un círculo se cerrara finalmente.

—¿Cómo debería llamarte ahora? ¿Abuelo? ¿O mejor yayo?

Anson se aclaró la garganta, incómodo.

—Luego hablaremos de eso. Ahora mismo hay otras cosas de las que tenemos que hablar.

Los ojos de Soline se posaron en Anson y luego de nuevo en ella.

—Ha habido noticias, Rory. Sobre Hux.

—Noticias… —La habitación pareció tambalearse cuando repitió la palabra—. ¿Qué… clase de noticias?

Anson soltó la mano de Soline y se colocó delante de Rory.

—La noche que nos conocimos en San Francisco mencionaste que tu prometido había desaparecido hacía unos meses. Recordaba su nombre, así que al día siguiente decidí hacer algunas llamadas.

Rory se agarró al pasamanos de la escalera con las manos repentinamente pegajosas.

—Después de la guerra —continuó Anson—, cuando los médicos al fin terminaron de montarme de nuevo, comencé a trabajar para la Cruz Roja Internacional como defensor de los prisioneros. Tienen gente por todo el mundo especializada en negociación y extracción. Algunos de ellos eran amigos. Así que cogí el teléfono para ver quién podría tener un contacto útil.

—¿Y alguien lo tenía?

Anson la miró entornando los ojos.

—Tal vez deberías sentarte mientras hablamos.

—No. Dímelo ya, por favor.

—Hace unos meses, el Departamento de Estado recibió un soplo. Alguien afirmaba haber visto a dos hombres y una mujer en un pueblo a las afueras de Atbara en compañía de dos hombres armados. Estaban lavando ropa en un surtidor del centro del pueblo. Cuando terminaron, les hicieron señas para que subieran a un camión verde sin matrícula. Los nuestros se mostraron escépticos, y no sin razón. Dudo que haya un alma en Sudán que no sepa lo del secuestro y la recompensa. Los mentirosos salen de debajo de las piedras cuando hay dinero en juego. La fuente era poco de fiar, y la pista parecía otro callejón sin salida. Pero hubo un tipo que siguió investigando, y dio

sus frutos. Lo han encontrado, Rory. Los han encontrado a los tres, vivos. Eso es todo lo que sabía cuando llegué aquí la otra noche. Que estaba vivo. Pero, desde entonces, uno de nuestros negociadores logró acordar los términos de la liberación. Un amigo mío llamó hace unas horas: los liberaron anoche. Tienen que examinarlos, pero salvo que haya algún problema médico grave, Hux debería estar de vuelta en Estados Unidos más o menos en una semana.

Rory se dejó caer en el último escalón y enterró la cara entre las manos. Al principio las lágrimas llegaron en silencio y se le atascaron en la garganta hasta que pensó que la partirían en dos.

«Vivo. A salvo. De vuelta en casa».

Por fin los sollozos se liberaron y brotaron del lugar oscuro que llevaba tanto tiempo tratando de no mirar. Casa. La palabra parecía canturrear en sus venas, una y otra vez. Hux volvía a casa, después de diez meses de Dios sabe qué. Había oído historias, todo el mundo las había oído, hombres tan afectados que sus vidas nunca volvieron a ser las mismas. Levantó la cabeza y se pasó la manga por los ojos.

—¿Han dicho si…? ¿Sabes si está…?

—No lo sé. Pero si hubiera algo serio, lo habrían dicho. Eso no significa que no vaya a tener dificultades. Siempre hay un periodo de adaptación, algunos más complicados que otros. Pero hay personas que se especializan en ese tipo de traumas. Y más importante aún, te tendrá a ti.

Asintió en silencio mientras las lágrimas volvían a brotar. La tendría a ella… y ella lo tendría a él. Juntos superarían lo que viniera.

Al cabo de un rato, Rory se dio cuenta de que Soline estaba sentada a su lado en el escalón. Volvió a limpiarse la cara con la manga y sonrió débilmente.

—Va a volver a casa.

—*Oui, ma petite.* Va a volver a casa. Después de todo, tendrás tu final feliz.

—Todavía no puedo creerlo. Una parte de mí empezaba a pensar que nunca sucedería, y ahora ha pasado. Sé que tendrá que lidiar con algunas cosas, pero me muero de ganas de que lo conozcas y de que él os conozca a ti y a Anson. Y de mostrarle la galería. Ha ocurrido tanto… —Calló para coger aire y sonrió tímidamente—. Lo siento, sé que divago, pero es que esto parece milagroso. Y hablando de milagros… —Señaló con la barbilla a Anson, que se había alejado hacia una de las exposiciones, presumiblemente para darles espacio—. ¿Cómo ha pasado eso?

Soline sonrió con picardía.

—Eso, *ma petite,* es una historia demasiado larga para ahora. Y todavía no sabemos adónde lleva. Lo que sabemos es que estamos

dispuestos a averiguarlo.

Rory sintió que la inundaba una nueva oleada de felicidad. Después de tantos años y tanto sufrimiento, una reconciliación.

—Me alegro mucho, Soline. Nunca ha dejado de amarte, lo lleva escrito en la cara.

La sonrisa de Soline se hizo más ancha mientras miraba a Anson pasar de un cuadro a otro con el ceño fruncido.

—Sin duda, vamos a tener mucho que contarle a tu madre.

Rory asintió y sorbió ruidosamente.

—Puedes llamarla desde mi despacho, si quieres, y ponerla al día. Me gustaría hablar a solas con Anson un minuto, si no te importa.

Esperó a que Soline subiera las escaleras y fue en busca de Anson. Lo encontró frente a una de sus piezas. Se volvió al oírla acercarse.

—Son increíbles.

Rory consiguió esbozar una sonrisa llorosa.

—Gracias.

El silencio se alargó mientras se miraban, el uno frente a la otra, y por un momento Rory tuvo miedo de echarse a llorar otra vez.

—He enviado a Soline arriba a llamar a mi madre porque quería un momento para hablar contigo, para darte las gracias por lo que has hecho por Hux. Y por mí. No es que me hiciera querer la primera vez que nos vimos, pero aun así… —Se calló para tragarse un nuevo torrente de lágrimas—. No sé cómo darte las gracias. No creo que nunca lo sepa.

—Yo solo tuve un pequeño papel en el resultado, pero diría que estamos en paz.

—¿Te refieres a Soline y a ti?

Anson se iluminó como un niño con su primer amor.

—Es posible que ser emboscado en el bar del hotel Fairmont fuera lo mejor que me ha pasado en la vida.

Rory sintió que se sonrojaba. A ella las cosas también le habían salido bastante bien. Y a Camilla también. Aquella noche en el bar, Anson le había dicho sin tapujos que no había posibilidad de un final feliz. Se había equivocado, y ella se alegraba.

—Todavía no estoy segura de cómo ha sucedido, pero parece que he pasado de no tener abuelos a tener un juego completo. ¿Crees que tal vez podría… darte un abrazo?

La petición pareció cogerlo desprevenido. Tragó con fuerza y luego asintió.

—A mí también me gustaría.

Se echó a sus brazos y lo respiró: jabón y cítricos con un toque de crema de afeitar. Era sutil pero masculino, un aroma reconfortante y

tranquilizador. ¿Cómo había vivido todos estos años sin respirar ese olor? Algo le decía que tener abuelos le iba a gustar, aunque realmente debería pensar en otra forma de llamarlos.

Unos instantes más tarde, escucharon el golpeteo de los tacones de Soline, que se acercaba.

—Míralos, ya están recuperando el tiempo perdido.

Rory le lanzó un guiño a Anson.

—Creo que a todos nos espera algo de eso. ¿Has llamado a Camilla?

—La he llamado.

—¿Y se lo has contado todo? ¿No solo lo de Hux, sino todo?

—Bueno, casi todo.

—¿Y estaba contenta?

Soline respondió con una risa ronca.

—¿Tú qué crees? Iba a llamar a Thia y luego venía directa para acá. Dice que tenemos que empezar a planear tu fiesta de compromiso. Y luego la boda.

Rory se tomó un momento para asimilar las palabras. La boda: su boda. Solo de pensarlo, quiso pellizcarse. Hux volvía a casa, tal vez no indemne, pero a casa… con ella. Sí, habría una boda, aunque no enseguida —Hux necesitaría un tiempo para recuperarse—, pero esperaría tanto como él necesitara que esperase. Y el resto lo resolverían juntos.

Ese pensamiento la llenó de una alegría serena, como ondas que se expanden sobre la superficie de una charca, haciéndose cada vez mayores hasta lamer finalmente la orilla. Esbozó una sonrisa traviesa.

—Supongo que en algún momento voy a necesitar un vestido —le dijo a Soline, y luego se volvió para mirar a Anson—. Y alguien que me lleve al altar.

Todavía parecía imposible. Una inexplicable confluencia de sucesos. Vidas que se cruzaban, corazones reunidos, familias reparadas. Todo por una caja que había encontrado bajo las escaleras de un edificio incendiado. Una caja llena de finales felices… y tal vez un toque de *magie.*

Epílogo

Soline

Para cada novia debe componerse un hechizo nuevo y específico, concebido para ella y solo para ella. El hechizo será suyo a perpetuidad y nunca se podrá reutilizar.

Esmée Roussel, la hechicera de los vestidos

17 de mayo de 1986, Lyman, Massachusetts

Al fin, después de tanto tiempo, habrá una boda.

Me asomo a la ventana y contemplo la pendiente de césped y los setos cuidados a la perfección, los jardines llenos de peonías rosas y un cielo tan azul que me hace daño a los ojos. Parpadeo para aliviar el escozor temiendo que se me estropee el maquillaje. Hay un bonito cenador junto al lago, engalanado con metros de hiedra y espumoso tul blanco, y varias filas de sillas plegables. Será un evento pequeño e íntimo, limitado a la familia y los amigos más cercanos.

Camilla esperaba algo más grandioso, un salón de baile en el Park Plaza con un cuarteto de cuerda y guirnaldas de fragantes lirios blancos, pero su propuesta se rechazó y tuvo que contentarse con una ceremonia en el jardín de una pequeña finca a las afueras de Boston.

Miro el reloj. Todavía tengo un poco de tiempo. Rory está con su

madre, vistiéndose; Hux se ha llevado a Anson a algún lugar para ocuparse de un percance con la flor en la solapa; y yo estoy sola con mis pensamientos por primera vez en semanas, o al menos eso me parece.

He aprendido de primera mano lo agotador que puede ser planificar una boda. Y más aún si se trata de diseñar y supervisar la confección del vestido. Me ponía nerviosa confiarle los bocetos a otra persona, pero me sentí satisfecha con cómo quedaron, y estoy incluso más contenta con el resultado final: falda acampanada de satén marfil, por encima de los tobillos; corpiño cruzado y enagua de tul. Quizá no sea un vestido para una princesa, pero sí para un final feliz.

Pienso en el hechizo que logré bordar en la costura del lado izquierdo. Dos semanas con mis manos agarrotadas y doloridas, y no tan bonito como habría deseado, pero está listo. Dadas las circunstancias, creo que *La Mère* no restará puntos por la pulcritud, aunque no puedo afirmar lo mismo de *Maman.*

Maman ha estado en mi mente estos últimos días, su voz en mi oído, recordándome a todas las Roussel que se remontan en el tiempo. Malditas en el amor, o eso decía la historia. Desde pequeñas nos decían lo que podíamos tener y lo que no. Nos contaban que no debíamos anhelar lo que otros tenían, porque en algún momento una de nosotras había roto las reglas de otros.

Pero he llegado a creer que creamos nuestras propias maldiciones y las arrastramos por la vida porque nos han dicho que es nuestro destino. Nos han enseñado a revivir los dolores de nuestras madres, a aceptar sus sufrimientos como propios, y a transmitirlos a la siguiente generación, una y otra vez, hasta que una de nosotras al fin dice «no» y la maldición se rompe. Porque hemos descubierto un nuevo tipo de magia, la que se produce cuando elegimos por nosotras mismas, cuando decimos «haré otra cosa», «seré otra cosa», «tendré otra cosa». Esta era la lección que *Maman* intentaba enseñarme la noche en que se marchó. No hay maldiciones, solo patrones que romper, sueños que perseguir, corazones que abrazar. Magia por hacer.

Miro de nuevo el reloj: es la hora. Repito el hechizo una vez más para que me traiga suerte, las palabras son muy similares a aquellas que compuse tantos años atrás para otro vestido.

A través de la distancia y el tiempo
y cuantas pruebas puedan llegar
que los ecos de estos corazones una vez perdidos
sean uno por siempre jamás.

Siento el corazón rebosante mientras me pongo los guantes y

recojo las flores de la caja a los pies de la cama. Casi floto cuando salgo al jardín. Rory está radiante y absolutamente hermosa. Parpadea para no llorar y se lleva una mano al corazón. A su lado, Hux sonríe como un hombre consciente de la enorme suerte que tiene. Y es que si el destino lo ha traído a salvo a casa con la mujer que adora y va a abrir su nueva consulta el mes que viene.

Camilla se pone en pie y ya se está secando las lágrimas. Thia hace una señal a los músicos y las primeros acordes del Canon de Pachelbel llenan el aire. Doy un paso y luego otro. Y entonces veo a Anson sonriendo al final del estrecho sendero de pizarra, con los ojos clavados en los míos mientras acorto la distancia entre nosotros. El hombre al que he amado durante cuarenta años y el único novio que jamás he querido.

La música se desvanece cuando deslizo mi mano en la suya. La voz de *Maman* sigue ahí, como un susurro en mi mejilla. «Mientras guardes su hermoso rostro en tu corazón, nunca lo perderás realmente. Siempre habrá un camino de vuelta». Y por fin lo hemos encontrado. Nos ha costado décadas llegar hasta aquí, pero eso no importa. Porque ahora sabemos que, en realidad, ninguno de los dos dejó ir jamás al otro. En algún lugar, en los rincones más cuidadosamente guardados de nuestros corazones, nos aferramos.

La fin.

Agradecimientos

Y ahora llega la parte más difícil al escribir cualquier libro: dar las gracias. En serio, después del año que hemos tenido, ¿por dónde empezar? Con cada libro hay gente a la que dar las gracias, aquellos que apoyan nuestra visión y nos cogen de la mano, secan nuestras lágrimas y nos alimentan, pero siempre me horroriza pensar que en la pesada niebla que siempre desciende al final de un proyecto, pueda olvidarme de alguien, y santo cielo, la lista es larga. Así que aquí va…

A mi increíble agente, Nalini Akolekar, que me lanzó un salvavidas cuando estaba a punto de abandonar el barco. Gracias por ayudarme a mantenerme a flote y recordarme que respire. Y, por supuesto, un gran saludo a todo el equipo de Spencerhill: sois los mejores.

A mi editora, la extraordinaria Jodi Warshaw, que entiende que a veces la vida se interpone en el camino y le quita hierro al asunto, mi gratitud no tiene límites. Por su paciencia, apoyo, entusiasmo y generosidad, muchas, muchas gracias. Lo mismo va para Gabe Dumpit y Danielle Marshall y todos los miembros del equipo de Lake Union/APub, que son sin duda los mejores del sector.

A mi editora de mesa, Charlotte Herscher, que me empuja a ir más allá y luego a superarme de nuevo. Gracias por tus ojos, tu experiencia, tu amor por la historia, y por saber siempre lo que trato de decir, incluso cuando no estoy segura de cómo hacerlo, y por ayudarme a conseguirlo.

A los blogueros que hablan de libros, cuyo amor por la palabra escrita ha sido el viento bajo las alas de tantos escritores este año, incluido el mío, su apoyo y dedicación a los autores lo son todo. Un agradecimiento especial a Susan *Queenie* Peterson, Kathy Murphy —también conocida como *the Pulpwood Queen*—, Kate Rock, Annie McDowell, Denise Birt, Linda Zagnon y Susan Leopold.

A mi fabulosa tribu de Blue Sky Book Chat: Kerry Anne King, Jane Healey, Patricia Sands, Alison Ragsdale, Marilyn Simon Rothstein, Bette Lee Crosby, Peggy Lampman, Soraya Lane, Lisa Ann Braxton, Lainey Cameron y Loretta Nyhan, gracias por la diversión y la amistad

y por vuestra maravillosa generosidad.

A mis maravillosos hermanos y hermanas: Todd, Gina, David, Scott, Nanette, Tom y Shelly, sin los cuales nunca habría llegado a 2020. Todo mi amor siempre, y más gratitud de la que puedan imaginar. Estoy bastante segura de que os ofrecí un riñón a varios de vosotros. La oferta sigue en pie.

A mi madre, Patricia Crawford, que siempre ha sido y será mi mayor y más enérgico apoyo. Gracias por ser alguien a quien siempre pude admirar, por enseñarme a trabajar duro cada día y a ser siempre amable. Te quiero.

Y finalmente a Tom: mi marido, mejor amigo, lector beta y alma gemela. Simplemente no hay palabras, pero nunca las hemos necesitado.

Sobre la autora



Barbara Davis nació en Nueva Jersey y se crio en Florida. Antes de dedicarse por completo a la escritura, su verdadera pasión, trabajó como ejecutiva en una empresa de joyería durante quince años.

Actualmente reside en Dover, Nuevo Hampshire, donde vive junto a su marido y alma gemela, Tom, y con Simon, su indolente gato.

Barbara Davis cree que no hay nada imposible, y que los finales

felices son puertas que se abren hacia un comienzo mejor.

Cuando no está escribiendo, a Barbara le gusta leer, probar platos deliciosos, escuchar música, ver fútbol americano (es una fiel seguidora de los Florida Gators) y viajar con su marido.

Vuelve a emocionarte

LIRA


HOLLY MILLER
CUANDO SOÑÉ CONTIGO
¿ELEGIRÍAS EL AMOR,
SI SUPIERAS CÓMO TERMINA?
LIRA

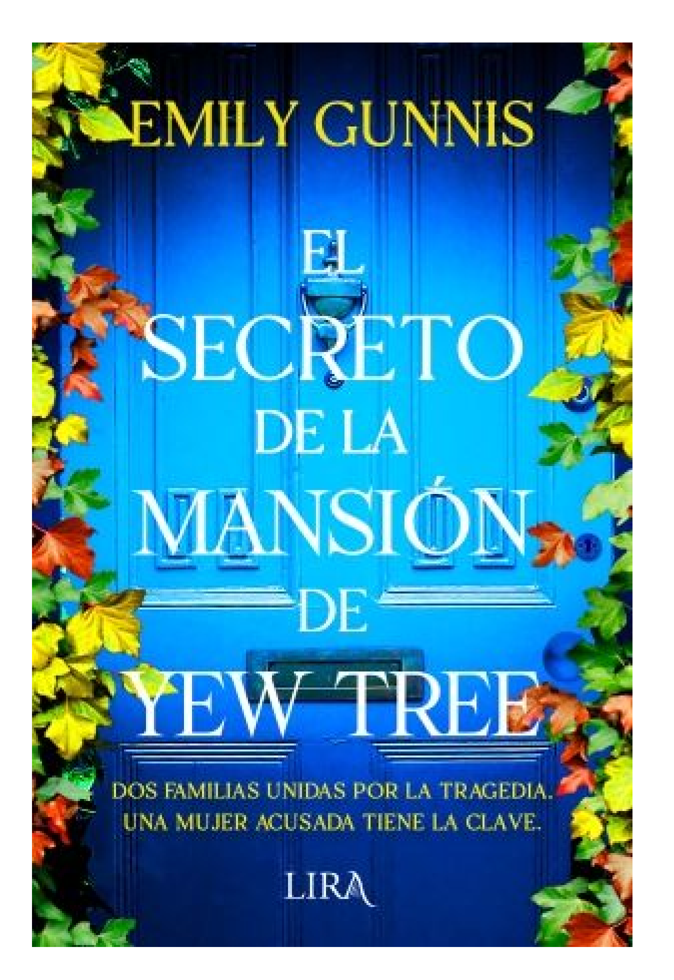
Cuando soñé contigo

Miller, Holly
9788419235022
432 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una historia de amor como ninguna otra.
Joel esconde un secreto. Desde que era pequeño, tiene sueños proféticos sobre sus seres queridos. Son visiones de lo que va a pasar, tanto de lo bueno como de lo malo. Para él, la única forma de evitar que estos sueños lo atormenten es alejándose de todo el mundo y cerrando la puerta al amor.
Callie no consigue dejar atrás el pasado. No ha vuelto a ser la misma desde que perdió a su mejor amiga y, aunque sabe que necesita ser más espontánea y perseguir sus sueños, no se atreve a dejarse llevar.
Cuando se conocen por casualidad, Joel y Callie tienen la sensación de que es el comienzo de algo que cambiará sus vidas para siempre. Hasta que, una noche, Joel sueña con Callie, y es la visión que jamás habría querido tener…
Emocionante como pocas novelas, *Cuando soñé contigo* es el inolvidable debut de Holly Miller, una historia de amor lírica y desgarradora, de fragilidad y resiliencia, sobre el valor necesario para amar, incluso aunque sepamos que no durará para siempre.

Cómpralo y empieza a leer


EMILY GUNNIS
EL SECRETO DE LA MANSIÓN DE YEW TREE
DOS FAMILIAS UNIDAS POR LA TRAGEDIA.
UNA MUJER ACUSADA TIENE LA CLAVE.
LIRA

El secreto de la mansión de Yew Tree

Gunnis, Emily

9788419235053
352 Páginas

La apasionante historia de dos familias y el terrible secreto que las une.

En la Nochevieja de 1969, mientras los Hilton preparan la fiesta de fin de año en su mansión de Yew Tree, su hija pequeña, Alice, desaparece. Las sospechas recaen en Bobby James, un joven granjero que fue la última persona que vio con vida a la pequeña. Bobby defiende que es inocente, pero es castigado de todos modos. El cuerpo de Alice no se localizará nunca.

En la actualidad, Willow James trabaja como arquitecta en un proyecto de remodelación de la zona y descubre que la tierra guarda un secreto. Pronto halla una maraña de injusticias y mentiras y, cuando otra niña de los Hilton desaparece en el mismo lugar, Willow comprende que la única forma de evitar que la historia se repita es rectificar un terrible error del pasado.

Durante décadas, el destino de las familias Hilton y James ha estado entrelazado en las tierras de Yew Tree. Todo comenzó con el secreto de una comadrona, condenada en 1919 por un espeluznante crimen…


Barbara O'Neal
Cuando creíamos en las sirenas
LIRA

Cuando creíamos en las sirenas

O'Neal, Barbara
9788419235039
384 Páginas

Su hermana lleva quince años muerta. O eso creía.
Kit ha pasado los últimos quince años creyendo que su hermana había muerto en un atentado terrorista. Pero todo cambia cuando, una noche, ve a Josie en las noticias de la televisión. La conexión en directo muestra el incendio de un club nocturno en Auckland, Nueva Zelanda, y la mujer que Kit ve es idéntica a su hermana. Más que sorprendida, Kit se siente traicionada y furiosa. Si Josie está viva, ¿por qué ha huido y mentido a su familia durante tantos años?
Kit vuela a Nueva Zelanda decidida a encontrar a su hermana, y es allí donde comienza un viaje a través de los recuerdos de su infancia. Si Kit y Josie quieren volver a estar juntas, tendrán que enfrentarse a su pasado y desenterrar los secretos que las separaron. ¿Estarán dispuestas a hacerlo, por doloroso que sea?

Cómpralo y empieza a leer